

» MACU TEJERA OSUNA «

AMAPOLA



Lectulandia

Comienza una etapa importante para Asun, que ha empezado una nueva vida en Madrid después de una infancia de estrecheces en el pueblo. Ebria de felicidad, apenas siente el frío en esta mañana de febrero en la que se dirige a la redacción del semanario Sucesos en su primer día de trabajo. Además, ha quedado con Jaime, a quien no ve desde que se marchó a Zaragoza hace meses. Fue su primer amor y, a pesar de que los recuerdos que conserva de su antigua relación no sean todos buenos, no ha sido capaz de olvidarle.

Recibe su primer encargo decidida a que la tomen en serio. Sabe que algunos de sus compañeros, hombres curtidos en las calles, no se lo van a poner fácil a una mujer joven como ella, pero ha luchado mucho para conseguir esta oportunidad y no piensa rendirse. Tiene que trazar el perfil de «Pies de franela», un escurridizo ladrón que trae en jaque a la policía, cuando la rebelión estudiantil estalla en la universidad y se extiende como la pólvora por las calles de Madrid. Los estudiantes de izquierdas se han enfrentado a un grupo de falangistas que conmemoraba el día del estudiante caído y uno de ellos ha resultado herido de gravedad. Asun lee las noticias con preocupación, Jaime ha desaparecido en medio de los violentos altercados.

Inmersa en el vendaval de los agitados sucesos de febrero que comenzaron como una brisa inofensiva y refrescante, de cambio y esperanza, decide emprender su búsqueda aun a riesgo de perder todo lo que ha conseguido. Solo cuenta con la ayuda de un amigo, Héctor Perea. De la mano del atractivo detective, Asun descubrirá el significado de la lucha estudiantil, la reconciliación, y sus sentimientos.

Lectulandia

Inmaculada Tejera Osuna

Amapola

ePub r1.0

Mezki 01.07.13

Título original: *Amapola*
Inmaculada Tejera Osuna, 2012

Editor digital: Mezki
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Maripi, que inició la saga

Para Pilar

Para Bosco

Para María

Introducción

Fue una suerte para mis padres que tía Manolita, en octubre de 1954, les animara a venir a Madrid a hacerse cargo de una portería que había quedado vacante en una finca situada a pocos metros de El Asturiano, el bar que regentaba en la plaza de los Frutos. Mis padres, Felisa y Trino, nunca se habían alejado demasiado de los límites de Valdemorillo y Colmenarejo —a excepción de los años de la guerra, que mi padre hizo en zona sublevada porque el Alzamiento Nacional lo pilló cumpliendo el servicio militar— y aquello les pareció una gran oportunidad.

Por entonces, hablo del año 54, las cosas no iban bien en Valdemorillo. Mis padres pasaban muchas fatigas tratando de sacar algo de provecho a unas tierras que habían heredado y que no daban para mantener a una familia de siete miembros formada por ellos, mi abuelo Basilio, mis tres hermanos y yo. De Madrid yo conocía muy poco, lo que oía a la gente de paso por el pueblo —esa clase social despreocupada que azuzaba nuestros sueños y despertaba nuestra envidia y a la que llamábamos «veraneantes»— y lo que nos contaban por carta tío Marcelino y tía Manolita: que allí había muchas oportunidades para todos, que se ganaba diez veces más dinero que en el pueblo y que el porvenir estaba en la ciudad, lejos de los pesares del campo y de las estrecheces del pueblo.

Al llegar a Madrid lo primero que hice fue buscar trabajo y tuve la suerte de colocarme en un taller de costura, el de doña Herminia, donde cumplí uno de mis sueños de niña, hacerme unos pantalones que a veces me ponía en secreto. Los pantalones sólo los llevaban las mujeres carentes de prejuicios, valientes y alegres que pertenecían a ese grupo del que he hablado antes, el de los veraneantes, y eran para mí el atributo de la libertad y la modernidad como las llaves lo son de san Pedro o la calavera lo es del príncipe Hamlet. Aunque diseñé, corté y me cosí esos ansiados pantalones, no encontré el valor de ponérmelos para salir a la calle. No sé qué habría pensado mi madre de haberme visto con esa prenda tan audaz, pero yo sí sé que habría notado miles de ojos clavándose en mí y eso me habría hecho sentir incómoda. Ése era mi sueño secreto e ignoro cuáles eran los de mis hermanos. Lo que sí sé es que ni mi hermano mayor, Miguel, ni mi hermana Chelo ni el pequeño, Pedrito, tenían demasiado apego a Valdemorillo, un lugar donde cualquier sueño se marchitaba antes de haber nacido. Así que no nos costó nada hacer el petate y seguir a mis padres a la aventura que les aguardaba en Madrid. Desembarcamos en la plaza de los Frutos un 22 de octubre y desde ese momento puedo decir que la vida cambió para todos. En especial para mi padre, uno de los hombres más buenos que he conocido, ya que debido a una serie de carambolas fatales del destino meses después fue a parar a la cárcel.

Trino Muñoz, mi padre, había nacido el 1 de septiembre del año 1913 siendo los

santos del día Egidio, Gil, Constancio, Lupo, Leto, Sixto, Arturo y Josué. Le pusieron Trinitario en honor a san Arturo, fraile de la Orden de la Santísima Trinidad que en 1282 decidió abandonar la cómoda y verde Irlanda para ir a rescatar a los fieles cristianos encerrados en las mazmorras de Babilonia. El viaje le hizo merecedor de dos cosas, la palma del martirio y un puesto en el santoral. Con san Arturo mi padre compartía, además del nombre de su orden, cierta inclinación por las empresas suicidas. Tal vez de haber recibido otro nombre en la pila bautismal su herencia habría sido muy distinta: san Egidio le habría dado el don de la clarividencia, Constancio el de la determinación, san Lupo el de la gallardía o san Sixto el de la fortaleza. Pero mis abuelos optaron por el santo irlandés y, como digo, eso marcó a mi padre desde la cuna.

Su mayor sueño había sido, desde que llegamos a Madrid, poner un taller para coches y motos con mi hermano Miguel. Al ver que tardaba en cumplirse, aceptó un trabajo como mecánico de motores en una compañía de autobuses. Un gato hidráulico fue el responsable de que fuera a parar a la cárcel. Quedó mal colocado sobre el foso e hirió a un hombre llamado Elías que era uno de los jefes de las cocheras. Elías se la tenía jurada a mi padre desde que se opuso a secundarle en una huelga. Mi padre huía de los conflictos como de la peste y lo último que deseaba era ponerse a mal con un compañero, pero consideró su deber moral defender los intereses de la empresa en aquella ocasión. La huelga era injusta, o así se lo pareció a él, y reuniendo un valor que no sé de dónde pudo salir acusó a Elías de engañar a los empleados de la cochera dándoles una razón falsa sobre el conflicto. Desde aquel día las espadas estuvieron levantadas. La tarde del infortunio se descubrió que mi padre había sido el último mecánico en utilizar el gato y la sospecha de un ajuste de cuentas no tardó en cobrar fuerza. Un juez decidió castigar su imprudencia y una mala mañana dos policías vinieron a buscarle y se lo llevaron detenido. En casa quedamos más aturridos que si el gato hidráulico nos hubiera golpeado a todos uno por uno. Nadie se atrevió a derramar una lágrima, al menos públicamente. Entre los diez mandamientos de riguroso acatamiento que la Iglesia nos inculcaba mi madre había colado uno más que venía a decir: no te quejarás, serás feliz con lo que te rodea y no darás por sentado nada de lo que tienes porque en cualquier momento se puede esfumar. O dicho de otro modo: si las cosas van mal y te quejas, acuérdate de que siempre pueden ir peor así que no tientes a la suerte y calla la boca.

—Seguro que sólo son un par de semanas, ya veréis que pronto le sueltan —dijo mi madre con un nudo en el estómago cuando la puerta se cerró tras mi padre.

Llevaba veintiún años unida a él y era posible que, a pesar de que era recia castellana y había sido educada en no negar la realidad y aceptarla por dura que fuera, algo del optimismo de su marido hubiera acabado calándola.

Al casarse con mi padre mi madre aceptó unir su vida a una de esas personas tan

ajenas a lo que se considera una «mentalidad práctica» que parecen sostenidas por plumas, una de esas personas a las que les basta el alimento de los sueños para ir tirando. La palabra «suerte» siempre les dio la espalda. Sólo en una ocasión la fortuna les había sonreído y esa ocasión era, según les gustaba decir a los dos, el día que se casaron.

Pero nada sabíamos de lo que iba a ocurrirle a mi padre aquel 22 de octubre en que nos subimos a un autobús que nos llevaba a todos al futuro, a esa modernidad tan deseada y a la conquista de nuestros sueños más secretos.

Siempre supe que de escribir esta historia que tiene lugar en los meses que mi padre estuvo lejos de nosotros, lo haría guiada por un deseo, el de que se sintiera orgulloso de mí y viera cumplida su ilusión de que me hiciera escritora. Aunque ya no está aquí para leerla, sigo pensando que su ausencia en aquellos meses tan duros fue crucial para nuestra familia y que hablar de ella es algo que debía a su memoria.

La prensa lo había bautizado «Pies de Franela» y de él se decía que era un deslizante allanador de moradas, un ser anfibio mitad murciélago mitad araña. Entraba en las casas como una brisa y se volatilizaba como un gas. Era aéreo y fluido, sigiloso y grácil, cauto y temerario a un tiempo. Actuaba de noche, subía por las fachadas y aprovechaba alguna ventana abierta para colarse en el edificio. Una vez en el interior, asaltaba piso por piso. Para ello se servía de llaves falsas y ganzúas. Era un ladrón cuidadoso, un espadista de los buenos, de los que dejaban las cerraduras de las casas tan limpias que costaba creer que las hubiera forzado. Ni huellas ni melladuras.

Aunque era uno de los delincuentes más buscados por la policía, los periodistas seguían sus fechorías con simpatía. Les proporcionaba jugosos titulares, ingeniosos artículos que aquel año de 1956 competían en interés con el compromiso de Grace Kelly y Rainiero de Mónaco y con el bautizo del Falcon, un proyectil americano capaz de interceptar un ataque enemigo a Estados Unidos y evitar un nuevo Pearl Harbour, esta vez atómico. Se le relacionaba con una estirpe inglesa de allanadores silenciosos y solitarios que había vuelto loca a la policía de Scotland Yard. Se hacían apuestas sobre cuándo y cómo caería. Nadie sabía a ciencia cierta su edad ni conocía su aspecto. Falsos testigos en busca de notoriedad habían descrito sus rasgos y complexión dando lugar a retratos robot tan contradictorios que de nada servían a los investigadores. Jamás había empleado la violencia en sus asaltos y más que aspirar a enriquecerse con el botín de sus robos parecía alentado por un objetivo más inocente, el de divertirse a costa de burlar a la policía. Mi primer encargo en el semanario *Sucesos* consistió en poner banderitas sobre un plano de Madrid para señalar las manzanas donde había dado sus silenciosos golpes. Pies de Franela fue mi bautismo de fuego y el primer ser humano con dimensión de leyenda al que llegaría a conocer en el transcurso de aquellos agitados días.

Hacía tan sólo un mes que la bola del reloj de la Puerta del Sol había descendido ceremoniosamente al ritmo de las famosas doce campanadas y marcado así el comienzo del nuevo año. La sección municipal de estadística, según su costumbre, había hecho públicos los siguientes datos demográficos del año que acababa: 15.502 matrimonios nuevos en Madrid, 37.618 nacimientos y 14.462 defunciones. Eso inclinaba la balanza a favor de los recién llegados pues por cada fallecido se habían producido 2,6 nacimientos en la capital. Madrid había sobrepasado el millón ochocientos mil habitantes y mi familia había contribuido a engordar la estadística con la llegada de un nuevo miembro. El perímetro de la ciudad, grande, muy grande para alguien que procedía de Valdemorillo, había crecido años antes con la incorporación de un nuevo barrio, Vallecas, pero para mí la ciudad era un pequeño

rectángulo de pocas manzanas encerrado entre las calles General Sanjurjo, Miguel Ángel, Santa Engracia y Fuencarral. Aquél era mi mundo conocido, el corazón de Madrid, el barrio de Chamberí.

Héctor Perea, el detective que había resuelto el crimen del teatro Cervantes, me había conseguido un mes de prueba en *Sucesos* gracias a sus contactos con el director de la revista, don Adolfo Laguna. Al tiempo que llevaba pasando a máquina apuntes de los estudiantes de Derecho, y a mi paso por la fábrica de manufacturas y materiales de construcción de Andrés Hernández Salvatierra, debía mi destreza y velocidad al teclado. No sólo era ducha con la máquina. Tenía experiencia en apuntes contables y también en redacción de cartas, informes y documentos legales. Suficiente para haberme sentido segura. Pero no lo estaba. Aquella mañana de febrero iba a pisar por primera vez la redacción del semanario y me había pasado la noche entrando y saliendo del sueño, a ratos acunada por la voz lejana del sereno o por las palmadas urgentes de algún vecino que reclamaba su presencia, y atormentada por lo que mi hermana Chelo llamaba miedo escénico y yo vértigo ante lo desconocido. Me sentía ante un cambio de rumbo, como si fuera a salir de la zona de umbría por la que hasta entonces había transcurrido mi vida para entrar en esa parte del paisaje donde todo ocurre a pleno sol. Allí, a pleno sol, imaginaba que me sería más fácil reconocer la felicidad si es que llegaba a toparme con ella. Con los ojos clavados en el techo estuve buena parte de la noche repasando mentalmente alguno de los artículos sobre sucesos luctuosos que había leído para familiarizarme con los términos policiales, imaginando el aspecto de mis compañeros, el tamaño de la redacción, el olor de los pliegos de papel amontonados sobre las mesas, el sonido de las máquinas de escribir mezclado con el de los teléfonos sonando ruidosamente en el aire. Mis dedos tamboreaban una y otra vez sobre la sábana como si lo hicieran sobre un teclado invisible. Tenía ganas de mecanografiar mi primer perfil, de poner mi habilidad como secretaria al servicio de una columna, una entrevista, tal vez un reportaje sobre un atracador de bancos o el autor de un crimen pasional. Me impacientaba que la noche no acabara nunca. Aquella noche ya duraba un siglo, una eternidad. ¿Llegaría alguna vez la mañana? Me sentía como un barco a punto de ser botado y sólo deseaba que se hiciera de día para sentir el choque de una botella sobre mi casco y soltar amarras.

A pesar de que seguía siendo de noche, a las seis de la mañana aparté las sábanas y me incorporé en la cama. Recorrí la habitación con la vista y me pareció percibir algo distinto a otras madrugadas, como si las cosas irradiaran un aire y un olor a nuevo que sintonizaba con la sensación de estrenar vida que me emborrachaba. Eran las mismas paredes ahumadas y los mismos muebles de siempre, viejos y sin estilo, la misma mesa donde mis trabajos de mecanografía y el pequeño tomo de ortografía que tan a menudo consultaba se mezclaban con los libretos de las dos obras en las que

había participado mi hermana como actriz y bailarina, los mismos estantes para libros —un volumen de historia, uno de láminas de pintura, los de poesía que sacaba de la biblioteca municipal, los de *Fuenteovejuna* y *Edipo rey* regalos de Jaime meses atrás — que Miguel nos hizo con cajas de naranjas que nos dio tía Manolita. A su lado colgaba un espejo con más bruma que azogue, deshecho de tienta y defectuoso, que ya estaba cuando llegamos y en el que, al mirarse, a uno le daba la sensación de zambullirse en el pasado de la casa, un espejo que huía del presente tan obstinadamente que daba reparo pasar junto a él por miedo a quedar atrapado en sus sombras, y un almanaque sujeto con una chincheta a la pared en el que se leía «Febrero 1956» bajo una reproducción de *La fragua de Vulcano* de Velázquez y la fotografía de boda de mis padres. Todo lo que me saludaba cada día cuando abría los ojos estaba en su sitio, pero esa mañana había algo distinto y no era capaz de distinguir de qué se trataba. La ropa limpia y doblada que había preparado la víspera colgaba ordenadamente del respaldo de la silla. En el suelo, a su lado, los tacones que Chelo se había empeñado en que llevara. Don Eladio, un comerciante de calzado, se los había regalado cuando mi hermana estaba de gira por el norte. Eran los zapatos más elegantes que había en la casa, historiados, con cintas de cuero de dos colores y algo de alza, y Chelo los juzgó idóneos para mi entrada triunfal en el semanario: «Lo peor que le puede pasar a alguien que sale a un escenario es pasar desapercibido, si no puedes concentrar todas las miradas sobre ti al menos que se escuchen tus pasos». Miré impaciente hacia el otro lado de la habitación. Mi hermana dormía profundamente. Junto a ella, en una pequeña cuna entre nuestras dos camas, dormía Irene, su hija de pocos meses, nuestra aportación al censo de nuevos madrileños. Las dos parecían respirar y soñar acompasadamente. Si Chelo hubiera estado despierta podría haber compartido con ella mi ansiedad y mis nervios, mi emoción y mi vértigo. Nos separaban casi dos años y mucho equipaje, más del que se puede contar en dos líneas, pero entre nosotras no había secretos. Por su trabajo había conocido y aprendido cosas del mundo que yo no llegaría a saber nunca aunque viviera cien años. Enfrentó su precoz maternidad a los diecisiete años con una valentía que me hacía admirarla y preguntarme de dónde sacaba esa fuerza y era esto precisamente, nuestra manera de enfrentarnos a los imprevistos, ya fueran golpes o alegrías, lo que nos hacía tan diferentes. «Estas niñas son oriente y poniente», musitaba mi abuelo Basilio cuando rompió su silencio de veinte años, «la noche y el día». Y tenía razón: mientras ella derrochaba encanto y desparpajo, yo caminaba por la vida parapetada tras un escudo de timidez y prudencia. «Pena que no muere se mata», decía ella ante cualquier revés repitiendo una frase barata de opereta, y con el pulgar y el índice convertidos en pistola simulaba matar a la pena. Con esa filosofía tan sencilla se movía por la vida.

Esa madrugada habría necesitado que su risa y ligereza quitaran solemnidad a mis

miedos. Hablar con ella de mis inquietudes era como ponerles una piel de plátano bajo los pies. Las dos acabábamos siempre encontrándoles el lado cómico. Tal vez ella me habría explicado que ese aire nuevo que percibía en las cosas eran destellos que los objetos familiares emitían como guiños de complicidad, señales para que me sintiera segura, confiada. Dudé si despertarla pero finalmente me levanté y con paso sigiloso salvé los pocos metros que me separaban de la puerta de la habitación. Salí al pasillo y al ver colgado en el perchero el mono azul de las cocheras con el escudo de La Santanderina eché de menos a mi padre. Las dos cosas ocurrían simultáneamente cada mañana. Hacía meses que mi padre estaba en prisión pero no había día que no tropezara al salir de la habitación con su ausencia de manera inesperada, como si ésta acabara de producirse, como si su marcha hubiera sido tan repentina que nadie se había acordado de guardar el mono hasta su regreso. Entré en la sala que hacía las veces de comedor, habitación de estudios, cuarto de la plancha, sitio de encuentro para toda la familia. Encendí la radio y bajé el volumen; no quería despertar a nadie pero tenía que ocupar mi tiempo en algo que hiciera correr más deprisa el reloj. La radio hablaba de los estragos que la ola de frío que atravesaba Europa seguía causando en Suecia. Veinticinco barcos habían quedado atrapados en el hielo y Alemania y otros países habían enviado rompehielos a su socorro. La situación empeoraba por momentos y la ola se extendía por el centro y el sur de Europa. También España había sido alcanzada pero lo peor estaba por llegar. Me estremecí afectada por la temperatura de la noticia, como si además del meteorológico la radio presagiara otro tipo de temporal al que aún no ponía nombre. No sé qué me empujó de repente a abrir la puerta de la casa y salir a la portería. De madrugada su aspecto era apacible y sereno, sin gente, sin voces, sin pasos que la atravesaran. Algo llamó la atención a mis ojos tan acostumbrados a detectar cualquier cosa fuera de sitio en aquel lugar. Apoyado en la lamparita sobre el mostrador había un sobre. En camisón y descalza corrí hasta alcanzarlo y después de descubrir que iba dirigido a mí volví rápidamente a casa. Rasgué el papel y leí las tres líneas desbordada por la emoción. Por lo que decía la nota supe que Jaime había regresado a Madrid.

De ser cierta la teoría de que toda mujer lleva el fantasma de un hombre corriendo por su torrente sanguíneo, en las gotas de mi sangre viajan las cinco letras que forman el nombre de Jaime. Son muchas las cosas que tengo que agradecerle pero si tuviera que escoger una sería que me hiciera perder el miedo a los libros y me enseñara a aprearles el tratamiento, a tratarlos con cercanía. En realidad hasta que llegamos a Madrid raramente pensaba en los libros. En Valdemorillo había pocos. Los que usábamos en la escuela, los manuales de historia o geografía, los catecismos o los misales no contaban, hablo de libros de verdad, novelas, teatro, poesía. Además de la lejanía que me inspiraban nunca había sentido la vanidad de leer. Digo vanidad porque hasta entonces me parecía que la gente leía por sembrar la conversación de

semillas sacadas de los libros, citas y frases que soltaban aquí y allá para que sonara más interesante lo que decían. Me parecía que al coger un libro la gente obtenía dos placeres, el de leerlo y el de hablar luego de él. Ahora sé que lo que me pasaba en realidad era que los libros me intimidaban, me parecían puertas con candados, ámbitos cerrados fuera de mi alcance. Mis llaves eran todas muy pequeñas, insuficientes siquiera para hacer cosquillas a las cerraduras. Jaime me enseñó a abrirlas, empezando por las más fáciles y acabando por las de varias vueltas.

La nota que me había dejado decía:

La primera vez que llegó a Madrid no le gustó el Gaylord, le pareció demasiado lujoso, la comida demasiado buena para una ciudad sitiada y la charla demasiado cínica para una guerra.

¿Cuándo había dejado el sobre en la portería? ¿Cuándo había escrito esas palabras que sólo tenían sentido para mí? ¿Le habría abierto la puerta el sereno durante la noche? ¿Dónde estaría alojado? ¿Le habría traído a Madrid algún asunto relacionado con la universidad? Ya no estaba matriculado en la Facultad de Derecho de la calle San Bernardo. Meses antes había sido expedientado y obligado a trasladar su matrícula. Ahora vivía en Zaragoza con unos parientes, y a pesar de lo que le había prometido a su padre no había abandonado sus inquietudes políticas. Al teléfono, cuando me ponía una conferencia desde Zaragoza, notaba cómo se emocionaba al hablar de la universidad como el escenario natural donde tendría que empezar el cambio que la sociedad española necesitaba. Decía que la universidad tenía que salir de la parálisis en la que había caído, que eran ellos, los estudiantes, los encargados de dar el vuelco social que los nuevos tiempos exigían y que la hora de hacerlo había llegado ya. Alguna vez, cuando todavía estaba estudiando en Madrid, lo había acompañado a alguna tertulia de estudiantes y había comprobado lo poco que importaba el número de compañeros que participara en el debate, todas sus voces parecían una única voz.

—La universidad debe despertar de una vez de este largo sueño en el que cayó tras la guerra. No puede seguir siendo un páramo yerto donde cualquier pensamiento crítico queda inmediatamente congelado o muerto.

Jaime había conseguido una edición mexicana de *Por quién doblan las campanas* durante el breve tiempo que duró la aventura de Niebla, la asociación que él y su amigo Fede crearon para dar impulso a actividades culturales. En realidad con esas actividades buscaban captar estudiantes descontentos con el SEU y con el control que ejercía sobre la vida universitaria. Se estaba preparando algo gordo en la universidad y él no quería quedarse fuera. Un gran cambio. Una revolución, anunciaba. Por eso necesitaban la unión del mayor número de estudiantes posible. Yo escuchaba sus

palabras con reservas. Hacía mucho que le oía hablar de esa revolución que no terminaba de llegar. Fue él quien me dijo que el Gaylord no era un recurso literario, una invención del autor de la novela, Ernest Hemingway, sino un hotel que había existido, que aún existía en Madrid aunque con otro nombre. Por entonces Jaime y yo ya habíamos empezado a distanciarnos, pero para mí él seguía teniendo el aura romántica de Robert Jordan y secretamente seguía bebiendo los vientos por él. O no tan secretamente. Conviene que aclare que Jaime no sólo fue el primer amor de mi vida. Fue el responsable de que durante días, semanas, lloriqueara por los rincones tratando de escapar a la mirada cargada de lástima de mis padres y hermanos y de que quisiera huir de mi casa, de Madrid y de todos los lugares que me recordaban a él. Eso había ocurrido hacía un año, antes de que lo expulsaran de la universidad. En la etapa más severa de aquella fiebre mis padres no se atrevían a mencionar su nombre y fingían no enterarse de lo que pasaba, pero yo los oía hablar a mis espaldas y siempre era con conmiseración y ese tono que, buscando ser protector, viene a decir «ya te lo advertí».

—Besos que vienen riendo llorando se van —suspiraba mi madre con pesar cuando creía que no la oía—. Un señorito y la hija de los porteros. Era demasiado bonito para durar.

Mi padre, en cambio, siempre había creído que Jaime no era el hombre indicado para mí y vivía nuestra ruptura con alivio confiando en que un error me llevara la siguiente vez a un acierto.

—Para dar una vez en el clavo hay que golpear cien veces la herradura —decía.

«Dios no quiera que tenga que conocer a cien hombres para dar con uno bueno», rezongaba mi madre y cuando yo entraba en la habitación los dos se apresuraban a cambiar de tema y a sonreírme de esa manera que se sonríe a los enfermos cuya cura crees poco probable. Aunque Jaime puso un hierro al rojo vivo sobre mi corazón de pueblerina la cura llegó. No de manera inmediata. Tuve una recaída que me hizo pensar que nunca lograría reponerme de aquella postración en que me sumía cada vez que Jaime aparecía en mi vida. Pero en el transcurso de los siguientes meses, como uno de esos rompehielos alemanes de los que hablaba la radio aquella mañana, algo acudiría a rescatarme del mar helado en el que me encontraba. Dentro de mí se abrió paso la certeza, la conciencia, de que hay una manera muy distinta de amar que nada tiene que ver con la melancolía, con la enajenación en la que caí tras lo que llaman el primer desengaño. Pero si quiero ser veraz en este relato debo reconocer que a pesar de los años transcurridos hay ocasiones en las que aún noto supurar la vieja cicatriz que Jaime dejó como si no hubiera pasado el tiempo, como si a ratos aún estuviera en carne viva y no fuera a cerrarse nunca del todo.

2

Con lentitud amanecía el barrio en invierno. Más aún aquel mes de febrero que anunciaba tormentas de nieve y en el que un viento polar había convertido Madrid en un enorme *frigidaire*. Al día le costaba arrancar, desperezarse, como si algo tirara de él hacia el suelo, como si la mañana llevara prendida en los bajos esas pepitas de plomo que se ponía a los dobladillos de las cortinas para mantenerlas a ras y que no se separaran del piso. La luz iba poco a poco despegando, gris, macilenta, se diría que nacía ya descolorida. No venía del cielo sino que parecía asomar por los adoquines de la calle, ascender por las bocas de las alcantarillas, como si el sol hubiera pasado la noche bajo tierra.

—¿Abre o no abre? —preguntaba mi madre a mi hermano Miguel cuando venía de la carbonera y del cuarto de calderas de poner en marcha la calefacción de la finca.

Debido a la dureza del frío una ordenanza municipal había autorizado a encender antes de tiempo las calderas de las casas.

—El cielo, Miguel, que si abre.

Mi hermano se iba desprendiendo de la ropa y a medida que lo hacía minúsculas partículas de carbonilla caían al suelo formando dibujos caprichosos y cubistas.

—Qué va a abrir. Se está organizando la de Dios es Cristo.

—Esa boquita, Miguel... —Mi madre le ayudaba a doblar la ropa sucia y luego era ella la que se doblaba para limpiar la carbonilla del suelo.

—Una nevada de campeonato, eso va a caer.

—¿Y estamos preparados?

—A medias.

—Pues a medias no podemos estar. Tú ve pidiendo más carbón aunque ahora no falte. Si lo encargamos tarde nos exponemos a que se acabe, no haya reparto en varios días y buena gana.

—Lo que chupa la condenada caldera no es normal, madre.

—Pues a eso voy.

—Está media Europa congelada y la broma que viene a Madrid parece que lo hace con refuerzos. El Manzanares, helado, madre. Como en Siberia.

—Y las pulmonías, a manta, mira éste. Si en todas las casas se encienden antes las calderas habrá problemas con el reparto.

—Usted sabe lo que dicen, ¿no, madre?

—¿De qué?

—De los inviernos estos que nos vienen.

—¿Qué dicen?

—Que la culpa la tienen los americanos y las pruebas esas que hacen con las bombas no sé dónde.

—Por decir...

—Que se están cargando el tiempo con tanto pepinazo, en pocas palabras.

—Entonces de lo del carbón, ¿te ocupas tú? No quiero a los vecinos protestando porque los radiadores no calientan lo que deben. A ver si se van a quejar al administrador de que desde que tu padre falta las cosas no se hacen como se debe. Y de nosotros no puede haber queja, Miguel. Ya han pasado por alto lo que han pasado por alto —se refería al encarcelamiento de nuestro padre— y sólo falta que demos ni un tanto así de motivos para que nos pongan a todos en la calle.

—Ya me he ocupado, madre. Ya sabe que la carbonera es cosa mía mientras padre no esté. Nadie tendrá queja de nada.

Con la claridad un cambio de guardia se producía en el barrio, se marchaba el sereno con su chuzo y sonajero de llaves y aparecían otros habitantes fijos de aquellas calles: el trapero, el afilador, el que arreglaba cacharros de hojalata y varillas de paraguas, el de la miel, el que reparaba las sillas de anea, trabajadores itinerantes, figuras nómadas que cargaban sus alforjas a la espalda como jorobas de camello.

—¿Te enteraste de la multa que han puesto al panadero de Martín de los Heros? —Se detenían a liar un cigarrillo frente a la puerta del bar de mis tíos.

—Mucho corre la liebre pero más el galgo que la prende.

Llevaban noticias de unos barrios a otros y eran como telegramas andantes que lo sabían todo de la calle y de la vida.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? —preguntaban mi tío Marcelino o su padre, Pelayo, saliendo a la puerta del bar.

—La harina, que no pesa lo mismo para todos. Denos usted un poco de lumbré, haga el favor, Pelayo.

—¿Cómo es eso? —El chisquero que mi tío sacaba del bolsillo del delantal iba pasando de mano en mano en un ritual que los hermanaba.

—Veinte gramos descontaba el de Martín de los Heros a las barras de trescientos —decía el que había traído la noticia.

—Listos los ha habido siempre en todas partes —terciaba Pelayo— pero aprovecharse de la gente en el pan... Eso es una sinvergonzada.

—Cuatro o seis docenas de barras que vendiera al día mucha miga es de margen —opinaba tío Marcelino haciendo cuentas mentales.

—Miga la de las diez mil pesetas de multa que le ha puesto el de tasas. Suerte si no le bajan la persiana por un mes.

—Tanto nadar para morir en la orilla. Hala, con Dios...

Y con el cigarrillo colgándoles del labio como una palabra a medio decir seguían su camino. A menudo eran ellos quienes marcaban las horas del día. Si se oía «¡Se arreglan sillas! ¡El sillero...!», mi hermano decía:

—Las nueve van a dar, madre.

Si era «¡Chorizo, queso y miel de la Alcarria...!», mi madre señalaba:

—No andan lejos las y media.

Todos ellos tenían pulmones tan buenos como los del sereno. A veces los gritos de unos y otros se juntaban en el aire como un canto polifónico con distintas armonías. Visitaban a domicilio, como los médicos, y con el tiempo y el trato pasaban de ser simples conocidos a los que se saludaba alzando un poco la barbilla a miembros casi de la familia a los que se obsequiaba con un vino, un bocadillo y mucha conversación.

—El desbarajuste este de cuentas que tenemos desde que tu padre falta va a terminar por fin —dijo mi madre aquella mañana—; la tranquilidad que me da que hayas encontrado un trabajo tan bueno, hija. Eres la única a la que veo un poco encarrilada.

Miguel había ido a frotarse con agua y jabón para arrancarse la carbonilla de las manos, el cuello y la cara. Mi madre jamás habría dicho en su presencia algo así pues habría sido como hacer de menos el trabajo que mi hermano cubría en la portería desde lo de mi padre. Le recordé que sólo estaba «de prueba», pero no hubo manera humana de que me escuchara.

—Que prueba ni prueba. Maneras de hablar, cosas que se dicen. Te dicen que estás a prueba pero lo que ellos quieren es que te quedes. Tú mete la cabeza, hazte imprescindible y de ahí no te saca nadie. Y todo gracias a Perea. ¡Este hombre! Gente buena como él no se la encuentra uno todos los días.

Aún recuerdo el calor que mi madre desprendía aquella mañana. Habitualmente tenía lumbré en los ojos y en la voz pero ese día las llamas habían crecido por el orgullo que le daba tener «una hija escritora». Bendita ella que no diferenciaba entre hacer palotes y escribir *El ingenioso hidalgo*. Cuando le explicaba que entre pasar a limpio apuntes y escribir como el doctor Marañón mediaba un abismo, se revolvía inquieta como las antenas de un grillo.

—Ya estás haciéndote de menos. Se empieza pasando a máquina lo que otros escriben y quién sabe, a lo mejor dentro de poco te dejan firmar una página en esa revista tan importante. ¿O te crees tú que la gente nace sabiendo? ¿Has dormido bien?

—Regulín.

Miguel entró secándose la cara con una toalla y me deseó suerte en mi primer día. No era muy dado a las muestras de cariño, al contrario, era áspero por lo general, tenía el pronto rápido, un carácter que parecía electrificado pero también un fondo afectuoso que a veces dejaba asomar sin avergonzarse. Mi madre me acompañó hasta la puerta y me ató la bufanda al cuello como si aún fuera pequeña y me estuviera despidiendo para ir a la escuela.

—Perea se ha desvivido por nosotros y eso que no nos conoce de nada. Hay que agradecerle que te haya encontrado una colocación tan importante. ¿Tú le has dado

las gracias?

—¿Yo?

—¿Tú le has dicho algo?

—¿Como qué?

—Ay, qué parada eres a veces, hija.

—Yo lo que le dije fue que... pues que le agradecía mucho el que...

—Ahora que ha dado la cara por ti no le hagas quedar mal y sé cumplidora, ¿eh? Bueno, sé como tú eres, responsable y formal. Esta noche lo vamos a celebrar por todo lo alto. La pena que me da que no estemos todos, eso no lo sabe nadie.

La llegada de los vendedores ambulantes traía consigo la aparición de otros personajes que eran parte insustituible del paisaje de las calles, una raza muy numerosa por aquellos años, hombres a los que Quevedo habría llamado gente sin industria, los mirones. Estaban en todos los barrios. Algunos habían sido maestros, otros barberos, también guardias urbanos, soldados, molineros, electricistas y alguno hasta estraperlista pero ahora ya no eran nada de eso, la pobreza los había igualado y reducido a una única condición, la de mirón. Vivían de leer periódicos de prestado, de vivir vidas de prestado y algunos hasta de comer y beber a costa de la buena voluntad de los vecinos.

En el barrio teníamos nuestra pequeña cuota, igual les daba contemplar la fabricación o el arreglo de una silla de anea en la calle como una partida de tute subastao en el bar de mis tíos. Miraban mucho pero desoyendo el consejo del refrán no eran de piedra ni daban tabaco. Al contrario, eran habladores, sociables, desplegaban encanto y simpatía para así ganar alguna ronda de vino o de cigarrillos. Cuando cansados del esfuerzo de mirar hacían una pausa en torno al banco de la plaza se les escuchaba compartir sucedidos y novedades. Dos eran los temas de conversación a los que daban repaso diario. El primero, la guerra. Después de los años transcurridos, agotadas las lágrimas por la pérdida de padres, hermanos e hijos y cuidadosos de no hablar de bandos para no despertar rencores, a menudo quedaba reducida a una justa en la que se dirimía quién había pasado más hambre.

—El cerco a Frías de Albarracín duró semanas. Cuando se acabaron los gatos y las ratas hasta la correa de los cinturones nos parecía un manjar.

Quien habla es Amable, maestro en Cabezón de la Sal. Habla, pasea y mira como si todavía tuviera un puntero en las manos y señalara sobre un mapa los ríos de España. Hace años que dio su última clase pero será maestro hasta el día que se muera.

—Y con ello no hacíamos sino seguir el camino trazado por el navegante...

—¡Colón! —le interrumpía una voz.

—¡Hernán Cortés! —saltaba otra.

—El otro, el Magallanes —decía el de más allá.

—No, hombre, no, a quien me refiero es al navegante don Pedro Sarmiento de Gamboa a quien Felipe II encomendó ser el azote del pirata Francis Drake.

—Los ingleses son todos unos piratas, se llamen Drake o se llamen reina Isabel. Lo de Gibraltar va ya para doscientos años y no se arregla. Que han dicho que no nos lo devuelven y no nos lo devuelven. Y encima ella pasea sus reales por allí como si se tratara del jardín de su casa.

Amable seguía con lo suyo:

—Con cuero, y no con otra cosa, hubo de sobrevivir la tripulación del *Santa María de Castro* cuando quedó sin alimentos cerca de las costas de Brasil.

—¿De verdad echaron ustedes mano de las correas en la guerra? ¿O está usted exagerando, don Amable?

—A lo único que se le hacía ascos en aquel cerco a Frías de Albarracín era a la herradura de los caballos, todo lo demás se echaba a la olla.

El segundo tema, las mujeres, con una deriva cada vez más pronunciada no hacia las mujeres de carne y hueso sino hacia las estrellas de la gran pantalla.

—La Gracia se casa con el príncipe de Mónaco y dicen que Hollywood va a trasladarse a Europa. Van a venir todas las grandes figuras a la boda, el Cary Grant, el primero, y luego el Sinatra, el otro, y el otro y el de más allá...

Justo es el que está al tanto de la noticia; barbero en otros tiempos, camina con las manos a la espalda sujetando un cigarrillo que nadie sabe de qué está hecho y que tarda en consumirse lo que en levantarse la muralla de Ávila. De vez en cuando visita su antigua barbería y allí consulta las biblias mundanas, como llama él a las revistas de actualidad o de cine.

—Don Amable, usted que entiende tanto de todo, ¿sabe lo que le pagan en América a un extra que no sale ni cinco segundos en pantalla? Pongamos por caso un indio de esos que no hablan, el que hace las señales de humo por decirle algo.

Después se entregan en grupo a hacer cábalas sobre lo que gana en dólares o en pesetas un extra de cine en América para volver al cabo de media hora larga y tres o cuatro cigarrillos por barba al punto de origen, la boda de la actriz americana y el príncipe europeo.

—La Gracia ha nacido princesa. No hace mal matrimonio ese Rainiero.

—¿Qué dice, hombre, por Dios? Más guapa es la Marilyn. La llaman en América la «Venus de Miller».

A uno de estos mirones le llamaban desde que yo recuerdo Mascarón. Una mancha morada, como un gran cardenal, cubría en parte el lado derecho de su cara, desde mitad de mejilla hasta el borde del labio. Era joven y educado y que yo sepa no se le conocía oficio ni beneficio. Todo en él era un misterio, hasta su nombre de pila. Si bien su aspecto podía haber resultado amedrentador era especialmente querido para mi familia, pues en cierta ocasión había evitado que unos gamberros que vivían

en los márgenes del Manzanares y que de vez en cuando hacían razias por el barrio le dieran una paliza a mi hermano Pedrito para llevarse un duro que se había ganado vendiendo tebeos.

Cuando salí de casa aquella mañana Mariano, el sillero, estaba colocando su pequeño taller en la acera, frente al escaparate de la juguetería que había al otro lado de la calle. Mascarón lo ayudaba con el haz de tiras de anea que estaba sacando de las alforjas.

—Mi madre les traerá luego unas sopas de leche caliente y pan —anuncié al pasar por su lado.

—Y de tu padre, ¿qué? ¿Todavía nada? —preguntó el sillero.

—Nada, don Mariano, aún le queda mucho que cumplir.

—Qué va a quedarle. Pero si no ha hecho nada el hombre. Lo que le han hecho a tu padre no tiene nombre, la injusticia que han hecho con él eso tiene que acabarse. La Justicia a veces se pasa de ciega, ve culpables donde hay inocentes e inocentes donde hay culpables. Pero ya verás, ya, el día menos pensado lo tenéis en casa.

—Sí, don Mariano. Dios lo quiera.

Luego pensé que, con el frío que hacía, mi madre los haría pasar a la portería para que tomaran la leche caliente, seguro. Allí hablarían del pueblo pues Mariano también era de Valdemorillo y siempre intercambiaban noticias que les hubieran llegado a través de algún vecino o algún familiar. Trino, mi padre, ocuparía el tema central de la conversación y eso alegraría a mi madre y la aliviaría del peso de la soledad haciéndosela un poco más llevadera. A cambio de la hospitalidad de mi madre, Mariano nunca nos cobraba los arreglos de las sillas e incluso se permitía perder un tiempo valiosísimo de su trabajo explicándole a mi hermano Pedrito —que tenía una curiosidad insaciable y de todo quería saber— cuál era el mejor bayón para extraer las fibras con las que se hacían los «culos» de las sillas o cómo se trenzaban y se aplanaban las tiras de anea.

Chelo me alcanzó en la calle cuando estaba llegando al metro. Venía llamándome a grito pelado y haciendo que la gente se volviera a mirarla.

—Te había dejado el estuche de pinturas junto al lavabo para que lo vieras —dijo jadeando.

—¿Qué tengo? ¿Barrillos en la cara?

—Muy graciosa. Que no me gusta que seas tan desgarbada, hija. ¿Es que te parece mal?

En realidad no necesitaba llamar la atención para provocar una marea de cabezas girándose a su paso. Era guapa de chocar, de una belleza rotunda, dulce y carnal a un tiempo, una mezcla de *madonna* italiana y la gitanilla que aparecía en las latas de aceite. Al pasar junto a unos obreros que cavaban una zanja, un chaparrón de piropos se descargó sobre ella.

—Eso es un chasis de campeonato y no el de la Mercedes Benz.

Uno deseaba ser náufrago en sus ojos, otro se refería a ella como a un monumento más grandioso que la Cibeles y un tercero lamentaba no estar borracho para poder verla dos veces.

Chelo ignoró sus comentarios y mientras recuperaba el aliento pasó revista a mi cara.

—Ni una gota de color. Ni siquiera rubor en las mejillas o *rouge* en los labios. Y los ojos. Mírate.

—¿Qué les pasa? —pregunté asomándome a un escaparate.

—Que es una pena que no resaltes un poco las pestañas con los ojos tan bonitos que tienes. ¿No me vas a hacer caso por una vez y a pintarte un poco? Hoy quiero que estés guapa de tumbar.

Después de mostrar su desacuerdo con mi cara lavada bajó la mirada hasta mis zapatos planos.

—Eso sí que no. Esas pantuflas ni hablar. A ti te falta un tornillo, definitivamente.

—Son calentitos.

—Yo es que te mataba. ¿De verdad vas a entrar con esos zapatos blandos de costurera en la oficina? —me regañó.

—Redacción —corregí molesta lanzando una mirada de reojo a mis pies que se movieron dentro de los zapatos—. Además, ¿quién se va a fijar en ellos?

—Tres dedos más de altura, media peineta de Carey y seríamos dos reinas. Nos hemos quedado bajitas y algo tenemos que hacer. ¿O no vamos a hacer algo?

—Ni en si llevo colorete. No voy a un desfile —añadí malhumorada pagando con ella la rabia porque los piropeadores no hubieran levantado la vista cuando pasé a su lado.

—No podemos pintar los centímetros que nos faltan aunque sí fingirlos con un cardado de pelo o colocándolos en los pies.

Los obreros no parecían desanimarse por su indiferencia y decían algo de bailar un chotis bien *apretao* con ella y de poner en las curvas de su cuerpo señales de tráfico para que nadie descarrilara. Otro decía que hacían la pareja perfecta y que eran la bella y la bestia.

—Que pesados, ¿no? —pregunté picajosa.

—La primera impresión lo es todo —continuó Chelo sin hacerles caso, y nos apartamos de ellos hasta que sus voces se apagaron del todo—. Lo de la cara lavada puede pasar, pero los zapatos... No sólo por la altura. ¡Pero si ni siquiera hacen ruido cuando caminas! Pasarás inadvertida. ¿Sabes lo que decía Sarah Bernhardt? Que había dos maneras de cruzar un escenario, como si pisaras alfileres o como si pisaras brasas. Haciéndose notar o haciéndose notar, ésas son las alternativas. Claro que fue antes de que perdiera la pierna.

—Qué cosas inventas.

Sacó de una bolsa que traía en la mano los zapatos de don Eladio y con un gesto implorante me instó a ponérmelos. Tenía prisa y obedecí pensando que con ello me desharía de ella. Eran demasiado altos y las cintas de cuero me apretaban el empeine haciendo sobresalir a cada lado unos rulitos de carne que traté de disimular encogiendo y estirando los dedos varias veces. Un par de pasos bastaron para convencernos de que me hacían parecer más torpe e insegura de lo que ya estaba.

—No creo que sea buena idea llegar el primer día trastabillando —insinué cargada de razón—. ¿No es mejor que *no se me note...* demasiado? ¿Qué diría tu Sarah Bernhardt de dejarse los dientes en el suelo nada más salir al escenario?

—A mí me costó horrores aprender a caminar con ellos. Tienes razón, son demasiado altos para ti —concedió magnánima y mirando con nuevos ojos mis zapatos blandos que colgaban de su mano como dos despojos me los alargó—. Los «pueblerinos» no son tan feos después de todo —dijo intentando sonar convincente.

—Gracias.

Mientras me cambiaba de calzado por segunda vez me reprochó no haberla esperado. Quería acompañarme a la redacción y compartir conmigo «los nervios del estreno».

—Además, tengo algo que contarte y en casa no puedo —añadió—, y por favor, antes de entrar en la oficina quítate esa bufanda que pareces una colegiala.

No quería llegar escoltada por mi hermana pequeña pero no tenía corazón para mandarla a casa. Por entonces Chelo pasaba horas bajas por culpa de una instructora del Servicio Social que trataba de redimirla de su mala vida convenciéndola para que diera en adopción a la pequeña Irene. De nada había servido la firmeza con la que toda la familia, y en especial mi madre, había negado cualquier posibilidad de que la niña fuera adoptada. La instructora en cuestión, doña Pilar Lorite, seguía visitando a mi madre de tarde en tarde para intentar que cambiara de opinión sobre su nieta. Pero no era de eso de lo que Chelo quería hablarme. El día anterior volvía de las clases cuando unas estudiantes de dibujo a las que no conocía de nada la pararon por la calle y le preguntaron si estaría interesada en hacer de modelo en el taller donde pintaban.

—La directora de la academia está buscando caras nuevas y dijeron que seguro que yo les encajaba. ¿A ti qué te parece? Lo de posar y eso.

—Que eres una presumida.

—Apuntes del natural lo llamaron ellas. Ahora están haciendo un arlequín, o sea, que el modelo de ahora se ha disfrazado de payaso para que lo pinten como el del cuadro de Picasso. Yo no sé qué cuadro es pero ellas dijeron eso, el arlequín de Picasso. Tú, con lo lista que eres, lo has tenido que ver en algún libro. ¿Lo has visto o no lo has visto?

Era uno de los cuadros que salían en mi libro de láminas.

—Mira, Chelo, no tengo tiempo para...

—Tú dime si lo has visto.

—Pero ¿te pararon así, sin venir a cuento? ¿Tú no hiciste nada para llamar la atención? —pregunté maliciosa. Seguía envidiosa de su belleza.

—¿Y qué querías que hiciera, chica? Como te imaginarás no me puse a bailar *La morena de mi copla* en mitad de la calle.

—Pues no sé, yo no estaba. Pero según eres...

—Me crucé con ellas que venían riendo, charlando, cogidas del brazo como a tapar la calle, ya sabes. Tuve que bajar de la acera para pasar y nos quedamos mirando, eso es todo. Después de cuchichear entre ellas vinieron corriendo y me lo propusieron. Figúrate cómo me quedé yo, ¡helada perdida!

Metió la mano en el bolsillo.

—Mira, aquí tengo apuntado el nombre de la academia. Dime que no te parece tan mala idea, por favor. Por favor.

Me largó un papel donde venía el nombre y la dirección de la academia; era un estudio, el de Marisa Roesset, en la calle Goya. Puse mala cara. Anticipaba las reacciones en contra que iban a tener mi madre y, sobre todo, Miguel. Desde que nuestro hermano mayor se había quedado ejerciendo de cabeza de familia había reforzado su estricto control sobre mi hermana, a la que cortaba cualquier movimiento que considerase veleidoso. Chelo intentó suavizar el asunto, como si ensayara argumentos conmigo para cuando tuviera que enfrentarse con los dos jueces del tribunal sumarísimo que habíamos dejado en casa.

—No es nada del otro mundo, Asun.

—No es a mí a la que tienes que convencer.

—Sólo toman apuntes, eso es todo.

—Yo lo que creo es que...

—Por supuesto nada de desnudo ni cosa parecida —se apresuró a aclarar—, ya lo he preguntado, el trabajo es decente cien por cien. Sólo tengo que ponerme como me marque la profesora y aguantar como un pasmarote sin moverme. Así, como una estatua. —Y se puso a hacer de estatua hasta que me arrancó una sonrisa—. Pagan doce pesetas a la hora y nos vendría tan bien ese dinero...

Era bastante dinero. Al menos para una familia como la nuestra. Pero era difícil, si no imposible, que mi madre aprobara algo así.

—Ahora déjame hablar.

—Di.

—No creo que sea buena idea.

—Si es que lo sabía.

—No te quiero chafar la ilusión pero es mejor que esperes a que te salga otro trabajo. Sabes tan bien como yo cómo están las cosas en casa.

Sin necesidad de mencionarlo las dos sabíamos que su historia con el tramoyista y su embarazo estaba detrás del odio que nuestra madre le había cogido a todo ese ambiente de artistas y bohemios del que decía, repitiendo las palabras de un párroco de Valdemorillo, que era un mundo inmoral, indecente y sicalíptico.

—Lo entiendo, si entiendo lo que estás pensando —dijo Chelo—, pero esto es diferente al mundo del teatro, aquí no hay el mismo ambiente ni por asomo. Me podrías acompañar a la academia.

—¿Yo?

—Si no puedes hoy, otro día. Así la verías por ti misma y te darías cuenta de que no hay peligro ninguno.

—Pero ¿es que tú ya has estado?

—No, no, qué va.

Guardé silencio. Me apenaba desilusionarla.

—¿Me ayudarás a convencer a madre y sobre todo a Miguel? Por favor, Asun, necesito salir de casa, volver a relacionarme con la gente, y es una oportunidad para que pueda traer algo de dinero a casa. Cuidar de Irene no es barato precisamente.

Eso era verdad.

—Pero siendo sinceras —añadió—, tengo que reconocerte que más que el dinero lo que necesito es respirar fuera de las cuatro paredes de la portería.

Chelo me miraba con sus grandes ojos, aguardaba impaciente una respuesta. Echamos a andar, Chelo no soltaba la presa.

—Tú no lo entiendes porque entras, sales y a nadie das cuenta de nada...

—Eso tampoco es verdad.

—... pero yo me ahogo, todo el día de Felisa a Irene y de Irene a Felisa.

—Ni se te ocurra hablar en ese tono de ellas.

—Pues de madre a hija y de hija a madre, como quieras —dijo suavizando el tono y moviendo los brazos como aspas. Había puesto en marcha los mecanismos del melodrama que tan bien controlaba; la gente la miraba como si estuviera declamando y buscaba una cámara de cine por los alrededores.

—Es como si cayera una y otra vez en la casilla un turno sin jugar —continuó—. Llevo meses con la partida parada. En mi vida no pasa nada. NADA. ¿Para eso me vine a Madrid? Me estoy asfixiando. Ganas me dan de volver a Valdemorillo aunque sólo sea por cambiar de aires. Y si doy la nota, la doy, y si me señalan, no me importa. Estoy desesperada. De-ses-pe-ra-da.

La detuve. Sabía que era capaz de utilizar todos sus recursos dramáticos para convencerme, siempre lo hacía. Su actuación había vuelto a ser eficaz. Lo pensaría, era todo lo que estaba dispuesta a prometerle. Sonrió y aplaudió dando por segura mi alianza.

Muy resuelta se puso a bajar las escaleras de la estación.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—Pues a acompañarte.

—Pero si ya me has contado todo lo que querías decirme.

—Bueno, pero así no vas sola.

—¿Crees que me voy a perder?

—Mejor no arriesgarse.

Acepté que hiciera conmigo el trayecto en metro, pero dejé claro que cambiaría de andén al llegar a Moncloa y se volvería por donde había venido sin salir siquiera de la estación.

—Que sí, hija, que sí. Qué pesada, por Dios.

Al final no sólo hizo transbordo conmigo y me acompañó hasta la misma puerta del semanario sino que me hizo mil preguntas sobre la nota que me había dejado Jaime. Como me la había arrancado de la mano durante el viaje y no había entendido qué quería decir eso que había escrito me preguntó si era una especie de clave secreta, un código cifrado como en las películas de espías. Mi hermana era una enamorada del cine y para ella el domingo era un día sagrado que santificaba acudiendo sola o con mi hermano Pedrito a las proyecciones de películas que hacían en el centro parroquial. Le expliqué que el lugar mencionado en la nota había sido un hotel de Madrid muy frecuentado durante la guerra por rusos y escritores americanos y que en cierta ocasión Jaime me había dicho que salía en una novela. Seguramente quería que nos viéramos allí.

—¿Y por qué la nota no dice más claramente a tal hora en tal sitio? —preguntó Chelo cargada de razón.

No supe explicarle los meandros que Jaime empleaba en las cartas. Era un juego para él. Empezamos a utilizar mensajes secretos cuando nos hicimos novios y ambos intentábamos que no se enteraran nuestras familias. Nos parecía excitante eludir la vigilante mirada de su madre, doña Eulalia, por medio de cartas que iban y venían del principal a la portería escondidas en los libros. Los juramentos apasionados de lealtad de las novelas de Dumas, los párrafos sencillos y a la vez misteriosos de *San Manuel Bueno y Mártir* o versos de José Hierro sirvieron muchas veces de escondite a nuestras notas. En ellas fijábamos citas nocturnas en la portería o frente al taller de costura de doña Herminia. De todos los autores que Jaime leía por aquella época José Hierro era su preferido. Jaime lo había conocido en la universidad en una velada poética de las varias que hubo durante los Encuentros entre la Poesía y la Universidad y siempre acudía a sus versos para mitigar el escozor de una pelea o sellar un armisticio: «vivir y morir vidas y muertes de otros... un momento que flota y nos toca con su misterio... el que siente en su mano temblar la alegría y ya no puede morir...».

Chelo, mortalmente aburrida de tanto morir poético, elevó los ojos al cielo.

—De la que me libro al no tener novio, chica —dijo aliviada. La idea de tener que aprender poesía ñoña para comunicarse con alguien le parecía una carga demasiado pesada. Pero no tanto como la idea de tener que aguantar a un hombre toda la vida. Los hombres le habían hecho mucho daño y no quería verlos ni en pintura, al menos eso decía.

Llegamos por fin al portal y vimos la placa que anunciaba el piso del semanario. Chelo me miró sonriente y me apretó la mano con tanta emoción que los dedos se le pusieron blancos.

—Ay, Asun, que me muero, que me va a dar algo...

Solté un suspiro que se oyó en la avenida de José Antonio. Toda la noche esperando ese momento y ahora sólo deseaba salir corriendo.

—Te acompaño al metro y vuelvo —dije cogiendo a mi hermana del codo.

—De eso nada, monada —canturreó Chelo alegre desanudándose la bufanda.

Antes de que pudiera darme cuenta Chelo me la arrancó del cuello, colocó en mis manos unas flores que había comprado a la salida del metro —«sin flores no hay estreno que valga», declaró— y me empujó hacia el interior del portal.

Sin darme tiempo a reaccionar y devolverle las flores me guiñó un ojo, dobló la esquina y se perdió por las calles. Subí los escalones que me separaban del entresuelo donde estaba la redacción y después de inhalar profundamente empujé y traspasé la pesada puerta.

—Te digo que es un asunto de palpitante actualidad, y no sólo en Francia o en Gran Bretaña. En América lleva utilizándose años y ha demostrado ser una eficaz ayuda para los investigadores —explicaba un hombre de patillas largas que tenía un péndulo en la mano a otro con gafas y bigote fino que estaba sentado a una de las mesas cercanas a la puerta—, y si le dejamos demostrarlo a lo mejor podemos anticipar los próximos golpes de ese tipo antes de que lo haga la policía.

Tal y como había imaginado durante la noche insomne, en aquel lugar reinaba la agitación. No la de un gran almacén en día de rebajas o la de la terminal de autobuses que llegaban o salían de Madrid, sino más bien la que se supone en una colmena donde todas las obreras se hallan enfrascadas en la fabricación de miel y cera. No veía, o no distinguía, a la abeja reina por ninguna parte. ¿Sería tal vez el gordo alopécico que hablaba por teléfono junto a una ventana y de cuya conversación me llegaban algunos retazos?

—Lo que queremos es que dejen entrar al fotógrafo en la sala de autopsia... —decía a su interlocutor al otro lado de la línea—. Coño, claro que para tomar fotografías de la extracción de las vísceras... si ha sido veneno y el forense lo certifica el protagonista del reportaje debe ser el hígado o el riñón...

¿Tal vez el de la camisa remangada que entrevistaba a una mujer de luto que no dejaba de enjugarse los ojos y se lamentaba de la mala suerte de su hija?

—Una pandilla de gitanos críos, seis o siete eran los que la abordaron en plena calle Carretas... Tan pequeños y tan malvados, diga usted...

Cada conversación parecía emitir a una frecuencia propia y así era capaz de aislar unas de otras como si sintonizara canales distintos. Por un momento mis ojos se desentendieron de mis oídos y fueron a clavarse en un cartel que había colgado en la pared sobre una fila de archivadores. Era la portada ampliada de un número atrasado del semanario. En ella se veía el retrato de una mujer que miraba desafiante a la cámara, una mujer a la conocía muy bien porque había sido la primera en dar una oportunidad a mi hermana Chelo en el mundo de las variedades y la revista, Adelina Sánchez Palomo o, como se la conocía en el mundo artístico, la gran Lina Guzmán. Se había convertido recientemente en la esposa de don Andrés Hernández Salvatierra y en una segunda madre para Jaime y Almudena. No puede decirse que llegara a este matrimonio con las manos vacías, aportó a su reciente familia un nuevo miembro, su hija Gloria, que había nacido de su unión secreta con don Andrés dieciséis años atrás. Lejos del rechazo que don Andrés había previsto para esta hermana bastarda que caía del cielo y que era «fruto de un pecado de juventud de su padre», Gloria fue acogida por Jaime y Almudena con el calor y el reconocimiento que merecía, con auténtico afecto. Mientras miraba la fotografía recordé muy bien el motivo que había llevado a

doña Adelina a ser portada de una revista como *Sucesos*, su matrimonio con un nazi huido de Alemania que se había refugiado en Madrid bajo una identidad falsa, la de un judío llamado Joachim Levi. Don Joachim se había suicidado días antes de que su verdadera historia saliera a la luz, días antes de que el barrio se viera sacudido por el horror de descubrir que aquel hombre amable y educado que tomaba café en la plaza y se dirigía a todos con dulce acento austríaco, que curaba resfriados y trataba torceduras de tobillo a los bailarines de la academia de su mujer, que tenía afición por arreglar relojes y se emocionaba al escuchar valsos de su querida Viena, días antes, digo, de saber que aquel hombre algo solitario, melancólico y prematuramente envejecido, lejos de ser un judío víctima del horror nazi era Johann Lemper, un carnicero del campo de exterminio de Auschwitz que llevaba huido desde que terminó la guerra. El pie de foto del impresionante retrato de Adelina decía: «Estuve casada sin saberlo con un sanguinario nazi. Soy una víctima más». Pero no había sido ésa la única ocasión en que la vida había puesto a prueba su cordura. La gran Lina demostraría en los siguientes meses ser mucho más grande de lo que su apodo artístico sugería. Su entereza la protegió de caer en la locura cuando fue secuestrada por su hermana Benita. Ésta la había emparedado en un pequeño habitáculo del sótano de la academia de baile y había añadido escarnio a su tortura al llevarle como compañera de cautiverio a su hija Gloria. Pero habían salido con vida y con el juicio intacto gracias a su fe y a su gran fuerza moral. Esa entereza, unida a otra cualidad nada desdeñable, su lealtad, evitó que el ánimo de don Andrés, tras la muerte de su mujer y la pérdida de su mejor amigo y socio, Matías, quedara reducido a escombros. Dos personalidades tan fuertes estaban destinadas a reencontrarse y a complementarse y eso ocurrió cuando, como digo, don Andrés enviudó y doña Adelina se convirtió en la segunda madre de Jaime y Almudena. Miré sus ojos oscuros y quise imaginar que me daba una secreta bienvenida a aquella redacción que se convertiría a partir de ese momento en mi lugar habitual de trabajo. Aparté mis ojos del cartel y sobrevolé la sala con la vista, sin detenerme demasiado en los empleados que trabajaban solitarios en sus mesas o compartían confidencias apagadas con algún compañero. Volví a detenerme en los dos hombres más cercanos a la puerta.

—Ha dicho el tipo que sólo hay que cercar la zona en el mapa y dejar que el péndulo haga su trabajo —insistió el de las patillas mientras sujetaba el péndulo que hacía círculos sobre un vaso de agua. Se notaba que era él quien movía la mano aunque pretendía hacer creer al otro que era algo relacionado con la carga eléctrica del agua—. Pero si hasta el mismísimo Hitler, que se dice pronto, encontró por este procedimiento unos submarinos enemigos.

—¿Quién?

—Hitler te estoy diciendo.

—¿Adolf?

—Hombre, si tú conoces a otro...

—¿Dónde?

—En el mar, escondidos en mitad del Atlántico. Ni sónar, ni radar, ni pantallas ni leches. Un péndulo halló los submarinos. Que no lo digo yo, que está en los libros de historia...

A pesar de lo que le había impresionado que Hitler hubiera utilizado un péndulo como arma secreta de espionaje durante la guerra, el del bigote y gafas movió la cabeza con escepticismo.

—Mira, Enrique, en América, en Alemania o en Gran Bretaña no te digo que no funcione este procedimiento, ¿por qué? Porque allí son gente formal y todo lo hacen con conocimiento. Nada de a tontas y a locas. Pero aquí...

—Pues allí como aquí, mira éste.

—No es lo mismo. Gente así de seria no hay mucha por aquí. Basta que se sepa que la policía está dispuesta a contar con la ayuda de un brujo para que las comisarías se llenen de aprovechados y vivos que van a ofrecer sus servicios —respondió el del bigote con fatalismo.

—Zahorí y brujo son cosas muy diferentes. Lo ha repetido un montón de veces ese tío, el radiestesista, ha jurado que puede descubrir los siguientes pasos que va a dar ese asaltante con su experimento.

—Un vidente, para entendernos.

—Pero con sustancia científica. Asegura que todo se puede explicar científicamente.

—Hombre, no te va a decir para empezar que todo son pamemas. No habría reportaje.

—Tiene diplomas, títulos.

—¿Qué diplomas? ¿Qué títulos?

—Ese hombre sabe lo que cuenta y si está dando conferencias a diestro y siniestro, y hasta ha llenado dos veces el aula magna de la Facultad de Medicina, por algo será. Ya veo los titulares: «El péndulo que atrapó al ladrón». ¿Tiene o no tiene pegada, Cayo?

—Yo, si don Adolfo no pone pegas... ¿Él qué te ha dicho de todo este asunto?

Estaba distraída escuchando a los dos tipos cuando una nube de humo me cegó los ojos.

—No tenías que haberte molestado —dijo un grandullón que olía a Varon Dandy arrancándome el ramo de las manos. Era el dueño de la nube y había aparecido a mi lado con el sigilo de un duende, como si se hubiera materializado de la nada—. ¡Por fin un alma sensible entra en esta santa casa!

Dos o tres que oyeron su comentario rieron.

—No asustes así a la muchacha, Armando...

Y luego volvieron a su trabajo como si nada.

—No te he asustado, ¿verdad que no?

Algo en él me ponía en guardia. Me escrutaba tan de cerca que veía su cara deformada, achatada por los polos y ancha a la altura del ecuador. Era tan parecido a un cachalote que resultaba imposible no recordar la descripción de Moby Dick, blancura de nieve, frente arrugada, alta y piramidal joroba... La suya era la cara de un niño que ya no cumpliría los cincuenta.

—Pero si lo he hecho te pido perdón —dijo con una repentina amabilidad—. ¿Me perdonas?

Los dedos que sujetaban las flores de Chelo estaban manchados de nicotina. Una nueva nube de humo procedente de la chimenea de su boca se suspendió en el aire. Alargué la mano para recuperar el ramo.

—Claro que no me ha asustado —respondí intentando que la voz no delatara mi nerviosismo—. Me llamo Asunción Muñoz García y traigo una carta de recomendación de don Héctor Perea...

Sin dejar de estudiarme y despojándose de su efímera y desconcertante amabilidad apartó el brazo alejando las flores de mi mano y sonriendo burlonamente anunció a voz en grito:

—¡La niña de Perea, Laguna!

Cómo me molestó que me llamara así.

—¿Es que no vas a salir a recibirla, Laguna?

En un despacho abierto que quedaba a mi espalda, y en el que no había reparado, un hombre que pasaba de la cincuentena revisaba fotos mientras discutía con un chico joven. Levantó la vista un instante del material que revisaban y tras una somera e indiferente mirada hacia mí y un gesto de «ocúpate tú de ella» dirigido a mi acompañante siguió a lo suyo. Ahí teníamos a la abeja reina. En los tirantes y un gesto desdeñoso se veía que era el que mandaba. El chico joven que estaba con él me sonrió afectuosamente y luego volvió a examinar las fotos.

—¿Es ése don Adolfo? —pregunté.

El duende ignoró mi pregunta y me empujó suavemente hacia el interior de la redacción.

—Está ocupado con las fotos de la enana de Barcelona, la Teresita, no le tengas en cuenta su falta de cortesía, ¿eh, pequeña? ¿Sabes que ha muerto el otro enano atropellado, el famoso ese que cuidaba los coches? Sabrás que había dos enanos famosos en Barcelona, ¿no?

—Pues yo... no... —Giré la cabeza para volver a mirar a don Adolfo pero él me siguió empujando en dirección contraria.

—Un tranvía se lo ha llevado por delante. Un vehículo tan grande a un hombre

tan pequeño. ¿No es irónico?

Alcanzó un ejemplar de una columna de números atrasados, buscó rápidamente un reportaje en el que salía una mujer enana, la Teresita, y lo colocó en mis manos.

—Y sólo hace unos días enviamos un corresponsal a entrevistarle. El colmo de la oportunidad. Ahora las fotos que le tomaron y que aún no han sido publicadas son póstumas y todo el mundo quiere publicarlas. Te estoy aburriendo. Mientras Laguna saca un poco de tiempo para ocuparse de ti voy a darte trabajo.

Me dijo que se llamaba Armando —aunque ya lo había oído— y me pidió que lo siguiera. Fue hacia la mesa donde continuaba la discusión sobre el péndulo.

—Hasta ahora el ladrón ha entrado en once inmuebles y en calles no muy distantes —decía el llamado Enrique.

—Eso es exacto —contestó el otro echando un ojo a los informes de la policía que tenía sobre la mesa—, la última casa asaltada está a dos manzanas de la avenida José Antonio.

—Es fácil hacer un cerco a la zona. Probablemente el mapa sea un primer paso, luego el vidente tendrá que estudiar sobre el terreno, en las propias calles de Madrid, el rastro electromagnético que ha dejado ese sujeto. Mira, mira cómo se mueve el péndulo... ¿Pita o no pita esto de la energía imantada?

—Cayo, Enrique, os presento a la niña de Perea. Que ponga las banderas en el plano y luego ya veremos si chufila o no chufila eso del mago —y se volvió hacia mí y me dijo con aire confidencial—: que yo creo que no chuflará.

—Vidente —le corrigieron los dos al unísono y al unísono también me recorrieron de arriba abajo con la vista y murmuraron algo parecido a un saludo.

—Y me llamo Asunción. Asun —aclaré con rotundidad pensando que Chelo habría esperado que lo hiciera.

—Perdona, ramillete —respondió Armando—; nada de niña si no te gusta. Ven conmigo.

El nuevo mote me disgustó aún más. Cruzó la sala y le seguí como a la estrella de Oriente. Aunque me sentía intimidada por él era la única persona que me había dedicado, a su manera, algo parecido a una bienvenida. Después de pasar por la mesa de un hombre que escribía a máquina con dos dedos, otro que mordisqueaba un lapicero mientras trataba de redactar un escrito, del que entrevistaba a la mujer que lloraba y seguía relatando el atraco de su hija —«... y que aunque sean unos críos te sacan una navaja y te desgracian para toda la vida si no les das lo que piden, diga usted...»—, de sortear a otros empleados o visitantes que iban y venían apresurados como si fueran a perder el Atocha-Irún, llegamos hasta una pared donde había un tablero con un plano de Madrid.

—Primera parada, ya hemos llegado. ¿A que no sabes de quién es la única silla giratoria que hay en toda la redacción?

Desconcertada por la rapidez con la que saltaba de un tema a otro pregunté si era de don Adolfo.

—Ése nunca se sienta. Come, duerme y vive de pie, como los árboles. Ya te darás cuenta.

Aguardó una respuesta por mi parte que no llegó y me fue despojando de todo lo que llevaba en las manos, el bolso, las revistas atrasadas que me había dado, la carta de Héctor.

—Es mía y puedes usarla cuando quieras —dijo con amabilidad.

Me señaló una pila de partes policiales y una caja de alfileres con banderita que estaban a un lado y me pidió que fuera señalando en el mapa las direcciones que aparecían en los partes. Se aseguró de que entendía el encargo y me entregó la primera banderita. Luego se fue con las flores y sus dedos manchados de nicotina. El olor a loción de afeitar quedó flotando en el aire como la cola de una bufanda. Además de su cara de niño había algo infantil en su carácter y su manera de hablar, como si una parte de su personalidad no hubiera llegado a desarrollarse del todo, como si su reloj mental de algún modo se hubiera detenido a una hora concreta y nunca más fuera a avanzar. Recorrí con la vista la enorme sala y comprobé que todo el mundo estaba enfrascado en sus tareas y nadie estaba pendiente de mí. Me quité el abrigo y cogí una de las cuartillas del montón que me había señalado el grandullón. Empecé a leer: «Yo, Josefa Gómez Castillo, a 2 de octubre de 1955 declaro haber sido asaltada en mi domicilio de la calle Desengaño número 7 durante la noche pasada por un ladrón que se coló por la ventana...». Busqué en el plano la calle que aparecía en el parte y clavé con emoción mi primera banderita.

Aquel gesto me incluía en la colmena.

Era mi primer gramo de cera.

Mi primera gota de miel.

Ya era, oficialmente, un miembro de la redacción.

Horas más tarde. Calle Alfonso XI número 3. Cafetería del hotel.

Ya nadie lo llamaba Gaylord. Le decían Hotel Buen Retiro o el Alfonso XI a secas. Ponías un pie allí y si estabas alerta, pendiente, la historia te salía al encuentro y la cabeza se te llenaba de impresiones pasadas, imágenes y conversaciones que parecían estar suspendidas en el aire de la cafetería y se agitaban de repente como banderolas de bienvenida. Corresponsales rusos y miembros de las Brigadas Internacionales, diplomáticos, intérpretes, espías, escritores, agentes americanos, alemanes, dobles agentes, delatores, héroes, habían pasado por allí y habían dejado su rastro en el aire. A veces tenían nombres concretos, como Mijail Kolstov, corresponsal del *Pravda* y según todos los datos «mucho más que un simple periodista», es decir, un espía al servicio de los intereses soviéticos. Escribía sus crónicas sobre la guerra civil allí mismo y se decía que hablaba con el mismísimo Stalin muchas tardes desde el teléfono de la barra. Otras veces tenían los rasgos seductores que les habían cedido estrellas de cine como Gary Cooper o Ingrid Bergman al encarnar a los personajes literarios más célebres de la guerra. Tal vez en el asiento que ocuparía esa tarde, en esa misma mesa, se había sentado a escribir Hemingway su famoso libro. Tal vez allí mismo se imaginó a María y al americano idealista que había venido a sabotear las líneas enemigas.

Jaime estaba esperándome cuando entré. Había llegado la noche anterior y durmió en casa de un antiguo compañero de curso, Luciano Marcos. Antes de ir a su casa, directamente desde la estación de autobuses, había pasado a dejarme la nota. Exultante, emocionado, más Robert Jordan que nunca, me explicó que eran varios los estudiantes de fuera de Madrid que habían venido convocados por el eco del manifiesto. «¿Qué manifiesto?», pregunté. Cada vez que él decía esa palabra, manifiesto, un destello cruzaba por sus ojos, empañaba su mirada. Podría ser motivado por las tres cervezas que había bebido mientras me esperaba pero algo me decía que ese brillo se debía a la euforia ante lo que él definía como el «gran momento» que esperaban.

—¡Qué manifiesto! Ya veo que no te has enterado de nada. Menudo follón ha habido todo el día en la universitaria, chica —respondió animoso.

—¿Ha habido carga? —pregunté asustada empleando esa palabra que a veces le había oído pronunciar.

—Sí, la de los mamelucos, pero el siglo pasado —se burló.

—Pues no le veo la gracia.

—Los estudiantes, que por fin se movilizan; va a haber cambios y no sólo en Madrid, a nivel nacional, en toda España. A ese follón me refiero.

—Siempre dices eso, va a pasar esto, va a pasar lo otro. Desde que te conozco...

—Esta vez va en serio —me interrumpió—. ¿No me crees? *L'esprit revolutionnaire c'est ici...*

—Habló Robespierre y Danton.

—A diferencia de la francesa ésta va a ser una revolución incruenta. Como deben ser las verdaderas revoluciones. Cambiaremos el terror revolucionario por el ardor revolucionario e inventaremos un himno más famoso que la Marsellesa.

—Y montaréis el Comité de Salvación Pública.

—Somos más modestos, nos conformamos con el de Salvación Universitaria.

—Y reclutaréis a los catorce ejércitos...

—Armados de lápices, ideas y discursos.

Se puso a jugar con un posavasos en el que garabateó distraídamente algunas letras y dibujó el perfil de una cara.

—No es que haya una estructura montada todavía, no hay organización con dirección ni nada parecido, pero va a haber movilizaciones, se han empezado a recoger firmas, se va a hacer llegar el manifiesto al ministerio, al ministro de Educación quiero decir y al secretario general del Movimiento y eso es sólo el comienzo.

Le pregunté de qué hablaba el manifiesto.

—De libertad, del acceso a la universidad de todos los españoles, no sólo de los niños ricos, de los derechos que asisten a los estudiantes y que se nos vienen negando sistemáticamente por unos burócratas que dicen representarnos, de los intereses legítimos de los universitarios y graduados, de la autonomía que nos deben para gestionar los asuntos que nos afectan, de la vuelta a las cátedras de profesores represaliados...

—Creí que el rector...

—Laín. Laín Entralgo.

—... había permitido volver a todos. Tú me dijiste que él y otros rectores...

—Sí, ya. Pero no han podido restituir a todos de golpe, mujer, entre otras cosas porque algunos siguen en el exilio, pero Laín se ha esforzado por seguir el mandato del ministro de que vaya incorporando a sus cátedras a los que no se fueron para que ninguna cabeza valiosa «de la otra España» se pierda.

De la otra España... Cuántas veces había oído esa expresión que evocaba el enfrentamiento sangriento que había roto la vida de tantos hombres de la generación de nuestros padres.

—Es un buen hombre —continuó—. A buenas horas mangas verdes dirán muchos que se tuvieron que ir a México, a Francia, a los Estados Unidos de América, pero más vale tarde que nunca. ¿Sabes qué se dice? Que Álvaro Iniesta vuelve a San Bernardo. Este curso tal vez aún no, pero el próximo fijo que está de vuelta.

—¿Y qué más dice ese manifiesto tan importante que te ha traído a Madrid?

—Pues que se convoque con todas las garantías un Congreso de Estudiantes pero fuera del paraguas del SEU. No queremos nada con el SEU, pero hay que contar con ellos para que no parezca que con nuestras peticiones vamos a dividir la universidad en dos como algunos hicieron con España. Hay muchas cosas que arreglar. Muchas. —Y con los dedos tocándose por las yemas, como si fuera el morro de un animal abriéndose y cerrándose, acercó la mano a mi cara como si fuera a comerme las mejillas—. El oso sale de la madriguera, ya lleva mucho tiempo hibernando y es hora de sacudirse la modorra.

No terminaba de creerme el sueño y adiviné mis dudas.

—Que sí, Asun, que esta vez sí. Mira, si se hace el congreso, que se hará, se van a ordenar nuestras aspiraciones de tal manera, vamos a ser capaces de exponerlas de tal modo a las autoridades que van a perderle el miedo, el recelo que les tienen, porque se van a dar cuenta de que lo que necesitamos es que dejen de tratarnos como a nulidades, como a niños que necesitan en todo momento que les marquen el camino. ¿Que queremos reformas? Sí, las queremos, nadie debe tenerle miedo a esa palabra, reforma, pero sobre todo queremos realizarlas haciendo uso de nuestra responsabilidad, que nos liberen del control de miembros de ese sindicato que nada tienen que ver con el funcionamiento de la universidad, que nos desteten, en pocas palabras, ¿es eso tan subversivo? ¿De verdad tú lo crees?

—El disco me suena.

—¿A qué?

—A que os va a pasar lo mismo que con el Congreso de Escritores Jóvenes.

—No nos lo van a chafar. Eso fue cosa del Morcillón, de Serrano Montalvo, pero ahora no podrá detenernos porque esto es mucho más grande de lo que sus manejos, sus intrigas y sus esbirros pueden abarcar.

—Os lo chafarán. En el último momento dirán que ven un tufo político detrás de todo y adiós congreso.

—No digo que vayan a hacérselo fácil, pero al final vamos a ponernos todos de acuerdo, y hablo de profesores y autoridades, para enfocar los problemas de los estudiantes desde una nueva perspectiva, la del estudiante, claro. Eso para empezar a hablar. ¿Crees que soy un iluso?

—Dejémoslo en optimista.

De pronto se interrumpió y se quedó mirándome a los ojos.

—¿Sabes que estás muy guapa con ese aire escéptico y todo?

—No seas bobo.

—Que sí. Estás distinta. ¿Te has hecho algo nuevo?

—Que va, si estoy igual —respondí cortada y halagada.

—La suerte que tendrá el chico del que te enamores —susurró inclinándose un poco sobre mi oído.

Me dio un casto beso en la mejilla. Casto y fraternal. Enrojecí y me dio vergüenza que notara el efecto que había tenido su acercamiento. A punto había estado de decir «ojalá fueras tú» pero callé a tiempo. En realidad no sabía en ese momento qué sentía por él y si podría volver a mirar a Jaime como algo más que a un amigo —si él orientara de nuevo su interés hacia mí, claro—, pero esa frase había estado a punto de salirse de la boca así tal cual. Me azoré internamente. No estaba tan a salvo de sus avances como yo creía cuando un simple piropo y un simple beso me habían afectado de esa manera. Para ocultar mis mejillas fingí sonarme la nariz y le pedí que siguiera contándome lo que había ocurrido. Esa mañana había habido una lectura del texto en un aula de Derecho.

—Todo iba bien, se estaba informando a todo el mundo de lo que se iba a hacer y tal, cuando los de siempre se levantaron y se pusieron a dar gritos de que estábamos siendo manipulados, a decir que el manifiesto está dirigido por intereses que no son universitarios sino políticos y a montarla para reventar la reunión. Son unos folloneros. Siempre están liándola. Se creen los amos del cotarro. Y no hay ocasión en que no acaben dando gritos a Falange sin que venga a cuento de nada. Sólo por figurar. Al final el decano oyó los gritos en los pasillos y, claro, se enfadó y de qué manera y nos echó de allí impidiéndonos que siguiera la recogida de firmas, pero un grupo se ha ido a Filosofía y Letras, otro a Medicina y otro a Industriales y a Veterinaria y a Farmacia y han conseguido casi mil. ¡O más! ¡Una barbaridad de firmas! ¿Qué te parece?

Pero la historia del manifiesto era mucho más emocionante de lo que me había contado y para él tenía los tintes de una buena película de la Resistencia. La noche anterior, me explicó, había habido una reunión importante en Madrid. Fue en un club de la calle Alcalá, el Club Tiempo Nuevo. ¿Me sonaba? La verdad es que nunca había oído hablar de él.

—Es un local de la Delegación Nacional de Educación y sólo va allí gente del ámbito universitario y del mundo de la cultura o gente conectada y de posición, porque éstos se meten en todas partes.

—Pero ¿qué pasó en esa reunión?

—El hijo de un importante jerarca falangista estaba entre los presentes, Miguel Sánchez Mazas. ¿Te suena?

Me encogí de hombros.

—Al padre sí que tienes que conocerle, no me digas que no le conoces, Sánchez Mazas, mujer, don Rafael. Si sale mucho en las fotos con Franco.

—No sé, no le pongo cara, tal vez de oídas...

—El hijo, como te decía, es quien ha redactado el borrador del manifiesto o el que ha ayudado a pulirlo para darle la forma final.

—¿A quién ha ayudado?

—Pues a algunos estudiantes comprometidos que han estado tirando del carro, un tal Múgica, un tal Tamames y un tal Pradera que ya no están en la facultad. ¿Te suena que te haya hablado de ellos?

Lo cierto es que no me sonaban aunque es posible que Jaime me hubiera hablado de ellos en otras ocasiones. Jaime no los conocía mucho, «sólo de vista», me aclaró y es que en la facultad eran muy populares, amados por unos y odiados por otros. Siempre se hacían notar, tenían mucho tirón. Uno de ellos se había significado hacía meses porque fue el que promovió los Encuentros entre la Poesía y la Universidad, el tal Múgica.

—Uno de San Sebastián que siempre está yendo y viniendo y que también llevó la batuta en lo del entierro de Ortega y Gasset que te conté.

De eso me sonaba. Menudo exitazo habían tenido con lo de las jornadas de los encuentros con la poesía, continuó, «bueno, ése con todo lo que se ponga. Menudo hacha». Pero no quería llenarme la cabeza de nombres que no me decían nada. El caso es que hacía días que venía redactándose el borrador, por eso él y otros compañeros de Zaragoza se habían enterado de que algo se estaba cocinando en Madrid. Había escritores en la reunión del Club Tiempo Nuevo. Y posgraduados. Y decían que también estuvo presente asistiéndoles y asesorándoles Dionisio Ridruejo. «Nada menos, Asun. ¿Qué te parece?» Volví a encogerme de hombros, ese nombre tampoco lo conocía. Jaime me explicó que Ridruejo, que también era poeta, había sido un importante falangista que se había apartado de Falange y de todos los cargos que había tenido en política; era un reformador y luchó en la División Azul pero cuando volvió de Rusia había cambiado y no le gustó ver en qué se estaba convirtiendo España. El caso es que había estado en los Encuentros entre la Poesía y la Universidad de hacía un año, por eso pensaba que me sonaría el nombre. A mí todos los nombres que Jaime iba desgranando aquella tarde me eran desconocidos o casi pero algo me hizo retenerlos, como si un sexto sentido me advirtiera de que iban a desempeñar un papel importante en los días venideros. En el club, continuó Jaime, se discutió la mejor manera de denunciar el carácter clasista de la universidad, la falta de libertades, las mentiras que se viven desde que acabó la guerra...

—Si pide tantas cosas y deja en mal lugar a la dirección de la universidad a muchos les va a disgustar —le atajé—. ¿De verdad crees que os permitirán repartirlo en las otras facultades?

—Eso ya no importa porque al final con todo lo ocurrido ha llegado a oídos del rectorado esta misma mañana y se han comprometido a hacérselo llegar al ministro, que era el objetivo, y a discutir con él y su equipo todos los términos. No se esperaban algo así. Esto sí que les ha pillado con el pie cambiado. El ministro no podrá hacer oídos sordos, no podrá girar la cabeza para otro lado. Además, Ruiz Giménez ha demostrado hasta ahora que está intentando hacer más que sus

predecesores, seguro que apoya la idea del congreso. Entenderá que no hay nada malo en que se elijan una serie de delegados para un congreso y que allí se expongan y articulen nuestras peticiones y quejas, nuestras necesidades, nuestras aspiraciones como estudiantes. Quien quiera ver en ello algo peligroso...

—Jaime.

—¿Qué?

—¿Quién lo ha escrito?

—Ya te lo he dicho, lo han escrito entre Tamames, Ridruejo...

—¿Quién lo ha escrito *de verdad*? ¿Son los *comunistas*? —pregunté bajando la voz como si estuviera mentando al anticristo.

—¿Tú también? Hala, lo mismo que han dicho los falangistas. —Rió—. La gente ve comunistas en todas partes. ¿Qué te crees, que estamos todos marxistizados o qué?

No entendí la palabra pero actué como si lo hiciera.

—No sé si habrá alguno que se las dé de comunista, Asun, pero en cualquier caso no sólo son ellos los que quieren reformas. Además, que no son demonios rojos y con rabo, ¿tú qué te figuras? Hay gente de otras tendencias que también están por el sí, ya te lo he dicho, hijos de gente del Régimen y de familias muy conectadas en política. ¿Tú crees que los que están organizando todo este cambio iban a hacer algo que no se pudiera hacer? Como si no supieran cómo las gasta la policía, chica. Además, se han rebajado mucho las pretensiones para dar cabida a todos. Y para tu tranquilidad te diré que se han eliminado unos párrafos que podrían ser ofensivos para no dañar ninguna sensibilidad. Todos van a firmar, menos los falangistas, claro. Ésos, menudos.

—Los folloneros.

—«Idos de la universidad, hijos de la Gran Pasionaria», decían algunos por los pasillos esta mañana, y otros que si todos éramos más rojos que las amapolas, y cosas así. A mí las amapolas me gustan pero con esa mala leche que se gastan los falangistas cuando nos insultan... Qué barbaridad. Ésos seguro que acaban organizándola otra vez. Si los conoceré.

—Pero entonces, ¿los comunistas están en esto o no? —volví a preguntar.

—Están, claro que están —admitió bajando también él la voz—, pero la mayoría de los que han puesto su firma no pertenecen a ningún partido. Son gente como yo, o más apolíticos todavía.

A mí Jaime apolítico no me parecía.

—Gente que estudia en la universidad y no quiere saber nada de bandos ni de partidos. Lo que quiere la mayoría de los estudiantes es que las cosas funcionen de otra manera. Que se deje de hablar de cruzada lo primero de todo. Menuda palabra, más hinchada que un pavo real, y mucho más hueca. Cruzada. Si es que sólo de oírla a uno se le revuelven las tripas. La maquinaria está en marcha, rumbo al futuro y a la

libertad, ¿quién la puede parar? El futuro ya está aquí. Algo ha empezado a cambiar. ¿Quieres que pidamos algo para celebrarlo? —preguntó en tono ligero.

—¿No te hará daño mezclar? —La cautela volvía a hablar por mi boca.

—Qué va, tonta. Estoy acostumbrado.

Llamó al camarero. Pidió vermut para los dos. Para subrayar que lo que decía era cierto, que estaba a punto de hacerse historia, me preguntó en voz baja «¿quieres verlo?» y abrió un macuto de tela que tenía a un lado, tal vez el que le dieron en verano, cuando hizo las milicias universitarias en el campamento en Segovia. Tenía su nombre escrito a mano en la correa. Sacó una de las copias del manifiesto que se habían repartido esa mañana y que había guardado para mostrármela. Lo cogí como si quemara.

—«Desde el corazón de la Universidad española, los estudiantes de las Facultades y Escuelas Especiales de Madrid invitan a sus compañeros de todos los Centros Superiores de España...» —empecé a leer.

—De toda España, ¿lo ves?

Seguí leyendo en voz baja mientras notaba la mirada de Jaime sobre mí y me sentía contagiada de parte del ardor del que había hablado antes. El manifiesto hablaba de que se estaban malogrando las posibilidades de la juventud por la mediocre situación en la que vivía la universidad. No era un texto radical sino respetuoso y sincero. Sentí emoción y rechazo a un tiempo.

—Es muy justo lo que pedís pero... tengo miedo.

—A ver, Asun, ¿miedo de qué? —preguntó Jaime con dulzura—. ¿Sabes cómo se vence el miedo? Juntando los sueños de la gente. Los sueños son el lápiz con el que tachamos los miedos y les decimos que se marchen. «Marchaos, miedos».

—¿Lo has firmado?

—Pues claro, ¿cómo no iba a hacerlo?

—¿Y si la toman con los estudiantes que hayan firmado?

—¿Tomarla? Ah, te refieres a ponernos a todos en fila frente al paredón y ratatatatá... —Y entre carcajadas una metralleta invisible ocupó el hueco de sus manos.

—Hablo en serio. ¿Y si vuelven a expedientarte, como cuando encontraron aquellas fotos en el local de la asociación?

—Menuda te pones. —No quería tomar en serio mis temores.

—¿Y si te echan para siempre de la universidad?

—Nada menos.

—¿Y si no te permiten matricularte en ninguna otra facultad?

—Eres peor que una novia. —Rió.

Acusé el golpe —«ya no eres mi novia, no actúes como tal»—, pero disimulé.

—Somos muchos —dijo sin perder el humor mientras guardaba el manifiesto en

el macuto—; si la tomaran con uno tendrían que tomarla con todos. Más de mil. A lo mejor dos mil. O tres mil. ¿Crees que van a ir casa por casa pidiendo cuentas a todos?

La idea así expuesta...

—Además —continuó—, los padres de muchos de ellos están en el gobierno, ya te lo he dicho. Eso o cosa parecida. Muchos son hijos de hombres de Franco. Así que tú dirás...

—Bueno, no irán a por vosotros porque sois muchos pero ¿y si los estudiantes, la mayoría de ellos me refiero, no están preparados para lo que queréis? Me refiero a los que creen que las cosas están bien como están y no hay que cambiarlas.

Hablé de que tal vez se resucitarían odios y divisiones del pasado. Ahí estaba otra vez, entre nosotros, el fantasma de una guerra. Jaime se rió de mis temores, siempre mi prudencia dirigiendo mis palabras y mis actos. A veces tanta prudencia no era buena consejera. Tenía que apartarme de ese muro de contención que regía todos los actos de mi vida, tenía que reírme de esas ideas más propias de mi padre o de mi madre. Tal vez se me habían ocurrido porque estábamos en el Gaylord, un escenario tan unido a la contienda.

—Anda que no han ocurrido cosas en este lugar... —Un pesar ensombreció su cara, puso nublados sus ojos mientras recorría con la vista las mesas—. Novelas y despachos a las embajadas extranjeras, intercambio de información secreta, Antoine de Saint-Exupéry también tomó vino en esa barra, a lo mejor fue aquí donde dijo: «Una guerra civil no es una guerra, es una enfermedad». Dicen que hasta se dictaron sentencias de muerte en estas mismas mesas, ¿te lo imaginas? —Alargó la mano hasta alcanzar la mía—. Nosotros no somos nuestros padres. ¿Qué sabemos nosotros de trincheras? ¿Por qué seguimos hablando de una guerra en la que no participamos?

Me quedé callada sin saber qué decir.

—¿Por qué debemos admitir como si se tratara de una selección natural la división entre vencedores y vencidos? ¿A ti eso te parece normal, Asun? ¿A ti te parece bien que se pueda seguir hablando de eso como si nada?

No, no me parecía bien, pero yo no entendía de política y en el fondo no quería entender. En mi casa, como en la casa de tantos españoles, hablar de política o meterse en líos estaba prohibido. Hubiera disgustado mucho a mis padres. Mis aspiraciones en la vida eran menos ambiciosas que las de Jaime, entre otras cosas porque yo no tenía un padre que había intentado significarse en ningún ministerio ni hacer carrera política. Yo no había mamado nada de eso y por lo tanto tampoco había sentido la necesidad de rebelarme contra esa herencia como él. Yo no quería cambiar el mundo, la sociedad. El bienestar para mí era algo tan sencillo como que mi familia estuviera unida, todos a salvo y en casa, mis padres con su trabajo en la portería, Pedrito en un colegio que le preparara para llegar a la universidad y Miguel, Chelo y yo con tres trabajos honrados y decentes. El camarero trajo el vermut y Jaime alzó su

vaso para proponer un brindis. Por primera vez en la tarde hizo referencia a lo importante que era para él nuestra amistad, poder confiar en mí y contar conmigo para compartir una aventura tan emocionante.

—Se van a tomar muchas decisiones... ¿y sabes quién las va a tomar por primera vez en veinte años?

—Los estudiantes.

—Seremos mayores de edad de verdad, y no sólo de boquilla, seremos protagonistas de nuestra propia historia. Seremos el epicentro del terremoto que se avecina. Ahí es nada.

Terremoto. Aventura. Un gran cambio. Era su momento «voladura del puente», pero esta vez no se trataba de la acción solitaria de un brigadista con ideas románticas como las de Robert Jordan sino de la comunión de muchos estudiantes que iban a hacer posible el cambio. Había venido a ser testigo de esos cambios, apunté. ¿Cómo que testigo?, me corrigió. Había venido a participar, a ser un actor de la trama. Eso le había traído a Madrid. En los siguientes días iban a darme mucho trabajo pasando documentos a máquina, me dijo. Habría que hacer correcciones, versiones nuevas de todas las actas, de todas las reuniones... Nos íbamos a ver mucho. Todos los días. Era una suerte que pudieran contar con una mecanógrafa tan adiestrada como yo. Tarea no me iba a faltar.

Bebimos. Me di cuenta entonces de que no le había dicho ni una palabra de mi nuevo trabajo. No sé por qué no le hablé de mi entrada en *Sucesos*, de mi mes de prueba, de Héctor Perea y su intercesión, de mis nervios, de mi ilusión. Imagino que pensé que su capacidad de entusiasmo estaba monopolizada por todo lo que ocurría en la universidad y que no le quedaría nada para mi insulsa y anodina vida. De haberle contado cómo había sido mi primer día hubiera deseado que vaciara su mente de todo lo que no fuera escucharme, escucharme y ponerse en mi lugar, meter los pies en mis zapatos blandos de costurera, mis «pueblerinos» como Chelo los había llamado, para poder ver las cosas desde mi punto de vista. Había tantas ideas ocupando su cabeza que sólo habría podido dedicarme unas migajas de atención. Y yo no quería migajas de Jaime. No me hubiera conformado. De Jaime, de todo lo que pudiera darme, atención, amistad o incluso amor, quería la hogaza entera.

—La mano izquierda debe ser de hierro y la derecha de algodón —estaba diciéndole mi hermano Pedrito a sus amigos en el banco que había frente a la puerta de casa. Como si estuviera ante una mesa de billar invisible, trataba de explicarles la mejor manera de manejar el taco, cómo sujetarlo, cómo hacer de trípode con los dedos de la mano izquierda... Parecía un profesional. Lo del algodón y el hierro lo había escuchado decir a un campeón de España en la radio y lo había repetido para darse pisto delante de su pandilla. Últimamente, cada vez que acababa de estudiar, mi hermano escapaba un rato a unos billares que había cerca de la plaza. Ahí era donde se había aficionado a aquel juego.

—¿Puedo ir? —preguntaba a mi madre asomándose a la portería y enseguida aclaraba—: Sólo a mirar.

—Anda, claro que sólo a mirar, mira éste, como que te crees que te voy a dar dinero para convertirte en un vago. Pues sólo faltaba.

Mi madre opinaba que la gente que se pasaba la vida en esos locales eran unos ociosos, unos zánganos, y poco les faltaba para llegar a maleantes. Pero lo dejaba ir. Pedrito lo había pasado muy mal con la detención de nuestro padre y mi madre hacía cualquier cosa para que se olvidara en la medida de lo posible de la situación en que estábamos. Además, era el más inteligente de la familia y acababa los deberes en un pispás. Con eso se ganaba el derecho a distraerse un rato. Cuando lo eligieron para representar a su escuela en un concurso de radio hizo tan buen papel que comprendimos que sería el primer Muñoz que llegaría a la universidad.

—Éste es más listo que Marconi —solía decir mi padre con orgullo.

—Un Cajal —añadía mi madre.

Mi abuelo llegaba más lejos:

—A éste un día le nombran ministro y para hablar con él tenemos que ir a verlo a las dependencias del Pardo.

Al verme llegar Pedrito se apartó de sus amigos y vino a saludarme. Le dije que no tardara en ir a casa, que tenía algo para él. Se quedó un rato más con la pandilla y yo entré en casa. Chelo trataba de bordar, sin mucho éxito, una bolsa de lino para guardar el camisón mientras oía un programa de música en la radio. Como siempre que le tocaba entregar un pañito, mantel o cualquier otro trabajo para la clase de hogar del Servicio Social, en cuanto me vio suspiró aliviada.

—Gracias, Dios mío. Gracias. Gracias. Gracias —dijo como si el cielo se hubiera abierto de repente y la propia santa Lucía, patrona de las costureras, hubiera bajado en persona a ayudarla.

Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa si acababa la labor por ella.

—Prefiero limpiar todos los perolos de un cuartel antes que dar una sola puntada

más a la cosa esta.

La cosa esta. Odiaba las labores. Siempre le quedaba la labor sucia o desigual, nunca lograba que en el revés le quedaran «los hilos ordenados» y la instructora la iba a regañar y a poner una vez más como ejemplo ante toda la clase de lo que no se debía hacer.

—Y como me tiene tanta manía y siempre está buscando fallos a todo lo que hago...

—Pues le dices que nadie es perfecto.

—Es que las demás chicas de la clase sí lo son.

—Tú que te dejas impresionar por cualquiera con remango para las cosas de la casa.

—Si las conocieras... Parecen todas cortadas por el mismo patrón. Son idénticas, como botones. No tienen ni una pizca de personalidad.

—Qué cosas dices.

—Pero saben coser que da gusto. Si dieran un premio Nobel a la mantelería más bonita...

—No son ni más ni menos que tú. Y si ellas pueden a ver por qué tú no vas a poder. Lo que pasa es que no te pones en serio porque no te interesa.

—Yo creo que ellas han nacido sabiendo todas esas cosas, les debe de venir de familia o algo.

—Sí, lo llevan en la sangre, en los glóbulos blancos —me burlé.

—Es que saben de todo, de hogar, de cocina, de cómo poner la mesa, de cómo servirla, de higiene prenatal, de salud infantil... Son perfectas. ¡Son como tú, Asun!

—Sí, tú sigue dándome coba...

—Siempre están levantando la mano cuando preguntan las instructoras quién sabe esto, quién sabe lo otro. Se pelean por responder. Qué suplicio. Y yo no la levanto nunca. Como no sé nada de nada... Soy una completa ignorante. Un día me preparo las respuestas y les doy la sorpresa, ¿qué te parece?

—Que te deberías tomar más en serio las clases de hogar. Te pueden ser muy útiles en la vida, Chelo, y ya que tienes que hacer el Servicio Social obligatorio lo deberías aprovechar.

—Si sólo se fijara en el derecho de la labor no está tan mal, ¿verdad, Asun? ¿A que no está tan mal? Bueno, un poco sucio por los bordes porque me suda la mano, no sé cómo me las arreglo para que me sude tanto, se me resbala la aguja y todo, y mira el hilo, todo manoseado, pero el derecho no está mal. Ahora que el revés no hay manera de que me salga. Ojalá todas las cosas sólo tuvieran una cara, la de afuera.

La costura se le daba mal, había que reconocerlo, y más si era vainica italiana como en este caso. Me convenció, como siempre, y después de lavarme las manos me puse a ayudarla. La casa estaba demasiado silenciosa y pregunté por Irene. Se la

había llevado nuestra madre a dar una vuelta. ¿Cómo me había ido en la revista? ¿Había tenido que escribir muchos artículos? ¿Cómo eran mis compañeros? Le pedí que esperara a que llegara nuestra madre y el resto de la familia para contarle de una vez y a cambio le expliqué que había estado con Jaime y que habíamos bebido vermut, y que estaba muy guapo, y que había que ver cómo se le iluminaba la cara cuando hablaba de la universidad. Chelo me escuchaba atentamente y debió figurarse otra cosa.

—¿Tú sigues enamorada de él, Asun?

—Qué va, si ya sabes que no.

—¿Seguro?

—Agua pasada.

—Y si él se te acercara otra vez, si se te declarara... ¿lo aceptarías?

—Que te digo que no. Cuando te pones pesada te pintas sola, hija.

—Mejor.

—Ni mejor ni peor. Pero vamos, que yo ya con él... nada. Sólo amistad.

—Mejor, muchísimo mejor porque no te merece.

—Para ti no hay ningún hombre que merezca a una mujer.

—Casi ninguno. Dejo fuera a padre, Miguel y Pedrito.

—Además, que eso ya no puede pasar.

—¿El qué?

—Pues que se me acerque Jaime en el sentido que tú piensas.

—¿Por qué estás tan segura?

—Por lo que me ha dicho esta tarde.

—¿Qué te ha dicho?

—Que el chico del que me enamore va a tener mucha suerte.

—¿Te ha dicho eso?

—Sí.

—¿El chico del que te enamores?

—Eso mismo.

—Menudo sinvergüenza.

—Lo ha dicho sin maldad.

—Eso no lo debería decir nunca un chico que ha sido novio de alguien.

—¿Y por qué no si puede saberse?

Se hizo un silencio mientras yo trataba de sacar los cuatro hilos que hacían el dibujo del bordado.

—Tráeme el carrete, anda, que voy a poner hilo nuevo. Éste está muy gastado — le pedí.

Fue a por el hilo. Enhebré y me puse a coser mientras Chelo me observaba en silencio.

—¿No tienes nada que hacer? —Me incomodaba sentirme observada.

No se movió de mi lado. Me acercó una luz.

—Asun, yo creo... yo creo que Jaime... a lo mejor te ha dicho eso porque se ha echado novia.

Al oírla la mano se me quedó como muerta, congelada en el aire. No lo había pensado, ni se me había cruzado por la cabeza. Levanté la mirada.

—Perdona, te acabo de jorobar bien jorobada. Qué burra, perdona —se disculpó Chelo viendo el efecto que habían tenido sus palabras—. Lo he dicho sin darme cuenta. A lo mejor no es así. Ay, Asun, qué bocazas soy. No sabes cuánto lo siento.

—No hay por qué sentirlo. Has dicho lo que piensas.

—Pero yo no lo he visto, no sé por qué he dicho eso sin verle la cara ni ver su intención ni nada... Ojalá contara hasta diez antes de decir lo primero que se me pasa por la cabeza. Ojalá me mordiera la lengua cada vez que...

Pedrito entró por la puerta y el nubarrón negro salió por la ventana.

—¿Y mi sorpresa? —preguntó alegre.

Le dije que mirara en el interior de mi bolso, de donde sacó varios ejemplares de *Sucesos* que había cogido en la redacción.

—¡Hala! Pistonudo —exclamó mi hermano.

Chelo me miró implorando perdón.

—Si no has hecho nada malo, boba —la tranquilicé.

—¿Todas éstas son para nosotros? —preguntó Pedrito refiriéndose a las revistas—. ¿Me las puedo quedar? ¿No tienes que devolverlas?

—No, no las tengo que devolver. Me las han regalado y puedo coger las que quiera todas las semanas.

Quería explicarles a mis hermanos quién era cada uno de los compañeros que firmaban los artículos, al menos a los que había tenido ocasión de tratar ese día, y por eso había pedido los ejemplares. Pedrito se tiró en plancha a leer los artículos más truculentos y se olvidó de volver a salir a la plaza. A falta de fantasmas y espíritus, que eran sus temas favoritos, no le hacía ascos a una buena historia de crímenes. No he contado todavía que, en cierta ocasión, nosotros fuimos protagonistas de una de las historias publicadas en el semanario. En la casa donde vivíamos se había cometido un asesinato. Fue antes de que llegáramos nosotros, claro. De hecho, nosotros pudimos venir a Madrid para ocupar la vacante que habían dejado. El portero anterior que había en la casa, un hombre alcohólico y violento llamado Restituto, había matado a hachazos a su mujer, Casilda, y luego la había descuartizado. La policía descubrió el cuerpo desmembrado en un vertedero, estaba casi completo, sólo faltaba una mano. Durante semanas aquel miembro desaparecido despertó la viva imaginación de mi hermano y le hizo abrigar ideas disparatadas, entre otras la de convocar el espíritu de la muerta para enterarse de dónde estaba la mano que le faltaba.

—Mirad a quién traigo a cenar —anunció mi madre abriendo la puerta de la casa y empujando el cochecito de Irene.

Héctor Perea, al que se había encontrado en la plaza, apareció detrás de ella.

—Buenas tardes —saludó— y no hagáis caso a vuestra madre, no pienso quedarme a cenar, sólo vengo a saber qué tal ha sido el primer día para la nueva secretaria de la redacción del semanario *Sucesos*.

—Pues ha sido un día fantástico —empecé a decir dándole la mano a modo de saludo— y si pudiera agradecer de algún modo lo que ha hecho por mí...

—Pues si me tuteas me considero pagado. Entonces, ¿todo ha ido bien?

Mi madre hizo oídos sordos a la negativa del detective a quedarse y nos pidió a Chelo y a mí que recogiéramos la sala para poner la mesa para la cena. Miguel estaba en el quinto porque la puerta del ascensor había vuelto a quedarse abierta pero no tardaría en bajar. Me ordenó que no contara nada sobre el trabajo hasta que nos sentáramos a cenar y así Héctor no tendría más remedio que quedarse. El detective, ante la insistencia de mi madre y la de Chelo y por supuesto también la mía, accedió encantado pero no quería aceptar la invitación sin contribuir a la cena con algo y antes de que pudiéramos detenerlo salió a la calle. No tardó en volver con dos botellas de sidra achampanada que había comprado en el bar de mis tíos para celebrar por todo lo alto «el debut de Asunción». Chelo me encajó un codazo en las costillas y por lo bajini murmuró:

—Menuda pesca acabas de hacer, guapa, si es que las mosquitas muertas sois las peores.

Le devolví el codazo para ordenarle silencio y soltó una carcajada camino de la cocina. Sólo a mí iba dirigido el comentario de mi hermana, pero no puedo asegurar que Héctor no lo hubiera oído. El detective me estaba mirando y sonreía, me pareció, socarronamente.

Mi madre puso en el centro de la mesa una sopera con lentejas.

—Tienen jamón, chorizo y oreja —anunció a nuestro invitado con la dignidad con la que los Tres Magos debieron ofrecer el oro, el incienso y la mirra.

—¡Me la pido! —gritaron a la vez Chelo y Pedrito, pero mi madre les recriminó con un gesto de «valientes maleducados» y no tardó en poner las cosas claras.

—Diga que no, don Héctor, la oreja es para usted que por algo es el que ha hecho posible esta celebración recomendando a la niña como lo ha hecho, don Héctor.

Mi madre repetía mucho «don Héctor», dos o tres veces en cada intervención. Normalmente no usábamos sopera, la comida se servía en la misma olla en la que se había cocinado y en esto se notaba que la ocasión era especial. Mi madre había cambiado el hule de todos los días por un mantel de verdad y había tratado de casar todos los vasos y platos para dar acogida de festín a nuestro invitado y corresponder con ese simulacro de mesa bien puesta la presencia de la sidra que ella se empeñaba en llamar todo el rato champán. Chelo, que aún estaba en época de amamantar a su hija, preguntó si podría probarla y mi madre no vio ninguna razón para que no pudiera mojarse los labios.

—Un día es un día, hasta Pedrito si quiere puede probarla.

Pedrito celebró con una amplia sonrisa esta inclusión en el mundo de los adultos y tendió su vaso vacío a Héctor, a quien mi madre recomendó que sólo le pusiera «un dedito» porque no estaba acostumbrado a beber. Mi madre bajó la cabeza y se recogió como si la mesa fuera un altar y las lentejas el cuerpo de Cristo.

—Derrama, Señor, tu bendición sobre nosotros y sobre los alimentos que vamos a tomar ahora y siempre. Cuida de tu hijo Trino que nos falta y que no falte el pan ni en su mesa ni en la nuestra.

—¡Amén! —gritamos todos menos Héctor.

Fue hundirse las cucharas en los platos y la cena llenarse de preguntas. Todos querían conocer los detalles del día, cómo era el semanario, si yo tenía despacho propio, si había escrito muchos artículos, si había sido difícil hacerse amigos entre los veteranos de la revista, si se dirigían a mí de usted, si no había necesitado la máquina alquilada que tenía desde hacía meses en casa, si había más máquinas de escribir para todos los que éramos, cómo eran las demás secretarias de la redacción, cómo se llamaban, si me habían recibido bien...

—Soy la única secretaria.

—¡Tú te choteas! —soltó Chelo incrédula abriendo mucho los ojos y la boca.

—¡Niña! —la reprobó mi madre y sonrió algo abochornada a nuestro invitado.

—Que os lo juro, la única secretaria. Es que la que había, Encarnita, se ha ido para casarse —les informé.

—Para casarse o que sería aprensiva y estaría harta de tanto crimen —opinó Miguel.

—Natural —dijo mi madre—, como que para ese trabajo no sirve cualquiera. Seguro que Asun lo hace requetebién. De todos mis hijos es la que mejor ha aguantado desde chica ver la sangre, diga usted que sí, don Héctor. ¿Otro cucharoncito de lentejas?

Héctor masticaba y masticaba tratando de ablandar la oreja que había ido a parar a su plato. Dijo que no con la cabeza pero mi madre, ignorando su respuesta, le echó otro cucharón de lentejas y éstas rebosaron del plato.

—Tú sola para tantos escritores. ¡Demasié! Eso es como ser la única vedette de una compañía y no tener que pelearse por los papeles principales —opinó Chelo.

—Redactores —corregí—, y como ser no soy más que el último mono de la revista. La de papeleras que he vaciado hoy.

—Ya está haciéndose de menos, don Héctor, no le haga usted caso que menuda colocación le ha buscado.

La mandíbula de Héctor seguía trabajando la carne tendinosa de la oreja y él balanceaba arriba y abajo su cabeza dando a entender que estaba de acuerdo con mi madre.

—Aunque tengo una mesa para mí sola en el centro de la sala desde la que se ve toda la planta. La redacción es muy grande, con seis balcones a la calle que dan luz buena parte del día, hasta última hora de la tarde no se encienden las lamparitas que hay sobre cada mesa, no tiene puertas que separen a unos redactores de otros sino medio paneles que simulan falsos habitáculos; todos trabajan en la misma habitación y todas las conversaciones se cruzan en un guirigay que hay que oírlo, sólo hay un despacho para don Adolfo, un cuarto de revelado y una pequeña habitación con una cocinita y una fresquera.

—Menuda impresión trabajar en un sitio tan elegante. Una Muñoz en un sitio tan así —decía emocionada mi madre.

No había habido comité de bienvenida pero a cambio me había saludado la mirada de doña Adelina desde aquella gran portada del semanario que estaba expuesta en la pared.

—¿Doña Adelina? —se asombró Chelo—. Ésa sí que es buena.

—Lina Guzmán, recuerdo vagamente aquel escándalo que la llevó a ser portada —masculó Héctor que ya había enviado la oreja camino del estómago.

—Fue por su marido —dije.

—Es que estuvo casada con un asesino alemán que se hizo pasar por buena persona muchos años, ¿sabe usted, don Héctor? Don Joachim, un dechado de virtudes, pero sólo aparentemente. Era un nazi redomado y le buscaban para juzgarlo. Y claro, cuando el tipo se vio comprometido y sintió que el cerco se estrechaba se

quitó de en medio colgándose de una viga. —Mi madre reparó en cómo se habían abierto los ojos de mi hermano al escuchar lo de la viga y trató de hacer desaparecer la imagen de un ahorcado que se había quedado flotando amenazadoramente sobre la sopera—. Pedrito, cenar no es distribuir las lentejas por el plato, hijo —dijo para distraer su atención—. Sigue contándonos, Asunción.

Explicué que había aprendido muchas cosas en mi primer día, por ejemplo que en España no se escribía de cualquier manera sino «bajo libertad vigilada» en palabras de Armando, vamos, que se escribía según consignas que llegaban todos los días mediante despachos.

—¿Qué? —Miguel, Pedrito y Chelo levantaron la cabeza de sus platos soperos.

—Consignas. Órdenes que llegan a diario a todas las publicaciones y que dictan el contenido y el modo en que debe abordarse cada noticia —respondí con autoridad.

—¿Y no lo puedes explicar para que nosotros lo entendamos? —pidió Chelo.

—Pues son muchas cosas. Por ejemplo, el semanario no puede dar cuenta de más de un asesinato a la semana so pena de que cierren la publicación o les caiga una multa.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Pedrito.

Explicué que hablar de más de un crimen de sangre a la semana lanzaba un mensaje muy negativo para los lectores, no sólo tenía efecto en su ánimo —«Franco no quiere historias deprimentes»—, sino que además contribuía a dar la imagen de que en España la policía no hacía bien su trabajo y de que la gente mataba porque no era feliz o porque pasaba hambre o porque no encontraba empleo. No sólo había límites a la enumeración de los delitos, también había indicaciones a la hora de hablar de la puntualidad de los trenes, de la eficacia de los tribunales o de calificar a las fuerzas de orden público.

—La Justicia siempre es «serena y ecuánime», los miembros de la Brigada de Investigación Criminal «brillantes y eficientes», la «axila» no existe o no se puede mencionar a no ser un caso extremo y entonces es mejor decir «debajo del brazo», tampoco muslo, ombligo, braga o calzoncillo, los trenes de Renfe no se retrasan y mucho menos descarrilan y los masones son conspiradores, taimados y perniciosos.

—¿Y si te equivocas y se te escapa una noticia que no debe aparecer?

—Te bajan la persiana del quiosco hasta nueva orden. Por eso es tan importante seguir todas las indicaciones. Un cartelito prendido a la pared de la sala donde está la cocina del semanario dice: «La consigna es luz en el horizonte, señal de seguridad y guía oportuna». Eso es la consigna.

Héctor ahogó una risa que no supe interpretar.

—¿Y tu jefe? ¿Es un hombre atento y considerado? —quiso saber mi madre.

—Sí, ¿qué te ha dicho Laguna? —intervino Héctor—. ¿Le diste la carta que te escribí para él?

Pude haber explicado entonces que don Adolfo me había ignorado solemnemente —a mí y a mi carta—, durante todo el día y que probablemente jamás se diera cuenta de que la redacción había cambiado siquiera de secretaria por la sencilla razón de que no me había mirado a los ojos ni una sola de las cuatro o cinco veces que nos habíamos cruzado por la sala común; pude decir que ninguno de los compañeros, exceptuando un duende gigante que hablaba de enanos de Barcelona, habían condescendido a dotarme de presencia, nombre o cara; pude decir que me había sentido invisible para algunos, superflua para otros y simplemente funcional para los menos, pero no dije nada de eso porque cinco pares de miradas estaban fijos en mí y no quería defraudar las ilusiones y expectativas —altas— que leía en ellas.

—Son todos muy cariñosos conmigo y a pesar de que hoy han tenido que perder mucho tiempo enseñándome cómo funciona todo me han hecho sentir como en casa —dije engordando la salsa de la verdad con un poco de harina piadosa.

—¿Lo ve, don Héctor? Va a encajar en ese trabajo como la mano en un guante.

—¿Y asesinos? —preguntó Pedrito que ya se había acabado su dedito de sidra y había empezado a dar disimuladamente sorbos de mi vaso—. ¿Has conocido a alguno de verdad?

—¡Niño! ¡Asesinos! Menuda ocurrencia, tu hermana conocer a un criminal —sonrió un poco avergonzada mi madre.

Y cuando respondí que por supuesto no había conocido a ninguno porque las entrevistas que les hacen y salen publicadas en la revista tienen lugar en los juzgados o en la cárcel, Pedrito se volvió hacia Héctor.

—Pero usted sí, ¿verdad? ¿A que ha conocido a muchos que han matado con sus manos, con pistolas o con una faca?

Héctor, desconcertado, miró a mi madre pidiendo permiso para contestar. Sus ojos le advirtieron de que fuera cauto en la respuesta. No quería que los relatos del detective alimentaran la inclinación de mi hermano por los asuntos truculentos. Héctor podría haber contado muchas cosas que yo conocía, podría haber contado que trabajó mano a mano con un criminal durante meses, que su jefe directo, el comisario Salmerón, era un asesino de mujeres, que tuvo un duelo a muerte con él del que salió airoso y que acabó con la vida del comisario, podría haber contado ésa y muchas cosas pero no lo hizo. Admitió que sí, que había conocido a algunos asesinos pero pasó de puntillas por ello y, hábilmente, desvió la conversación hacia un asunto que él consideraba algo menos expuesto, el de los timos y hurtos, lo que, a regañadientes, recibió la aprobación de mi madre.

Le habló de los ladrones que robaban al descuido, tipos que en el argot policial eran conocidos como «mecheros». Normalmente actuaban en bandas o parejas. El encargado de robar estaba conchabado con alguien que haciéndose pasar por cliente del establecimiento distraía a la víctima. Cuando estaba en la Brigada de

Investigación Criminal logró poner a la sombra a una famosa banda de mecheras que actuaban en la calle Carretas y por las plazas de Callao y Sol. Robaban en los comercios de ropa y comida y eran muy violentas.

—Tenían fritos a los comerciantes de la zona, que se quejaban de que la policía no hacía nada para atraparlas.

En cierta ocasión que le tocaba estar de retén en la comisaría, un comerciante llamó para avisar que habían vuelto a actuar en la zona y que las había seguido hasta la estación de Atocha. Héctor las encontró a punto de subir al ferrocarril con el botín.

—Lo gracioso del caso fue que en la comisaría se pusieron a dar explicaciones inverosímiles acerca de la procedencia de las prendas que llevaban, gabardinas, cortes de tela de algodón, paños de lana, varios trajes de caballero y no recuerdo cuántas cosas más. Una decía que cuando se dirigía a la estación para tomar el tren a su pueblo había encontrado un paquete abandonado al lado de un árbol de la calle y que había aguardado para ver si alguien venía a por él, cosa que no había ocurrido. Por eso se lo había quedado. Otra explicó que había comprado las gabardinas pero había perdido el resguardo de la tienda. A otra se le había caído encima el paquete con ropa al pasar junto a una casa, lo habían tirado desde un piso. Pensó que alguien se quería desprender de las prendas y decidió quedárselas.

Todos estallamos en risas por las ocurrencias de las ladronas. De las declaraciones de las otras dos mecheras ya ni se acordaba pero no hacía falta, Héctor tenía secuestrada la atención de toda la familia y en especial de Pedrito. Mi hermano le escuchaba con tanta admiración, le miraba con tal fijeza, que pensé que acabaría haciéndole sentir incómodo. Para aliviarle del acoso de mi hermano decidí intervenir explicando que uno de la redacción andaba tratando de conchabarse con un adivino para ver si pillaban al asaltante ese que entraba de noche en las casas y que traía de calle a la policía.

—¡Un adivino! ¡Qué ocurrencia! —opinó asombrada mi madre.

—Cosa de películas —la secundó Chelo.

—Pues no lo es, no señor —intervino Héctor—. Os va a parecer una tontería lo que voy a decir, pero en cierta ocasión una adivina nos ayudó a encontrar a un niño de tres años que había caído a un pozo en un desmonte.

—Primera noticia que tengo, don Héctor —dijo mi madre—; cuente, cuente.

—La noticia de la desaparición del niño había salido en los periódicos de la mañana y alcanzó bastante vuelo. No se hablaba de otra cosa. Se hicieron partidas por los montes donde la madre había perdido al niño pero nada. Se hizo de noche y continuó la búsqueda con perros y con linternas. Ni rastro. Al segundo día, de buena mañana, se presentó en la comisaría una mujer diciendo que había soñado con el lugar exacto donde estaba el crío. Y dio en el clavo. Allí estaba el chaval.

—¿Lo rescataron vivo? —preguntó interesado Pedrito.

—Sí, sólo tenía deshidratación y fracturada... la muñeca creo que fue. No será la primera vez ni la última que uno de esos lunáticos o excéntricos o como queráis llamarlos ayudan a resolver un caso.

—Qué cosas más interesantes os ocurren —opinó Chelo que para entonces había pasado de «mojarse los labios» a achisparse un poco—. Si yo pudiera hacer algo la mitad de la mitad de la mitad de interesante que tú, Asun, o que usted, don Héctor...

Vi por dónde iba y le hice un gesto negativo con la cabeza; no era el momento de sacar a colación lo de la academia de dibujo.

—... si yo pudiera encontrar algo con lo que me ganara un sueldo y a la vez me gustara un poquitín...

—Tú céntrate en las clases del Servicio Social y en tu hija Irene y ya encontrarás algo cuando tenga que ser —opinó cariñosamente mi madre retirándole con disimulo el vaso, y luego se volvió hacia mí—. Lo orgulloso que va a estar tu padre cuando salga de la cárcel y le cuentes todo lo que aprendes en ese sitio. Menuda colocación, hija, y todo gracias a usted, don Héctor.

Héctor se había quedado pensativo.

—¿A quién quieren pillar esos compañeros tuyos de *Sucesos*, Asun? ¿A ese que sube por las fachadas? —preguntó volviendo al asunto del ladrón.

—Sí, cada noche que «trabaja» se cuelga en varios pisos. Ahora, como hace tanto frío, se ve que ha tomado vacaciones. Como necesita que esté abierta una ventana para colarse...

—He oído que nadie le ha sorprendido todavía porque esparce por los dormitorios de las casas una especie de ozonopino con adormidera —continuó Héctor.

—Un adivino dice que puede acotar una zona donde va a dar el siguiente golpe. Hoy me han hecho cercar el área de sus robos en un plano, para que lo estudie el vidente y desentrañe si hay algún patrón o algo relacionado con la energía de la tierra. No sé, no lo he entendido bien. Quieren escribir un artículo sobre eso.

—Y ese asaltante tan importante quién es si puede saberse —preguntó Miguel.

—Un espadista —respondió Héctor—; usa la ganzúa para entrar en las casas. Dicen que debe de tener ventosas en los pies porque nadie se explica que escale de esa manera por las fachadas. En una noche se hace seis o siete casas sin pestañear.

Chelo había recuperado su vaso y con mano izquierda intentó derivar una vez más la conversación hacia lo mucho que se aburría de casa a la escuela y vuelta a casa. Necesitaba hacer algo nuevo en su vida y empezó contando lo alegre que le pareció un grupo de chicas de su edad que iban cantando el otro día por la calle cogidas del brazo. Venían de una academia de pintura de una profesora muy conocida de Madrid. Para evitar que siguiera por ahí, le lancé una patada debajo de la mesa que fue a aterrizar en la espinilla de Héctor.

—¡Ay! —respingó el detective.

Mi madre preguntó qué había pasado. Héctor me miró de soslayo y explicó a mi madre que al cruzar la pierna se había dado sin querer con la pata de la mesa.

—Porque es usted muy alto y la mesa es muy chica para usted —opinó mi madre.

Chelo ahogó una risa. Miré a mi hermana con orden telepática de que no se le ocurriera sacar el tema de la academia. Chelo sonrió y me tranquilizó con un gesto, no lo sacaría. Cuando la última burbuja de sidra nos dio sueño a todos mi madre hizo notar que ya era tarde y que empezaba a ser hora de retirarse.

—Ten la amabilidad de recoger la mesa, Asun. Voy a ver si señalo a tu hermana el camino del dormitorio. Con la alegría con la que ha bebido es capaz de perderse de aquí a la cama.

Después de que recogiéramos la mesa y de que mi madre ayudara a Chelo a encontrar la puerta de la habitación, Héctor me acompañó a sacar la basura. Aproveché para darle las gracias por lo que había hecho por mí recomendándome para el trabajo y también por haber disimulado cuando recibió la patada. Iba dirigida a Chelo para que no hablara a mi madre de algo que estaba segura iba a ahuyentar el ambiente de fiesta que se había creado. Héctor me preguntó si quería dar una vuelta, no le apetecía volver a casa, pero le dije que no, era ya muy tarde. Héctor no insistió pero lamentó que no pudiera acompañarle. Se encendió un cigarrillo. Lo había pasado muy bien con nosotros y no le apetecía que la noche acabara, envidiaba la familia que teníamos. Hacía mucho que no se sentía tan a gusto en compañía de nadie, vivía solo y dormía desde hacía tiempo en un camastro en el despacho y añoraba tener algo a lo que llamar hogar y una familia tan unida como la nuestra. Para mí también había sido importante ver disfrutar a mi madre de su compañía. Desde que mi padre se había ido nunca la había visto tan alegre como esa noche. Héctor me preguntó por él, había oído que se había hecho barbero en la cárcel, ¿era verdad?

—Barbero y peluquero pero sobre todo barrendero, pues a decir de mi padre pasa más tiempo con la escoba y el recogedor que con el peine y la navaja.

Por suerte habían acabado los tiempos en los que a las funciones de barbero se añadía la de sacar muelas, comentó Héctor jocoso. Sí, de eso se había librado aunque de haberle tocado sacar un diente o sajar un flemón estaba segura de que lo habría hecho con la limpieza y precisión de un cirujano. Recordé lo bueno que era con las manos desde que había aprendido mecánica. Los motores y aparatos eléctricos eran sus ranas de laboratorio y se había hecho un experto en el arte de la disección de circuitos abiertos y circuitos cerrados, bombas hidráulicas o pistones.

—Antes no era capaz de darle a un clavo con un martillo sin aplastarse un dedo y ahora se ha vuelto tan meticuloso que sería capaz de construir la Armada Invencible con palillos dentro de una botella.

Esperé a que acabara el pitillo y en la oscuridad de la plaza, cuando estaba a punto de entrar, le di un beso de despedida en la mejilla. No sé qué me impulsó a

hacerlo. Tal vez no era una sino muchas cosas, la sidra que me desinhibía y me hacía flotar en la serena soledad de la plaza, el sentimiento de gratitud que tenía hacia él, el escozor por las palabras de Chelo sobre el noviazgo de Jaime, las palabras de éste por la tarde: «Eres peor que una novia». No sé qué fue pero lo besé. Noté sus mejillas calientes y rojas, como si no se esperara el gesto y le hubiera desconcertado. O tal vez sólo era un reflejo de mi propio azoramiento. No sé qué habría pasado a continuación de haberme quedado un segundo más en la plaza porque entré corriendo en casa sin esperar su reacción y cerré rápidamente la puerta.

Esa noche, en la cama, con la luz apagada repasé lo ocurrido durante todo el día y sentí que la diosa fortuna, por una vez, había rozado con su caprichosa mano a nuestra familia. Era una suerte tener un trabajo como el que Héctor me había conseguido pero el verdadero seis doble de mi vida no estaba en aquel empleo; la ficha más importante de mi dominó empezaba en Trino y acababa en Pedro, era mi familia. La soledad de Héctor era un espejo al que me había asomado y en el que esperaba no verme reflejada nunca. Chelo me preguntó si dormía. Mi hermana todavía le estaba dando vueltas a lo que me había dicho de Jaime. No había intentado molestarme pero sabía que lo había hecho. Le dije que era una pesada. Y que no me había molestado. Me prometió que si le juraba que la había perdonado no volvería a mencionarlo. Se lo juré.

—Es guapo Perea —murmuró.

—No sé, no me he fijado —mentí, y en la oscuridad sentí que me ruborizaba al recordar el beso en la mejilla que le había dado.

—Y simpático.

—Un poco talludito.

—Lástima que sea un tenorio —añadió mi hermana—. Debe traerlas de calle.

—Es un hombre casado.

—Separado.

—Pero sigue casado.

—Merece encontrar una mujer que le quite de penas.

—Y seguro que las tiene. A manta.

—O sea que sí te has fijado.

—¿En qué?

—Nada, rica.

Chelo no quería dormirse, quería que le hablara, de cualquier cosa.

—Algo que no me hayas contado de tu primer día de trabajo, algo que te hayas guardado sólo para ti —me pidió.

Me incorporé un poco por encima de la cuna de Irene que separaba nuestras camas y le conté que el chico joven con el que había visto hablando a don Adolfo al llegar era el fotógrafo de la revista y se llamaba Tristán, eso me había hecho pensar

en ella.

—¿Por qué?

—Pues por las vacas, ¿por qué va a ser?

—¿Las vacas en general?

—Si vas a hacerte la tonta me callo y hemos acabado.

Cuando mi hermana trabajaba en la vaquería de don Santos, nada más llegar a Madrid, había una vaca que se llamaba Tristana. Mi hermana odiaba su trabajo, odiaba a las vacas, el olor a leche agria, a cuajo y a requesón que según ella se le quedaba pegado todo el día y le hacía ahuyentar a todo el que se le acercaba. Todo lo referente a las vacas le repugnaba.

—Te podías haber acordado de mí por otra cosa. Mira que recordarme las vacas...

—Es que es muy guapo. Y muy simpático. Me gustaría que lo conocieras. No sé, me ha parecido que te podría caer bien.

—Lo dudo.

—Un día tienes que venir a buscarme y lo conoces.

—A mí los chicos, bah... —Y repitió como un disco rayado el rollo que me había soltado por la mañana.

Chelo ignoraba que todos en la familia sabíamos que leía novelas románticas que escondía bajo el colchón de la cama, novelas de a duro con títulos tan fantásticos como *Te quise pero ya no*, *La vida, qué de vueltas*, *Un marido y tres mujeres*, *Rosa de día*, *de noche clavel* y cosas así. Todo su cinismo acerca de los hombres era fingido, toda su dureza pura fachada.

—Tú te vienes y le conoces —le ordené.

—Bueno, pero no porque tú me lo mandes sino porque tiene un nombre muy raro y quiero verle la cara.

Todavía se sentía muy bebida, la sidra se le había subido a la cabeza proporcionándole la sensación más agradable que había tenido en mucho tiempo. Aunque no sabía qué hacer para no caerse, la cama le parecía un tobogán y sentía que se resbalaba hacia los pies como una sábana blanda. Le sugerí que sacara la pierna de la cama y la apoyara en el suelo para hacer de ancla. Jaime me había explicado que era un truco para evitar que la habitación diera vueltas. Chelo me obedeció y enseguida se sintió menos mareada. Mi madre nos mandó callar desde su alcoba.

—Vosotras dos, callandito. Habrase visto par de cotorras. No son horas de estar de cháchara.

Prometimos a mi madre que ya nos dormíamos.

—Esto de la pierna funciona —dijo mi hermana.

—Si ya lo sabía.

—Ahora, qué mareo si la levanto. No vuelvo a beber. Te lo juro por Irene.

—He dicho que chitón —rugió mi madre.

Durante unos segundos hubo silencio.

—Pero Jaime y tú... ¿habéis quedado en volver a veros? —preguntó Chelo bajando la voz para que no se nos oyera.

—¿No habías dicho que ibas a dejar el tema?

—Sólo dime si sí o si no.

—Sí, todos los días mientras esté en Madrid. Mañana por la tarde hemos quedado en una cervecería que se llama La Ballena Alegre.

—Ah. ¿Lo ves? Seguro que me he equivocado con lo que te he dicho.

Chelo no dijo nada más. Yo no podía dormir. Demasiadas emociones acumuladas. Metí la mano debajo de la almohada y toqué un cartoncillo que había guardado; era el posavasos en el que Jaime había garabateado dibujos y letras. Lo observé en la oscuridad sin ver nada, lo toqué, pasé el dedo por el relieve de las letras escritas sólo porque me recordaba a él, lo había robado de la mesa cuando se levantó a pagar y lo había deslizado dentro del bolso con rapidez para que él no se diera cuenta de que lo guardaba. Me habría avergonzado que me pillara en aquel gesto infantil más propio de una adolescente impulsiva que de una mujer adulta.

—Somos amigos, Chelo, no tienes de qué preocuparte —susurré en la oscuridad depositando de nuevo el posavasos bajo la almohada—. Y no tiene novia, me lo habría dicho, estoy segura —añadí.

Ignoraba que tardaría mucho en volver a ver a Jaime y que cuando lo hiciera sería en unas circunstancias límite que entonces era incapaz de imaginar.

A la mañana siguiente, decidida a romper el hielo y a conocer un poco mejor a mis compañeros, hice una rápida ronda por las mesas llevando cafés. Julio era el gordo alopécico que a mi llegada hablaba por teléfono con el instituto anatómico forense y su especialidad eran las morgues.

—Cuando lleves tanto tiempo como yo presenciando declaraciones te darás cuenta de que los muertos son los únicos que no engañan —dijo amablemente cuando le pregunté por unas fotos de autopsias que tenía sobre el escritorio—. En un delito mayor, un asesinato, mienten todos, el detenido, el testigo, los parientes de la víctima, incluso el abogado y hasta el funcionario judicial a cargo de la investigación, pero un muerto no puede mentir, ya no tiene malicia ni doblez tras las que esconder nada y su cuerpo dice más de lo que a simple vista puedas creer, es el único espacio de verdad que queda a resguardo de la lluvia de mentiras que cae sobre cada caso.

El que escribía con dos dedos a máquina se llamaba Rafael y se encargaba del crucigrama, el horóscopo, el consultorio grafológico y las cartas al director.

—Una revista como la nuestra es como una gran flota, están los portaaviones, los cruceros, los destructores y los submarinos o sea, el director, el redactor jefe, los reporteros y los redactores o lo que es lo mismo, los barcos que de verdad cuentan en una batalla como la nuestra. Yo no tengo categoría de buque, claro está, sólo soy la barquita cubierta con un toldo que llevan a bordo y que no molesta, no interrumpe las funciones de las demás naves pero de tarde en tarde es lanzada al agua para cumplir alguna misión importante.

El que hablaba con la mujer cuya hija había sido atracada por la banda de gitanos era Vidal y lo suyo eran las declaraciones, el cuerpo a cuerpo, las entrevistas.

—Un testigo no habla si no se siente cómodo, la misión del reportero es hacerle sentir entre amigos. Si detecta en ti algo hostil se replegará como los cuernos de un caracol, si tú eres franco con él tal vez él lo sea contigo. Voy a decirte un secreto, a mí no me gusta redactar ni escribir, lo que me gusta es hablar con la gente y conocer sus problemas y este oficio me lo permite.

Llevé un café a la mesa de Enrique. En el rodillo de su máquina estaba metida una cuartilla empezada. «Cuando la magia investiga y resuelve», leí al inclinarme. Era el titular del reportaje que preparaba aquella mañana. En la entradilla se explicaba que la adivinación había logrado grandes éxitos policiales, no una, dos, ni tres veces. Aunque no se hablara de ello fuera de las comisarías, eran muchas las ocasiones en las que la policía había echado mano de los videntes para resolver casos que parecían haber llegado a un callejón sin salida.

—Sólo hay una regla de oro en periodismo —me explicó Enrique al verme tan interesada en su reportaje—: lograr la bendición de los lectores, que te lean. Mientras

te leen sólo tu historia existe para ellos, entran en comunión contigo aunque tú nunca llegues a conocer sus nombres, a ver sus caras. Y ésa es una pequeña frustración que siento, la de no conocerlos, por eso a veces cuando escribo les pongo nombres y rostros, imagino cómo será el hombre o la mujer que se acerca al quiosco a comprar nuestra revista. Quieren la carnaza de una buena historia de sangre, no te digo que no, pero también necesitan digerir un plato más ligero de vez en cuando y la historia de este escalador de casas tiene todos los ingredientes básicos para cocinar un buen plato que les deje con ganas de repetir y comprar el próximo número.

Iba a ser el primer capítulo de una serie e iba a centrarse en explicar qué era un vidente y cómo era su colaboración con la policía. En el que saldría una semana más tarde se hablaría del resultado del examen hecho por el radiestesista en las manzanas donde Pies de Franela había dado sus golpes y aventuraría su veredicto sobre cuáles serían los siguientes pasos del ladrón. Tras una discusión entre los redactores sobre si convenía publicar el resultado del experimento del péndulo o bien debían guardarlo en un sobre cerrado en la redacción y abrirlo una vez el ladrón hubiera vuelto a actuar, se llegó a la conclusión de que era mejor publicarlo, eso atraería interés sobre la revista. Además, anticipar sus pasos no lo disuadiría obligatoriamente de cometerlos. Ya había dejado claro en todos sus asaltos que disfrutaba desafiando a la policía y demostrando que podía ser más listo y ágil que todos los miembros del cuerpo. Así pues, si los hechos corroboraban la opinión del vidente y el ladrón actuaba en esas manzanas, aquél se apuntaría un tanto y si no siempre podrían alegar que con su examen el radiestesista había torcido el destino del ladrón desviando su interés hacia otras zonas de Madrid menos controladas.

El radiestesista en cuestión era francés y se llamaba Pierre Arnoux. Él era el que había contactado con el semanario para ofrecer el experimento del péndulo y el plano con las calles de Madrid. Estaba en España impartiendo una serie de conferencias y asistiendo a charlas en la universidad y le pareció que aquel caso, el del atracador que trepaba por las fachadas, daría publicidad a su trabajo. Enrique, que había luchado tanto por vender a don Adolfo la idea de publicar la serie de reportajes, estuvo esperándole toda la mañana mientras yo pasaba a limpio algunas de sus notas. Mientras escribía a máquina en la mesa que me habían asignado le veía pasear por la sala mirando una y otra vez su reloj. El señor Arnoux había quedado en pasar a primera hora para hacer el estudio sobre el plano que ya había sido acotado con las banderitas y colocado en una mesa central de la sala para que ningún redactor se perdiera el espectáculo. Pasó una hora sin noticias suyas. El retraso inquietaba a Enrique que tenía a los franceses por serios y puntuales. A medida que avanzaba la mañana sus nervios se iban poniendo de punta. Entraba y salía del despacho de don Adolfo aventurando posibles razones para su retraso. Yo no era la única que lo seguía con la vista, también Armando lo observaba y sacudía la cabeza con pena cuando le

veía encender un cigarrillo con la colilla del que acababa de consumir. Enrique hizo varias llamadas al hotel donde se alojaba el francés e incluso a la secretaria de la Facultad de Medicina en cuya aula magna se había reunido con los estudiantes unos días antes y donde aún le quedaban charlas pendientes, pero en ninguno de los dos sitios supieron darle noticias de su paradero. Para distraer la espera se sentó a escribir otros artículos que tenía atrasados, tal vez había equivocado el día de la reunión con el adivino, concluyó después de mucho pensarlo. Se sintió muy defraudado cuando Cayo, a última hora de la mañana, entró en la redacción con un ejemplar de nuestro más directo competidor, un semanario que había abierto brecha en el mundo de los sucesos y que tenía muchos más seguidores que nuestra revista.

—No lo esperes más, no va a venir.

Cayo le mostró un reportaje titulado «¿Magia policíaca?», en el que se hablaba precisamente del hombre radar francés, Pierre Arnoux. Estaba claro lo que había pasado: Arnoux había acudido a las dos publicaciones ofreciendo su experiencia y sus ideas para un reportaje y se inclinó por la primera que respondió afirmativamente a su propuesta.

—Te la ha jugado a modo —dijo un compañero.

—Ésas no son maneras —dijo otra voz.

Todos nos inclinamos sobre el ejemplar y empezamos a leer en silencio. Las primeras palabras en poco se diferenciaban de la entradilla que Enrique había previsto para su reportaje: «Los videntes colaboran a veces en el esclarecimiento de un delito. Aunque parezca mentira, esos seres generalmente menospreciados por toda persona con sentido común han prestado importantes servicios a la Justicia dando la pista de crímenes que aparecían como insolubles».

—Qué canalla, el tiempo que te ha hecho perder —se oyó entre el corrillo de cabezas inclinadas sobre la revista.

—Y encima te han fusilado el enfoque —añadió un segundo solidario.

Alguien ordenó silencio y todos volvimos la vista al ejemplar que yacía abierto en canal como una rana en un laboratorio. Después de una entradilla en la que citaban someramente algunos casos célebres, como el del proceso de Insterburgo en el que se acusó y se absolvió a una de estas adivinadoras, se hablaba del hombre radar francés, Arnoux. Se hacía referencia a dos casos en los que había trabajado con éxito. El primero ocurrió cuando en cierta ocasión acudió a la clínica de un psiquiatra amigo suyo y éste se mostró escéptico sobre los resultados de la radiestesia. Arnoux le aseguró que podría reconocer a un asesino a través de una fotografía o una carta. El médico se echó a reír y le pidió una demostración. El médico rebuscó en uno de sus ficheros de pacientes y le mostró una carta manuscrita que extrajo de uno de los expedientes. Le preguntó si podía decirle si el autor de esa carta había cometido algún delito. Arnoux sacó el péndulo y éste osciló. «Sí, lo ha cometido», respondió Arnoux.

El médico preguntó si sabía si había cometido dos asesinatos. La respuesta del péndulo fue afirmativa de nuevo. ¿Serían tres los asesinatos? El péndulo confirmó que así era. El interrogatorio continuó y el péndulo confirmó hasta cinco muertes. Cuando el psiquiatra quiso acabar con la prueba el radiestesista le pidió que dejara la carta donde estaba. El péndulo siguió moviéndose y se detuvo en la decimotercera oscilación. «Ese hombre ha matado a trece personas», dijo Arnoux. En efecto la carta había sido escrita por un asesino que había dado muerte a trece campesinas jóvenes. El psiquiatra no tuvo otro remedio que aceptar que hay hechos que escapan a la lógica de la ciencia y felicitó a su amigo por la demostración que había hecho ante él. Días después el médico volvió a llamarle. Quería que ayudara a un amigo suyo a encontrar una llave, ¿podía hacerlo? Arnoux respondió que sí. El sujeto que la había perdido era un relojero suizo. Vivía en Ginebra y había extraviado la llave de su caja fuerte cuando hacía el trayecto en bicicleta desde su tienda del bulevar James Pazy hasta la estación de tren. Arnoux tomó un plano y trazó el recorrido que el relojero había seguido, calle por calle, y tras pasar el péndulo por él no dio con el lugar donde pudiera estar la llave. El péndulo se puso a oscilar al pasar por una calle que no había sido mencionada por el hombre de los relojes. Éste recordó de pronto que se había detenido allí en un quiosco a comprar un periódico, algo que había olvidado mencionar. Arnoux le dijo que la llave estaba en aquel lugar. El relojero fue a ver al vendedor de periódicos y éste, efectivamente, le dijo que había encontrado una llave en el suelo. Era la que él buscaba.

Enrique fue el primero en separarse del grupo. Lo hizo como Boabdil debió abandonar Granada. Intentaba componer una imagen de sobria dignidad, de resignada aceptación de la derrota, pero los hombros parecían haber descendido varios centímetros de su altura natural y tenía la barbilla hundida en el cuello como si las patillas le pesaran. Cayo sugirió salir a buscar al francés para pedirle explicaciones pero Enrique movió la cabeza, no quería saber nada más de ese tema. El francés le había traicionado y daba por zanjado el asunto. Tenía muchos otros artículos pendientes y no pensaba dedicar ni un segundo más a lamentarse por lo que habíamos perdido.

Cayo se quedó hablando en corro con Vidal, Rafael y Julio y yo volví a la mesa desde donde podía escuchar parte de lo que comentaban. Lo cierto es que aquel reportaje, decían, contenía todo lo que a Enrique le hubiera gustado escribir y contar. Su rabia estaba justificada. Los casos en los que Arnoux había participado con éxito eran jugosos y además se acompañaban de fotos del propio Arnoux, del asesino de las trece campesinas, del psiquiatra y del relojero suizo. Tenía suficiente interés para secuestrar tu atención en la primera línea y suspender tu respiración hasta llegar al nombre en la firma. Y encima la tirada de esa publicación doblaba la nuestra. El francés había sabido elegir bien su equipo y ahora no había duda de que su trabajo iba

a alcanzar el eco que había esperado.

Cuando terminé la tarea que Enrique me había asignado la llevé a su mesa y me ofrecí a pasar a limpio alguno de los borradores que tenía apilados pero ni siquiera levantó la mirada para dirigirse a mí, como si le avergonzara que leyera en sus ojos su decepción, la rabia que sentía. Quería ordenar sus ideas antes de darme más trabajo y me sugirió ayudar a algún otro redactor mientras tanto. Parecía un gusano de seda encerrado dentro de su capullo. No me atreví a darle ninguna muestra de ánimo aunque me habría gustado. A la espera de que Cayo o cualquier otro redactor me necesitara, me puse a examinar los archivos de la publicación para familiarizarme con todo lo que se había escrito hasta la fecha. El mundo acotado en aquellas páginas era tan fantástico que parecía irreal, como pintado por Goya en una crisis aguda de alucinación y pesadilla. Voces pequeñas parecían salir de aquellas páginas como del cuerno de un gramófono para hablarme de peristas desaprensivos y venganzas por honor, crímenes pasionales y riñas tumultuarias, atracos frustrados, niños que habían fingido un rapto, dramas humanos como el del pastor que estuvo ocho días aprisionado entre las rocas y fue salvado por un perro llamado Leal, incendios provocados, muertes por heroísmo o amor, timos, estafas, la historia de Amador Carmona, al que llamaban el Gitano Señorito, cestero ambulante y *asesino amnésico*, la de la banda de Esteban Martínez apodado Capitán Araña que atracaba viajando en taxi y que nunca se olvidaba de pagar religiosamente sus carreras, el misterio de la cabeza cortada, el del pozo envenenado o el de la aldea española donde, inexplicablemente, «nunca salía la luna». En uno de los ejemplares, en un reportaje sobre un misterio en el que se veían envueltos unas alfombras, una cripta en el Rif, un manco y varios asesinatos, leí un nombre familiar que hizo sonar unas campanitas dentro de mí: el nombre de Héctor Perea y de su ayudante Bonilla aparecían resaltados en negrita y a tamaño titular. Se les acreditaba como los únicos responsables de la brillante resolución del caso. No pude evitar sentirme apelada por el éxito de aquel misterio que se había resuelto mucho tiempo antes de que yo conociera a la pareja de detectives y experimenté un orgullo parecido al que habría experimentado por alguien de mi familia. Era como si parte de aquel triunfo me perteneciera. Me entraron ganas de compartir el entusiasmo de aquel hallazgo pero no tenía con quién, a nadie le importaba esa ilegítima satisfacción que sentía por conocer en carne y hueso a alguien digno de aparecer, por méritos propios, en un periódico. Don Adolfo, que de vez en cuando se acercaba a la mesa de Enrique para tratar de cauterizar la herida de su amor propio, cruzaba la sala sin reparar en mí por más que yo me esforzaba en hacerme visible y era Armando el que seguía ejerciendo de abeja nodriza observándome desde su mesa con el celo de un guardián o de un ángel. Aunque los compañeros no se relacionaban mucho con él pude observar que, cuando lo hacían, todos sin excepción le dedicaban un trato candoroso, como si con una voz

más alta que otra temieran provocar sus bromas o su llanto. Era un trato deferente, delicado y muy pronto, una vez superado el desconcierto que me provocó al conocerlo, yo misma seguí su ejemplo. Era curioso que un hombre de su envergadura proyectara tanta sensación de desvalimiento y aunque se burlaba de la gente poniendo motes absurdos, en su caso la ternura se adquiría por contagio. Temiendo que me empachara por un exceso de lectura y también de tinta —«he observado que has estado toda la tarde llevándote el dedo a la boca para humedecer y pasar las páginas»—, me apartó de los archivos y entramos en la habitación oscura donde Tristán revelaba sus fotos. Sacó un tarrito del bolsillo y lo colocó sobre una repisa. Sólo al cabo de unos instantes apareció una luz verde en el interior. «Una luciérnaga», dijo como si se llamara Monsieur Curie y acabara de descubrir el radio. Tristán y yo miramos la lucecita hipnotizados mientras nos hablaba de la bioluminiscencia de esos animalitos parecidos a los gusanos y nos explicaba que emitían impulsos de luz en un código morse que sólo las luciérnagas macho entendían. Encenderse para llamar la atención de la pareja, inventar un lenguaje luminoso sólo para ser tomado en cuenta.

—Qué de cosas deberíamos aprender de los animales —dijo en la oscuridad y los tres guardamos silencio mientras contemplábamos cómo se iba apagando la ilusión de luz que salía del tarrito. Sabía mucho de luciérnagas y de insectos, de estrellas y planetas. La explicación a su vasto conocimiento sobre animales estaba en su mesa, que él había convertido en un altar consagrado a los libros de ciencia, botánica, fauna y astronomía. Las flores de Chelo habían logrado abrirse un hueco en aquel planeta dedicado al saber metidas en una frasca de vino y daban un aire coqueto a aquel rincón tan masculino. Le pregunté si estaba escribiendo un libro o preparando una conferencia sobre ciencia. Se rió de mí, ¡un libro! Él no iba a vivir lo suficiente para acabarlo. La broma no me pareció graciosa pero me vi obligada a sonreír forzosamente. Todos esos tomos no eran para documentarse para un libro, era un apasionado de todos los temas que se pueden englobar bajo el epígrafe «Mundo asombroso». El semanario le dedicaba al menos dos páginas a reportajes de ciencia, astronomía o matemáticas recogiendo así el interés de los lectores que habían escrito solicitándolo. Él era el encargado de escribirlos.

—Y ahora escribo sobre la bioluminiscencia, no sólo de las luciérnagas, también de los peces abisales, ¿has visto el aspecto que tienen?

Me enseñó unas láminas. A esos peces horribles la luz parecía salirles de la cabeza como si llevaran una linterna de minero siempre encendida. Mi interés por varias láminas de sus libros le resultó una novedad gratificante. Nadie de la redacción parecía tener nunca tiempo para estar con él. ¿De verdad me interesaba la *Fulgora candelaria*, la cochinilla algonodosa, la pulga de mar? Quería iniciarme en la sección que escribía. —«¿Quién sabe? Tal vez algún día puedas ayudarme a escribir un

reportaje»—, y para ello me dio un libro sobre la vida de los crustáceos al tiempo que consultaba el reloj. Fue a buscar algo a su chaqueta, que estaba colgada en un perchero de la pared, y Tristán se acercó a mí para decirme algo. Había sido testigo de mi desconcierto cuando me dijo que no tenía tiempo para escribir un libro y creía que debía saber que desde la guerra tenía metralla alojada en el cerebro, cada día de su vida era un milagro que la ciencia no sabía explicar. Los labios se me secaron y sentí que la lengua se me acorchaba. Quería saber más pero no dio tiempo a explicaciones. Armando había vuelto y sonreía desde su altura de cachalote.

—Hora de las medicinas. Tengo que comer algo. Te invito a un pisco, ramillete.

Miré a Tristán suplicándole que nos acompañara y los tres salimos de la redacción.

En 1859 Alfred Russell Wallace, naturalista británico contemporáneo de Darwin, descubrió unas hormigas junto al Amazonas a las que la espora de un hongo había infectado convirtiéndolas en su huésped.

—En el mundo animal se llama huésped al ser que aloja, no al invitado. Así de maravilloso y complejo es el mundo de los animales. Estas esporas —nos explicó Armando en la mesa del bar Caracola que había cerca de la redacción— crecen en el interior de las hormigas y acaban convirtiéndose en hongos que les salen de la cabeza.

Tenía varias pastillas de distintos colores puestas en fila que había sacado de un pastillero de latón —«llevo la vida en esta cajita, qué cosa tan pequeña es cuando te fijas en ella»—, y jugaba con ellas antes de metérselas en la boca.

—Lo curioso es que las hormigas infectadas disimulan su infección ante otras hormigas, ocultan lo que les pasa, como si tuvieran vergüenza de su enfermedad o como si temieran ser expulsadas de la comunidad por sus semejantes. Son muertos vivientes, hormigas zombi, ya no se comportan como los seres integrados que han sido hasta ese momento sino como robots que actúan al dictado de un ser superior a ellas.

Lo único que sabía de zombis era lo que había visto en *Yo anduve con un zombi*, una película que parecía basada en la novela *Jane Eyre* pero cuya historia transcurría en las Antillas. El mundo de los muertos vivientes era un mundo paralelo al de los vivos lleno de misterios que escapaban a la lógica, al menos a la científica, pero lo que Armando nos contaba estaba al parecer documentado por el señor Wallace y nadie lo había rebatido hasta entonces.

—Empiezan a tener un comportamiento errático y alucinado cuando nadie, ninguna otra hormiga, las ve.

Hablaba de ellas como si las hormigas fueran seres pensantes capaces del engaño o la estrategia calculada, como si estuvieran dotadas de conciencia, como si se

pudiera encontrar en ellas las dobleces que a menudo encontramos en los humanos.

—Y a medida que el parásito empieza a crecer dentro de ellas van quedando sin voluntad, como si una voz autoritaria que sólo ellas escuchan les fuera indicando qué hacer, «sube a esa hoja», «trepa por esa rama», «busca un rayo de sol».

Armando hizo una pausa, quedó en silencio como si él mismo estuviera escuchando una voz interna que ni Tristán ni yo podíamos percibir. Su rostro se contrajo de pronto. Un destello cruzó por sus ojos como un latigazo, cerró los párpados y se apretó las sienes con las dos manos como si tratara de impedir que la cabeza le estallara. Sudaba copiosamente y el sudor resbalaba tan lentamente por la frente que parecía hecho del mercurio de un termómetro. En su caso la metralla era la espora que le había infectado y adiviné que ella era la responsable de ese ataque doloroso que estábamos presenciando. Tristán y yo le miramos sin saber qué hacer hasta que al cabo de unos segundos el tormento amainó y Armando bajó las manos de la cabeza. Abrió los ojos y nos miró con expresión neutra. Sin referencia alguna a lo ocurrido, como si nada hubiera interrumpido la conversación, continuó en el mismo punto donde lo había dejado.

—La última orden que reciben es hallar una hoja apropiada para que el hongo, una vez aflore, pueda crecer. Una vez la encuentra, la hormiga muerde la vena de la hoja y queda fatalmente unida a ella hasta que agoniza y muere. Desde allí el hongo esparce sus esporas para contagiar a otras hormigas incautas e infectar al resto de la colonia.

Hubo un silencio. En la mente de los tres la imagen de la hormiga muriéndose y el hongo saliéndole por la cabeza, de Armando y la metralla.

—Parece un cuento de Poe —dijo finalmente Tristán con un estremecimiento. Armando nos aseguró que la naturaleza estaba llena de historias como ésa, historias capaces de volver blanco el pelo del hombre más valiente. Iba a seguir contándonos otros misterios de las hormigas amazónicas cuando media docena de jóvenes entraron en tromba en el bar. Venían corriendo, agitados, como si huyeran de algo. A pocas manzanas de allí estaba teniendo lugar una batalla campal entre estudiantes. Unos coreaban consignas a favor de Falange, los otros en contra del SEU. La policía armada estaba empleando tanques de agua para separarles. Se llevaban a cabo detenciones. Había habido heridos.

—¡Jaime! —musité.

Salimos del bar apresurados, apenas tenía tiempo de pasar por la redacción a coger el bolso para ir a encontrarme con él en La Ballena Alegre. Rezaba internamente para que no fuera uno de los detenidos, uno de los heridos, para que estuviera en la cafetería esperándome, para que no se hubiera metido en ningún lío. Al llegar al semanario nos esperaba otra batalla campal: Cayo y Enrique, en presencia del señor Arnoux, estaban discutiendo por algo ocurrido en nuestra ausencia. Arnoux

se había presentado a disculparse ante Enrique por su retraso, resuelto a hacer el experimento del plano. Enrique lo miró perplejo. ¿Cómo se atrevía a presentarse así después de que se había vendido a la publicación que tanto ahogaba nuestras tiradas? Arnoux le devolvió una mirada igualmente perpleja; por ningún lado veía que fuera incompatible realizar el reportaje del péndulo con nosotros y a su vez conceder una entrevista a otra publicación. Él era una celebridad, un científico, un hombre cuyas opiniones y experiencia eran valoradas y requeridas en muchas publicaciones. Enrique lo tachó de payaso fatuo y le pidió que se fuera con la música a otra parte. Cayo se acercó a tratar de sofocar la ira creciente de Enrique y la sorpresa igualmente en alza del francés. Parecía dispuesto a aceptar las disculpas de Arnoux, a hacer borrón y cuenta nueva y a poner en marcha el experimento. Enrique tomó la intervención de Cayo como un ataque a su persona y lo tachó de desleal. Cayo se defendió. ¿Cómo podía acusarle de desleal si él mismo había sugerido buscar a Arnoux esa mañana para pedirle explicaciones? La rabia le estaba nublando el entendimiento, lo mejor era que se calmara, le indicó a Enrique, pero éste se revolvió: ¿y a él quién le había nombrado juez para que se creyera con derecho a intervenir en su disputa con el vidente? ¿Quién era para pedirle que se calmara? «Tu amigo, eso soy», respondió Cayo. El francés no entendía nada, insistía en proceder al experimento del péndulo. Enrique fue hacia la mesa donde seguía el plano y las banderitas y de un manotazo los hizo saltar por el aire. También lanzó al suelo los partes policiales en los que yo me había basado para cercar el área de los robos. Cayo y Enrique se enzarzaron en una pelea por lo que éste acababa de hacer. Si Cayo quería aceptar las disculpas del francés era sólo para que Enrique no perdiera aquel reportaje al que tanto tiempo había dedicado, lo hacía pensando en él y en su conveniencia. Enrique no necesitaba un padre ni una madre, la actitud de Cayo le parecía exasperante y paternalista. Mientras arreciaba el cruce de reproches entre los dos redactores Julio y Rafael se agacharon a recoger el estropicio. Tristán fue a ayudarles y Armando se refugió en sus libros de hormigas y luciérnagas para no oír los gritos e insultos que rebotaban por las paredes. El señor Arnoux pronunció dos palabras en perfecto español, «barbarie española», y luego abandonó la redacción musitando palabras en francés que nadie se molestó en intentar comprender. Yo cogí mi bolso y en medio del guirigay salí en dirección a La Ballena Alegre.

Había empezado como una brisa inofensiva y refrescante, un mensaje de esperanza, deseo de cambio, proyecto de futuro. El manifiesto repartido en la universidad fue despertando conciencias y el entusiasmo de muchos universitarios, pero también reticencias y miedos.

Una algarada entre estudiantes añadió a la brisa el calor que necesitaba para convertirla en algo más serio. Un viento cálido fue ascendiendo en la atmósfera por aulas y pasillos, por escaleras y despachos, por calles, por el campus de la Ciudad Universitaria. Arrancó algunos brotes jóvenes de los arbustos más conservadores y los transportó en volandas hasta parterres liberales donde algunos lograron prender delicadamente; dejó tronchada la rama de algún árbol inmovilista pero en aquellos primeros días los daños no fueron de consideración.

Faltaban pocas horas para que pasara a tormenta tropical, pocas horas para que la universidad viviera un asalto insólito a sus instalaciones.

Un día después de ese asalto Miguel Álvarez, de diecinueve años, caería herido por el disparo de un arma en la calle Alberto Aguilera y el viento sería imparable.

La brisa perdería para siempre ese nombre.

Se iba a convertir en un huracán.

Pero aquella tarde la fuerza del fenómeno que se preparaba aún no había tumbado la aguja de ningún aparato de medición. Aún había tiempo para que las cosas se encauzaran pacíficamente. Un combate entre estudiantes en la calle tampoco convertía la jornada en una tragedia. Tal vez con las detenciones, como había ocurrido en otras ocasiones, sólo se buscaba identificar a los alborotadores, tomarles la filiación, un paso breve por la comisaría y luego, a la calle.

En el caso de estudiantes que ya estaban fichados, como Jaime, la cosa se complicaba un poco más. El paso breve por la Dirección General de Seguridad podía convertirse en algo más largo, tal vez en días o semanas hasta que los abogados y las familias lograban sacar a los detenidos de los calabozos.

Cuando salí de la redacción tomé un taxi hasta la calle Alcalá y me bajé a la altura del café de Lyon, frente a Correos. Descendí las escaleras hasta La Ballena Alegre y salté con la vista de una mesa a otra; Jaime no estaba en la cafetería. Me senté a esperarle sin despegar los ojos de la puerta. Llamé con una seña al camarero para preguntarle si no había visto a alguien como él esperando antes de que yo llegara. Instantes después volví a llamarle para añadir detalles a su descripción, para asegurarme de que no había visto a nadie de sus características. ¿Dónde podía buscarle si no aparecía? ¿A quién podía llamar? Tal vez estuviera esperándome en la portería de casa, o tal vez se había decidido a dormir en el piso de sus padres, en el principal, a pesar de que la casa llevaba meses vacía y los muebles se apelotonaban

en las habitaciones cubiertos por sábanas blancas. Me esforcé en recordar quién era el amigo que le acogía en su casa, pero el día anterior Jaime había mencionado a tantas personas que sus nombres bailaban en mi cabeza como las bolas de la lotería. Anoté todos los apellidos que recordaba, todos los nombres, por fin uní el nombre de Luciano al apellido de Marcos. ¿Y si pedía una guía al camarero y llamaba a su casa? Pero a lo mejor a través del teléfono notaban mi nerviosismo y ello alertaba involuntariamente a sus padres. ¿Habría dicho algo la radio sobre la pelea entre estudiantes?

Necesitaba pensar. Pensar y calmarme. Que Jaime no estuviera en la cafetería donde habíamos quedado no significaba necesariamente que algo malo le hubiera ocurrido. Tal vez no había podido separarse de sus compañeros de Derecho, tal vez a esas horas estaba en otro lugar de Madrid enzarzado en alguna discusión vehemente e improrrogable. Su compromiso político era prioritario, debía aceptarlo con deportividad. Achacaría el retraso a cierta desconsideración por su parte y lo apuntaría en la lista de agravios y decepciones como los que habíamos vivido en la revista esa mañana con el desplante de monsieur Arnoux. Levanté la vista del papel donde había anotado los nombres. Mis ojos se cruzaron con los de un hombre que tomaba una cerveza y que al ser sorprendido tan inesperadamente bajó la mirada a una novela que tenía en las manos. Rondaba los treinta años. Era moreno y llevaba el pelo largo. El flequillo casi le ocultaba la cara. Si no fuera por la edad podría haber sido un estudiante. Había algo vago y nebuloso en su mirada y en su aspecto que le hacía desentonar como una sombrilla en medio de un aguacero; no pertenecía a aquel lugar, estaba de más, sobraba, ¿o era el miedo por la suerte de Jaime el que hablaba por mí y me hacía sospechar de lo que me rodeaba? Me reí de mis prevenciones y el desconocido recuperó un aura inocente e inofensiva. Decidí quedarme y aguardar.

Unas mesas más allá una docena de clientes estaban reunidos en torno a un joven que leía un cuento en voz alta. Alguien dijo que se trataba de un escritor llamado Medardo Fraile que presentaba su último relato a unos amigos. Por unos instantes me distraje con las desventuras del protagonista del cuento que se leía, un estudiante al que los distintos personajes interpelaban constantemente con un «no sé lo que tú piensas» que despertaba la risa de los presentes. Su tío le obligaba a ir a la universidad y él lo que quería era ir a un hotel en La Toja o hacerse marino. Se hizo novio de una estudiante llamada Obdulia. Aquel amor pasó y se quedó sin novia pero con un sombrero gris perla que le había regalado una tía. El autor llegó al final, una frase que hablaba de la soledad, y levantó los ojos a la espera de las reacciones de los presentes. El grupo inició enseguida un debate en torno al cuento que se había leído y que a algunos les pareció digno del mejor Chejov. Al igual que el autor, los allí reunidos repudiaban la palabra «solemne» y amaban la palabra «ironía», el autor había pretendido esconder algo de risa aunque fuera dentro de una lágrima y todos

opinaban que lo había conseguido de manera muy acertada.

Mientras el debate arreciaba en aquella animada mesa entraron dos chicos y una chica en la cafetería y se sentaron en un velador cerca de la puerta. Traían carpetas, carteras y libros. Eran, sin duda, universitarios. Hablaban despreocupadamente y me quedé mirándoles sin decidirme a abordarles. Finalmente reuní valor y me acerqué a su mesa.

—Perdonad si os molesto. ¿Sois de la Facultad de Derecho?

—Farmacia nosotros —dijo uno que llevaba un grueso jersey de lana refiriéndose a él y a la chica y luego señaló a un tercero—, y éste, Telecomunicaciones.

—A lo mejor os habéis enterado de lo de la pelea.

—Las —me aclararon.

—¿Ha habido más de una?

—Han ido rebotando todo el día de una facultad a otra. En Moncloa, en el bar de Medicina, en las escaleras de Farmacia, en San Bernardo, en Gran Vía...

—Me refiero a ésa en la que la policía ha empleado tanques de agua.

—Ésa nos la hemos saltado —dijo el del jersey grueso.

—Serían furgones de esos con presión de agua —intervino el de Telecomunicaciones—. ¿Y dónde ha sido?

Explicué que no estaba segura y que había quedado con un amigo de Derecho que no se había presentado. Temía que se hubiera visto envuelto en la pelea. Si no sabían nada seguiría esperándole.

Iba a volverme a mi mesa pero me invitaron a sentarme con ellos.

—Si tu amigo era uno de los que han estado soltando pasquines en el metro por los respiraderos de los vagones a lo mejor lo han empapelado.

—¿Qué?

—Detenido. Que han cogido a unos. Pero los soltarán pronto —dijeron.

—¿Y por qué han sido las peleas? —pregunté—. Me refiero a qué ha pasado para que se hayan extendido así como decís.

Me contaron que los incidentes habían empezado en Derecho por la mañana, «de ahí es de donde arrancan siempre todos los fregados, ésos no fallan», entre estudiantes que apoyaban al SEU y otros que habían abucheado a los dirigentes del sindicato. Se había reunido la Cámara Sindical y unos setecientos estudiantes de distintas facultades habían participado en ella.

—¿Setecientos estudiantes? —me asombré.

—Sí, eso son las cámaras sindicales, va todo el mundo en aluvión. Luego todos se ponen a opinar y nadie se entera de nada.

—Lo que la gente tiene que hacer es elegir representantes, que hablen unos pocos que representen a los demás y asunto arreglado.

—¿Sabes lo del manifiesto? —me preguntó la chica de Farmacia.

—Sí, bueno, algo, un poco —contesté de manera ambigua.

—Unos del SEU querían hacer suyas las reivindicaciones del manifiesto que estaba circulando y hubo protestas de los que lo han firmado, se negaban a que les identificaran con los seuistas-falangistas.

—Ésos andan de capa caída. Están *orsay* —dijo el de Telecomunicaciones.

—Entonces, ¿qué pasó con lo del manifiesto? —pregunté interesada.

—Lo que te decía antes, setecientas personas opinando a la vez, tú dirás. Se han acordado de todos, desde José Antonio hasta Azaña, desde el general Mola a Santiago Carrillo. Han desfilado nombres de éstos a porrillo, y claro, se ha armado un caos fenomenal.

El decano presidía la Cámara y tuvo que intervenir varias veces para evitar que se hiciera política en la universidad.

—Los del claustro no se enteran de nada, pero si en la facultad no se hace otra cosa que política —dijo el de Telecomunicaciones—. Bueno, sigue contándole.

El del jersey me explicó que al parecer se prometieron una serie de reuniones futuras para estudiar los motivos del descontento general; el decano prometió autorizar todas las cámaras sindicales que se convocaran con tiempo pero finalmente se optó por lo más sensato, que a ellas asistieran sólo los representantes de los estudiantes. Cuando ya todo el mundo accedió a buscar representantes se procedió a votar. Se habían intentado elegir delegados para las futuras reuniones y todos los candidatos del SEU habían sido rechazados. No se había llegado a ningún acuerdo.

—Ni van a llegar nunca, lo que unos ven blanco otros lo ven negro, y los que lo ven gris son minoría, así que de llegar a entenderse, nanay —dijo la chica de Farmacia.

Yo no entendía mucho de política, me atreví a decir, pero sí lo suficiente para intuir que eso iba a traer consigo represalias. Si el SEU seguía siendo poderoso y sentía que había sido humillado las cosas no iban a quedar como estaban. El chico de Farmacia asintió; tenía toda la razón, me dijo.

—El SEU ha perdido legitimidad y no se ha enterado —dijo acabando la explicación.

—O no se quiere enterar, que no es lo mismo —respondió su compañera de Farmacia—; está dando las últimas boqueadas. Son patéticos.

—Sí, eso es más exacto. Lo que te decía, que ya no representa a la mayoría de los estudiantes. Pero no van a permitir perder poder ni que se cuestione su autoridad. En los próximos días es posible que haya más incidentes.

—¿Y qué va a pasar con el manifiesto entonces? —pregunté.

—Sólo se sabe que el decano tiene intención de que el rector lo estudie antes de enviarlo al ministro y diga qué debe hacerse. De momento, creo que mañana o pasado se va a tratar de elegir de nuevo a delegados pero ya veremos si se consigue.

Seguimos hablando durante un rato. El ambiente en Derecho estaba muy crispado y siguió así fuera de las aulas. Hubo incidentes en la calle, trifulcas y agresiones por todas partes, en todas las facultades que me habían dicho al principio.

—Ahora, lo que yo digo es que los vehículos de la policía armada debían estar prevenidos desde la mañana porque para liarse a manguerazos a troche y moche tienen que estar listos con tiempo, eso no se improvisa así como así —dijo el de Telecomunicaciones.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunté asustada.

—Que se está liando una buena —respondió la chica de Farmacia.

—Pero todavía no te hemos contado lo más extraño; ocurrió ayer por la noche —continuó el que llevaba la voz cantante, el del jersey grueso—. Esta mañana no se hablaba de otra cosa en los pasillos de Farmacia. Un estudiante de Derecho entró en una taberna de Cuatro Caminos a eso de las diez de la noche. Unos tipos bien trajeados entraron tras él, le arrancaron el maletín que llevaba y lo registraron; sacaron de él una copia del manifiesto.

—¿Un maletín? ¿Seguro que no era un talego, una especie de macuto? —pregunté alarmada.

—Por ahí decían que un maletín, pero pudiera ser una bolsa o un macuto, no se sabe. Le obligaron a salir de la taberna, lo metieron en un portal y lo molieron a palos. Se llevaron el maletín y al chico lo dejaron tirado en el suelo. Es evidente que eran secretas. Lo habían seguido desde que abandonó la facultad. No se sabe cuántos infiltrados hay. En todos los cursos, según dicen, hay policías que se hacen pasar por estudiantes.

—Ya nadie se puede fiar de nadie. Todo el mundo se siente vigilado.

Salí de la cafetería. Sentí miedo. Jaime podía ser ese estudiante agredido. Yo había visto el manifiesto en su macuto. ¿Quién podía asegurar que no era él? Los estudiantes hablaban de un maletín pero era una historia oída de tercera o cuarta mano. Podría no ser exacta, podía haberse ido deformando con las distintas versiones, mientras circulaba de boca en boca. Y eso de que había policías infiltrados entre los alumnos me daba escalofríos. Yo misma me sentí vigilada cuando caminaba por la calle. Era absurdo, ¿quién iba a querer seguir a alguien como yo? Yo no era nadie. Nunca me había significado por nada. Enseguida me convencí de que las palabras de los estudiantes de Farmacia me hacían ver fantasmas donde no los había. Al llegar a casa pregunté a Chelo si Jaime había llamado. No lo había hecho, al menos mientras ella estaba allí; tal vez nuestra madre supiera algo de él.

—¿Pasa algo, Asun? —preguntó mi hermana.

Di una respuesta vaga y subí a ver a mi madre.

Al llegar a Madrid mi padre había construido un bancal en la azotea del edificio. Allí mi madre cultivaba algunas hierbas con las que hacía emplastos y tisanas.

También subía cuando tenía que pensar. O cuando necesitaba estar sola. Al abrir la puerta que daba a la terraza oí su voz hablando con alguien. Me quedé escuchando. Mi madre explicaba lo dura que se le hacía la vida desde que él se había marchado, era difícil mantener unida a la familia como a una recua de bueyes, faltaba la argamasa y la argamasa era él.

No era la primera vez que la escuchaba pensar en voz alta, mantener una ilusión de conversación como si desde la cárcel mi padre pudiera oírla y responder a sus palabras o como si no se hubiera ido nunca, como si le tuviera al lado preparando su curso de mecánica o lustrando con betún los zapatos que se ponía para subir a hablar con los inquilinos de la casa. Durante la noche también lo hacía pero entonces no se daba cuenta. En sueños goteaba palabras como un grifo mal cerrado: «Trino, atranca la puerta que ya están todos en casa», «Hombre de Dios, tienes el uniforme lleno de lamparones, así no puedes subir a casa de don Andrés», «Trino, qué frías tienes las manos; tráelas, Trino, así entre los muslos, para calentarlas».

Aquella tarde mi madre explicaba a mi padre que éramos como cuentas de rosario y que si faltaba una sola cuenta el rosario se rompería. Pero ella ya no podía hacer nada por evitarlo. Dentro de poco se iría Miguel a la mili, la primera cuenta. ¿Quién sabía en qué campamento le tocaría hacer la instrucción? Ella rezaba por que fuera en el de Segovia, ese al que había ido Jaime a empezar lo de las milicias universitarias y que no estaba lejos de Madrid. Miguel sería el primero en irse. Y tal vez Pedrito le seguiría, a lo mejor mi madre le dejaba ir interno con los curas que tanto se habían interesado por él. ¿Qué piensas tú, Trino? Preguntaba y a continuación se contestaba a sí misma que era una oportunidad para sacarle brillo a su inteligencia, una oportunidad que no se podía desaprovechar, aunque le doliera separarse de él. En esa casa iban a quedar sólo mujeres, ¿y qué hacían cuatro mujeres sin sus hombres, sin su fortaleza?

—Cuatro mujeres solas, Trino. Mala cosa es ésa.

Mi madre levantaba la vista del bancal y se quedaba mirando el horizonte, como si esperara que el viento le trajera las palabras de mi padre.

—¿Y si esa mujer, doña Pilar, «la Lorite» como la llama Chelo, tiene razón y le estamos quitando a la pequeña Irene la oportunidad de que crezca en una familia con posibles, en una familia como Dios manda? No creas que no pienso en eso. A todas horas.

Una nueva pausa. ¿Le traía el viento esas palabras que esperaba? ¿Oía la voz de mi padre? ¿Imaginaba su respuesta?

—La nuestra una familia como Dios manda no es. Una familia como Dios manda no tiene a uno de sus miembros en la cárcel. Una familia como Dios manda sabe educar a sus hijas para que la menor no sea madre sin estar casada. Una familia como Dios manda...

La voz se le ponía temblona. Se emocionaba. Yo la escuchaba casi sin respirar. Mi madre no quería llorar y se sonaba los mocos con la punta del delantal.

—Chelo. Tu Chelo. Es tan joven, y tiene tantas ganas de volar. Siempre ha sido la niña de tus ojos, tu prenda más querida. Y la pequeña, Irene, pues es lógico, es una carga para ella, en eso doña Pilar tiene razón.

No me dolía oírlo, sabía que Chelo era el ojito derecho de mi padre, pero Trino era tan bueno que nunca había hecho diferencias entre nosotras.

—Pero yo... sólo de pensar que la niña se fuera... Se me parte el corazón, más que cuando se vaya Miguel, más que si Pedrito al final se va a ese colegio interno, mira lo que te digo.

Yo, como mi madre, también imaginaba la respuesta de mi padre allí, desde la cárcel: «Es que no tiene que marcharse, Felisa, ¿en qué estás pensando, mujer?».

—Yo no la quiero dejar marchar pero a Chelo las alas se le están atrofiando y ese instinto de madre que debería tener, ese que tuve yo y que tienen las mujeres cuando traen hijos al mundo... yo ése no se lo veo por ninguna parte.

Clavaba una pequeña pala en la tierra del bancal y después de removerla dejaba la pala a un lado y regaba con agua la tierra, y la moldeaba y aplanaba con las manos.

—Podrían ser hermanas en vez de madre e hija. Lo cambiada que la vas a encontrar cuando vuelvas. Como no quieres que te la lleve a comunicar... Vamos, que si me preguntas qué hacer te contestaré que no sé qué hay que hacer pero sí sé que yo dejarla ir no quiero, no quiero...

A veces arrancaba un poco de lavanda, se la restregaba entre los dedos, se olía la mano, se quedaba callada, pensativa. Volvía a meter las manos en la tierra y, como si hubiera encontrado enterrada en ella la determinación que buscaba, retomaba el hilo perdido.

—Yo la próxima vez que venga doña Pilar voy a decirle que no vuelva más, que he hablado contigo y que tú has dejado dicho de una vez y para siempre que la niña de casa no se mueve. Que es una orden tuya y que yo no te voy a desobedecer porque no quiero y porque para algo eres el cabeza de familia, aunque estés en la cárcel. Ay, parece que después de decirlo me he quedado mejor, Trino, mi amor, siempre que hablo contigo acabo viéndolo todo más claro.

Sentí deseos de acercarme y abrazarla pero finalmente pensé que no tenía derecho a estropear esos momentos de intimidad que buscaba para escribir una carta a mi padre, una carta sin papel, sin pluma, sin nada, sólo con su voz y sus silencios. Me las arreglé para alejarme de la azotea antes de que supiera que la había escuchado. Era su manera de conjurar la ausencia de mi padre y mantener el espejismo de que seguía en casa y, aunque me daba miedo que se convirtiera en una costumbre y acabara como esas mujeres mendigas a las que la soledad les hacía hablar con el cuello de sus abrigo por la calle, esas mujeres de las que la gente se alejaba por miedo al contagio

de su locura, había que respetarla.

Tal y como los estudiantes de La Ballena Alegre habían pronosticado, en los siguientes días aumentaron las algaradas en la universidad. Especialmente grave fue la que se produjo dos días después de que Jaime faltara a la cita.

Ese día se preparaban en Derecho las elecciones para elegir delegados de curso y representantes para las futuras asambleas. Las elecciones tenían el visto bueno del decano. Representantes del SEU irrumpieron en la Facultad de Derecho, algunos llevaban camisetas azules, y colocaron un anuncio en el tablón de notas ordenando que no se celebraran. Se sentían humillados por los abucheos que habían recibido días antes y por el hecho de que sus candidatos habían sido rechazados, y tacharon las elecciones de patochada.

—Están los ánimos muy revueltos y así no se puede votar. Hay que parar las elecciones hasta que se calme todo el mundo.

—¿Quién lo dice? —se atrevió a preguntar uno de los estudiantes.

—Lo decimos nosotros y lo dice el delegado nacional del SEU que es el que tiene la potestad para suspenderlas.

Se extendieron los murmullos entre los estudiantes que estaban entonces frente al tablón de anuncios, no muy lejos de los despachos del decanato. Los del SEU, por las buenas, quisieron convencer a los estudiantes de que en líneas generales estaban de acuerdo con sus inquietudes; lo de buscar mayor representatividad lo suscribían, lo de organizar un congreso nacional también, y lo de pedir más ayudas y una mejora en enseñanza ellos lo llevaban diciendo la intemperata de tiempo. Todo eso les parecía bien, lo que no les parecía tan bien era la manera en que estas inquietudes se habían planteado. Sólo pedían unos días de aplazamiento en las elecciones porque con la gente tan exaltada y los nervios tan a flor de piel no creían que fuera buena idea pronunciarse ni proceder a las votaciones.

—¿Es una sugerencia o una orden? —preguntó el mismo estudiante que había hablado antes.

—Es una orden. Y es por el bien de todos. Así pues, hay que retirar las urnas de las aulas 19 y 20.

Unos cuantos falangistas que no pertenecían al SEU pero que habían acompañado a los representantes del sindicato empezaron a subir las escaleras en dirección a las aulas donde iban a tener lugar las votaciones. Hubo unos primeros instantes de desconcierto hasta que algunos estudiantes protestaron y se negaron a admitir órdenes de quienes no tenían potestad para anular nada. «Queremos elecciones», gritaron. Cuando fueron a arrancar el anuncio que acababan de poner los seuistas para impedirlos, éstos dejaron a un lado las buenas maneras y con arrogancia despacharon algunos puñetazos y bofetadas. Varios recibieron golpes de porras y llaves y otros

instrumentos de hierro que algunos del SEU llevaban entre la ropa. En el altercado que se originó una de las flechas de la lápida del monumento a los caídos que estaba en la escalera central se rompió, lo que causó una gran conmoción entre los presentes. El yugo y las flechas eran símbolos tan sagrados como una cruz. Para muchos era un sacrilegio comparable al de escupir sobre una imagen religiosa. Hasta el decano, que había salido de su despacho alertado por los ruidos, intentó intervenir y fue zarandeado por los que trataban de impedir las elecciones y blandían las flechas en las manos como si fueran los hijos de Zeus tronante. Miembros de uno y otro bando se liaron a golpes y gritos. El decano de la facultad amenazó con llamar a las fuerzas de seguridad si los que habían entrado para interrumpir las elecciones no abandonaban el edificio inmediatamente. Los grupos enfrentados salieron a la calle y muchos estudiantes, al grito de «SEU no», se manifestaron hasta la Ciudad Universitaria mientras el rector, enterado de lo sucedido, convocaba una Junta de Gobierno para tratar de aclarar las cosas y tomar medidas sobre todo lo que estaba pasando.

Yo no sabía nada de todo esto cuando al día siguiente decidí ir a la universidad en busca de Jaime. De haber conocido esos hechos tal vez se hubiera impuesto otra vez en mí esa parte prudente y miedosa que me impedía la mayor parte de las veces ser espontánea, lanzada, decidida; esa parte de mí que me hacía sopesar todo una y mil veces y me varaba, me hacía detenerme en plena marcha como si los zapatos se hubieran hundido de repente en cemento blando, esa parte que odiaba de mí, mi yo timorato. O quizá nada hubiera cambiado, a lo mejor por una vez nada me habría disuadido de ir. La falta de noticias de Jaime sólo podía deberse a que estaba herido, a que había vuelto a Zaragoza o a que se había metido en algún lío con la policía. Aproveché que don Adolfo me había encargado franquear cartas en Correos y recogerle papeles en el banco para telefonear a la redacción desde la portería y preguntar a Enrique si creía que me podía tomar algunas horas libres. Nada más colgar oí la voz de mi madre.

—Te lo prohíbo terminantemente, ¿me escuchas, Chelo? Terminantemente.

Entré en la sala. Mi madre, indecisa, daba vueltas en redondo sin saber muy bien si ir a la cocina o quedarse regañando a Chelo por la ocurrencia que había tenido.

—Has hecho que se me olvide lo que tenía que hacer. Ya no sabe una si coger criada o ponerse a servir.

Como si lo viera, la tonta de mi hermana, porque no tenía otro nombre, le debía haber soltado su idea de posar para esa academia de postín de la que me había hablado días atrás.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se enfada, madre? —pregunté taladrando a Chelo con la mirada.

—Tu hermana, que ha perdido la cabeza, eso pasa —contestó mi madre dolida.

—Sólo le estaba pidiendo permiso para tomarme la mañana e ir a esa academia de dibujo a enterarme de... —balbuceó mi hermana.

—Ni media palabra más, Chelo. Ya te he dicho todo lo que tenía que decir. Lo siento la mar, pero no. No y no. A veces no entiendo qué cosas te pasan por la cabeza, hija... —zanjó mi madre.

—No me deja hablar, así es imposible que lo entienda —protestó Chelo.

—No hay nada que entender y he dicho que calles la boca. Y no me hagas hablar, no me hagas hablar.

—Madre, cálmese. Y tú, Chelo, déjalo estar —intervine.

—No quiero que madre se quede pensando mal de mí. Madre, tiene que sentarse y prometerme que me va a escuchar sin enfadarse, por favor. Luego ya no le volveré a hablar de ello si no quiere.

Mi madre se negó a sentarse aunque guardó silencio para que mi hermana pudiera explicarse.

Chelo lo soltó todo de arriba abajo: cómo las estudiantes de dibujo la habían abordado en la calle y la oferta que le habían hecho; también soltó su estudiado monólogo sobre lo de asfixiarse encerrada entre cuatro paredes, sobre eso de que la casa se le caía encima y todo lo demás. Gracias a Dios había esperado a que mi hermano Miguel se fuera que si no se hubiera organizado una gorda.

—Me importa un comino cómo te sientes, Chelo, si se te cae la casa encima o si no se te cae, si tu vida es monótona y agobiante o si vives como una reina. ¿Crees que estás en condiciones de elegir lo que quieres hacer? Tienes una hija y en tu hija es en lo único que deberías pensar. En lo único.

Mi madre tenía toda la razón y era difícil no alinearse con ella, mantenerse a cierta distancia para no hundir más a Chelo.

—Madre, cuando me dice eso de esa manera es como si me dijera que la vida se ha acabado para mí. Y no he empezado a vivir y ya me está diciendo...

—¡Vivir! ¡Vivir! ¿Crees que alguien en tus circunstancias tiene algún derecho a plantearse cambiar de vida? Pero ¿en qué cabeza cabe que vayas ahora a posar como una... como una... cualquiera? —preguntó mi madre desenchajada—. Pero ¿es que no tuviste bastante con lo del sinvergüenza ese que...?

Otra vez aparecía en escena el tramoyista que la había dejado embarazada. Chelo me miraba en busca de ayuda.

—Es un trabajo decente, me he informado, díselo tú, Asun, que a ti seguro que te hace caso —suplicó muy angustiada.

Mi madre me miró con severidad; consideraba una deslealtad que yo estuviera en el ajo.

—Así que tú también estás conchabada —dijo con tristeza—, sois las dos tal para cual. Sois la sardina y la raspa.

Chelo me había colocado en una situación muy difícil. Por un lado quería ayudarla pero por otro había elegido el peor momento para sacar el tema y ahora yo no podía apoyarla abiertamente porque eso le costaría a mi madre un disgusto aún mayor del que mi hermana le había dado.

—Sois de lo que no hay, de verdad —rezongó mi madre con tristeza—, de lo que no hay.

Le pedí que no se lo tomara a la tremenda, la cosa no era tan grave. Me dolía mucho verla así y no sabía qué hacer para aligerarla de la carga que mi hermana acababa de depositar sobre ella. Le expliqué de la mejor manera que pude que a mí me parecía un trabajo decente, que no se trataba de posar desnuda ni nada de eso y que la academia de la señora Roesset era una academia de dibujo de mucho prestigio, a la que acudían señoritas de buenas familias. Mi madre no quería hablar más del asunto. Chelo apeló a los dos duros que le darían por cada hora que trabajara, así ya no estaría más a la sopa boba. Mi madre fue tajante, dijo que no y ésa era su última palabra. Se fue a la cocina y Chelo y yo nos quedamos solas en el cuarto de estar. Mi hermana me miraba expectante, como si la solución al problema que acababa de plantear estuviera en algún punto de mi cara.

—También tú... —la regañé.

—¿Y qué querías que hiciera?

—Pues esperar. Has elegido el peor momento.

—Siempre es el peor momento. Nunca hay un momento bueno. Pasan los días y...

—¿Y qué? Sólo piensas en ti, Chelo. Me duele decírtelo pero es verdad. ¿No te podías haber puesto por una vez en su lugar? Con todo lo que está pasando, con padre en la cárcel y Miguel a punto de irse. Mira que eres.

—No me van a guardar el trabajo eternamente, tendré que decirles si sí o si no de una vez.

—Pues entonces les dices que no.

Eso era justo lo que mi hermana se temía oír.

—No puedo decirles que no, Asun. No puedo renunciar. No entiendes lo importante que es para mí. Ayúdame a convencerla, por favor...

—Lo has estropeado, Chelo. Esta vez sí que has metido la pata. Ahora ya no hay quien lo arregle.

Me negué a que volviera a sacar el tema. Empecé a recoger la mesa del desayuno y oímos a mi madre gritar a Chelo desde la cocina que terminara de vestirse o llegaría tarde a las clases del Servicio Social, a ver si doña Pilar le afeaba la conducta delante de toda la clase por no llegar a la hora.

—Y que des que hablar a doña Pilar sí que es lo último, ¿me oyes, Chelo? Lo último. Así que espabílate, hija, y arrea.

—No estoy para nada. Y para aguantar a la Lorite aún menos —soltó Chelo en cuanto salimos de casa. Acompañó sus palabras con tres o cuatro lagrimitas.

Cómo le costaba aceptar un no, cómo le costaba que alguien intentara torcer su voluntad. Nunca aceptaba una negativa por respuesta. Nunca se resignaba.

—¿Te puedo acompañar a la redacción como el primer día? —me preguntó.

—Pero Chelo, tú es que no piensas. ¿No le has oído que no des que hablar a doña Pilar?

—No empieces como madre ni a hacerte la mandamás que es que me sulfuro.

—¡Me sulfuro! ¿Y las clases qué?

—No pasa nada porque no vaya un día. Ni se darán cuenta. Sólo por hoy, por favor, no me hagas ir.

—Si se entera madre de que encima te saltas la clase después del berrinche que se ha llevado con tu ocurrencia...

—Pues que no se entere y listo.

—Vamos, que la mintamos. Pues lo estás arreglando, Chelo.

—Mentir y no contar toda la verdad no es lo mismo.

Anda que no era lista. La miré indecisa.

—Si tú no se lo dices, yo desde luego no pienso abrir la boca. ¿Me dejas? ¿Por favor?

Ya me estaba liando otra vez.

—De todos modos si no puedo acompañarte ya veré lo que hago pero hoy a la Lorite no pienso aguantarla, eso por descontado.

Estaba dispuesta a fumarse las clases, con o sin mi apoyo. La escena del desayuno la había dejado muy revuelta y si la obligaba a ir a clase de higiene y hogar se moriría, sería el peor día de su vida.

De camino al metro le expliqué que no iba a la redacción, iba en busca de Jaime.

—¿Por qué? ¿Dónde está?

—No lo sé. Ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

Le hice bajar la voz.

—¿Desaparecido de dónde? —preguntó.

Le dije que llevaba días sin noticias y estaba preocupada.

—El día que nos encontramos en el hotel no sólo tomamos vermut. Pasaron más cosas.

—¿Qué cosas, Asun? No seas tan misteriosa, por favor.

—Me explicó que había venido a Madrid por asuntos políticos; vamos, que venía a meterse en el mismo barro en el que estaba cuando le echaron de la universidad.

—También Jaime...

—También qué.

—Qué poca cabeza tiene a veces.

—Dijo la sartén al cazo.

—Pero yo no salpico a nadie con mis cosas.

—¿Ah, no? ¿Y la bronca que me he llevado por tu culpa? ¿Y la que me has liado ahora para que te cubra los novillos?

—Sólo digo que cuando menos te lo esperes te mete en un lío de esos en los que él anda.

—No sé para qué te cuento nada.

—Es que no me explico que te tenga tan coladita.

—Y dale.

—Con lo sensata que eres para todo y en cuanto se trata de Jaime...

—¿Ves como es mejor que no me acompañes? Ve a donde quieras pero a mí déjame en paz.

—Me callo, me callo. Entonces, ¿dónde dices que vamos a buscarle?

Eran las nueve y cuarto de la mañana cuando llegamos al caserón, como todo el mundo llamaba a la Universidad Central de la calle ancha de San Bernardo. Era un edificio decimonónico que ocupaba toda una manzana, con grandes ventanas en sus dos pisos y arcos de medio punto sobre cada uno de los vanos de la segunda planta. Se erigía con autoridad sobre la acera, y la sobriedad y su exquisito orden externo resultaban algo engañosos pues lo que encontrabas en su interior a muchas horas del día era un bullicio alegre y vivo que desmentía el rigor de la fachada. Si en el siglo XV el nuevo mundo se había llamado América, en febrero de 1956 para alguien de tan limitados estudios y hambre de conocimiento como yo, para alguien que había tardado dieciocho años en salir de los límites de su pueblo, el nuevo mundo era algo que descubriría cada vez que atravesaba el umbral de la Universidad Central en busca de apuntes que pasar a máquina. Muchos no veían en él más que un edificio vetusto y decrepito pero lo que yo veía era un ámbito privilegiado donde las conversaciones volaban como palomas y a su abrigo las ideas se multiplicaban como las bacterias del vino, un lugar donde uno encontraba las herramientas necesarias para viajar al futuro, donde adquirir la cultura y la educación que a mí me faltaban y que siempre había sentido fuera de mi alcance.

—¿Y todos esos? —exclamó Chelo cuando nos acercábamos.

Frente a la fachada había mucha gente formando corrillos. Hablaban en susurros e intercambiaban miradas misteriosas; parecían aguardar algo, una señal, que el reloj diera una hora determinada o tal vez la llegada de alguien con autoridad.

—¿Por qué no entran? Los coches apenas pueden pasar —señaló Chelo.

Aquel gentío se había concentrado por alguna razón que se me escapaba y cuando mi hermana me preguntó si me parecía normal no supe qué decirle.

—Nunca había visto a tanta gente frente a la puerta cuando vengo a recoger apuntes, pero a lo mejor se trata de un día señalado para la universidad y han venido a celebrarlo.

—¿Qué día?

—Yo qué sé, Chelo. El día del santo patrón o alguna otra fiesta destacada que justifique que estén aquí. A lo mejor va a hablar alguien desde ese balcón —dije señalando el único balcón abierto que había en la fachada.

—Estarán helados.

—¿Qué?

—Ahí parados se van a congelar, hace un frío que pela. Pero ¿hay clases o no?

—Claro, boba, ¿no ves que el portón está abierto y hay muchos estudiantes entrando?

Desoía la voz interior que me decía que aquella concentración no tenía nada que

ver con la celebración de un santo o un día señalado, que me indicaba que estaba relacionada con la pelea que había tenido lugar dos días antes en la calle y que había sido dispersada con tanques de agua, que me avisaba de que aquel tumulto tenía que ver con el reparto del manifiesto, con la agresión al chico en el bar de Cuatro Caminos, con todo lo que estaba pasando desde que había comenzado el mes. Desoía la voz que me advertía de que sería mejor que nos volviéramos por donde habíamos venido.

—Entremos —dije a mi hermana.

—Deben de ser antiguos alumnos porque éstos son muy mayores para seguir yendo a clase —observó Chelo señalándome un grupo.

Era cierto, muchos de ellos parecían sobrepasar la treintena. Volví a sentir que me vigilaban y me giré para ver si era capaz de distinguir a alguien sospechoso entre la multitud. No quería alarmar a Chelo y no le dije nada pero había sentido unos ojos clavados sobre mí, como la tarde que salí de la cafetería.

—¿Qué miras? ¿Qué has visto? —preguntó Chelo—. ¿Has visto a alguien? ¿Qué pasa?

Si alguien nos había seguido, ya se había escabullido entre los grupos y se había confundido con la gente.

—No, nada, entremos.

Tiré del brazo de Chelo y tras cruzar la entrada busqué con la vista a uno de los bedeles que conocía, Gerardo. Era él quien a veces hacía de intermediario y me pasaba los encargos de los estudiantes.

—Mira qué de cosas cuelgan aquí. En el teatro Arriaga había un panel de avisos como éste y la gente dejaba todo tipo de recados. Voy a ver qué dicen.

Chelo se distrajo mirando el tablón de anuncios mientras yo me acercaba a Gerardo. Estaba junto a las escaleras y hablaba con otro de los bedeles. No se fijaron en mí. Parecían nerviosos. El compañero estaba explicándole que el día anterior había llevado agua y cafés a la reunión de la Junta de Gobierno de la Universidad y allí había tenido ocasión de escuchar a varios de los decanos de las distintas facultades hablar de lo ocurrido con las flechas de la lápida. Fue entonces cuando escuché narrar la escena que había tenido lugar el día anterior frente al tablón de anuncios, la llegada de los del SEU, cómo habían intentado interrumpir las elecciones y la pelea posterior a puñetazo limpio por las escaleras con los estudiantes que habían desafiado sus órdenes. Mientras algunos de los decanos reunidos en la junta —le estaba contando el compañero de Gerardo— centraban la discusión en torno a la pelea, para otros lo urgente era analizar las causas que habían dado origen al altercado. Muchos creían que la raíz de todos los incidentes se encontraba en el manifiesto que se había repartido.

Traté de aguzar el oído, la conversación me interesaba pero ambos hablaban en

voz tan baja que me costaba entender algo. El compañero de Gerardo continuó:

—Varios decanos opinaban que el texto no había sido escrito por estudiantes sino por elementos ajenos a la universidad. Dijo eso, «elementos ajenos a la universidad», tú sabes lo que eso significa, ¿no, Gerardo? El decano se estaba refiriendo descaradamente a los comunistas.

Gerardo le hizo bajar aún más la voz, no se sentía cómodo escuchando aquello, y cuando reparó en mí se despidió de su compañero y se acercó a decirme que no tenía ningún encargo de estudiantes ni apuntes que mecanografiar.

—No he venido a recoger apuntes sino buscando a Jaime Hernández Prado, ¿sabes si ha venido hoy? ¿Lo has visto por el bar o en algún aula?

Gerardo movió la cabeza; recordaba haberlo visto a menudo durante el último mes, cuando estuvo yendo y viniendo de Zaragoza, y tal vez también le había visto la semana anterior pero no estaba seguro de qué día. Me extrañó la respuesta pues sabía que Jaime sólo llevaba unos días en Madrid y cuando intenté aclararlo me atajó apremiante. Me preguntó si sabía lo que había ocurrido el día anterior con los del SEU y me dio vergüenza reconocer que les había estado escuchando. Me puso al corriente del altercado de las elecciones y la rotura de las flechas del monumento a los caídos.

—Han dado gasolina a los falangistas para que armen la de Troya. No has elegido buen día para venir a la facultad —me advirtió—; se va a armar una gorda. Si no es ahora, poco le falta.

Me aconsejó que me fuera y volviera en unos días, cuando las aguas hubieran vuelto a su cauce, pero no le hice caso y le pregunté por Luciano Marcos.

—Jaime se está quedando en su casa, en cuanto hable con él me voy.

Gerardo tampoco lo había visto y me remitió a las aulas de tercero y cuarto donde a lo mejor podían darme más noticias de él. Hice una seña a Chelo para que se acercara y antes de que subiéramos la escalera Gerardo me llamó, se había olvidado de algo. Rebuscó en los cajones de su mesa y sacó una cartera con correas.

—La encontré hace un par de días abandonada en una clase y la guardé en consigna.

Lo reconocí enseguida, era el macuto de Jaime, tenía su nombre escrito en las correas.

—¿Puedes quedártelo? Con todo lo que está pasando estos días temo que alguien acabe llevandoselo o se extravié en una nueva refriega.

Me miró subrayando lo que decía pero en ese momento no supe interpretar su mirada.

—Sí, estará mejor conmigo, se lo devolveré cuando lo vea. Gracias.

—Idos de aquí lo más pronto que podáis. Hacedme caso —insistió.

Me abracé a la cartera, que no pesaba mucho. Si el macuto de Jaime estaba en la

universidad era posible que él no fuera el estudiante que había sido golpeado en Cuatro Caminos, aquel al que habían abierto el maletín o lo que fuera que llevaba.

—¿Por qué ha dicho el conserje que nos fuéramos pronto? —preguntó Chelo mientras subíamos.

—Porque a lo mejor alguien nos pregunta qué hacemos por aquí y como no somos estudiantes nos piden que nos vayamos.

Estábamos llegando al piso de arriba cuando de repente oímos jaleo en la puerta. Gritos e insultos. Dos o tres bedeles trataban de impedir que el grupo numeroso de gente que habíamos visto en la calle entrara en el edificio. Los intrusos, muchos de los cuales ya habían roto la barrera y se distribuían en el vestíbulo, se negaban a marcharse. Tenían el aviso de que se preparaba una acción antifalangista. Venían a defender el honor de Falange y a impedir que grupos violentos se hicieran con la universidad.

—Hemos venido sin ánimo de encrespar más el ambiente a restituir el honor de Falange. Somos de Primera Línea y la Centuria 20 —dijo uno del grupo— y tenemos derecho a estar aquí.

—No, no tienen derecho a causar más disturbios. Ayer ya estuvieron interfiriendo en el curso de las clases. Los estudiantes están en las aulas y los profesores a punto de empezar las clases y aquí no se pueden quedar. Hagan el favor de salir de la universidad sin causar problemas —decía un bedel con enorme tensión en la voz.

Sin perder las formas él y sus compañeros empujaron amablemente, pero con determinación, a todos los que estaban cerca de la puerta.

—No es necesario empujar, no queremos soliviantar más los ánimos, ya se lo hemos explicado —dijo uno de los que trataban de entrar tomando la palabra—. Algunos compañeros que nos acompañan son de la Vieja Guardia y están muy ofendidos por lo que ocurrió ayer aquí.

—Lo que tengan que decir díganlo en la calle o remitan una carta al señor decano —insistían los bedeles.

—De aquí no nos vamos. También hay compañeros excombatientes de la División Azul y de la Guardia de Franco, y si venimos es precisamente a defender este sagrado edificio de cualquier posible ataque a su dignidad. Así que en cuanto nos hayamos asegurado de que los de siempre no vienen a montarla ni hay manifestaciones antifalangistas y tan pronto nos hayan dejado mostrar nuestros respetos a la lápida de los caídos nos iremos.

—¿De qué hablan? —me preguntó Chelo por lo bajo.

—De un lío que hubo aquí ayer —dije de manera vaga.

—Dan miedo, parecen unos camorristas. ¿Nos vamos? Vámonos —dijo tirando de mi hacia abajo, pero yo me clavé en la escalera.

—Chist, calla. A ver si oímos lo que dicen.

Los bedeles hablaban con dos del grupo de intrusos pero no se oía lo que decían. Los estudiantes que estaban cerca de nosotras bajaron las escaleras para intervenir y ayudar a los bedeles.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó Chelo.

—Les harán salir, seguro.

—Pues no tienen mucha pinta de que vayan a irse, Asun, yo creo que está entrando más gente. Mira.

Chelo tenía razón, cada vez más intrusos de la Guardia de Franco o de lo que fueran entraban en el edificio, y los bedeles y los estudiantes que trataban de ayudarles no daban abasto para retenerlos cerca de la puerta. La tensión crecía por momentos. Algunos profesores salieron de las aulas a ver qué estaba ocurriendo y alguien fue a buscar al decano que salió de los despachos del decanato y fue a encararse con ellos.

—Soy el decano de esta facultad. ¿Qué está pasando aquí? —dijo el recién llegado.

—¡Venimos a leer la oración al caído! —dijo uno de los falangistas.

—Aquí nadie va a leer nada —respondió el decano—. ¡Desalojen inmediatamente!

—¡Vendido, que eres un vendido! —gritó alguien entre el grupo de camisas azules.

El decano miró duramente al que acababa de proferir el grito.

—¡A callarse todo el mundo! —ordenó alguien entre los falangistas.

Se produjo un silencio momentáneo. Sólo se oían las respiraciones.

—Venimos a defendernos de los ataques que aquí hubo ayer —explicó el que había ordenado silencio en un tono más moderado pero igualmente cargado de tensión.

—Aquí lo único que se defiende es el sagrado derecho a dar y recibir clases con todas las garantías de seguridad. Váyanse y no provoquen más —les pidió el decano.

—Somos combatientes y... —empezó a decir una voz.

—Lo que son es unos provocadores —le atajó el decano.

Muchos de los asaltantes habían tomado posiciones en las escaleras y el vestíbulo, y habían llegado hasta el patio de atrás.

—Ustedes retrocedan y salgan a la calle. Aquí soy yo el que da las órdenes y no voy a consentir que nadie por métodos intimidatorios usurpe unas funciones que no le corresponden.

—Qué bien lo que ha dicho ese hombre —murmuró Chelo a mi lado.

—Y los que han llegado hasta el fondo hagan el favor de salir del patio, abandonen el edificio por las buenas —pidió el decano sin lograr que una sola de sus órdenes fuera obedecida.

Varios profesores lo rodearon como una guardia leal.

—Por las buenas será mejor que por las malas —avisó.

Entre los falangistas hubo movimiento y murmullos pero nadie dio un paso para salir. Los profesores y el decano hablaron algo entre ellos. Uno de los bedeles salió corriendo en dirección a las oficinas del decanato.

—Me apuesto lo que quieras que ha ido a avisar a la policía —dijo un estudiante detrás de nosotras.

—Se van a concentrar en el patio. Estos tíos son de lo que no hay —dijo otro compañero.

—Vamos a las ventanas —dijo el primero.

Y de repente se produjo un movimiento en las escaleras como si se removieran las entrañas del edificio. Mientras el decano fue a por los que habían entrado en el patio a tratar de convencerles de que salieran, Chelo y yo fuimos arrastradas por una avalancha de estudiantes hacia un aula del primer piso cuyas ventanas daban al patio. Entramos a empujones y tratamos de buscarnos un sitio para ver lo que ocurría.

—La que se está liando ahí abajo, han venido armados hasta los dientes. —Un estudiante que estaba cerca de nosotras señalaba a unos del patio que llevaban pistolas al cinto.

—No serán capaces de liarse a tiros contra nadie —opinó otro.

—Y entonces, ¿a santo de qué traer toda esa artillería?

—Dejad de decir tonterías, aquí nadie se va a liar a tiros contra nadie, carajo —dijo otro estudiante.

Chelo y yo encontramos un hueco en una de las ventanas y nos asomamos también al patio. Allí habría unas doscientas o trescientas personas, era difícil de decir; muchos vestían camisa azul y corbata negra. Se habían desprendido de los chaquetones que llevaban en la calle para que se les vieran las camisas. El decano, rodeado de varios profesores y bedeles, les exigió por enésima vez que abandonaran la facultad pero nadie se movió.

—Las personas que no cursen estudios en esta facultad hagan el favor de abandonar el edificio y salir a la calle, lo digo por última vez. Las fuerzas del orden ya están de camino para desalojar a los que persistan en su actitud desafiante.

Uno de los falangistas que llevaba brazalete tomó la voz cantante.

—¡Camaradas! ¡De aquí no se mueve nadie! —Y volviéndose hacia el decano le encaró—. Ya le hemos explicado a qué venimos y no saldremos hasta no haber cumplido la misión, custodiado la lápida y leído la oración de los caídos. Es una acción justa de desagravio y exigimos que no se nos pongan obstáculos para llevarla a cabo.

La discusión volvió a entrar en una espiral que iba una y otra vez de las razones de unos a lavar un honor mancillado al derecho de otros a defender el edificio,

restituir las clases y recuperar la normalidad de la vida universitaria. La conversación no nos llegaba con nitidez porque había varios falangistas esgrimiendo sus razones a gritos y ni siquiera los mandos de su grupo lograban hacerlos callar; no estaban allí sólo por el insulto al monumento a los caídos, ya habían explicado a los bedeles de la entrada que venían a impedir que la universidad fuera tomada por grupos extremos, liberales, rojos, comunistas que preparaban una acción contra Falange.

El decano les escuchó con expresión grave, la tensión le hacía apretar las mandíbulas y los puños. Intentó calmar los ánimos. Si era verdad lo que decían, si estaban allí para impedir que grupos violentos entraran a proferir gritos contra Falange, era mejor que salieran a la calle y les interceptaran antes de que entraran en el edificio. Un exaltado dio un paso adelante, empujó y zarandeó al decano que se zafó con dignidad de la agresión. Los compañeros del exaltado lo obligaron a calmarse. Todos contemplábamos con perplejidad lo que estaba ocurriendo abajo. En el aula hubo un revuelo. Unos cuantos estudiantes se enfurecieron por los empujones al decano, cogieron un banco de madera y sin que los demás compañeros pudieran detenerlos lo arrojaron al patio para intimidar a los falangistas. El banco se estrelló contra el suelo con un estrépito de bomba y obligó a los asaltantes a replegarse y concentrarse en un solo lado del patio. Algunos echaron mano a los cinturones donde llevaban pistolas y con expresión furibunda alzaron la vista hacia la ventana por la que se había arrojado el banco y avisaron de que subirían a buscar a los responsables. El decano pidió que no lo hicieran y apeló a razones de seguridad para rogarles una vez más que se fueran, allí no podría garantizar su integridad física. Chelo y yo estábamos aterrorizadas. Luego todo ocurrió muy deprisa. Entraron algunos estudiantes en el aula, dijeron que unos cuantos de los asaltantes habían entrado procedentes del patio buscando a los que habían arrojado el banco pero por el camino habían reconocido a unos que habían participado en la pelea del día anterior y les estaban zurrando de lo lindo en las escaleras.

—¿Y dónde cojones se ha metido la fuerza pública que no viene a sacarlos de aquí? —preguntó una voz.

Otro estudiante lo tachó de ingenuo; estaba convencido de que la policía conocía y amparaba el asalto.

—Llegarán luego para salvar la cara pero antes dejarán que estos tipos campen a sus anchas y hagan de la universidad su corralito.

Hubo una discusión sobre qué era lo que había que hacer mientras fuera del aula crecían el ruido y las algaradas, gritos en el patio, también en las escaleras y los pasillos; puñetazos, zarandeos, combates con palos y hierros tenían lugar allá donde miraras. Unos estudiantes habían ido a buscar a dos profesores que eran conocidos falangistas para que calmaran a los que estaban repartiendo palos. Chelo me tiró del brazo hacia la escalera, la situación se estaba poniendo muy fea y había que salir de

allí cuanto antes. Sorteando a unos estudiantes que amenazaban con seguir arrojando bancos al patio tratamos de llegar al rellano que había a mitad de escalera. El camino hasta la salida estaba taponado por los falangistas y por los estudiantes que defendían el edificio, también por bedeles y miembros del claustro. Algunos estudiantes, según oíamos en nuestro camino hacia la salida, seguían destrozado muebles de las aulas y se defendían o atacaban con palos y barras. Un hombre que parecía un profesor estaba tratando de impedir que las cosas se pusieran peor de lo que ya estaban y rogó a los camisas azules que abandonaran la facultad. Dijo ser miembro de la Vieja Guardia como ellos, se llamaba García de Vercher. Repudiaba lo que estaba pasando, le parecía indigno y vergonzoso ese asalto injustificado, injustificable. Habían alterado gravemente la vida universitaria, y les recordó que la universidad era como un templo y su asalto había violentado lo que de sagrado tenía ese templo del saber. Como falangista rogaba a los camaradas que se fueran, pues si lo que querían era lavar el honor de Falange así no lo estaban consiguiendo. Lejos de eso, lo que hacían era mancillarlo. También trataba de restablecer el orden y de convencer a los estudiantes, algunos heridos en la refriega, de que volvieran a las aulas pacíficamente. Cuando se le encaró uno de los falangistas más exaltados el profesor fue hacia él, le miró fijamente y le dijo:

—El honor de la Falange lo defiende yo mejor que tú y los gamberros que te siguen. Como camisa vieja sé lo que es el olor a pólvora y las rozaduras de plomo, algo que muchos de los que hoy habéis venido a provocar no tenéis la menor idea de lo que significa. Yo ya era de la Vieja Guardia cuando tu padre no era más que un rojo y un comunista.

El aludido sostuvo durante unos segundos la mirada del profesor y luego se arrugó y se camufló entre el grupo de camisas azules que lo acompañaban. Para entonces el decano y algunos de los que llevaban brazalete habían llegado a la escalera y fueron testigos de lo que García de Vercher había dicho a aquel muchacho. Los falangistas prometieron abandonar la universidad después de presentar honores frente al monumento a los caídos. Levantaron el brazo e hicieron el saludo romano y cientos de voces se pusieron a entonar el *Cara al sol*. Para entonces varios coches de la policía se habían detenido en la puerta y de ellos se bajaron decenas de agentes que entraron a poner orden y a pedir filiaciones y explicaciones al asalto. Chelo y yo mirábamos todo lo que ocurría incapaces de decir nada; el miedo ataba nuestras lenguas y sólo éramos capaces de apretarnos los brazos y rezar internamente para que todo acabara cuanto antes.

—Pazos... Martín... Herrera... Verde...

Al entrar en el bar El Asturiano mi prima Lola de once años estaba repitiendo como un papagayo la alineación del Atlético de Madrid de aquella temporada.

—Hola, Asun. Hola, Chelo —dijo interrumpiendo su recitado y enseguida reanudó la tarea—. Herrera... Martín...

—Hola, niñas —nos saludó tía Manolita y luego se volvió hacia su hija—: Déjalo ya, Lola, no hagas caso a tu padre que te va a volver loca. A ver, qué os pongo. Huy, qué serias venís... ¿Qué os ha pasado?

—Nada, que hace un frío de aúpa en la calle. Que sean dos aguas de seltz, por favor, tía Manolita —le pedí con una sonrisa forzada.

—Hernández... Cobo... Di Stéfano... —continuaba mi prima.

—¿Cómo? —saltó tío Marcelino—. ¿Qué has dicho? ¿Di Stéfano? ¿Has dicho Di Stéfano y te quedas tan tranquila?

—Lo he dicho para fastidiarte —rió Lola—, ya sé que es del Madrid, hombre.

—Con esas cosas no se juega. Gracia no tiene ni pizca. ¡Ni pizca!

Nos sentamos a una mesa mientras mi prima seguía con los ojos fijos en el techo del bar y llevaba con los dedos la cuenta de los jugadores.

—Vuestro tío Marcelino le está dando el latazo padre a vuestra prima —nos informó Manolita—. Está imponente con lo del partido. ¿Seguro que no preferís una Coca-Cola? Venga, os voy a invitar a una Coca-Cola que es más novedad. O algo calentito mejor, ¿qué os apetece?

—Miguel, Verde...

—Ése ya lo has dicho, tramposa, Verde no cuenta... —regañó tío Marcelino a su hija—. Anda, vuelve a empezar que ya te has perdido no sé cuántas veces.

—Bueno, vosotras sabréis por qué traéis esa cara. Algo os pasa pero si no queréis contármelo lo respeto... —repitió tía Manolita—. Entonces hemos quedado en que una Coca-Cola para cada una, ¿no?

—No es nada, es que esta mañana he discutido con mi madre y me he quedado fastidiada —soltó Chelo después de recibir una patada mía por debajo de la mesa para que interviniera. Tía Manolita le aconsejó que hiciera las paces con ella y fue a por los refrescos.

—No me salen los once, papá...

—Pero si es muy fácil. Sólo te quedan Molina, Escudero, Agustín y Collar.

El Asturiano también era conocido en el barrio como el Metropolitano. Todo el mundo sabía que era un templo consagrado al Atlético de Madrid. La foto de la alineación del equipo del año 54, así como el retrato del mítico Farias, estaba colgada en la pared de la izquierda según se entraba en el bar. Mi tío Marcelino —colchonero

hasta la médula— iba a acudir a la semana siguiente con sus cuatro hijas mayores y tía Manolita a ver el choque entre el Real Madrid y el Atlético de Madrid y estaba tras la barra confeccionando bufandas rojiblancas para todos. Un distribuidor de licores les había regalado seis entradas de palco y aquellos días no se hablaba más que de cómo los rojiblancos iban a hacer morder el polvo a los merengues. Especiales ganas le tenían a dos jugadores, Di Stéfano y Gento. La condición que mi tío había puesto para llevar a sus hijas, incluida la pequeña Luisa, era que se aprendieran la alineación del equipo para animar a los jugadores desde las gradas.

—Ahora tú, Luisita —dijo mi tío a la cuarta de sus hijas cuando su hermana mayor había pasado la prueba.

—Eso sí que te lo prohíbo terminantemente —se impuso tía Manolita—. A Luisa la dejas en paz y si no va ella no cuentas con que vaya yo contigo. ¿O te crees que también me voy a aprender la lista de unos jugadores que cambian todos los años? Pues arreglados estábamos.

Manolita nos trajo los refrescos y luego se fue a rescatar a Luisita de las intenciones de su marido. Chelo y yo bebimos dos grandes tragos.

—¿Qué ha sido eso, Asun? ¿Qué significa lo que hemos visto? —me preguntó Chelo cuando por fin salió de su mutismo.

Aún nos temblaban las manos como si en vez de espectadoras involuntarias hubiéramos participado con nuestros puños en la refriega de la facultad.

—¿A ti te parece medio normal que entraran esos tíos y se pusieran a mangonear a todos como si estuvieran en su casa? ¿Y cómo han zarandeado así a ese hombre, al decano? No entiendo quiénes eran ni por qué actuaban como si fueran de la policía —insistió bajando la voz.

—No son de la policía pero se le parece mucho, son de la Guardia de Franco, tú misma se lo has oído decir a ellos, y por lo visto tienen manga ancha para hacer y deshacer a su antojo —respondí sin terminar de encajar en mi cabeza todo lo que habíamos visto y oído.

—¿Me puedo sentar con vosotras? —dijo Lola viniendo a nuestra mesa.

—No, Lola, déjalas que están hablando de sus cosas —le indicó tía Manolita—. Ven conmigo y me ayudas a secar los vasos, anda.

Lola se marchó con Manolita y Chelo y yo nos quedamos rumiando nuestros pensamientos. Me sentía aturdida, como ella. No comprendía, ninguna de las dos comprendíamos, el alcance que podía tener lo que había pasado. Habíamos sido testigos de un pulso, de un golpe de efecto, de un desafío. No había sido un paseo militar pero sí un asalto. Se había desafiado a la autoridad universitaria, su autonomía. Se había ocupado un espacio que siempre había sido un claustro sagrado. Se había zarandeado a la autoridad máxima de la institución. ¿Cómo habían llegado los camisas azules a invadir la universidad? ¿Por qué? ¿Y qué importancia tenía que

se hubieran desprendido las flechas de aquella lápida? ¿Justificaba eso lo ocurrido? ¿Eran siempre tan amenazadoras sus maneras?

—A mí me parece que la excusa que han buscado para entrar no se la creen ni ellos, lo de presentar sus respetos a la lápida de los caídos y todo eso. Parecían unos matones. Daban miedo, con sus botas, sus insignias. Y la policía ha llegado demasiado tarde, cuando ya se habían salido con la suya y habían humillado hasta al lucero del alba.

Chelo tenía razón. Parecía que la policía tenía tomada la medida de lo que iba a ocurrir y llegó justo cuando el último acto estaba acabando.

Tenía el macuto sobre las rodillas y lo miré furtivamente. Chelo captó mi mirada.

—¿Y ahí dentro qué hay? —preguntó.

—No lo sé.

—¿Sabes qué creo? Que ese conserje te lo ha dado porque le parecía peligroso seguir guardándolo. ¿Por qué no lo abres?

—¿Aquí? ¿Delante de todos?

Chelo recorrió el bar con la vista y comprobó que nadie estaba pendiente de nosotras.

—No nos mira nadie.

—¿Y si tiene algo de la clase que tú dices?

—¿Algo peligroso? Pues con más razón. Hay que asegurarse.

—Tienes razón. A lo mejor nos hemos estado paseando por Madrid con una pistola sin saberlo. Pero aquí no puedo registrarlo. Acábate la Coca-Cola y vámonos.

Entramos en casa cuando mi madre estaba llenando baldes de agua.

—Nos van a cortar el agua unas horas —nos aclaró—. Al parecer ha habido una helada de campeonato en una de las tuberías de la calle y la tienen que reparar antes de que reviente y sea algo peor. He tenido que subir a todos los pisos para avisar del corte. Llenad todo lo que encontréis. Daos prisa.

Obedecimos y en pocos minutos no quedaba un barreño, cubo o palangana sin llenar. Mi madre los distribuyó por toda la casa para que no estorbaran en la cocina y en el cuarto de baño.

—Menos mal que ya había terminado de lavar la ropa cuando han dado el aviso —dijo mi madre—. Qué lata, siempre la misma cantinela. En cuanto empieza a helar todo se estropea. Hala, ayudadme a distribuir la ropa por los radiadores.

Me ofrecí a subir a la azotea para tender la ropa recién lavada pero mi madre no quería tenderla allí, con la nevada que se anunciaba se echaría a perder la colada. Le prometí que estaría pendiente y al primer copo que cayera subiría a recogerla. Ante mi insistencia mi madre me autorizó a subir y una vez en la azotea, a solas, abrí el macuto que había llevado conmigo para registrarlo con calma. Armas no encontré. Dentro había una copia del manifiesto, la misma que Jaime me había mostrado en la

cafetería del hotel la primera tarde. Lo dejé a un lado y seguí rebuscando, hasta que saqué una cuartilla doblada y arrugada que había sido arrancada de un cuaderno. En ella, y con la letra de Jaime, estaba escrito un poema, o más bien estrofas de un poema que no leí de inmediato. Lo aparté. También había un libro de leyes, pequeño, no muy voluminoso, y dentro, como un separador de páginas, la foto de una chica. Di la vuelta a la foto; en el reverso había un nombre, Regina. Aparté la foto y seguí con el registro. Encontré un tampón de caucho con tres letras, una F, una U y una E que no significaban nada para mí. Había una muda de ropa completa, calcetines, camiseta y calzoncillos, unas llaves y una cartera con la cédula de identidad de Jaime. Había doscientas pesetas en un portamonedas. Todo lo que necesitaba para su estancia en Madrid estaba allí. ¿Cómo podía haberlo olvidado en la facultad? Y ¿por qué no había vuelto a recogerlo? Estuviera donde estuviese Jaime necesitaría todo eso para moverse, para identificarse, para vivir. ¿Qué hacía sin todas sus cosas?

Empecé a tender la ropa. Imaginaba que eso me ayudaría a ordenar mis ideas. Eran muchas las preguntas sin respuesta, muchas las emociones que trataba de dominar. El paradero de Jaime era la mayor incógnita. Eso y las razones que le impedían llamarme o recoger sus cosas. La visita a la universidad me había dejado muy desazonada. Ya he explicado que en mi casa no se hablaba de política. Nunca había visto a los falangistas en acción y cada vez que rememoraba su enfrentamiento de esa mañana con los estudiantes y los profesores o el canto del *Cara al sol* frente a la lápida de los caídos me recorría un escalofrío. De vez en cuando mi mirada saltaba el murete de la azotea y se perdía en el mar de tejados que rodeaba la plaza donde vivíamos, un océano naranja que se extendía hasta el horizonte a ratos salpicado de terrazas y azoteas como la de nuestra casa. Allí había estado muchas veces con Jaime, allí nos habíamos encontrado sobre todo cuando su madre, Eulalia, cayó en aquel estado melancólico tan profundo que hizo necesaria su hospitalización en una institución psiquiátrica, allí había oído a Jaime lamentarse de que un sino fatal había caído sobre su familia, allí habría podido estar con él aquella tarde si hubiera acudido a la cita en La Ballena Alegre, si todo hubiera salido como esperaba. «En el último mes le he visto bastante», había dicho Gerardo, pero yo sabía que eso no podía ser. De haber estado viniendo a Madrid Jaime me habría llamado, siempre lo hacía. Pero ¿y si fuera verdad? ¿Y si Jaime llevaba semanas viniendo a Madrid y no me lo había dicho? En ese caso habría tratado de ocultarlo porque estaba envuelto en algo ilícito en lo que no quería que me viera implicada. Pero ¿qué tonterías pensaba? ¿No estaría exagerando las cosas? A lo mejor todo era mucho más sencillo de lo que empezaba a imaginar. El frío espesaba el aire y ponía filos cortantes a las ráfagas. Para desprenderme de aquellos pensamientos cerraba los ojos y encontraba un placer infantil en apretar los párpados y sentir todo el frío concentrado en el lacrimal. Al abrirlos me dejaba llevar por el encantamiento de aquel paisaje de tejas y prendas

tendidas que alguna mujer, más prudente que yo, se apresuraba a recoger en otra azotea a lo lejos a sabiendas de que la tormenta de nieve estaba cerca y los primeros copos no se harían esperar. Aquí y allá la carbonilla y el humo de las calderas hacían crecer manchas de musgo negro sobre los tejados. Sentía ese mismo musgo crecer dentro de mí con una fuerza invasora, el musgo de la sospecha, el musgo de la tristeza. Si no le ponía coto, si no construía un dique para frenarlo, lo invadiría todo y se adueñaría de mí como la espora asesina de las hormigas amazónicas de las que nos había hablado Armando. En ese momento el mundo me parecía dividido en dos, el de los seres angustiados asomados a un abismo de dudas que de pronto se había abierto a su lado, bajo sus pies, y el de los conformados a su suerte cuya vida siempre sería predecible y tranquila. Pensé en la felicidad, ese concepto abstracto y sin contorno que creí al alcance de mi mano aquella primera mañana de febrero cuando sentía que mi vida estaba a punto de cambiar, antes de que Jaime volviera a mi vida. Zozobraba, me sentía a punto de volcar, y aunque reconocía la amenaza que provocaba en mí esa sensación de irme a pique no quería ponerle nombre al mar en que iba a hundirme. No todavía. Aún no. Si demoro nombrarlo tal vez consiga conjurar su peligro, pensaba. Si no lo nombro será como si no estuviera acechándome, como si su existencia nunca hubiera cruzado mi imaginación. Las rachas gélidas fueron aumentando, inflaron las sábanas colgadas y todo quedó oculto tras ellas.

Me senté junto al bancal de mi madre. Me envolví en el abrigo. El viento soplaba y las sábanas izadas creaban la ilusión de un barco de vela en torno a mí. El suelo estaba frío y parecía mojado. Miré la foto que Jaime llevaba en el macuto, la foto a la que tanto me asustaba enfrentarme. La contemplé durante unos instantes. La chica era guapa. Tendría diecinueve o veinte años. Era lo que mi hermana Chelo habría descrito como una chica distinguida. Los ojos grandes, oscuros, el pelo ondulado enmarcándole la cara; parecía una actriz. Abrí la hoja que tenía el poema escrito: «mirad mi casa muerta, mirad España rota, pero de cada niño muerto sale un fusil con ojos, pero de cada crimen nacen balas que os hallarán un día el sitio del corazón». No la entendía muy bien pero sus palabras sonaban peligrosas. Incendiarias. Me parecía que aquel poema anunciaba un peligro inminente. Me quemaba las manos y me quemaba los ojos. La arrugué y, arrepentida, enseguida traté de plancharla con las manos.

Iba a levantarme para volver a casa cuando dos lagrimones cayeron sobre la manga de mi abrigo. Un géiser incontenible brotaba dentro de mí y trepaba por mi garganta hasta alcanzar mis ojos. Son los nervios vividos, me dije, la tensión que nos ha producido ser testigos de tanta violencia, me contaba. Di rienda suelta a aquella angustia pero enseguida desmonté la mentira de las razones que me daba. ¿A quién quería engañar? ¿Por qué lloraba? ¿De qué me dolía? No, no era por la escena vivida en la universidad. La rabia era mayor que la soledad que sentía, rabia porque había

recaído en una enfermedad de la que me sentía curada. Tenía una erupción en el corazón y nada podía sanarme. Jaime era su nombre. Su ausencia lo invadía todo. Lo teñía todo. Había vuelto a quedarme atrapada en mi obsesión por él como un mosquito en la resina de un árbol. Me sentía como el alcohólico que, creyéndose curado, se atreve a entrar en un bar y se expone al olor de las cubas de vino. Me avergonzaba de ello y quería esconderme. Las sábanas, zarandeadas por el viento, silbaban y su silbido me acusaba, me decía lo estúpida y débil que era, unían en un susurro el nombre de Jaime y el nombre de Regina. Los entrelazaban. Oculté la cara entre mis rodillas dobladas y me abandoné como el náufrago que, sabiendo que es inútil luchar, relaja su cuerpo sobre el agua a la espera de lo que tenga que venir, sea lo que sea, un animal, un diluvio, una ola más grande que lo trague para siempre; tal vez, si tiene mucha suerte, una tabla de salvación a la que agarrarse. Perdí la conciencia del tiempo hasta que de repente me sobresaltó algo, la intuición de que no estaba sola. El viento se detuvo, alcé la mirada. Las velas se desinflaron cayendo perpendiculares como un telón que se baja. Detrás de ellas apareció una cara sonriente. Era Héctor, había ido a buscarme a casa y mi madre le había dicho que estaba en la azotea. Su sonrisa se deshizo al ver mis ojos enrojecidos. Luego posó los suyos sobre el contenido del macuto que estaba desperdigado por el suelo, como si buscara en ello una razón a mis lágrimas. Sentí el pudor de hallarme desnuda y tapé torpemente con las manos aquellas cosas que pertenecían a Jaime y que habían quedado expuestas. Un gesto infantil e inútil que sólo había logrado subrayar su importancia a los ojos de Héctor. Dije un «hola» casi inaudible que no halló respuesta. Héctor sacó de su bolsillo un pañuelo y me lo tendió para que me secara las lágrimas y me sonara. Se sentó a mi lado en el suelo sin hacer preguntas sobre los objetos que nos rodeaban, la foto, el libro, el sello de caucho, el macuto, sin inquirir el motivo de mi llanto, sólo bromeando sobre lo cómodo y calentito que era aquel lugar que había elegido para refugiarme. Le miré a la espera de alguna palabra más pero él calló. Dejó hablar a los sonidos de la calle. Nos llegaban voces desde los pisos de abajo, el sonido de los coches al pasar, de los niños que hacían sonar sus carracas en la plaza, una discusión en un piso, un timbre demasiado insistente en una casa cercana, pero nada llenaba el silencio entre nosotros porque era un silencio parecido al avance de un océano, lleno de preguntas que nadie formulaba pero que flotaban en la superficie como corchos en busca de respuesta. No recuerdo el tiempo que pasamos allí sentados, yo observándole y él mirando el cielo, el horizonte, la ropa tendida que nos rodeaba... convertían aquellos pequeños metros cuadrados casi en una guarida, inhalando y exhalando humo, un humo tranquilizador, familiar, amigo, un humo que acabó ahuyentando el frío, el viento, las lágrimas y, hasta cierto punto, mi desazón. Héctor. Su silencio. El sosiego. La calma que le acompañaba. Con una mano fumaba y con la otra apretaba fuertemente la mía. Entonces empezó a nevar.

A la mañana siguiente decidí volcarme en el trabajo. No hacía más que seguir el ejemplo de mi madre, una mujer afanosa que en momentos de zozobra y tristeza siempre había encontrado un refugio en sus innumerables quehaceres. Pasaba a limpio una y otra vez las notas y artículos que los redactores dejaban en mi mesa, leía ejemplares atrasados para seguir familiarizándome con lo publicado, archivaba y reordenaba las cartas, los expedientes, las fichas de los atracadores y criminales, los perfiles literarios que los periodistas habían hecho de los datos que tenían sobre sus vidas, me ofrecía a pasar cartas a máquina fueran o no asuntos de la revista, servía cafés, lavaba tazas, ordenaba mesas que ya estaban ordenadas, salía a comprar cigarrillos para Adolfo, para Julio, para Rafael, recortaba fotos y artículos de la competencia, los archivaba, hacía llamadas de teléfono para don Adolfo, para Enrique o para Cayo, llevaba cartas a franquear, inquiría a Armando sobre la *Scolopendra cingulata* y los animales hidrófilos. Cerraba el círculo y volvía a abrirlo, trataba de llenar mi cabeza de información hasta que no quedara un resquicio por cubrir, eso dejaría apartada mi angustia, me distraería, no tendría tiempo libre para pensar, para añorar, para imaginar, para deformar la realidad. Apartar mi angustia, como si fuera tan fácil. Todo lo que ocurría en Madrid me remitía una y otra vez a Jaime, al misterio en torno a su desaparición y a los problemas, crecientes, de los estudiantes de Derecho con la policía y la autoridad. En la redacción escuchaba a Rafael hablar con Tristán.

—Después de lo de ayer habrá nuevos disturbios en San Bernardo. Lo anuncian los partes. Evita esa calle.

Y a Enrique hablar con Julio, que tenía un ejemplar del *Arriba* en las manos.

—¿La prensa del Régimen o la *presa* del Régimen? La libertad de expresión en este país está secuestrada.

—¿Y eso lo cuentas como novedad?

Julio pasaba ávido las páginas.

—Achacan todo lo que ocurre entre los estudiantes a una maniobra izquierdista.

—Y del asalto de los falangistas a San Bernardo, ¿qué dicen?

—Ni una palabra.

Yo les había contado lo ocurrido cuando Chelo y yo estábamos en la Facultad de Derecho pero el periódico *Arriba* no decía nada, como si el asalto hubiera sido un sueño, una histeria colectiva que nos había atacado a todos los que la habíamos presenciado. En la calle Rafael había oído que algunas monjas y curas estaban atrincherándose en las iglesias, como si fuera a empezar otra guerra.

—Están escondiendo donde pueden los copones de oro.

—Pero si hasta en los bares están hablando de un desembarco de los rusos por

Valencia —añadió Vidal.

—Dicen que a las niñas de un convento se les ha aparecido esta noche el fantasma de José Antonio.

—Yo no sé cuántas barbaridades vamos a tener que oír en los próximos días.

Armando me observaba desde su mesa. Cuando levantaba la mirada del trabajo y mis ojos se encontraban con los suyos sonreía.

—Cada persona encierra un misterio, como la ostra encierra una herida.

Yo no sabía qué quería decir pero su mirada me traspasaba de tal modo que parecía determinado a leer mis pensamientos.

—Puede dar lugar a una perla o simplemente quedarse en una laceración. Ese afán tuyo por permanecer ocupada desde esta mañana me tiene intrigado. Estoy tratando de averiguar cuál es el misterio.

Me removí incómoda.

—No hay misterio que valga. Sólo trato de ser eficiente y adelantar trabajo.

—El tuyo y el de toda la plantilla, a juzgar por todo lo que has multiplicado tus quehaceres. Con dos como tú Laguna se bastaba para un cierre de edición al día. No es que no tengas derecho a esconder lo que quieras. Incluso tienes derecho a mentir pero también yo tengo derecho a intentar averiguar qué es lo que en estos últimos días ha ido apagando el brillo que tenías en los ojos cuando irrumpiste en la redacción el primer día, ramillete. Algo te pasa. Se te han quedado opacos los ojos, de golpe se te han llenado de sombras.

¿Le hablaba de Jaime? ¿Le contaba lo que me pasaba? ¿Le pedía consejo? ¿Le preguntaba si conocía la poesía que había encontrado? Ni siquiera sabía de qué pie cojeaba. Tal vez se habría burlado de mí o tal vez habría contado a voz en grito que la niña de Perea, por culpa de un novio que se había tragado la tierra, estaba más cerca de las revueltas de lo que a simple vista parecía.

Él también guardaba un secreto, alojado en su cabeza, la historia de aquella amenaza en forma de metralla que arrastraba desde la guerra y de la que nunca hablaba. También a mí me gustaría encontrar respuestas a preguntas que no me atrevía a formular. Ataques como los del bar Caracola ¿le ocurrían a menudo? ¿Hasta qué punto eso afectaba a su vida? ¿Pendía ésta de un hilo que en cualquier momento se podía romper? ¿Qué hacía cuando le asaltaba un dolor de cabeza tan intenso como el de aquella tarde y estaba solo? ¿Cómo había llegado la metralla a su cabeza? ¿Qué recuerdos guardaba del momento en que ocurrió? ¿Fue en la guerra? ¿En qué bando estaba?

Bando. Esa palabra siempre acababa asomando por algún resquicio. «¿Qué sabemos nosotros de bandos? ¿Qué sabemos de trincheras?», habría dicho Jaime una vez más de haber tenido acceso a mis pensamientos.

Mientras en la calle seguía hablándose de las revueltas, en la redacción las aguas

habían vuelto a su cauce al menos en lo que a rencillas y peleas se refiere. Cayo y Enrique habían olvidado su encontronazo y volvían a trabajar codo con codo en los nuevos artículos que la actualidad iba generando: un timo con billetes de lotería, un perro que había sacado a un niño del incendio de una casa, una asaltante de bancos de dieciocho años que era la mayor de doce hermanos y que se había visto «empujada por las circunstancias» a delinquir, un pueblo entero que se había intoxicado con aguas contaminadas, los peces momificados que nunca se corrompían del río Adaja que pasa por Ávila...

A pesar del fiasco del radiestesista francés don Adolfo sugirió no abandonar la presa, es decir, seguir profundizando en las andanzas del allanador de moradas y citar a algunas de sus víctimas, aquellas personas que habían llegado a verlo, aunque fuera fugazmente, y que estuvieran dispuestas a hablar de él para dibujar una semblanza. Enrique, como no podía ser de otra manera, fue el elegido para hacer las entrevistas.

—¿Puedo estar presente? —preguntó Vidal.

Enrique aceptó enseguida su ayuda pues sabía que Vidal tenía algo que hacía sentir cómoda a la gente y la invitaba a hablar.

Raramente un ladrón que entra a robar en una casa puede evitar dejar tras de sí lo que Vidal llamaba «una huella psicológica», es decir, el rastro que puede llevar a elaborar un retrato robot de su personalidad. A Vidal no sólo le gustaba el periodismo callejero, también disfrutaba hurgando en las hemerotecas y tenía una amplia colección de textos dedicados a la psicología criminal y a la ciencia forense. Aquella mañana tenía dos libros abiertos sobre su mesa, *Estudio comparado de doce casos de psicopatología criminal* y *Perfiles criminales*. El primer libro estaba escrito por Derek Eberhardt, un científico alemán que recogía y analizaba todas las teorías elaboradas hasta entonces sobre la tipología del delincuente. El segundo estaba escrito por John Heath, un inspector retirado de Scotland Yard, y se basaba en el análisis de casos concretos que había llegado a conocer a través de su larga carrera como policía. Vidal había encontrado el rastro de un rapiñador de semejantes características a «nuestro allanador» en un pequeño apartado de este segundo libro. Le contó a Enrique que a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta los vecinos de Londres habían tenido que lidiar con un visitante de la misma estirpe que Pies de Franela, un ladrón nocturno, silencioso, incorpóreo. La regularidad era su *modus operandi*, trabajaba por distritos, por cuadrículas podría decirse, si elegía una manzana asaltaba todos los domicilios que hubiera de esquina a esquina. Actuaba sin cómplices y, a diferencia de nuestro ejemplar patrio, sólo robaba moneda de curso legal. Era tan esquivo que la prensa de Londres se refería a él como «un ectoplasma salido de las páginas de una novela de Conan Doyle». Esa misma descripción habría cuadrado perfectamente con nuestro escurridizo ladrón.

La primera persona que llegó a la redacción fue un hombre de unos cuarenta años.

Se llamaba Rubén Torres, trabajaba de cajero en un banco y era bajito y de mofletes hinchados. «La noche de autos», dijo empleando el lenguaje algo envarado de los seriales radiofónicos, había visto de refilón al asaltante. Bueno, en realidad sólo había visto de refilón sus ojos, canicas negras que refulgían en la oscuridad como si estuvieran iluminadas por dentro. Era todo lo que pudo ver de él. El ladrón iba embozado.

—¿Enmascarado? —preguntó Enrique e intercambió una mirada con Vidal que venía a decir «otro falso testigo con ganas de notoriedad». Pero entonces el testigo explicó mejor sus palabras:

—Llevaba puesta una mascarilla en la boca, como la que usan los cirujanos.

Recordé lo que había comentado Héctor la noche que vino a cenar. Había dicho que se rumoreaba que esparcía «adormidera», éter o láudano para inducir un sueño profundo en los habitantes de la casa. Héctor aún mantenía contactos con algunos compañeros de la época en que había sido comisario. Debía de haberlo oído en ciertos ambientes policiales porque cuando lo mencioné todos estuvieron de acuerdo en que nadie, ningún periodista, lo había recogido en sus artículos. ¿Sería una pista que la policía estaba siguiendo y de la que no querían que hablara la prensa para no entorpecer su investigación? Tal vez sólo fuera un rumor, una hipótesis, habladurías, pero a los miembros de la redacción no les pareció del todo inverosímil, pues eso explicaba que casi nadie le hubiera oído entrar o moverse por la casa.

—Si duerme a sus víctimas con algo que rocía por la casa debe protegerse para no respirar el mismo aire —opinó Vidal.

En ese caso, meditó Enrique, no sería mascarilla de cirujano sino algo más parecido a aquellas con que los soldados se protegían de los ataques de gases en las guerras. Este dato y las nuevas vías que abría fueron recibidos con entusiasmo.

El señor Torres iba a levantarse para abandonar la redacción cuando se detuvo con un gesto algo teatral.

—Ese tipo no es ningún maleante. No es ni siquiera un granuja —afirmó de manera enigmática.

Al preguntar a los redactores si querían conocer la teoría que había elaborado sobre el ladrón, en sus ojos prendió esa llamita de pasión e inteligencia, sagacidad y empeño con que en tantas novelas de a duro se describe la mirada del detective aficionado. Había observado que el ladrón combinaba dos modalidades de asalto —la escalada por el muro y la apertura de puertas mediante llaves falsas— que exigían entrenamiento y destreza, no era alguien que actuaba por impulsos, seguía pautas meditadas, preparaba de algún modo sus golpes. Sin embargo no entraba en casas donde previamente no hubiera una ventana abierta y en esto intervenía el azar, no era algo que él pudiera prever de antemano. Torres desmenuzaba su teoría como si estuviera desmigando un mendrugo. Se notaba que había dedicado mucho tiempo a

pensar en ella. ¿Cómo un ladrón tan meticuloso dejaba al albur la cuestión de qué casas asaltar? Él no elegía las viviendas, eran las viviendas, o más concretamente las ventanas, las que lo elegían a él. Según había aprendido en novelas tipo *El diablo armado*, *Un cadáver hablador* o *El brigada que vino a robar*, el delincuente que penetra en un domicilio busca profanar, ensuciar, mancillar un ámbito que se considera sagrado, busca humillar doblemente a su víctima y en eso se diferencia del caco que da un tirón en la calle o del carterista que mete la mano en el bolsillo de su víctima en el tranvía. Pero nada en Pies de Franela hacía pensar en la conducta desalmada y cruel que se atribuye al merodeador y asaltador de casas. La particular teoría del señor Torres coincidía con la que Vidal y Enrique habían elaborado esa mañana: no era un delincuente despiadado del tipo narcisista que siente desprecio por sus víctimas, no era alguien afectado de insensibilidad moral, ni carente de compasión, nunca había utilizado la violencia. No parecía tener un alto concepto de sí mismo, más bien al contrario parecía alguien que huyendo de su apocada y tímida personalidad trataba de desafiarse burlando a la policía.

El segundo entrevistado era un joven de veintiún años, Leandro Vallés. La noche del asalto se había quedado dormido en el salón de su casa mientras estudiaba. Se despertó al escuchar cómo alguien abría la puerta de la calle para salir del piso. Al principio, aún resacoso por el sueño, no se dio cuenta de lo que pasaba. Tardó en comprender que era un ladrón que abandonaba la casa.

—Cuando le increpé aceleró el paso y escapó. Llevaba oculta la cara.

—Acabas de decir que sólo lo viste de espaldas —intervino Vidal—. ¿Cómo sabes que ocultaba su cara?

—Llevaba el cuello de la camisa levantado y sobre el cuello flameaban los dos extremos de un pañuelo anudado que debía cubrirle la cara por delante, al estilo de los vaqueros que asaltan los trenes en las películas del Oeste.

Enrique se removió en su asiento; este detalle daba más verosimilitud al testimonio del primer testigo. También Vidal parecía excitado, como ante un gran hallazgo. Hicieron una seña a Cayo para que se acercara y los tres deliberaron durante un rato. Estaban ante algo que, por lo que sabíamos hasta entonces, nuestro más directo competidor, el semanario de sucesos *El Caso*, no había publicado. Preguntaron al chico si había hablado de ello con algún periodista y se atrevieron a pedirle que si le llamaban de algún periódico omitiera el detalle, pues era una vía interesante de investigación que ellos querían confrontar con otros testigos antes de sacarlo a la luz. El joven no puso ninguna pega, lo omitiría, y comentó intrigado que, para ser un ladrón, su comportamiento era bastante desconcertante.

—¿Por qué? ¿Hizo alguna otra cosa que llamara tu atención?

—No se llevó una cartera con dinero que estaba a la vista en el recibidor.

—¿Qué te hace pensar que la vio? Tal vez la pasara por alto.

—Estaba abierta y había sacado el dinero, se diría que había estado calibrando si se lo llevaba y finalmente había decidido dejarlo.

—Si no cogió el dinero, ¿qué fue lo que se llevó? ¿O no echaste en falta nada?

—Lo que se llevó fue un libro.

Enrique, Vidal y Cayo intercambiaron miradas.

—¿Qué libro?

—Esto también le va a parecer extraño, un catecismo. El catecismo del padre Ripalda.

Fue el último testimonio el que levantó el mayor interés de todos. La tercera testigo era una mujer de treinta y cinco años que se llamaba Sandra Perdomo, viuda. Enrique la hizo sentar frente a su mesa y Vidal le ofreció un cigarrillo.

—A ese tipo que se coló en mi casa le debo la vida de mi hijo.

Julio y don Adolfo, que estaban en una mesa cercana, lo oyeron y se miraron desconcertados. Mientras exhalaba el humo y sacaba con elegancia de su boca una brizna de tabaco, la mujer añadió:

—Si la policía lo atrapa voy a pagarle el mejor abogado que pueda contratar. Pongan eso en lo que escriban.

Yo también me quedé en vilo pendiente de que aclarara sus inquietantes palabras. El niño, su hijo, había estado enfermo varios días y gracias a unas pastillas que le había prescrito el médico había mejorado.

—¿Cómo iba a saber que su mejoría sería sólo transitoria y que aquellos medicamentos en realidad estaban produciendo una reacción casi mortal en su pequeño organismo? Llevaba horas durmiendo cuando aquel hombre debió entrar en casa por la ventana abierta. Fue al final del verano. Los días anteriores apenas había dormido ocupándome del niño y ahora que todo parecía haberse encauzado satisfactoriamente me había entregado a un sueño profundo y reparador.

La mujer hizo una pausa que aumentó el suspense y el interés de su relato. Enrique le preguntó qué pasó a continuación.

—Me desperté al notar algo en los brazos. Era el niño. Estaba ardiendo y temblaba.

—¿Cómo había llegado a sus brazos?

—Aún medio aturdida por el sueño creí recordar que lo había acomodado en la cuna antes de acostarme. Pero el niño temblaba y tal vez, pensé, lo había cogido entre sueños. Entonces oí una voz a mi lado. Al abrir los ojos del todo y girar la cabeza, vi a un hombre que se inclinaba sobre mí en la oscuridad y trataba de calmarme para que no gritara asegurándome que no me haría daño.

—¿Qué quería aquel hombre?

—Sólo me dijo: «Avisa a un médico. Rápido», y luego se evaporó.

—¿Desapareció?

—Como si estuviera hecho de la materia de los sueños, como si no hubiera estado nunca allí.

—¿Qué pasó a continuación?

—Me levanté y envolví al niño en una manta, no había tiempo de llamar a un médico. Bajé a la calle y busqué ayuda. Una pareja de policías me encontró gritando por la calle y ellos mismos me llevaron en su coche patrulla al hospital, donde enseguida se dieron cuenta de la gravedad de lo que pasaba. Me arrancaron al niño de los brazos y lo llevaron al interior del hospital. Fui tras los médicos pero me pidieron que aguardara en una sala. El niño tenía más de cuarenta grados de fiebre y estaba a punto de sufrir un colapso. Ésa era la palabra que utilizó el médico que le atendía. Colapso. Yo estaba desesperada, aguardando en aquella habitación tan blanca en la que me habían depositado como a una carga molesta, oyendo de vez en cuando frases inconexas que lo único que hacían era aumentar mi desazón, mi angustia. El niño seguía con fuertes convulsiones. Al parecer no había manera de pararlas. Fui hacia la habitación donde atendían al niño pero me echaron de allí. Le pidieron a una enfermera que me sacara. No sé cuánto tiempo pasó sin que nadie me diera noticias. La noche avanzaba y nadie me decía nada. Llegué a temer que mi pequeño hubiera muerto. Imaginaba que de un momento a otro entraría alguien a decirme que no habían podido salvarlo. Me puse a rezar. Por fin apareció un médico; habían remitido las convulsiones y la fiebre había bajado, el niño se había estabilizado pero había faltado poco para un desenlace fatal.

La mujer dio una honda calada.

—No sé qué clase de persona es ese ladrón y no me importa, sólo sé que si no hubiera entrado a robar en mi casa esa noche, mi hijo estaría muerto. ¿Entienden por qué quiero ayudarlo?

Cuando la mujer se fue Cayo, Enrique y Vidal hablaron durante mucho tiempo sobre ese último testimonio. Nunca habían conocido a la víctima de un robo que se sintiera agradecida a un ladrón. Discutieron con don Adolfo sobre el enfoque que había que dar a la semblanza. ¿Debían hablar de que ocultaba su cara como habían mencionado el primer y el segundo testigo? ¿Escribían un editorial preguntándose por qué un ladrón que entra a robar en una casa no se lleva un dinero que está a la vista? ¿O contaban simplemente la historia del pequeño? Todos estuvieron de acuerdo en que ésta era la historia con auténtico interés humano pero tampoco querían omitir las otras características que hacían de Pies de Franela un delincuente distinto a cualquier otro. Don Adolfo dio luz verde a Enrique para que utilizara el enfoque que creyera más conveniente y éste se puso rápidamente manos a la obra.

Entonces la puerta de la calle se abrió y Tristán apareció en el umbral. Parecía un espectro huido de los sótanos de un castillo escocés.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Vidal yendo hacia la puerta.

—Han disparado a un joven en la calle. Creo... creo que ha muerto.

Tristán se dejó caer pesadamente sobre la silla giratoria de Armando y todos nos arracimamos en torno a la mesa. Las preguntas revoloteaban en torno a él como polillas alrededor de una vela.

—¿Estás herido?

—¿Qué muerto?

—¿Has venido huyendo?

—¿Qué calle?

—Voy al depósito.

—Y yo a la comisaría.

—Hay que llamar a los hospitales.

—¿En qué barrio?

—¿Te han seguido?

—¿Cuándo ha sido?

Tristán apretaba contra el pecho la cámara de fotos; parecía que sujetara a un niño pequeño y nos miraba a todos con expresión de horror implorando una tregua que nadie le daba. El revoloteo de preguntas continuaba:

—¿Cuántos eran?

—¿A qué hora?

—¿Y la policía?

—¿Había periodistas?

—¿Has hablado con algún testigo?

—¿Has presenciado el altercado?

—¿Lo ha recogido una ambulancia?

—¿Un coche de la policía?

—¿Un particular?

—¡Dejad de cacarear! ¡Aquí no hay quien se aclare! —tronó don Adolfo y las polillas interrumpieron su vuelo en el aire—. Y ahora, cuando te calmes, nos cuentas qué es eso del muerto.

—Voy a por agua —dijo Julio, y trajo un vaso y una jarra de agua de la que Tristán bebió directamente.

El color fue poco a poco volviendo a su cara y una vez recuperado del susto explicó lo ocurrido. A las diez y cuarenta minutos de la mañana cuando iba a llevar unas fotografías a composición, y desoyendo las advertencias de Rafael, había pasado por San Bernardo. En la calle, frente a la Universidad Central, unos estudiantes arrojaban papeles y tablas de madera a una hoguera y obligaban a desviarse a los coches que pasaban. Tristán se detuvo a curiosear y les oyó discutir sobre si debían entrar o no en clase y sobre qué medidas debían tomar para responder a los

falangistas. Los conductores que tenían que sortear la hoguera insultaban al pasar a los estudiantes y les instaban a volver a las clases, al tiempo que los tachaban de alborotadores y subversivos. Los estudiantes respondían a las provocaciones con gritos de «Por una Universidad Libre» y les arrojaban papeles ardiendo y también nieve sucia que cogían de la acera. El fuego se fue extinguendo y alguien sugirió alimentarlo con más libros y papeles, pero uno de los estudiantes ordenó abandonar las calles y seguir las discusiones en un aula. Entraron en el edificio y durante un instante no ocurrió nada, la vida se detuvo, dejaron de pasar coches y se hizo un silencio sobrecogedor, extraño. Entonces del interior del caserón de Derecho llegaron las primeras notas de una canción. Adiós mi universidad... adiós aulas de mi querer...

—¿La Tuna? —inquirió alguno.

—Las calles mojadas... las lágrimas de una niña... un viejo reloj que nunca volveré a escuchar... —coleteaban las estrofas en la memoria de Tristán—. No, no era la Tuna, era un canto espontáneo y muy sentido. Un lamento. Un aullido. Un quejido. Eran lágrimas de rabia. Eso era lo que emocionaba. «Triste y sola se queda Fonseca», una canción vulgar que esta mañana no lo parecía. Tenía un tono de réquiem, un tono menor, más menor que el tono menor en que está cantada...

—Si pudiéramos llegar al muerto cuanto antes... —se atrevió a decir Vidal pero don Adolfo le hizo callar con una mirada y con otra animó a Tristán a seguir.

—Una solemnidad especial manaba de ella, la cantaban con mucho sentimiento, como si los estudiantes intentaran lavar la ofensa que el edificio había recibido el día anterior y de la que fue testigo Asun, como si trataran de tapar con sus voces el recuerdo de otras voces, las que habían entonado el día de la revuelta el *Cara al sol* frente a la lápida de los caídos.

Noté que algunas miradas se desviaban hacia mí, como para rubricar con ese gesto que yo acababa de saltar, de algún modo, al interior del relato. Tristán no era bueno con las palabras, lo suyo eran las imágenes, pero en aquel momento algo le daba una locuacidad insólita, inesperada; tal vez ese algo fuera el sentirse centro de tantos pares de oídos y miradas por primera vez desde que entró a trabajar.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó don Adolfo.

Tristán se había quedado parado unos instantes frente al edificio, escuchando, atento. Junto a él, en la acera, se detuvieron dos hombres a los que la emoción de la tonadilla había empañado la mirada. Ya no cumplirían los cincuenta, sus días de universitarios habían quedado atrás hacía tiempo y Tristán pudo escuchar cómo rememoraban cierta ocasión en que por aquella misma puerta por la que ahora se colaba el cántico de los estudiantes había entrado Unamuno a hablarles, a pedirles que no dieran «vivas» o «muertas» ni al rey ni a la República, y había aconsejado prudencia y sensatez y que defendieran el mayor tesoro que tenían: la inteligencia.

Eran los años de otras revueltas, de otras algaradas, y aquellos dos hombres que estaban a su lado debían de haber participado en ellas. Poco a poco el coro fue creciendo, las voces se hicieron más cercanas, más fuertes, y decenas de estudiantes desembocaron cantando a la calle.

—Salieron en tromba, como las almas salen de la gran boca del *Juicio Final* de El Bosco, almas cantoras animadas por un gran pulmón que les insuflaba aire y convertía sus voces graves y masculinas en voces blancas, puras. Cada vez había más gente que se había detenido a escucharles en la acera. Había algo fascinante no sólo en sus voces, también en sus miradas. Posaban en ti sus ojos y como si fuera una señal convenida tu boca se ponía a cantar. Y el aire de la calle se llenó de esa energía que sale de los tubos de un órgano de iglesia y vuelve intemporal el tiempo, y esa energía apagó el sonido del tráfico y cuando echaron a andar algo me incitó a ir tras ellos. No habíamos caminado un par de manzanas cuando el grupo se dividió. Unos fueron hacia Sol y otros se fueron hacia la Ciudad Universitaria. Me fui tras éstos. No tardé en observar que algunos llevaban en las manos lo que me pareció que eran tejas o cascotes, restos de un derribo o algo parecido. Tomaron Alberto Aguilera, bajaron por la acera de los impares, era un gran grupo y marchaban en formación tan compacta que asombraba a los que se cruzaban en su camino. Entonces se produjo el encontronazo. Cerca de Guzmán el Bueno se toparon con un contingente grueso de Falange que subía por la calle Marqués de Urquijo.

—Debían de venir calientes de los actos de homenaje por el aniversario de la muerte de Matías Montero —dijo don Adolfo—. Seguro que el encuentro no fue inocente, algo me dice que los falangistas iban en busca de los universitarios para rematar la faena que empezaron ayer.

—Yo creo que también los estudiantes sabían que se los iban a cruzar, por eso habían tomado ese camino. Los camisas azules les increparon con chulería, de manera desafiante, provocándoles. «Matías Montero caído por Dios y por España, presente», gritaron. Y esperaron a oír «presente» pero los estudiantes no respondieron al saludo. Uno de los falangistas les exigió que respondieran, a lo que los estudiantes se negaron. «¡Rojos! ¡Masones! ¡Ateos!», empezaron a gritar. Los estudiantes mostraron los cascotes y palos que habían cogido de la facultad como los símbolos del destrozo del día anterior. Eran las reliquias del asalto, los atributos de la ofensa, eran su corona de espinas, sus clavos y su martillo, su látigo... —dijo exagerando algo la nota.

Tristán hizo una pausa y protegiendo la cámara con un brazo volvió a beber agua de la jarra mientras las miradas de todos lo invitaban a seguir.

—Tras el intercambio de insultos y gestos amenazantes por fin llegaron a una distancia de cuerpo a cuerpo y entonces fue cuando se enzarzaron en una pelea. Volaron los cascotes, los palos y los libros. Todos los tomos de Derecho fueron

arrojados como piedras de una catapulta. Claro que los falangistas se defendieron sacando porras y no sé cuántas cosas más que llevaban colgadas de los cinturones.

—¿Y tú dónde estabas? —preguntó Cayo.

—Entre los estudiantes, mezclado con ellos. Ni siquiera se me ocurrió la idea de huir. Estaba fascinado por lo que ocurría, ebrio de toda la violencia que se desataba en torno a mí, sintiendo tan cerca los puñetazos que se repartían que sólo lograba librarme de ellos apretujándome contra los muros de la calle. No tardaron en llegar las fuerzas del orden. La policía se empleó a fondo para separarlos pero sobre todo recibieron los de un lado, los estudiantes. Sonaron dos tiros. Muchos echaron a correr despavoridos. Alguien gritó que había un herido en el suelo. Era un chico joven, de unos veinte años. Le salía abundante sangre de la cabeza.

—¿Qué pasó con él? —preguntó alguien.

—Lo metieron en un coche, lo llevaron al hospital, pero yo creo que ya estaba muerto. Al poco llegaron unos camiones con mangueras y cuando fueron a lavar las calles grupos de falangistas formaron un cordón en torno a las manchas de sangre para impedir que se lavara. Algunos llevaban cruces gamadas prendidas a las camisas azules.

—Son todos unos nazis —murmuró alguien pero don Adolfo movió la cabeza.

—No todos los son y no debemos reducir las cosas a una simplificación tan burda. En todos los grupos hay exaltados. En todos. En los de un lado, en los de otro. En todas partes. Ahora creo que Tristán tiene razón: igual que los falangistas fueron a su encuentro, ellos, los estudiantes, también salieron a buscarles. ¿Para qué si no llevaban los cascotes, las tejas?

Se acercaban las dos de la tarde y Rafael encendió la radio. El parte estaba dando la noticia en ese momento: «Esta mañana, cuando un pequeño grupo formado por estudiantes que habían asistido a la conmemoración oficial en memoria de Matías Montero regresaba a sus casas se encontró en el paseo de Alberto Aguilera, esquina a Guzmán el Bueno, ante grupos hostiles que al grito de “A ellos, que son falangistas” se abalanzaron con porras y armas cortas, produciéndose una breve lucha en el curso de la cual los agresores hicieron fuego repetidamente hiriendo de extrema gravedad al joven de diecinueve años Miguel Álvarez Pérez, perteneciente a la centuria Sotomayor del Frente de Juventudes, y heridas a otros más, cuatro de ellos de pronóstico reservado. Los agresores se dieron a la fuga al intervenir enérgicamente la fuerza pública que ha practicado hasta ahora cincuenta detenciones sin que el causante o causantes de los disparos hayan sido todavía identificados, sabiéndose que en la agresión han intervenido elementos de filiación comunista. La sangre del falangista herido fue recogida por uno de sus camaradas que empapó en ella su camisa azul. Miguel Álvarez Pérez, alcanzado en la cabeza por el disparo, está en este momento siendo intervenido en una delicada operación quirúrgica. Su estado es de

extrema gravedad. La Junta de Gobierno de la Universidad de Madrid, como expresión de su enérgica repulsa y de su honda condolencia ante los sucesos acaecidos, ha acordado suspender las clases en todas las facultades hasta el próximo lunes, día 13 de los corrientes».

Rafael bajó el volumen de la radio.

—Afortunadamente el chico no ha muerto —dijo Vidal.

—Aunque no haya muerto, los falangistas ya lo consideran un mártir de su causa —reflexionó Enrique.

—No creo eso que dicen. No me trago que los autores del disparo hayan sido estudiantes —apuntó Rafael.

—No son ellos los que suelen ir armados —intervino Cayo dándole la razón.

Tristán miraba a todos con ojos asustados. Trataba de decir algo mientras los demás discutían sobre el efecto que eso iba a tener y la mala suerte que había caído sobre el muchacho pero también sobre los estudiantes que habían intentado introducir algún cambio en la universidad; la posibilidad de plantear cualquier reivindicación acababa de quedar dinamitada.

—Y... don Adolfo, se me ha olvidado decirle algo... importante —se escuchó en medio de la algarabía.

Todos se volvieron hacia Tristán.

—¿Ha ocurrido algo más que no se haya mencionado en el parte? —preguntó el director.

Tristán asintió y bajó la mirada a su cámara.

Entonces comprendimos que había sacado fotos del altercado. ¿Cómo es que nadie se lo había preguntado hasta ahora? Se armó un gran revuelo. Don Adolfo ordenó a Tristán que fuera rápidamente al cuarto de revelado. Rafael lo acompañó. En el guirigay que se formó a continuación sonaron las palabras «primicia», «exclusiva», «derechos de publicación», «scoop». Unos preguntaban qué iba a pasar con las fotos, ¿se publicarían? El impacto de las imágenes sólo se lograría si éramos los primeros en publicarlas pero eso implicaba sacar un número extra, pues faltaban tres días para el cierre del siguiente número. ¿Publicarlas?, se preguntaban otros con alarma, eso era imposible, sería traspasar el territorio de los sucesos y entrar en el de la noticia política, algo que en aquel mes de febrero y en España era imposible plantearse a no ser que se estuviera dispuesto a afrontar la pérdida del semanario, su cierre definitivo. ¿Y si se hacían llegar a alguna agencia de noticias para que se pudieran publicar en alguna revista extranjera? Don Adolfo sugirió esperar a verlas antes de tomar una decisión, rondaba por su cabeza la idea de que tal y como habían sugerido Rafael y Cayo hubiera sido una bala perdida, una bala amiga, la que había herido al muchacho. Tal vez las fotos lo aclararan. Mientras se revelaban convenía husmear en los grupos falangistas para saber qué se decía de lo ocurrido. Todos los

redactores fueron a sus teléfonos para hablar con los contactos que tenían. Cayo estuvo conversando unos minutos con un conocido suyo en la Centuria 16 de Montañeros de la Guardia de Franco.

—Hay varias centurias acuarteladas. Cada vez llega más gente a Pontejos —anunció—; allí está el Hogar de la Guardia de Franco.

—Han avisado a todos los afiliados de que esta noche se van a velar las armas —dijo Vidal.

—¿Qué quiere decir eso? —me atreví a preguntar.

—Como ese muchacho finalmente muera, va a correr mucha sangre —me aclaró.

Todos siguieron indagando entre sus conocidos y contactos en la prensa nacional y en distintas centurias de Falange para confirmar la preocupante noticia de que se preparaba una vendetta. El rumor de que se estaba elaborando una «lista negra» y de que aquélla iba a ser una noche «de cuchillos largos» fue creciendo a medida que avanzaba la tarde. «¿No estaremos sacando las cosas de quicio?», se preguntaba Armando cuando salía de la burbuja en la que se había encerrado desde que Tristán mencionó lo del tiro en la cabeza. Igual que se intentaba meter miedo por un lado a lo mejor también se estaba intentando meter miedo por otro. A alguien le interesaba revolver el río y sacar provecho en la pesca. Lo ocurrido, en opinión de Armando, proporcionaba coartada a los que querían apretar a los estudiantes. El mártir era de las filas falangistas y eran éstos los que tenían más recursos para lograr que se aplastaran los movimientos que se habían iniciado, pero desde el año anterior España estaba en la ONU y eso significaba repercusión para los otros, para los antifranquistas.

—Ahora todo lo que ocurre dentro se ha vuelto más visible fuera y tal vez los comunistas aprovechen la represión que se desatará sin duda para atacar al Régimen, denunciar sus abusos y demostrar al mundo cómo las gasta.

La suma de Armando daba una buena aritmética. Era raro oírle explicar desde una perspectiva tan fría y analítica lo que ocurría. Para mí no era más que un espíritu casi pueril encerrado en un mundo de animales, planetas, bromas y burlas. Al menos hasta aquella tarde. Tenía razón. Era posible que una fatalidad así fuera aprovechada por las dos causas; habría que aguardar a que avanzara la tarde para ver qué caprichosa dirección tomaban los acontecimientos.

—A esos tíos los veo capaces de cualquier cosa —mascullaba Vidal refiriéndose a los falangistas—, y encima algunos tienen patente de corso para visitar las casas de sus enemigos cuando les salga de los cojones y sacarlos en mitad de la noche.

—Han avisado al rector Laín, al decano Torres, a todos los que se considera que pueden ser objetivos de los exaltados de que no duerman en sus casas. La policía está desbordada —dijo Enrique colgando el auricular tras hablar con una de las comisarías del distrito de la Ciudad Universitaria.

—No van a poder contener a todos los que ya están afilando las armas. Si hay un

muerto entre los falangistas toca que haya muertos también entre los que no lo son, es su forma de pensar —intervino Julio.

Cincuenta detenidos. La cifra percutía en mi cabeza, restallaba en mis oídos como un látigo.

—¿Cómo se puede saber los nombres de los detenidos? —pregunté.

Enrique me aconsejó calma.

—Ahora debe de haber mucho desconcierto en las dependencias de la policía. Lo mejor es esperar a que se les tome la filiación y la policía emita un parte. A la mayoría de ellos los soltarán en pocas horas. ¿Por qué? ¿Crees que hay algún amigo tuyo metido en líos?

—No, no, claro que no —mentí. Tres veces, como la negación de san Pedro.

Al notar la mirada de Armando en mi nuca enrojecí pero Enrique ya se había alejado camino de su mesa y sólo la gran ballena blanca se dio cuenta de mi vergüenza.

Héctor se dejó caer por la revista poco después. Era habitual que don Adolfo y él intercambiaran información sobre los casos que traían entre manos.

—¿Algo nuevo de ese estudiante? —le preguntó don Adolfo.

Héctor había tenido acceso a un informe interno de la policía.

—Esta mañana se estableció un servicio de vigilancia reforzado en la zona universitaria, había muchos indicios para creer que se iban a producir incidentes violentos entre estudiantes y falangistas debido a lo ocurrido ayer en la universidad y debido, también, a que hoy se celebraba un día sagrado para los falangistas.

—El día del Estudiante Caído —dijo Vidal.

Héctor asintió.

—Un servicio especial se ha desplegado en la calle Víctor Pradera, donde iba a tener lugar la ceremonia en que se colocan las cinco rosas simbólicas. También han enviado refuerzos a la Universidad Central, al cementerio y a la entrada de la Ciudad Universitaria.

—Vamos, que las calles estaban tomadas desde primera hora aunque no se notara —dijo don Adolfo.

—El informe dice que a media mañana los estudiantes de Derecho de la Universidad Central se pusieron a cantar una tonadilla universitaria...

—«Triste y sola se queda Fonseca» —dijeron a la vez Armando y Cayo.

—... y que jaleándose a gritos de «a buscar azules» salieron a la calle —añadió Héctor.

De eso no había hablado Tristán.

—Eso es lo que dice el informe de la policía, «jaleándose al grito de a buscar azules». A la una menos veinte, a la altura de la calle Guzmán el Bueno y Alberto Aguilera, los que venían del homenaje al estudiante caído se han cruzado con los que venían de la facultad, y a la una menos cinco es cuando han sonado los primeros disparos. Se ha descubierto que había al menos un hombre gravemente herido y ha sido trasladado rápidamente al hospital. Entonces han empezado a sucederse las detenciones. Dicen que hay cerca de setenta detenidos.

—La radio ha dicho cincuenta —intervine con timidez.

—Según el informe que he leído, hay al menos setenta entre los de un bando y los de otro. Les están tomando declaración en varias comisarías. De momento sólo se trata de saber a qué lado de la lucha estaba cada uno de los detenidos. También se han llevado a una docena de testigos presenciales para tratar de aclarar de dónde salió el disparo.

Don Adolfo le habló de la teoría que se había barajado en la redacción, la de que el disparo hubiera salido de las propias filas falangistas. Héctor dijo que se estaba

investigando.

—Por la trayectoria de la bala y también por la posición del herido cuando se produjo el disparo, no se tardará en saber.

Pero Héctor no sólo había venido a comentar los incidentes de la mañana, también traía noticias sobre Pies de Franela. Se había enterado de que la policía barajaba una nueva hipótesis.

—Podrían ser al menos dos los asaltantes nocturnos.

—¿Y eso por qué? ¿Quién lo dice? —preguntó don Adolfo.

—Lo dicen en la comisaría de Buenavista, de allí vengo. Aunque no están seguros. Anoche un chico trepó por la fachada de un edificio de la calle Príncipe e intentó entrar en una casa. La ventana debía estar cerrada o atrancada y...

—No es él —le interrumpió Enrique que era quien mejor conocía el perfil del ladrón.

Todos lo miraron expectantes, como si de él emanara la única legitimidad para juzgarlo.

—Él siempre entra por ventanas abiertas —explicó—. Hasta ahora ha seguido el mismo patrón: una ventana abierta y adentro.

—Sí, eso es cierto —opinó Cayo dándole la razón—. No puede ser él. Lleva semanas sin actuar por culpa de esa maldita tormenta, ¿quién puede dormir con una ventana abierta con este tiempo?

—Tal vez estaba medio abierta o él lo creyó así desde la acera —explicó con tranquilidad Héctor siguiendo el razonamiento de los dos redactores.

—¿Qué ocurrió con el asaltante? —preguntó don Adolfo.

—Debió de verse sorprendido por alguien del interior del piso, se puso nervioso y se precipitó al vacío.

—Razón de más para afirmar que no es él —intervino de nuevo Enrique—. El tipo ese ha demostrado hasta ahora tener los nervios de acero. Nunca antes le habían sorprendido al intentar entrar y mucho menos ha tenido un percance al escalar una fachada. Podría ser alguien que lo imita.

—O un cómplice —opinó don Adolfo—, y como dice Perea hasta ahora han estado actuando conchabados.

—Sigo pensando que se trata de un seguidor, una especie de fanático del auténtico ladrón —porfió Enrique.

—Si fueran dos los asaltantes eso explicaría el desbarajuste ese que hay con su descripción, unos dicen una cosa y otros otra y así no hay manera de cerrar un retrato robot con garantías —añadió don Adolfo haciendo suyas las hipótesis de la policía.

—¿Y el chico ese cómo está? —preguntó Vidal.

—Se ha roto literalmente la crisma —informó Héctor—. El pronóstico es muy feo para él. Como Enrique ha señalado con mucho acierto, la policía no sabe si es un

compinche del asaltante o alguien que imita sus pasos. Va a ser difícil arrancarle una declaración. Está entre la vida y la muerte. Es posible que no pase de hoy.

En ese momento Tristán y Rafael salieron del cuarto de revelar.

—Tenéis que ver esto —dijo Rafael.

Habían positivado las fotos de los altercados de esa mañana en Alberto Aguilera. Varias mostraban distintos momentos de la lucha cuerpo a cuerpo entre los integrantes de los dos grupos. Rosas en algunas manos, brazos en alto en otras y más allá un vuelo de libros de Derecho, trozos de madera y cascotes. Testigos que gritaban. Manos que trataban de separar a los grupos. En otra varios falangistas rodeaban el cuerpo del muchacho herido que yacía inconsciente en el suelo. Sus rostros crispados parecían esculpidos en piedra. Tristán también se había atrevido a sacar fotos de la carga de la policía.

—¿Alguna pista sobre el disparo? ¿Se ve a alguien que lleve un arma?

De eso no se veía nada en las imágenes.

—Han repartido estopa a modo, como en los buenos tiempos. Si sabes lo que le conviene a tu revista, Laguna, no debes publicar nada de eso —opinó Héctor mientras examinaba detalladamente las fotografías.

Impresionada por algo que me había parecido ver en las fotos, algo que a los demás había pasado inadvertido, me dirigí a mi mesa y fingí que me ponía a trabajar. A distancia, como en sordina, oía las deliberaciones de don Adolfo y los demás sobre lo que Héctor había dicho. Ni siquiera era conveniente que se supiera que en la redacción había fotos como aquéllas. Mientras valoraban su posible envío a una agencia extranjera Héctor se acercó a mi mesa y se ofreció a esperarme; arreciaban las noticias sobre altercados y represalias y no quería que volviera sola a casa.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó—. Te has quedado pálida de repente.

—Sí, muy bien, es que con todo el lío no hemos comido y me siento un poco mareada.

Por el camino compramos manzanas acarameladas y escuchamos a la gente hablar de lo ocurrido. En la calle no se hablaba de otra cosa.

—A esta hora deben seguir operándole a vida o muerte —dijo Héctor.

—¿Te refieres al ladrón de la calle Príncipe o al muchacho de Falange? —pregunté.

—Me refería al estudiante, al de Falange.

—¿Crees que se salvará?

—Dios quiera que salga con bien de ésta o mucho me temo que van a rodar algunas cabezas y no es ninguna metáfora.

Héctor no hizo ninguna mención a nuestro encuentro en la azotea. Fui yo la que me sentí obligada a sacar el tema pero él me atajó enseguida, no tenía que explicarle nada.

—Las peleas entre enamorados sólo conciernen a los interesados.

Le aclaré que no me había peleado con Jaime y sobre todo que no tenía nada que ver con enamoramientos. Jaime ya no era mi novio.

—Es cierto que estoy preocupada por Jaime pero es porque llevo días sin saber nada de él y temo que le haya ocurrido algo.

—A lo mejor está aguardando a que terminen los altercados para llamarte, no querrá meterte en líos.

—Hace días íbamos a encontrarnos pero no se presentó y no he tenido noticias tuyas desde entonces. Si no se iba a presentar, ¿por qué no me llamó para avisarme? No es propio de él. ¿Y si está entre los detenidos?

Se ofreció a averiguarlo.

—En cuanto llegue al despacho me ocupo de hacer unas llamadas.

Le expliqué que un bedel de Derecho encontró su cartera tirada en una clase y me la dio para sacarla de la facultad.

—¿Y qué contenía? —preguntó—, porque supongo que la has abierto.

De pronto me avergonzó reconocer que la había registrado aunque él ya debía saberlo desde la tarde de la azotea, cuando vio todas sus cosas desperdigadas por el suelo.

—No hay nada indecoroso en que la hayas abierto, a fin de cuentas si vas a custodiarla es legítimo que sepas lo que contiene —me tranquilizó.

—Tenía una poesía que yo creo que es subversiva.

—Si se la interceptan le darán un par de sopapos y asunto arreglado. Hoy día ya todo quisqui ha hecho sus pinitos recitando a Alberti y o declamando lo de los gitanillos aceitunados de Lorca, es como un rito de iniciación, forma parte del decálogo del joven rebelde. ¿Qué más había dentro?

—También había una copia del manifiesto ese que se ha repartido en la facultad, el que ha puesto a los del SEU tan nerviosos.

—Por lo que dicen había muchos ejemplares de ese famoso escrito, hay muchos estudiantes que se habrán quedado con alguno. No pueden empujar a todos los que tengan una copia.

—También había un sello de caucho con tres letras, una F, una U, una E. No sé lo que significa pero temo que sea algo peligroso. ¿Te suenan a ti esas letras?

—Sí, pero no estoy seguro de que se trate de lo que imagino. Dame un par de días para que husmee por ahí y vea si hay alguna relación entre el sello ese y los alborotos. ¿Había algo más?

Eludí hablar de la fotografía de Regina, la foto que tan revuelta me había dejado, y le dije que no había nada más a excepción de una muda, dinero y su cédula de identidad.

Me aconsejó que no hablara de ello con nadie, que fuera discreta sobre lo del

sello, la poesía y el escrito hasta que se asegurara de algo.

En la puerta de casa estaba don Mariano hablando con Mascarón. Habían recogido las tiras de anea, que estaban medio congeladas y duras y costaba doblarlas, y también todas las herramientas del sillero.

—Tu madre me ha autorizado a dejar esto bajo la portería —anunció don Mariano señalando parte del material que necesitaba para trabajar—. Cuando están así de duras parece que pesan el doble.

Don Mariano y Mascarón entraron en el portal a dejar los bultos y Héctor me dijo que al día siguiente sabría algo sobre Jaime, que estuviera tranquila. Mascarón salió del portal en ese momento y vio algo que llamó su atención. Se acercó a mí fingiendo naturalidad y me avisó de que un hombre que había a mi espalda a varios metros de distancia me vigilaba.

—¿Por qué lo sabes? —preguntó Héctor sin volverse a mirar.

No era la primera vez que Mascarón lo veía en la plaza. Se había cruzado con él dos o tres días y ahora estaba seguro de que era yo la razón de que anduviera por el barrio. Héctor se encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla al suelo para volverse a mirar con disimulo. Yo también giré el rostro y reconocí a la persona que Mascarón me indicaba: era el hombre moreno que había visto en la cafetería La Ballena Alegre días atrás.

—Sé quién es —dije a Héctor.

Al sentirse descubierto el hombre echó a andar, al principio lentamente, pero luego aceleró el paso y se perdió por una calle. Héctor también había tenido tiempo de verlo de refilón.

—Yo también lo conozco —dijo, y salió corriendo tras él.

Serían cerca de las once de la noche cuando sonaron unos golpes en el portón de la plaza. Ya habíamos terminado de cenar y Chelo y yo estábamos recogiendo la mesa.

—¿Y eso? —respingó mi hermana.

—Abran la puerta —ordenó alguien a gritos en la calle.

—¡Que abran, coño! —le secundó otra voz.

Miguel y mi madre vinieron corriendo desde la cocina.

—¿Qué pasa? ¿Qué gritos son éstos?

—En la puerta, que dicen que abramos —dijo Chelo asustada.

Junto a los golpes se oían las voces de dos o tres hombres, unas insistían en quedarse y otra sugería volver en otro momento.

—La policía no debe de ser, se habría identificado enseguida —opinó Miguel.

—Y si es un vecino, ¿por qué no avisa al sereno? —preguntó mi madre.

—Voy a ver —dijo Miguel.

—No, no vayas —ordenó mi madre asustada—; que esperen al sereno.

Y tras un silencio añadió:

—¿Y si son unos atracadores? No me huele bien.

—No pueden ser unos atracadores, madre, ¿o cree usted que van anunciándose a bombo y platillo por las casas? —opinó Miguel.

Los golpes y las voces arreciaban. Sus órdenes eran cada vez más imperiosas.

—¡Portero! ¡Sereno! ¡Abran de una vez! —dijo una de las voces.

—¡Abran o tiramos la puerta abajo! —dijo una segunda.

—A lo mejor sólo son unos borrachos —sugerí.

—Pues menuda merluza traen —opinó Chelo.

—Ahí no se pueden quedar. Voy a mandarles a dormir la borrachera a sus casas —dijo Miguel.

Mi madre lo detuvo.

—Que te he dicho que no sales, Miguel. Si acaso ya salgo yo. Les convenceré de buenas maneras. Vosotros quedaos aquí.

Mi madre cogió una toquilla y se dirigió a la puerta. Volvieron a sonar los golpes en el portón y las voces. Miguel se interpuso en la salida.

—Madre, usted no va a salir porque si son unos borrachos con ellos no se puede razonar. Si la ven sola e indefensa se aprovecharán y vaya usted a saber si no la acaban poniendo la mano encima.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Deje que me ocupe yo de ello.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada. Sólo les voy a mandar a sus casas antes de que acaben levantando a todos los vecinos de la plaza. Les advertiré de que si no se van voy a llamar a la policía.

—Voy contigo —dijo con tal determinación que ni mi madre ni Miguel se atrevieron a oponerse.

Los dos salimos de casa. La portería estaba a oscuras y Miguel se dirigió a una pared a dar las luces.

—Déjame hablar a mí y tú chitón —ordenó mi hermano mientras cruzábamos el vestíbulo y nos dirigíamos a la puerta.

—Pero, Miguel, una cosa que te quiero decir...

—He dicho que chitón o te vas para casa —rugió.

Abrimos la puerta de la calle. En la plaza había tres hombres, tendrían unos veintitantos años.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó con sequedad mi hermano.

—¿Son ustedes los porteros de la finca? —preguntó uno de ellos con amabilidad. Estaba sentado sobre el capó de un coche aparcado y parecía mantener cierta distancia sobre los dos que daban los golpes en el portón.

—Déjate de melindres y soplapollecés, Álvaro —le reprendió otro que llevaba fijador en el pelo—; no estamos en un baile de gala.

—Déjate de gilipollecés tú, ¿o qué queréis? ¿Alertar a todo el barrio y que sepan a qué venimos? —dijo el tal Álvaro con autoridad.

—¿Por qué no atendían? ¿Por qué no abrían? —gruñó el tercero intentando entrar en el portal. Parpadeaba mucho, como si le escocieran los ojos.

—Aquí no entra nadie hasta que no me digan qué quieren. —Miguel le detuvo poniéndole la mano en el pecho—. ¿Qué es eso que vienen a hacer de lo que no se pueden enterar los vecinos?

—Como me vuelvas a tocar, te meto el puño en tu sucia boca y te lo saco por el culo, gilipollas —dijo el que parpadeaba zafándose de la mano de Miguel. Bajo el chaquetón que llevaba asomó una camisa azul con el yugo y las flechas bordadas en rojo.

—¡Arcadio! ¡Antón! —les recriminó el tal Álvaro. Se bajó del capó y se acercó a nosotros—. No hemos venido a eso. —Y dirigiéndose a Miguel con amabilidad dijo —: Perdonen los modales de mis amigos, llevaban algo más que leche caliente para combatir el frío en la petaca. Cuando me he dado cuenta era demasiado tarde.

—Déjale en paz, hostias —dijo el del fijador, el tal Antón—; además éste no tiene ni media guantada, Arcadio tiene razón.

—He dicho que no estamos aquí para eso —se impuso Álvaro.

Los otros dos se achantaron, estaban muy borrachos o lo parecían. Había algo inquietante y a la vez extremadamente refinado en Álvaro, el aire de un diablo que

quiere esconder su condición de ángel caído, algo turbio pero a la vez encantador; sus modales eran exquisitos y parecían naturales. También algunos ángeles de la muerte de los campos alemanes, gente como el marido de doña Adelina, don Joachim Levi o mejor dicho, Johann Lemper, eran gente amable y educada, de maneras suaves y cordiales, gente a cuyas manos habrías confiado tu vida sin dudarlo.

—Será mejor que se vayan a dormir la mona a casa —me atreví a decir. Miguel me taladró con la mirada reprobando que hubiera abierto la boca—. Váyanse antes de que alguien haga alguna tontería o algún vecino llame a la policía.

—Por mí como si llama a la guardia mora —dijo el que se llamaba Arcadio, el que había amenazado a Miguel con el puño.

—A la guardia mora por los cojones —gruñó Antón—, éstos siempre se quedan con las mejores rosas del rosal.

—Vamos a tranquilizarnos todos. Aquí nadie va a tocar a nadie —añadió Álvaro con un tono tan suave que tenía algo embriagador. Parecía el mayor de los tres y se esforzaba en calmar a sus amigos y en mostrarse amigable con nosotros. Clavando sus ojos en mí añadió—: Se lo juro.

Mi madre y su toquilla aparecieron de pronto a nuestro lado; no se había quedado tranquila y salió a ver por qué tardábamos.

—Buenas noches, ¿qué se les ofrece? ¿Y por qué arman tanto escándalo? No son horas de estar armando ese jaleo en la calle —dijo tratando de ocultar su miedo y su indignación.

—La penitencia no entiende de horas —rió Arcadio entre dientes.

Álvaro le hizo callar de un codazo.

—Buenas noches, señora, disculpe a mis amigos, han bebido un poco —dijo educadamente—; procuraremos no despertar a los vecinos. Somos gente de orden, no tiene nada que temer.

—Madre, no pasa nada, han venido a preguntar por un vecino. Váyase a casa, todo está bien —ordenó Miguel. Había tal autoridad en la mirada de mi hermano que mi madre, a regañadientes, volvió a entrar en casa.

Cuando Miguel se aseguró de que ya no nos oía se volvió hacia los tres tipos.

—No me han dicho todavía qué quieren —repitió tratando de que la voz no delatara su tensión.

—Buscamos a Jaime Hernández Salvatierra —dijo Álvaro—, traemos un recado para él.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Miguel me dirigió una rápida mirada.

—Hernández Prado —les corrigió Miguel intentando ganar tiempo para encontrar algo que decir.

—Ya no vive aquí —me adelanté a contestar—, vive en Zaragoza.

—No te hagas la lista, sabemos que está en Madrid —dijo Arcadio. De lejos se

veía que era el más borracho—. Vamos a subir a buscarle.

—Les digo que no está en Madrid. Su casa está cerrada desde hace meses —contesté amablemente.

—Déjanos subir a comprobarlo —dijo Álvaro—. Subimos y si no está nos marchamos por donde hemos venido.

—¿Y ese recado que vienen a darle no puede esperar? —preguntó Miguel interponiéndose para cerrarles el paso.

—No puede esperar, y a ti no tenemos que darte explicaciones de nada, gilipollas —dijo el individuo del fijador.

Recordé lo que habían dicho en el semanario por la tarde, que los falangistas iban a organizar una especie de batida por Madrid en busca de enemigos o adversarios. No era necesario ser un lince para saber qué clase de recado venían a dar a Jaime. Una idea cruzó rápida por mi cabeza.

—Son falangistas, Miguel, como el padre de Jaime, don Andrés, y a lo mejor también conocen a Jaime de la facultad, ¿no? —pregunté haciéndome la tonta—. ¿Son compañeros de Derecho?

Había mencionado a don Andrés porque entonces me pareció que su nombre podría actuar de salvoconducto o escudo para Jaime. No es que temiera que fueran a encontrarle —cosa que sabía que no iba a pasar—, pero tal vez si recordaban de quién era hijo podrían borrarlo de la lista de enemigos que debían haber elaborado.

—Sí, compañeros de banco, tomamos apuntes codo con codo —se burló el de la camisa azul.

La mención del nombre de Andrés Salvatierra no les disuadió, como yo esperaba, de seguir buscando a Jaime pero me pareció que les desconcertaba al menos momentáneamente.

—Somos de la Centuria 20. Y muy amigos de Salvatierra —subrayó Álvaro—. Don Andrés hizo la guerra al lado de nuestro mando en la centuria.

—No te me pongas ahora sentimental, joder —dijo el de la camisa azul—. Don Andrés puede que fuera un buen falangista pero su hijo es de la Sagrada Familia y eso lo sabe todo quisqui, y anda por ahí largando el catecismo que no debe y le van a catear en Derecho y en Patriotismo. Esos marxistas son como la gangrena.

—¡Arcadio! ¡Que cierres la boca de una maldita vez! —le ordenó Álvaro.

Habían dejado claras sus intenciones y de nada les valía ya jugar al poli bueno y al poli malo.

—Lo que sea que hayan venido a hacer no van a poder hacerlo, se han dado el viaje en balde, Jaime Hernández Salvatierra no está. Será mejor que se vayan —zanjó Miguel intentando cerrar el portón, pero el pie de Álvaro lo impidió.

—Nos gustaría irnos pero tenemos órdenes de llevar a Salvatierra a la centuria. Los mandos tienen que aclarar con él lo ocurrido esta mañana en Guzmán el Bueno

—explicó—. Hay pruebas de que ha participado en la refriega en la que se ha herido a uno de los nuestros. Sólo se le requiere para que dé explicaciones. Nada más.

—Nosotros no sabemos nada de lo ocurrido —dijo Miguel manteniéndose firme—, sólo sabemos que Jaime Hernández ya no vive aquí.

Yo sabía dos cosas, que Jaime había participado en la refriega como ellos decían y que no estaba en la casa como insistía Miguel. Pensé que si me mostraba tan falsamente amable como el tal Álvaro no tenía nada que perder y sí mucho que ganar.

—Miguel, sólo están cumpliendo órdenes, déjales entrar. —Y volviéndome hacia ellos subrayé—: Pero por favor, en cuanto hayan comprobado que la persona a la que buscan no está váyanse, es tarde.

Miguel me miró sin entender a qué estaba jugando.

—Hazle caso a tu mujer, parece más sensata que tú —dijo Arcadio.

Miguel les franqueó el paso y los tres entraron en la casa. Cruzaron el vestíbulo y empezaron a subir hacia el principal. Miguel me abroncó por no haberle obedecido y me ordenó en un aparte que volviera a casa, él les acompañaría al principal, pero no le hice caso y subí con él. Al llegar al piso de los Hernández Salvatierra llamaron al timbre de la casa. Aguardaron unos instantes y repitieron la llamada.

—No hay nadie —dijo Álvaro—, aquí no está.

—Hace meses que está en Zaragoza, ya se lo dije.

Los tres ignoraron mi comentario y se pusieron a hablar entre ellos.

—¿Volvemos a Pontejos?

—No, vamos a por Villanueva.

—Ése sí que no está, su padre le ha enviado a la finca esta misma tarde.

—Pues a por Solórzano, a ése seguro que lo encontramos metido debajo de la cama. Como un ratón asustado.

—O camino de Francia como el cobarde del señor decano...

—Qué de recados tienen que dar esta noche, ¿no? —opinó Miguel.

—Todavía te doy una hostia —dijo el de la camisa azul restregándose los ojos que parecían cada vez más irritados.

—¿Por qué no salimos a la calle y así dejamos de molestar a los vecinos? —respondió Miguel desafiante.

—¡Ya está! —dijo el de azul y cogiendo a Miguel de las solapas lo empujó contra una pared.

—Se estaba rifando una guantada y tenía todas las papeletas —rió Antón.

Miguel intentó zafarse descargando algún que otro golpe en los antebrazos, el pecho y la cara del falangista.

—¡Miguel! —Traté de pararlo, sabía que tenía todas las de perder.

Cayeron bofetadas, empujones y alguna patada.

—¡Arcadio! —gritó Álvaro separándoles.

En ese momento se abrió la puerta vecina del piso de los Hernández Salvatierra y el teniente coronel Armenteros salió al descansillo y preguntó qué demonios estaba pasando allí. La visión del uniforme del teniente coronel arredró a los tres jóvenes y Álvaro se disculpó en nombre de todos por haber causado molestias.

—¿Todo bien, Miguel? —preguntó el teniente coronel a mi hermano.

—Sí, don Eugenio, los señores ya se iban.

El teniente coronel dirigió una severa mirada a los tres intrusos, una mirada que venía a invitarles a abandonar el edificio.

—Eso espero, aquí hay gente que tiene que descansar.

Bajamos los cinco del principal y cuando les acompañábamos a la salida el del fijador se tropezó y bajó rodando los últimos escalones.

—¡Joder, Antón! ¡Qué moña llevas! —se burló Arcadio.

—Deja de descojonarte y sal con él a la calle —ordenó Álvaro.

Pero Arcadio no se movió. Antón tampoco.

—Me he fastidiado el pie —se quejó el que estaba en el suelo—, me lo he roto o algo parecido.

—No me jodas, Antón.

Álvaro se agachó a examinar el tobillo de su amigo.

—No me seas maricón, no tienes nada.

—Agua. Un poco de agua. Creo que no me encuentro bien —murmuró Antón volviéndose hacia nosotros.

—Sácales un vaso de agua, Asun —ordenó mi hermano.

—Estoy mareado. Creo que voy a vomitar —farfulló Antón.

—Vamos adentro —ordenó Álvaro señalando la puerta de nuestra casa. Era la primera orden directa que nos daba a Miguel y a mí, y eso nos desconcertó.

—A mi casa no pueden pasar... —empezó a decir Miguel fingiendo una entereza que no tenía.

—Adentro —repitió Álvaro imponiendo su autoridad.

Miguel me miró sin saber qué hacer. Álvaro rebajó el tono.

—Nos dan un vaso de agua, nos dejan descansar un minuto y enseguida nos vamos. Les doy mi palabra.

Era inútil negarles la entrada en casa, sólo habría empeorado las cosas. Cuando abrimos mi madre estaba pegada a la puerta, pendiente de lo que ocurría en la portería. Se echó hacia atrás y fingió estar colocando algo de la pared.

—Traíganos una jarra de agua, madre. Van a descansar un instante y enseguida se van.

Pero no se fueron. Una hora más tarde Antón aún se quejaba del pie. Mi madre había preparado café para todos y cuando acabó de servirlo Miguel la acompañó hacia su habitación y le rogó —le ordenó— que se fuera a la cama.

—¿Y estos señores cuándo se van? —preguntó mi madre en voz baja en el pasillo—. ¿O van a quedarse a pasar aquí toda la noche?

Mi madre recelaba de ellos y no quería dejarnos solos, pero mi hermano le pidió que no tensara más la situación y se acostara. Álvaro se quedó de pie tomando su café. Su actitud era vigilante, como si estuviera aupado a una atalaya invisible desde la que nos miraba a todos, desde la que controlaba todo lo que pasaba, desde la que nos juzgaba. Recorrió la sala fijándose en todo lo que veía, los muebles, la radio, la estantería, el cochecito de Irene, el costurero de mi madre, deteniéndose a examinar más detalladamente la foto de mi padre con tío Marcelino que les habían sacado el día del partido en el estadio Chamartín, los adornos de flores secas que Chelo había tenido que hacer para una clase del Servicio Social y que mi madre había colgado de un clavo en la pared... Miguel le seguía cargado de tensión, apretaba la mandíbula y los puños esforzándose por reprimir su odio y su rabia. Sabía cómo se sentiría porque yo me sentía igual, vivía como una afrenta la mirada pringosa de Álvaro sobre aquellos objetos que conformaban nuestra biografía, nuestra memoria, una mirada que parecía evaluar nuestra vida, que parecía decidir desde su tarima, desde su púlpito, qué aspectos de ella merecían su aprobación y cuáles su desprecio, su desdén, su burla, su asco. Cuando Álvaro terminó de observarlo todo clavó sus ojos en mí.

—Si Jaime, si Hernández Salvatierra apareciera por aquí decidle que estamos buscándole y que haría bien en presentarse voluntariamente en la centuria para aclarar su situación. Él sabe la dirección.

Antón sintió deseos de vomitar. Miguel le señaló el camino al cuarto de baño y Arcadio fue tras él. Antón estuvo vomitando un buen rato entre imprecaciones a los rojos que habían disparado contra uno de los suyos y salvas a Dios, la patria y la familia.

—Ordéneles callar o... —empezó a decir Miguel, pero se detuvo ante el acero frío de la mirada de Álvaro que parecía preguntar: ¿o qué?

—¿No puede pedirles que se callen, por favor? —intervine yo en tono más amable para desviar la mirada de Álvaro sobre Miguel—. Van a despertar al resto de la familia.

—No os apuréis, en cuanto mi amigo se haya aliviado lo llevaré a casa —dijo Álvaro.

Mientras aguardábamos que Antón y Arcadio volvieran del baño Álvaro se disculpó por la noche que nos estaban dando pero quería que comprendiéramos que habían recibido órdenes de su mando en la centuria y las órdenes no se discutían. No le echaba toda la culpa de lo que pasaba a Jaime y a los estudiantes como él —hijos de buenas familias—, a los que claramente habían manipulado los rojos que se habían introducido en la universidad para captar adeptos entre los más ingenuos. Lo del

disparo a Miguel Álvarez se veía venir, habían estado crispando el ambiente en la Universidad Central y las cosas habían acabado como tenían que acabar.

—Laín es un cheque en blanco para esos marxistas y eso se tiene que terminar. No hay más que observarle para percibir los hilos que le mueven, es una marioneta de los comunistas. Lo último ha sido lo del atentado a las flechas de la lápida. No vamos a consentir que pisen nuestros símbolos y él ha estado amparando a los que han cometido un hecho tan aberrante. Tiene que irse ya de la universidad —dijo Álvaro.

—Pero lo de las flechas fue un accidente, pasó en mitad de una pelea, nadie tuvo la culpa —me atreví a decir—. Quiero decir que nadie ha pisoteado el símbolo, no ha habido intención de provocar sino de apaciguar los ánimos, al menos por parte del decano de Derecho y de los estudiantes que, de pronto, han sentido como una afrenta que tantos falangistas fueran de repente a la facultad con esos aires de grandeza, como Pedro por su casa.

—¡Cállate, Asun! —pidió Miguel desconcertado ante mi discurso.

Antón y Arcadio, que habían aparecido en la puerta, me miraban de hito en hito.

—¿Y tú, Victoria Kent de los cojones, qué dices si no eres más que una portera? —rugió Arcadio.

—¿Te quieres callar? —le ordenó Álvaro sorprendido por la parrafada que yo le había soltado.

—¿Es que vamos a consentir que una paleta nos diga lo que ha pasado o ha dejado de pasar?

—¿Quién te ha metido toda esa basura en la cabeza? ¿Cómo sabes eso? ¿Dónde lo has oído? —me preguntó Álvaro.

Me asusté ante la dureza de su voz pero sobre todo ante la mirada atónita de Miguel que no daba crédito a lo que escuchaba.

—No sé, lo oí comentar por ahí —dije eludiendo mencionar que había estado en la Facultad de Derecho la mañana del asalto.

Miguel me suplicaba con la mirada que me callara; Álvaro me ordenaba con la suya que soltara todo lo que sabía, pensaba o había escuchado decir.

—¿Dónde? —repitió Álvaro.

—Lo decían unos en el metro.

—Te han intoxicado con sus mentiras, con sus fábulas. No fue un accidente, fue un acto deliberado, una provocación —me aclaró Álvaro.

—Si toleramos que escupan sobre nuestros símbolos, ¿qué será lo siguiente? ¿Pisotearán la bandera? ¿El crucifijo? ¿Una fotografía de Primo de Rivera? —preguntó Antón.

Miguel me ordenó con un gesto que guardara silencio.

—Yo sólo he dicho lo que podría haber pasado, que hubiera sido un simple accidente —desobedecí.

—¿Y lo del tiro en la cabeza a uno de los nuestros? —gritó Arcadio.

—Mira, tú no los conoces —me dijo Álvaro—, no sabes de lo que son capaces esos comunistas. Mienten siempre que hablan. Mienten hasta cuando callan.

—La mentira es el refugio de los cobardes —dijo Antón—, y los comunistas son todos unos cobardes y unos cagones.

—Algunos no son ni siquiera traidores, son simplemente peleles, muñecos que no saben lo que hacen —continuó Álvaro—. Lo que le ha ocurrido a las flechas, como lo que le ha ocurrido a Miguel Álvarez, exige una reparación. Nosotros, como dijo José Antonio, no buscamos la violencia, es la violencia la que ha venido a buscarnos a nosotros. La universidad ha sido enfangada, invadida por un hatillo de pordioseros y antiespañoles, unos vendepatrias, y los patriotas no nos vamos a quedar cruzados de brazos. Son lacayos de Stalin, de Marx. Son ellos los que han caldeado el ambiente.

—Son unos resentidos, están tan llenos de resentimiento que se les van a estallar las costuras —apostilló Arcadio.

—Si ya está bien vuestro amigo es mejor que os marchéis —señaló Miguel.

—A lo mejor tú también eres un resentido, como esos rojos de mierda —le desafió Arcadio.

Cuando Miguel iba a contestar Chelo apareció por la puerta asustada. Iba en camisón y bata.

—¿Va todo bien, Miguel?

—Pero ¿tú cuántas mujeres tienes? —preguntó Arcadio a Miguel sin apartar sus ojos rijosos de Chelo—. Ésta sí que es guapa y no como la otra.

Miguel fue a por él pero Álvaro se adelantó y una soberbia bofetada cruzó la cara de Arcadio.

—¡Te voy a matar, Álvaro! —gritó Arcadio.

Intentó golpearle pero Álvaro detuvo su puño levantando el antebrazo y le agarró las muñecas retorciéndoselas.

—¡Tú vas a matar lo que yo te diga!

—¡Te voy a matar! ¡Lo juro por Dios! —repitió Arcadio defendiéndose y tratando de zafarse de las manos de su amigo.

Forcejearon y dos sillas cayeron al suelo. También el retrato de mi padre y tío Marcelino, el costurero de mi madre y uno de los cuadros de flores secas de Chelo. Por fin Álvaro redujo a su amigo.

—Una palabra más y te juro que te arrepientes. Nos vamos ahora mismo de aquí. La fiesta se ha acabado —ordenó.

Miguel, Chelo y yo los mirábamos estupefactos. Antón desnudó a Chelo con la mirada y luego se volvió hacia mi hermano.

—Tal vez regresemos —escupió amenazante.

—Pueden ahorrarse la molestia —respondió Miguel.

—¡Que os calléis la boca de una maldita vez y salgáis de aquí he dicho! —se impuso Álvaro y empujándolos hacia la puerta los hizo salir—. Lo siento, buenas noches —nos dijo, y también él salió.

Miguel fulminó a Chelo con la mirada y enseguida fue tras ellos para asegurarse de que abandonaban la casa. Nada más oírlos marchar mi madre rompió el confinamiento al que Miguel la había obligado, entró y se puso a ordenar la habitación mientras disparaba preguntas sin parar: pero qué gritos, qué escándalo, y qué eran todas esas sillas por el suelo y por qué se había levantado Chelo, y que dónde estaba Miguel, y que si los camorristas nos habían hecho daño a alguno, y que si no convenía que llamáramos a la policía. Trataba de responder a sus preguntas cuando de pronto descubrí algo que brillaba en el suelo cerca de la pared. Me agaché. Era una medalla, una condecoración como las que usan los militares. Detrás tenía grabado el número 15.236, y un nombre, Antón Sevilla Ruiz.

Miguel entró dando un portazo.

—¿Has echado la llave? —preguntó mi madre.

Pero él ignorando la pregunta taladró a mi hermana con el berbiquí de su rabia.

—Y la bella Zalima tenía que aparecer para acaparar todas las miradas. Plas, plas, plas, una entrada triunfal —aplaudió Miguel amargo—. ¿Sabes lo que eres?

—Madre, que no empiece con la monserga —gruñó Chelo.

—Una descarada —espetó Miguel sin esperar al árbitro—, eso por no llamarte otra cosa peor.

Después de deshacerse de los tres tipos había vuelto listo para un asalto con ella. Era muy propio de Miguel centrar en Chelo sus iras cuando algo le hacía sentirse humillado, era una especie de efecto rebote, de cadena causal que nunca fallaba. Si algo se cebaba con él, él se cebaba con mi hermana.

—No empecemos, Miguel —terció mi madre.

—Aburres —respondió Chelo, como si le resbalaran las insinuaciones de mi hermano.

—Te gusta dar más vueltas que una peonza y como ya no puedes zascandilear a tu antojo porque tienes una hija a la que cuidar, a desfilar delante de las visitas —acusó Miguel sin soltar a la presa.

—Ah, pero ¿eran visitas? —comentó Chelo con chulería.

—¡Eran lo que a mí me da la gana!

—¿Han dicho algo al marcharse? —pregunté pensando en la insignia que había encontrado.

—Si te parece «buenas noches» —gruñó Miguel.

—¿Y qué culpa tengo yo si pasaba el tiempo y no los despachabais? Estaba preocupada. —Mi hermana seguía su particular guerra.

—Eres una exhibicionista. Qué ibas a estar preocupada ni qué niño muerto.

—Oye, que aquí quienes la han armado buena han sido ellos, no yo —dijo Chelo —; dígaselo usted, madre.

—Bueno, nada de nervios y vamos a ver si arreglamos este desaguisado —intervino mi madre colocando las cosas en su sitio—. Afortunadamente ya nos hemos librado de ellos. Yo, cuando he oído el jaleo que se armaba... He pasado muchos nervios, muchos.

—No se agache usted, madre —dije impidiendo que se doblara sobre el frío suelo.

—Mira, todos los alfileres y los hilos por los suelos. Y las flores secas de Chelo espachurradas sin necesidad. Una pena. Pero la pelea ha sido entre ellos, ¿verdad? No os habrán tocado un pelo a ninguno...

Miguel, Chelo y yo nos miramos en silencio.

—Claro que no —repuse lo más convincentemente que pude—, tenían una melopea de época y se han enzarzado entre ellos.

Pedrito asomó su cara por la puerta.

—Pero ¿qué pasa? Qué ruido estáis armando... Aquí no hay quien duerma.

—Y tú te vas ahora mismo a la cama o... —Miguel no pudo acabar de dar órdenes porque Pedrito desapareció tan rápidamente como había llegado.

—Pero esos señores, quiénes eran, Miguel, que no termino de enterarme —preguntó mi madre.

—Sí, quiénes eran, que yo también quiero saberlo. Y que conste que no miento cuando digo que estaba preocupada. Si Asun hubiera venido antes a la cama...

—No, si ahora tengo yo la culpa —respondí algo distraída contemplando de soslayo la insignia.

—A cada una la culpa que tiene —tronó Miguel volviéndose hacia mí—. Contigo también tengo que hablar.

—No hay nada de qué hablar. Estoy harta de tus órdenes y tus aires. Tú no eres nuestro padre. Me voy a la cama —respondí.

—Aguarda un poco, Asun —me detuvo mi madre—, ahora nos retiramos todos. Vamos primero a enterarnos de qué ha pasado, a ver si puede ser, que por las trazas que tiene el asunto...

—Pero tengo más cabeza que todas vosotras juntas —continuó Miguel sin escuchar a mi madre—. Y lo primero que tenías que haber hecho era obedecerme, las dos; soy yo el que tiene que partirse la cara si la cosa se pone fea y se va de madre, y ha estado a punto de irse por culpa de la una y de la otra. ¿Qué es lo que te dije cuando salíamos por la puerta? Callandito y la boca cerrada. Pero tú tenías que abrirla. ¿Y a qué venía hacerles entrar en la casa? ¿Y esa invitación a que subieran a casa de los Salvatierra?

—Era la única manera de que se largaran pronto.

—Pues te salió el tiro por la culata. No les hemos tenido que servir el desayuno de puro milagro. Que sea la última vez que haces lo que te prohíbo y dices lo primero que te cruza por la cabeza. En ausencia de padre aquí mando yo. Dígaselo usted, madre, dígale quién es el hermano mayor. —Y sin esperar a que mi madre abriera la boca añadió—: ¿Y a qué ha venido ese discursito sobre las puñeteras flechas si puede saberse? ¿De dónde has sacado todas esas ideas? Pero ¿tú qué sabes de política?

—Las he sacado de mi cabeza. A veces me da por pensar.

—¡Pues espero que no se convierta en una costumbre!

—Un poco de calma, por favor, y no lo digo más veces —pidió mi madre—. Sigo sin saber qué querían esos señores de nosotros, puñetas.

—Han venido por el herido ese de la calle Guzmán el Bueno, madre —dije yo—;

ése del que habla la radio.

—Pero ¿entonces eran de la policía? ¿Y qué tenemos nosotros que ver con ese herido?

—No eran de la policía, madre, eran unos amigos de Jaime que venían a verlo, unos encantos —gruñó amargo Miguel—. Si le llegan a encontrar lo descuartizan vivo.

—Santa madre de Dios —se santiguó mi madre—, menos mal que no lo han encontrado. Pero entonces, ¿es que Jaime está metido en algún lío político o qué pasa?

—No, madre, claro que no, si ni siquiera está en Madrid —mentí—. Estaban mal informados, eso es todo.

Chelo me miró cómplice sin hacer comentario alguno. Miguel también prefirió callar.

—Bueno, pues si ya se han ido y todo ha vuelto al orden es hora de que nos vayamos todos a la cama e intentemos dormir algo.

Mi madre y mis hermanos salieron camino de los dormitorios y yo me quedé observando más detenidamente la condecoración que había encontrado. Constaba de un imperdible dorado, una cinta, un pasador con tres estrellas y una medalla con más estrellas formando una constelación redonda. No sé qué me impulsó a guardarla sin decirle nada a nadie. Chelo me llamó desde la habitación para que fuera a acostarme y después de apagar la luz me fui con ella. Desde el dormitorio de mi madre se podía oír a Miguel regañándola por no haber sabido educar mejor a Chelo, qué perra le había dado esa noche con ella...

—Todo esto por haberla consentido tanto, madre. Descarada, es una descarada.

—Sólo es alegre, Miguel, ha nacido chicharra y morirá cantando; hace las cosas a la ligera pero es sólo por lo inocente y niña que es.

—Y eso es lo peor, que la defienda, si encima usted no me respalda cuando hay que leerle la cartilla...

—Ya madurará. Tú dale tiempo a tu hermana. Mira por dónde hoy sí que me alegro de que no estuviera aquí tu padre. No sé qué habría pasado esta noche de haber estado él en casa.

A la mañana siguiente la radio emitió un nuevo parte sobre el estado de Miguel Álvarez. El doctor Obrador le había operado durante varias horas y el herido había recibido ya varias transfusiones de sangre. La respiración era regular después de casi doce horas desde la intervención; seguía inconsciente pero reaccionaba a ciertos estímulos, lo que era un signo esperanzador. El parte advertía de que aunque se había conseguido dominar el estado de shock traumático, su estado seguía siendo de extrema gravedad.

—Cómo debe de estar la familia de ese muchacho... —dijo mi madre durante el

desayuno.

—¿A qué hora os fuisteis a acostar? —preguntó Pedrito.

Nadie le escuchaba, todos pendientes de la radio.

—A las mil y monas —se contestó él mismo—. ¿Y esos señores que gritaban tanto quiénes eran?

—Eran lo que a ti no te importa —le gruñó Miguel—, y calla para que podamos oír qué dicen.

Continuaban las detenciones de los participantes en la refriega. Además de los que habían sido detenidos en el lugar de los hechos, la policía había empezado a ir a la casa de los cabecillas y se estaban emitiendo algunas órdenes de busca y captura contra los que no se encontraban en sus domicilios. Se habían interrumpido las clases hasta nueva orden y los ministros estaban reunidos en una sesión urgente para evaluar entre todos el alcance de lo ocurrido.

—Ahora sí que se está armando la de Dios es Cristo —dijo mi madre.

—Esa boquita, madre... —dijo Miguel devolviéndole la pelota que ella siempre le lanzaba.

Héctor llamó para citarme en un café no muy lejos de la plaza de los Frutos. Al llegar le vi sentado junto al hombre que, según Mascarón, llevaba varios días siguiéndome, el hombre de La Ballena Alegre.

Era policía. Se llamaba Valeriano Baselga.

Aunque la mayoría de los miembros de la policía en la España de los cincuenta eran acérrimos defensores de Franco y pensaban que los españoles no nos merecíamos a un líder tan excepcional, había unos pocos que no eran afectos al Régimen precisamente. Sí, estaban al servicio de la ley y habían jurado los principios de Movimiento, pero sin renunciar en su fuero interno a la creencia de que antes o después habría una transición hacia la democracia. Aunque se cuidaban muy mucho de significarse políticamente, abrazaban el ideal de unas fuerzas del orden auténticamente al servicio del ciudadano y no del poder. Héctor Perea había pertenecido a este segundo grupo durante mucho tiempo, hasta que abandonó la policía harto de sentirse cómplice de todos los desmanes y abusos que se perpetraban en nombre de la ley.

—Te presento a Valeriano Baselga —dijo Héctor.

—Nos hemos visto en tres o cuatro ocasiones, ¿no es así? —dije con intención al tiempo que me sentaba.

Valeriano Baselga, al parecer, también pertenecía a esta segunda clase de policías. No había un grupo de resistencia estrictamente hablando dentro del cuerpo como tampoco lo había en ningún otro ámbito de la sociedad, pero sí había policías que creían que las cosas podían hacerse de otra manera, policías que no trataban brutalmente a los detenidos ni se saltaban la ley, policías que hacían la vista gorda cuando se enteraban de que algún cura de la tribu llamada «de los curas rojos» dejaba la sede de su parroquia para reuniones en las que no se loaba al Régimen precisamente; policías que, llegado el caso, habrían dado la cara en la defensa de algo tan sospechosamente subversivo como «esa pamema llamada Derechos Humanos» y que incluso se habían atrevido a denunciar los abusos de autoridad y los bajos instintos de algunos compañeros.

—Sí, lleva varios días pegado a tu sombra —añadió Héctor observando de reojo la reacción de Baselga.

—Es más correcto decir que él es mi sombra —puntualicé molesta.

—Y hubiera seguido así si ese amigo tuyo que nos avisó ayer no le hubiera mordido. Será mejor que te lo cuente él todo.

Baselga explicó que él y Héctor habían sido compañeros en uno de los primeros destinos que tuvieron, la comisaría de Buenavista. Ahora hacía años que se habían perdido la pista, los mismos que Héctor llevaba fuera del cuerpo.

—¿Y por qué me sigue? —pregunté después de tanto prolegómeno.

—Trabajo en la División de Investigación Social.

—Para entendernos, de la secreta —apostillé.

—Y me han destinado al seguimiento de los altercados universitarios —continuó

sin hacer caso a mi comentario.

—¿De los altercados? ¿Y yo qué tengo que ver con eso? Si me ha seguido sabrá que no soy estudiante ni he participado en ningún altercado. ¿Por qué ha estado merodeando por mi casa desde la tarde de La Ballena Alegre? Y el día que fui a la Facultad de Derecho, también me siguió hasta allí, ¿verdad? Tuve la sensación de que alguien nos vigilaba a mi hermana y a mí.

—Ya llegaremos a eso, Asun, ten paciencia y escucha —intervino Héctor, y no pudo decir más porque de pronto por toda la cafetería se oyeron los gritos alterados de un hombre de unos sesenta años que estaba sentado a una mesa cercana a la nuestra.

El hombre trataba de aleccionar a un camarero joven, que debía de haberse atrevido a opinar sobre los altercados, sobre lo que en realidad estaba ocurriendo en España.

—¡Que lo que esos subversivos universitarios han hecho no es tan grave dice usted! Es una ironía del destino, señor mío, en el mismo barrio donde murió Montero hace veinte años se dispara y hiere de muerte a un joven perteneciente a la fe falangista.

—Con todos los respetos, no se sabe quién ha disparado esa bala, señor, y si me he atrevido a opinar es porque yo soy estudiante también y...

—Haga usted el favor de callarse la boca que nadie le ha pedido su opinión. Lo dice el periódico esta mañana, estamos en alerta patriótica, ¿quién sabe qué mano está detrás de todo lo que ocurre? Hace poco Indalecio Prieto lo anunciaba a bombo y platillo en *El Socialista*, que había llegado el tiempo de canalizar el descontento de los estudiantes y moldearlo para sus fines que no son otros que los de implantar el comunismo en España. Alerta le digo, estamos en los instantes previos de un hecho que nos puede llevar de nuevo a una guerra.

El hombre parecía haber vaciado sus bolsillos de indignación y el estudiante que le había servido, abochornado al sentir la mirada de todos los parroquianos sobre ellos, asintió dócilmente y se apartó lo más rápidamente que pudo de la mesa. Mientras se extendían por toda la cafetería los murmullos sobre la alerta, el camarero, el señor indignado y el riesgo de otra guerra civil, y el encargado del establecimiento abroncaba en la barra al empleado que había osado «opinar» sobre el asunto, Héctor retomó la palabra.

—Como te decía, han puesto a Baselga a vigilar a los estudiantes significados de Derecho. Luciano Marcos, el compañero en cuya casa se está o mejor dicho se estaba quedando Jaime, es uno de ellos.

—¿Y por qué no está tras ellos? —pregunté a Baselga.

—Luciano está localizado pero hace días que Jaime se ha esfumado sin dejar rastro, por eso he estado siguiéndote —dijo el policía.

Cada vez estaba más desconcertada; la madeja se iba enredando y mucho me temía que, sin quererlo, me había quedado atrapada en el embrollo. Baselga me explicó que desde hacía meses, y con carácter habitual, es decir con asistencia diaria, se habían introducido en la universidad lo que él llamó «dispositivos de información» para controlar las idas y venidas de los estudiantes y su estado de ánimo; vamos, que había infiltrados en Derecho, en total tres policías, que actuaban bajo cobertura segura haciéndose pasar por alumnos de segundo, tercero y cuarto curso, y que estaban al tanto de quiénes eran los agitadores y los elementos subversivos que estaban detrás de todos los altercados. Luciano era uno de ellos y también Jaime, a pesar de que su matrícula había sido trasladada a Zaragoza. También estaban vigilando a Regina Sansebastián, una estudiante de Filosofía que tenía estrecha relación con ellos. ¡Regina! Un sutil temblor me recorrió el cuerpo al oír ese nombre.

—¿La conoces? —me preguntó el policía.

Me las compuse para ocultar el vuelco que me había dado el corazón.

—No, no sé quién es.

Baselga continuó: Sansebastián estaba en el ajo de las revueltas, de las estudiantes implicadas era la más activa. Vivía en un colegio mayor y hasta hacía dos días se las había arreglado para ocultar en su habitación a Jaime, al menos durante una noche, cuando Luciano se fue a la finca a la que lo envió su padre y Jaime no pudo regresar a su casa. Luciano y Jaime tenían una razón para haber desaparecido.

—Hace días, cuando empezaron los altercados, me puse en contacto con la familia de Luciano Marcos para que lo avisaran de que no fuera a dormir a casa. Sabía que iban a ir a detenerlo —explicó Baselga.

—Ahora sí que no entiendo nada... ¿Avisó al estudiante que estaba vigilando para que huyera de su casa? Creo que me he perdido algo.

—El padre de Luciano Marcos —siguió sin responder a mi pregunta— lo envió como ya te he dicho a la finca de un amigo de la familia y ya lo ha llamado para hacerle volver pero de Jaime, que esa noche estuvo en el colegio mayor donde se hospeda Regina, no sabemos nada desde hace dos días. Bueno, sí, sabemos que no está con Luciano, que ya no está en el colegio mayor de Sansebastián y, hasta donde yo sé, tampoco se está quedando en casa de ningún compañero.

Se notaba que no estaba acostumbrado a responder preguntas sino a hacerlas, pero yo no estaba dispuesta a seguir escuchándole si no me aclaraba el lío que me estaba contando. Si Baselga era amigo de la familia, ¿cómo es que le habían puesto a seguir a Luciano?

—En realidad no me habían encomendado el seguimiento específico de Luciano sino permanecer cerca de los estudiantes alborotadores. Mis superiores ignoraban los lazos de amistad que me unen a la familia Marcos. De haberlo sabido es evidente que hubieran destinado a otro compañero de la brigada. Como te he dicho, después de lo

ocurrido ayer con el muchacho ese que está herido, he aconsejado al padre de Luciano que le haga venir y se entregue, pues es uno de los nombres que figuran en la lista de la policía. Está de camino y los abogados de su padre le van a acompañar a declarar pero la situación de Jaime es más grave. Su nombre salió ayer en el informe que la policía ha realizado sobre los incidentes en Alberto Aguilera y la calle Guzmán el Bueno. Hay indicios de que estuvo presente en la pelea.

—¿Indicios? —pregunté—. ¿De qué clase?

—En realidad el testimonio de algunos testigos. Si no participó en los altercados debe presentarse a la policía y aclarar dónde estuvo.

—O de otro modo será como ratificar su culpabilidad —puntualizó Héctor.

Guardé silencio unos instantes. Las palabras de Baselga apuntalaban lo que yo ya sabía, que Jaime había participado en la pelea y también en el tiroteo, pero ¿era uno de los que portaban armas? Y si no había sido detenido, ¿dónde se escondía? ¿Sabría que le buscaban los falangistas además de la policía? ¿Estaría herido?

—Es una pena que ninguno de los dos estuviera cerca de casa anoche cuando una cuadrilla de falangistas se presentó a buscar a Jaime. También ellos creen que Jaime está implicado en lo ocurrido en la calle Alberto Aguilera y lo están buscando para interrogarle.

Héctor me hizo contarles todo lo ocurrido, desde la llegada de la triple A, Antón, Arcadio y Álvaro, hasta su salida de casa a altas horas de la madrugada. Le expliqué que habían buscado a Jaime en su casa, la pelea con Miguel, el encuentro con el teniente coronel don Eugenio Armenteros; le hablé incluso del altercado entre dos de los falangistas por culpa de la aparición de mi hermana en camión y bata delante de esos chulos, de lo pringosa y sucia que era su mirada.

—Yo creí que Miguel iba a partirles la cara pero afortunadamente el más cauto de ellos, o el menos bebido, se llevó a los otros dos de allí antes de que mi hermano llegara a las manos con ellos por segunda vez en la noche.

Baselga nos informó de que la noche anterior se dieron varios incidentes como el que yo había explicado, en varios lugares de Madrid. Los falangistas salieron de caza a ver si encontraban a los mismos estudiantes que estaba buscando la policía. Se creían con derecho a lavar la afrenta ya que el herido, casi moribundo, era de sus filas. Baselga me pidió que le ayudara, sabía que yo era la novia de Jaime y estaba seguro de que antes o después trataría de llamarme.

—¿Le dirás que se ponga en contacto conmigo?

—Ya no soy su novia y no tiene por qué llamarme —aclaré.

Mi mirada se cruzó con la de Héctor por un instante. Baselga la interceptó y no hizo ningún comentario.

—Si sabes algo de él, si te llama, debes convencerle de que vuelva y se entregue. Ahora creo que fue un error avisarles de la posible detención de esos muchachos, he

empeorado mucho su situación. Todos los implicados en las revueltas han sido detenidos y ya se ha emitido una orden de busca y captura contra los que desde ayer han huido de sus casas. Si no aparecen, las cosas se van a poner muy feas para ellos. La única manera de ayudarles es conseguir que vuelvan y se entreguen.

Ahora ya tenía la certeza absoluta de que Jaime no era uno de los cincuenta detenidos. Pero eso, lejos de ser un pensamiento tranquilizador, aumentaba mi inquietud. Lo imaginaba solo y atemorizado en algún escondite, sin dinero, sin ayuda, sin posibilidad de ponerse en contacto con nadie. Baselga había explicado que el día anterior fue uno de los agentes destinados a cubrir el acto de homenaje al estudiante caído que había tenido lugar en la calle Víctor Pradera. Cuando había terminado el acto unos policías habían seguido a parte de los asistentes hacia Alberto Aguilera. Él tuvo que quedarse a cubrir y vigilar al grupo que de allí se había dirigido al cementerio. Por eso no había estado presente en el altercado. Tal vez de haber estado habría identificado a Jaime entre los estudiantes y habría tenido tiempo de avisarlo o incluso detenerlo para ser interrogado. Fui a la barra de la cafetería, donde pedí una conferencia con Zaragoza. Tenía que averiguar si Jaime había dado señales de vida o había vuelto a casa de sus parientes, cosa bastante improbable. Ya no me importaba alarmarles, alertarles sobre su desaparición si es que aún no habían recibido noticias de lo que ocurría en Madrid. Mientras aguardaba a que me dieran la conferencia volví a la mesa. Baselga se había ido y pregunté a Héctor qué pensaba. Héctor estaba de acuerdo en que la situación para Jaime sólo podía empeorar si seguía ilocalizable pero no se fiaba de su antiguo compañero. Algo en él le ponía en guardia, como si hubiera descubierto algunos agujeros en su versión de la historia.

—¿Qué agujeros? —pregunté.

—No puedo decirte nada todavía, es mi olfato lo que me pone en guardia; tengo que repasar todo lo que ha dicho y reflexionar sobre ello. Pero sea o no sea de fiar, Baselga tiene razón en una cosa, Jaime debe volver y entregarse o se convertirá en un fugitivo.

Metí la mano en el bolsillo y saqué la insignia que había encontrado en el suelo de casa y que se le había caído a uno de los falangistas. Héctor la examinó, le dio la vuelta y leyó la inscripción.

—Es una medalla de las que dan a los de la Vieja Guardia.

—No paro de oír hablar de ellos; exactamente, ¿quiénes son?

—Los militantes de Falange que se afiliaron antes del comienzo de la guerra. Por lo que has contado los tres chicos que estuvieron anoche en tu casa eran demasiado jóvenes para pertenecer a ella. Debe de ser del padre de uno de ellos. Estas tres estrellas son los tres luceros de jefe nacional.

—¿Es valiosa?

—¿Te refieres a valor material? No, no lo tiene. Es un reconocimiento que para

los falangistas posee un gran valor sentimental pero costar no cuesta nada. ¿Por qué lo dices?

—Temo que si es algo tanpreciado vuelvan a buscarla. Temo tener que volver a verles las caras a esos tres tipos, sobre todo al tal Arcadio.

—Si anoche estuvieron de correría por Madrid a lo mejor no saben dónde la han perdido. Y si estaban tan borrachos a lo mejor ni recuerdan que la llevaban.

—Ojalá.

El camarero me avisó de que tenía la llamada con Zaragoza. Me levanté y fui a la barra. Los tíos de Jaime estaban muy asustados, se habían enterado de todos los altercados ocurridos en Madrid pero no sabían nada de él. Andrés Hernández Salvatierra ya había tomado cartas en el asunto.

—¿Don Andrés? ¿Le han avisado? —pregunté.

Me extrañaba que lo hubieran hecho; los tíos con los que vivía en Zaragoza eran familia de Eulalia, la madre de Jaime, y nunca habían tenido buena relación con Andrés.

—No ha hecho falta. Desde que empezaron las algaradas ha estado al tanto de que Jaime está en Madrid. Tiene a su abogado preparando una posible defensa para el caso de que se descubra que ha participado en los incidentes.

—Entonces, ¿don Andrés tampoco lo ha visto?

—No, desde que se fue a Madrid Jaime no se ha puesto en contacto con nadie. Pero su padre no tardará en dar con él.

Colgué. Me quedé reflexionando sobre las palabras de su tía. Tenía razón en una cosa: si Andrés Hernández Salvatierra ya estaba en acción las noticias sobre Jaime no se harían esperar.

Pero sí, se hicieron esperar. Las noticias de Jaime y también las noticias de don Andrés Hernández Salvatierra. No había momento del día en que no me preguntara cuánto iban a tardar en converger los caminos de Jaime y su padre. Don Andrés siempre había sido un hombre resolutivo, acostumbrado a que las cosas se hicieran rápidamente y a su manera, uno de esos hombres que no temían bordear la ley y que la bordeaban una y otra vez sin que les temblara el pulso, que para empezar a hablar tiraban por el camino de en medio y luego si habían cometido alguna falta, infracción o hasta un delito enviaban una legión de abogados y asesores a reparar el daño. Estaba segura de que ya habría movilizado a detectives y a abogados para tratar de localizar y proteger a su hijo antes de que lo hiciera la policía. Era de los que disparaban antes de preguntar, de los que vendían la piel y luego cazaban el oso. Pero ¿sabría Jaime que su padre lo estaba buscando? ¿Estaría huyendo también de él?

En las horas siguientes todo lo que habría acaparado la actualidad en circunstancias normales pasó a segundo plano: los estragos de la tormenta que en España ya se había llevado por delante la vida de tres personas, las tensiones entre egipcios e israelíes a costa de los planes sobre el río Jordán, los cuatro goles de Di Stéfano en Chamartín en una tarde gloriosa para el Real Madrid en que el equipo llegó a meterle hasta siete goles al Español, el estado de Miguel Álvarez e incluso el cierre de la universidad y la supresión de dos artículos del Fuero de los Españoles. Sólo se hablaba de una cosa:

LA CONJURA TIENE NOMBRES PROPIOS

El artículo había salido publicado en *ABC* y *El Español*. Los titulares decían así:

Un plan comunista: corromper y subvertir a la juventud. La Poesía y los Congresos de Escritores como instrumento de la *agitprop*.

El artículo recogía las declaraciones de Santiago Carrillo, alto dirigente ya entonces del Partido Comunista en la clandestinidad, que había realizado a *L'Humanité*. En ellas reconocía que el partido se encontraba detrás de la lucha estudiantil y las revueltas de aquel mes de febrero en Madrid. Se daba cuenta de la actividad subversiva en la universidad llevada a cabo por el partido a través de varios estudiantes, de los que Enrique Múgica Herzog era el principal instrumento de la subversión. Este estudiante de veintitrés años había sido el organizador de los Encuentros entre la Poesía y la Universidad un año antes, la primera de las iniciativas filocomunistas destinadas a captar descontentos e ideas que pudieran servir más tarde a sus fines. Luego habían intentado un nuevo asalto proyectando un Congreso de

Escritores Jóvenes que finalmente había sido prohibido.

Jaime había participado activamente en esos encuentros y también en la organización del fallido congreso. De allí surgió el germen de Niebla, la asociación cultural que creó con Fede, de allí las tertulias literarias, las grandes veladas hablando de poesía, de Hierro, de Celaya, de Alberti. De ello habíamos conversado el último día que le vi, en la cafetería del hotel Gaylord. Recordaba su respuesta cuando mencioné que les boicotearían el Congreso Nacional de Estudiantes como antes habían hecho con el Congreso de Escritores Jóvenes.

—Eso fue cosa del Morcillón, de Serrano Montalvo —afirmó ese día—. Pero ahora no podrá detenernos porque esto es mucho más grande de lo que sus manejos, sus intrigas y sus esbirros pueden abarcar.

Ahora no sabía si su interés por la poesía alguna vez había sido auténtico o sólo escondía sus inquietudes políticas, revolucionarias. En cierta ocasión Jaime me había confesado que sus primeros pasos en la política habían tenido un desencadenante sentimental, el deseo de oponerse a todo aquello en lo que su padre creía, por lo que don Andrés había luchado en la guerra. Sus convicciones fueron llegando después, poco a poco, calando en él sin que apenas se diera cuenta.

—Pero lo primero fue rebatir a mi padre, provocar su ira, herirle con la única arma que tenía a mano, echar por tierra sus tótems sagrados, decir blanco a lo que él veía negro y negro a lo que él veía blanco, el eficaz «de qué se trata que me opongo» que tantos frutos amargos ha dado en familias como la mía. Cómo le hervía la sangre cuando le discutía todo. Cómo me gustaba enfadarle, cómo me gustaba oírle decir aquello de «aquí hay unas normas y si no te gustan, portante». Lo odiaba, Asun, tú lo sabes, lo odiaba por sus ideas y por la manera que tenía de tratar a mi madre, por el despotismo que empleaba con todo el mundo, porque sentía que no nos quería, a ninguno, que nunca nos había querido, porque nos hacía sentir como lastres, porque éramos los obstáculos que el destino había puesto a su felicidad. Lo que son las cosas, luego llegué a comprender muchas de sus actitudes y posturas, o mejor dicho, sus imposturas. Claro que nos quería pero a su manera, de la única manera que sabía o podía. Fui muy injusto con él, tú lo sabes.

Muchas de esas discusiones que Jaime había tenido con su padre se oían desde mi casa, a través de la escalera y también del patio. Fue una de las cosas que nos sorprendieron al desembarcar en Madrid. Esa violencia en el seno de una familia. Esos gritos con los que don Andrés trataba a los miembros de su familia y los gritos con los que Jaime respondía a su padre. En mi casa nunca hubiéramos hecho nada por romper la paz en que Trino y Felisa y también mi abuelo Basilio habían intentado educarnos. Mis padres nunca hubieran dicho eso de «coges el portante» a quien hubiera pensado de manera distinta a ellos, pero, como he dicho, en casa la política era un tema tabú, algo en lo que no se pensaba, sobre lo que no se discutía, algo a lo

que le habíamos dado la espalda como tantos españoles. Y eso que mi abuelo, tal vez sea hora de que lo explique, había pertenecido a un partido de derechas antes del Alzamiento. Fue concejal de Valdemorillo y siempre se consideró del bando ganador aunque jamás tuvo ese afán revanchista que hizo mella en el ánimo y la actitud de muchas familias de los vencedores.

En casa la evolución de las revueltas y el eco dado a las detenciones tenía muy preocupada a mi madre.

—Terror me da lo que está pasando —decía cuando escuchaba el parte de las noticias—. Yo no entiendo mucho de estas cosas pero a mí eso que dicen de que se ha suprimido no sé qué del Fuero de los Españoles y que se hayan prohibido las clases en la universidad me suena a que algo gordo va a pasar.

—Pues las calles están muy tranquilas, madre —decía Miguel buscando en el armario de la portería la pala para quitar la nieve de la acera—, heladas pero tranquilas.

—Y el chiquillo ese a punto de morir de la bala que le ha entrado en la cabeza, ¿qué? ¿Es eso estar tranquilas las calles?

—El disparo ha sido cosa de los amigos de los que estuvieron aquí la otra noche, los falangistas siempre han tenido el gatillo rápido y se les escaparía una bala y erraron el tiro. Eso ha pasado ahora y siempre, y no va a dejar de pasar.

—Vosotros no sabéis nada de nada, sois muy jóvenes, no comprendéis que igual se pusieron las cosas en el 36 y que igual que pasó algo muy gordo entonces muy bien podría volver a pasar ahora.

—Madre, no va a volver a haber guerra —intervenía yo.

—Pues en El Asturiano comentaban el otro día que esto suena a aquello que ya pasó.

—Están deteniendo a todos los que creen que han intervenido en los altercados —decía Miguel para tranquilizarla por más que la noticia no fuera tranquilizadora precisamente—. Lo que tenían que hacer ya lo han hecho. Ahora sólo hay que esperar a que se aclaren las cosas, ese chico salve la vida y se restablezcan las clases. Dentro de unas semanas será como si no hubiera pasado nada.

—¿Y vosotros? Ya sé que los tres sois muy prudentes y tranquilos, apolíticos del todo, pero no os buscaréis líos que no conducen a nada, ¿verdad? Si alguien por ejemplo intenta tiraros de la lengua en el metro, en la panadería o en la misma barra de El Asturiano, si alguien por ejemplo os dice «la detención de esos universitarios es una injusticia», no debéis darle la razón, puede ser una trampa para saber de qué pie cojeáis. La policía hace a veces cosas de éstas, para saber quién está al lado de Franco y quién no.

—Tranquila, madre. Nunca nos hemos metido en política y no nos vamos a meter ahora —le prometía yo.

—Eso, con no abrir la boca más de la cuenta, listo —zanjaba mi hermano poniéndose los guantes y la bufanda para salir a limpiar la acera.

—Yo, de momento, prefiero que no os mováis mucho de casa —insistía mi madre —, por lo que pueda pasar.

—Miguel tiene razón, con todas las detenciones que ha habido y sigue habiendo ya no se mueve nadie y los disturbios no se van a repetir, madre. Le guste o no, yo no puedo dejar de ir a trabajar.

—Y yo no puedo perder las clases del Servicio Social —decía Chelo con razón —; además, ahora estamos aprendiendo lecciones vitales de higiene prenatal y por nada del mundo me gustaría perdérmelas.

—Yo tampoco me pierdo la escuela que estamos en plena temporada de partidos —decía Pedrito— y dentro de poco jugamos contra los chicos del Ramiro de Maeztu y les tenemos que ganar.

—Pues hala, como si no hubiera dicho nada.

Y mi madre nos veía partir a los cuatro de casa sin tratar de ocultar todos sus miedos y aprensiones, sin poder evitar comparar la situación de ahora con aquella «del año 36».

Ya se habían publicado los nombres de aquellos a los que la policía consideraba «los siete cabecillas» de la revuelta, los instigadores intelectuales de los sucesos: don Miguel Sánchez Mazas, don Ramón Tamames Gómez, don José María Ruiz Gallardón, don Enrique Múgica Herzog, don Javier Pradera Cortázar, don Gabriel Elorriaga Fernández y don Dionisio Ridruejo Giménez. Fue este último nombre el que llamó mi atención más que ningún otro. Recordé las palabras de Jaime de que era poeta, un hombre que se había significado en el pasado como alguien leal a Franco y que había ido desmarcándose de él a raíz de su experiencia en la División Azul, uno de los autores que habían participado en esas jornadas en la universidad a las que el periódico atribuía ahora una intencionalidad nada cultural y sí radicalmente política. Había hecho bien al retener al menos ese nombre de los muchos que Jaime mencionó aquella primera tarde en que habló de trincheras, de bandos y de la necesidad que había de que la sociedad se olvidara de ese lenguaje. Ahora entendía que las jornadas poéticas del año anterior que el artículo del periódico citaba en varios párrafos habían sido como el tentadero en el que los toreros se entrenan y prueban, un lugar para relajarse y estudiar las posibilidades, ensayar grandes faenas, calibrar el poder de su toreo y evaluar el papel que se puede y se debe jugar en el futuro en plazas más importantes; un lugar donde al calor de las lecturas poéticas se habían abierto debates que buscaban identificar a espíritus inquietos y progresistas, estudiantes descontentos cuyos discursos se despegaran del discurso uniforme, gris, servil y dócil que el pensamiento único imponía. Me preguntaba si la lidia ya había tenido lugar o todavía no habían salido a la arena las reses más bravas, si Jaime era uno de los toreros del

cartel principal y si siguiendo la suerte de los demás diestros acabaría también encerrado en los toriles.

Era sábado y en la revista era día de cierre de edición. Todos estábamos autorizados a entrar más tarde que de costumbre ya que nos tocaría quedarnos hasta bien entrada la noche. Fui a la biblioteca municipal y busqué algún libro escrito por Ridruejo pero su nombre había sido suprimido del catálogo. Javier, el chico que se encargaba de prestar los libros, me dijo que era un autor mal visto, un «desafecto» al Régimen cuyo nombre habían tenido que tachar del archivo.

—Aunque... —añadió bajando la voz— es muy buen poeta. Pero no hace falta que te vayas de vacío. Todo este estante es poesía de la guerra hasta hoy. Llévate si quieres éste de Rosales, o uno de Panero. ¿Quieres *Sombra del Paraíso*, *Las cartas boca arriba*, *Quinta del 42*?

Vi que el autor de este último era Hierro y rellené el boletín de préstamo, pero ello no me hizo desistir de mi empeño.

—¿Dónde puedo encontrar algo de Ridruejo?

—Sí que te ha dado fuerte, chica.

—¿Dónde?

—¿Ahora? En ninguna parte. En menudo lío se ha metido con lo del estudiante herido y todas esas zarandajas. ¡Pero si no paran de dar su nombre en la radio!

—Pero sus libros no pueden haber desaparecido de todos los estantes como por ensalmo.

—Yo que tú no iría por ahí mostrándome muy interesada por él.

Y cuando iba a salir con mi libro de Hierro bajo el brazo me chistó para añadir algo.

—¿Qué tal si te pasas de nuevo en unos días?

Le miré sin comprender y me guiñó el ojo.

—A lo mejor tengo una sorpresa para ti.

Como consecuencia de los disturbios se declaró el estado de excepción y los ministros de Educación y del Movimiento cayeron. El rector, Laín Entralgo, dimitió de su cargo y el decano de la Facultad de Derecho, aquel que había defendido el derecho a elecciones y se había enfrentado a los falangistas el día del asalto a la Universidad Central, fue cesado. Por todas partes —en tertulias, radio, charlas de café, calles, pasillos, barberías, teatros, etc.— se arremetía contra los estudiantes filocomunistas y contra una nueva clase a la que consideraban igualmente peligrosa, la de los progresistas. El progresismo era visto como una especie de antesala del comunismo, a decir de un editorialista del *ABC* que publicó un artículo muy duro contra este movimiento: «... vago en apariencia pero cautamente manejado por hilos invisibles desde la mesa del Politburó. Tiene sus santones intelectuales. Los más caracterizados son Malraux, Louis Aragón, Picasso y hasta el cotorrón de Cocteau,

que es el eslabón más aséptico del progresismo y que suele servir de zurcidor, acaso sin saberlo, de voluntades que luego se desvían hacia el comunismo lisa y llanamente».

Mientras esto ocurría en la calle, en la redacción, aquel sábado, estaba a punto de desatarse una tormenta de otra clase. Fue a raíz de la semblanza que Enrique hizo del ladrón nocturno a partir de los testimonios de los testigos, una semblanza que había titulado «El ladrón cándido»:

No usa cuerdas ni escaleras. Tiene, como las salamandras, almohadillas adherentes en las manos; como Mercurio, alas en los pies. Entra de puntillas por las ventanas y sale por las puertas con pasos amortiguados de ballet. Es noctívago como un murciélago, ladrón como un zorro y actúa enmascarado como el mapache. Nunca pondrá nombre a una calle pero recibe cartas en las redacciones de los periódicos y se le dedican canciones en las emisoras de radio. No es un héroe pero está hecho de su misma sustancia, la que alimenta los mitos y las odas, los sueños y las leyendas, la fantasía y la gloria. Desde que Diego Corrientes inspirara aquellos versos al poeta:

*Aquel que a nadie temía,
aquel que en Andalucía
por los caminos andaba,
el que a los ricos robaba
y a los pobres socorría.*

ningún otro delincuente ha despertado en el ciudadano común el mismo sentimiento mezcla de admiración y extrañeza que este asaltador de casas. Tiene algo fascinante en su manera de infringir la ley y algo elegante en su modo de encaramarse a la actualidad —y a las fachadas—. Se ampara en la oscuridad, busca las calles solitarias y no puede pasar ante una ventana abierta sin deslizarse por ella como el aire. ¿Qué nos atrae de él? ¿Su misterio? ¿Su singularidad? ¿Es un hombre desorientado? ¿Un loco? ¿De qué manicomio habrá escapado? ¿Es un delincuente que actúa por necesidad o sólo un burlador de policías? En este mes de febrero de 1956 tal vez el lector de sucesos se haya vuelto tan sensiblero como aquellos lectores del XIX que lloraban ante las hazañas de Corrientes y se emocionaban ante las aventuras de un ladrón caballero como Arsenio Lupin. El público demanda saber más cosas de él pero teme el día que sea apresado y se descubra al fin que su aura de leyenda sólo oculta la identidad de un hombre común. A diferencia de Corrientes, el ladrón nocturno que trae en jaque a la policía no

es un modelo de caridad, no reparte su botín entre los menesterosos, ni siquiera entre los compinches de su banda. No es, que se sepa, un caballero como Arsenio Lupin ni ha generado hasta ahora el mismo caudal de artículos y de obras literarias que el ladrón de guante blanco francés. Tampoco parece tener en su árbol genealógico a algún personaje como Rocambole, Luis Candelas o Robin Hood pero sí se descubre en su *modus operandi* el rastro de ciertos delincuentes británicos, salteadores nocturnos, que trajeron de calle hasta hace poco a los inspectores de Scotland Yard. Fueron ellos los que acuñaron el nombre a esta raza de ladrones tan escurridizos y sigilosos. «Le prenderemos y le haremos pagar con creces sus fechorías», dicen las fuerzas del orden, pero en realidad es dudoso que pueda llamarse fechorías a lo que un ladrón como él, devoto del padre Ripalda y lector de su célebre catecismo, hace. En el verano pasado, cierta noche que Pies de Franela salió a trabajar a la calle entró por la ventana abierta de una casa en búsqueda, como tantas otras veces, de un cofre lleno de tesoros. Lo que encontró en aquel hogar fue a un niño enfermo, casi moribundo, que temblaba de fiebre en una cuna. A riesgo de quedar al descubierto despertó a su madre, puso en sus brazos al pequeño y la instó a que acudiera rápidamente a un médico. Esa «fechoría» salvó la vida del niño.

De criminales que cometen crímenes así deberían estar llenas las calles y no las cárceles. Cuánto mejor sería la sociedad. ¿Y su botín? ¿De qué se compone? ¿Cuántas joyas ha robado? ¿Cuánta plata? ¿Cuánto dinero? ¿Qué hace con él? ¿Guarda millones bajo el colchón de la cama? ¿Ha abierto un puesto en el rastro donde vende su mercancía robada? ¿Tal vez oculta sus tesoros como Juan Chávez de Aguascalientes en un túnel bajo la ciudad? La vida y las maneras de este delincuente despiertan en este redactor muchas preguntas que no encuentran respuesta. ¿Caerá algún día en manos de la policía o su rastro se disolverá en la niebla de la leyenda y un buen día dejaremos de saber de él? ¿Ha dado ya su último golpe? ¿Cómo le ha ido leyendo el catecismo de Ripalda? ¿Habrà logrado el venerado padre convencerle de que abandone vida tan torcida? Una madre agradecida está dispuesta a pagarle asistencia letrada si algún día es apresado. Mientras tanto, desde esta publicación, lanzamos un llamamiento al delincuente. Si está leyendo estas líneas o tiene noticias de ellas, le invitamos a que conceda a uno de los redactores de esta publicación una entrevista dónde, cómo y cuándo quiera. Mientras tanto le evocaremos como a aquel ladrón que inspiró las célebres líneas a Gutiérrez Alba:

Es hombre de un corazón

noble, puro y bondadoso.
¡Qué franco! ¡Qué generoso!
¡Lástima que sea ladrón!

Enrique había retrasado hasta última hora su entrega con el objetivo de que don Adolfo, que ya había dado su consentimiento para la semblanza, no tuviera tiempo — ni necesidad— de leerla o visarla antes del cierre. A veces ya fuera por premura, por inercia o simplemente porque cada redactor conocía su deber y nadie se saltaba las consignas que la junta de censura o la delegación de prensa marcaban, se obviaba este último trámite, el visado de don Adolfo. Ya se iban a poner a confeccionar el número cuando la voz de don Adolfo, como salida de la garganta de Zeus Tronante, recorrió toda la redacción.

—¡Enrique! ¿Dónde está ese cabrón? ¡Enriqueeeeeee!

A última hora alguien había hecho llegar una copia del perfil del ladrón a la mesa de don Adolfo y a duras penas hubo tiempo de sacarlo del número. Cayo miró a Enrique y movió la cabeza con pesadumbre, con expresión de «ya te lo había advertido». Sus advertencias no habían impedido que Enrique, ignorando todas las consignas debidas y todos los consejos que la prudencia le dictaba, deslizará por cuenta propia en el penúltimo párrafo de la semblanza aquel llamamiento temerario a citarse con Pies de Franela.

—Incierto se presenta el reinado de Witiza —murmuró el redactor cuando se levantó y se dirigió, seguido por las miradas de todos, al despacho de nuestro jefe.

—¿Desde cuándo decir lo que nos sale de los cojones es una opción en esta santa casa? —preguntó don Adolfo antes de cerrar de un portazo su despacho.

La medida, encaminada a mantener lo que hablaban en privado, era inútil pues sus gritos traspasaban las paredes. ¿Qué perseguía el redactor? ¿Que las autoridades le cerraran el semanario? ¿Que un juez ordenara secuestrar la edición?

—¡Que quieres citarte con él, dónde, cuándo y cómo él quiera! Pero ¿en qué país crees que vives? ¿De qué planeta has caído? ¡Tú has perdido el oremus! ¡El oremus!

Enrique sabía que había apostado fuerte con aquel desafío pero trataba de apaciguar las iras de don Adolfo recordándole que otras publicaciones como la nuestra —eso sí, americanas— habían logrado grandes exclusivas entrevistando a fugitivos, ya fueran atracadores, ya fueran algo más serio. Los autores de tales reportajes habían aguantado las presiones de jueces, políticos y policías sin revelar jamás la identidad de los delincuentes o su paradero. Eso quería hacer él.

Don Adolfo, lejos de calmarse, recordó a Enrique que esos paladines de la libertad de expresión de la que hablaba habían pagado un precio muy alto por su obstinación, algunos con fuertes multas, otros con la inhabilitación temporal como periodistas, también con penas de cárcel o el cierre cautelar de sus publicaciones.

¿Era eso lo que perseguía? Don Adolfo llamaría al gabinete jurídico que llevaba los asuntos de la revista sólo para enterarse de cuántas normas y leyes habríamos infringido de haberse publicado el perfil.

—Entonces, ¿no lo vas a publicar? —preguntó Enrique en un tono que mezclaba resignación y desafío.

—Pero ¿tú quién te has creído que eres para supeditarte y supeditar el crédito del semanario a la voluntad de ese delincuente? ¿Quién te has creído?

—Ya que me lo preguntas, te diré que alguien hartó de poner sordina a todo lo que dice, escribe, hace o piensa. Me aprieta el corsé por todas partes.

—Deja de tocarme las narices, Enrique.

—Alguien hartó, hartó, de la fuerza del silencio, de la ley de la mordaza, de escribir al dictado, de pensar al dictado. Alguien con ganas de hacer una pira y ver chamuscarse las palabras «norma», «consigna», «sugerencia», «orden» y «quedan advertidos».

—¡Y encima contumacia!

—Alguien hartó, HARTO, de ver cómo las autoridades han conseguido contagiarnos su obsesión por el orden y la normalidad, por el «todo marcha bien», el «aquí impera el orden» y «ésta es la imagen que hay que dar de España». Yo no me creo que el tipo ese sea un criminal y tengo derecho a expresarlo.

—Ya está, largo de aquí, visado. ¡No se autoriza! Tienes veinte minutos para elegir un artículo de la nevera que sustituya al de tu ladrón cándido. Tiene bemoles la cosa.

—Alguien HARTO, HARTO, de que sólo hablemos de lo que tiene un origen oficial y está escrito con fines de ejemplaridad. No somos periodistas. Somos amanuenses. Para eso, quememos nuestros carnets de prensa y colguémonos otro que diga «escribas».

—¡Suprimida la semblanza! ¡Suprimida he dicho! —rugía don Adolfo.

—Alguien cansado, estragado, hastiado de la consigna de la finalidad moralizante.

—Vas a callarte la boca y me vas a escuchar. Me importa muy poco tu hartazgo y tu cansancio. Tenemos enfrente a la Dirección General de Seguridad, a la Junta de Censura y a la Delegación Nacional de Prensa tocándonos los cojones, y tú decides que como estás hartó no hay mus, que hay que jugársela a todo o nada con tus cartas, que hay que lanzar un órdago a la grande, a la chica, a los pares y a juego y quedarse con todos los amarracos.

—En cierta ocasión dijiste: «Sin fuentes confidenciales no hay periodismo que valga». ¿Qué mejor fuente confidencial que el propio autor de los robos?

—Definitivamente has perdido la cabeza por ese tipo. ¿Sabes lo que has hecho? Una declaración de amor en ochocientas palabras, eso es lo que has escrito. Has

olvidado que nuestra supervivencia depende de...

—De la prudencia de nuestros artículos. Me he empachado de prudencia. Eso es lo que trato de explicarte. No me entra ni un gramo más de prudencia, obediencia, moderación y templanza.

—¿Qué vas a explicarme, hombre? ¿Qué vas a explicarme? Has perdido la objetividad y el discernimiento.

—Si lo que quieres decir es que no me gustaría que lo apresaran, tienes razón.

—Lo has dejado muy claro en el artículo, a mí y a toda España. Eres un rehén de ese criminal. Esto no es una semblanza, es un panegírico, una hagiografía. ¡Y no te conformas con escribir una carta de amor a ese ladrón sino que le convocas a una escena de balcón a la luz de la luna como si fueras una vulgar Julieta y él tu Romeo!

—¿Puedo hablar? Todo reo tiene derecho a una defensa, hasta los condenados a muerte tienen derecho a unas últimas palabras. Con todo lo que está pasando, ¿quién nos va a prestar atención? Un chico agonizante en el hospital a punto de resucitar los fantasmas de la guerra tiene secuestrada la actualidad, Franco ha suspendido dos artículos del Fuero, los americanos con el Falcon y los ensayos nucleares, Mónaco y la boda, España pendiente de un temporal en lo meteorológico y en lo político... y crees que la policía va a tener tiempo de ocuparse de un perfil inocente.

—¡Perfil inocente! Si por alguna casualidad desde máquinas se ha filtrado este perfil a los órganos de censura...

La indignación cortaba sus palabras, lo hacía resoplar.

—Será un milagro... ¡Un milagro!, si antes de que acabe la mañana no nos envían a un motorista con un despacho del juez para que cerremos hasta nueva orden. No quiero oír nada más. Puedes marcharte.

Se produjo un silencio tan atronador como los gritos que hasta entonces habían estado intercambiándose. Fue Enrique quien lo rompió.

—Creí que conocer a ese hombre sería una gran primicia...

Y algo más tranquilo, y tras otra larga pausa, don Adolfo añadió:

—Ese paraguas ampara mucha suciedad, mucha porquería. Llegará un día en que un reportero de sucesos pague a un criminal para que asesine y tener así la primicia del caso, o en que un periodista invente un reportaje o una entrevista para conseguir una. Yo no quiero primicias a costa de poner en riesgo la supervivencia de esta publicación. ¿Sabes lo que eres? En el mejor de los casos un iluso y en el peor un inconsciente que ha estado a punto de poner una bomba con temporizador bajo la mesa de la sala de redacción.

—Tú acabas de poner una bajo la moral de al menos uno de los redactores de esa sala.

La puerta donde todos teníamos clavadas nuestras miradas se abrió y Enrique salió del despacho como si le hubieran vareado.

—Este trabajo se me hace cada día más difícil —dijo con la mirada baja mientras recogía sus cosas—, más antipático, más todo.

—Tenía que saberlo. No es tiempo de que levantemos barricadas —dijo Cayo acercándose a él—. Lo siento.

Él era el que había hecho llegar el perfil a don Adolfo.

—Lo dicho, cada día más todo —dijo Enrique como si no le hubiera oído, sin dignarse siquiera a mirarle.

Y salió de la redacción.

La marcha de Enrique, su amargo mutis, fue el primero de una serie de cataclismos que la redacción iba a sufrir en las siguientes semanas. Nos esperaban días duros, sucesos tristes. Cayo sentía que había traicionado a su amigo y de nada le servía saber, comprender, que lo había hecho empujado por un sentido del deber y un fin más alto, el de evitar problemas a la revista y al propio Enrique, que habría ido a parar a la cárcel si aquel perfil hubiera salido publicado.

«Mirad mi casa muerta, mirad España rota, pero de cada niño muerto sale un fusil con ojos, pero de cada crimen nacen balas que os hallarán un día el sitio del corazón».

En medio de tanta zozobra social y laboral, yo vivía la mía propia. De día y de noche me recitaba aquellos versos. ¿Serían del propio Ridruejo? No podía ser, debían de estar escritos en la época de la guerra y entonces Ridruejo era todavía un hombre afín a Franco. Y si no eran suyos esos versos, ¿quién era el autor? ¿Por qué los había escrito? ¿Para quién? ¿De dónde los había sacado Jaime? ¿Eran versos prohibidos? Estaba segura de que lo eran. Repasaba mentalmente una y otra vez mi último encuentro con Jaime en un deseo de encontrar alguna pista que me diera la clave de su paradero. Me levantaba en mitad de la noche para anotar palabras, gestos, expresiones que no quería olvidar, que quería fijar en mi recuerdo por si alguna vez llegaba a engarzarlos como eslabones de una cadena. Comprendí que el tono pretendidamente ligero y burlón de la tarde que nos vimos en la cafetería del Gaylord iba destinado a anular cualquier sospecha por mi parte de que estaba más implicado de lo que parecía. Hablaba de las reuniones en el Club Tiempo Nuevo como si no hubiera estado pero ahora estaba convencida de que era uno de los que habían participado en la redacción del manuscrito o al menos en la lectura que se hizo la víspera a que se repartiera en la universidad. Cuando pronuncié la palabra «comunista» se rió.

«La gente ve comunistas en todas partes», había dicho, y se distanció de aquella categoría de un modo que ahora sabía sólo pretendía ocultar el hecho de que ya había entrado en el partido.

Yo sabía que en la España de 1956 uno no podía ir por ahí diciendo que era comunista. Por mucho menos la gente pagaba o había pagado con su vida. Además

yo sabía, o creía, que no había un Partido Comunista como tal instalado en un piso. Tú no llamabas al timbre de una casa y al entrar ya estabas en las oficinas del Partido Comunista. ¿Se era comunista de corazón? ¿Se era comunista por proclamar que se era? ¿Se rellenaba un formulario para pertenecer al partido? ¿Por vivir de acuerdo a qué normas se convertía uno en comunista? Por intentar socavar los pilares del Régimen, ¿se era automáticamente uno? ¿Por estar de acuerdo con postulados de Marx o Rosa Luxemburgo? ¿Te «aprobaban» como comunista o bastaba con que sintieras que lo eras? ¿Tenías que formar parte de una célula? ¿Te daban un nombre falso al entrar en el partido? ¿Dónde se sacaba el carnet? Alguien había dicho «un carnet del partido no es un carnet de conducta». ¿Qué conducta te hacía pertenecer al partido y qué conducta te sacaba de él? ¿Adónde iba alguien que quería obtener un certificado de comunismo? Todas esas cosas me mortificaban aquella noche en la que nada hacía presagiar la entrada en mi vida de un personaje nuevo. Lo que iba a pasar en las siguientes horas, en los siguientes días, me haría aparcarse, momentáneamente, todas mis preocupaciones sobre qué había que hacer para ser un buen comunista en aquella España y adónde había que acudir para apuntarse.

Cuando a la mañana siguiente salí endomingada de casa para ir a misa, Héctor estaba frente al portal. Se burlaba de Miguel y de su afán en limpiar la acera de nieve. La presencia del detective se había convertido poco a poco en algo tan cotidiano que me hubiera costado pasar un sólo día sin verlo.

—Buenos días, Héctor —dije correspondiendo a su saludo.

—Le estaba diciendo a tu hermano que no se moleste en limpiar la acera, va a seguir nevando hasta que los americanos quieran.

—Eso que dicen de ellos es una tontería, no pueden estar influyendo en el tiempo tanto como se cuenta. Pero de todos modos, ¿por qué hacen esas pruebas? —pregunté—. ¿Qué buscan?

—Impresionar a los rusos —contestó Miguel—, que se enteren de quién mea más largo y más alto. Mira ésta.

—Hay que sacarle brillo a la estrella de vez en cuando, para algo se la colgamos al acabar la guerra mundial —le secundó Héctor.

—Aquí se sigue el paso que ellos marcan o si no a atenerse a las consecuencias, que quede claro —decía Miguel sin dejar de dar paladas.

—El golpe de efecto es fundamental, y una bomba nuclear no es lo mismo que una bomba convencional, es parte de la propaganda, sueltan un par de pepinazos de éstos y dejan claro quién manda. Asunto arreglado. Los rusos, a callar.

—¿Por qué te crees que se llama la guerra fría? —preguntó Miguel—. Por el jodío frío que hace por su culpa.

Héctor ahogó la risa.

—Yo no sé lo que influirán los americanos en el tiempo pero lo que sí sé es que Mayalde quiere que los propietarios de bajos, talleres y los porteros le hagamos sin chistar el trabajo a la brigada de limpieza del ayuntamiento —se lamentó Miguel—. Y a eso no hay derecho. Que contraten a más gente. Que se gasten el dinero que están ganando con todas las multas que están poniendo a los comerciantes. A unos porque se quedan cortos en el peso, a otros porque venden huevos tan pasados de fecha que ya son pollos crecilitos a los que sólo les falta ponerse a cacarear. Pero si algunos hasta tienen cresta.

—No seas desagradecido, lo que quiere su excelencia el alcalde es que os dejen de castañear los dientes a fuerza de ejercicio, *Mens sana in corpore sano*. —Y volviéndose a mí preguntó—: ¿Tienes tiempo de dar un paseo?

—Pensaba ir a misa. Además, hace un poco de frío para andar por la calle.

—Pero a buen paso no lo notaremos, será como llevar la calefacción incorporada. Y misas también echan a otras horas, ¿no? ¿No hay programa de tarde como en los cines?

Me convenció y nos despedimos de Miguel. Héctor comenzó a andar con tan mal tino que tropezó y derrumbó parte de la nieve que con tanto esfuerzo Miguel había amontonado a un lado de la calle.

—¿Ves como no servía de nada ponerse a limpiar? —se burló.

Mi hermano cogió nieve del suelo y nos la arrojó mientras Héctor y yo salíamos corriendo de la plaza esquivando sus bolazos.

—Han detenido a la chica que ayudó a Jaime y le dio cobertura en el colegio mayor, a esa tal Regina Sansebastián —dijo en cuanto nos hubimos alejado lo suficiente de la plaza.

Me quedé helada.

—Es la muchacha de la foto, ¿verdad? La que tenías en el suelo aquella tarde en la azotea.

Callé.

—¿Es?

—Creo que sí.

—¿No la conoces?

—No, la foto estaba en el macuto de Jaime. Nunca la he visto. Ni he oído a Jaime hablar de ella.

—Yo no sé si tiene un *flirt* con ella pero...

—¿Por qué la han detenido? —le interrumpí temerosa de que se adentrara por un camino por el que no estaba dispuesta a seguirlo.

—Tiene un largo historial policial. Se la considera el enlace Rogelio entre Derecho y Filosofía. Se hizo visible por primera vez en el homenaje laico a Ortega y Gasset, atea, con carisma, inteligente y comunistoide. La mezcla que encanta a los de la político-social. Ah, también dicen que es la pieza más activa en la lucha por resucitar la organización de la Federación Universitaria Escolar. De eso tengo mucho que contarte. ¿Te acuerdas del sello de caucho del que me hablaste?

Pertenecía a la FUE, la Federación Universitaria Escolar, me explicó. Se trataba de una organización estudiantil laica, anticlerical, progresista que había surgido a finales de los años veinte, en plena dictadura de Primo de Rivera. Al poco tiempo de su creación hicieron un pulso al gobierno como respuesta a un decreto que otorgaba ciertos privilegios a las órdenes religiosas.

—Se negaban a que los jesuitas de Deusto y los agustinos de El Escorial pudieran expedir títulos académicos como la universidad pública y empezaron a dar guerra al gobierno armando bronca en las calles y llamando a la huelga.

—¿Eso hicieron los estudiantes? ¿En los años veinte?

—¿Te extraña?

—Que estuvieran tan politizados... un poco sí. Y que les permitieran hacer huelga, mucho más.

—No se lo permitirían pero ellos la harían igualmente. Y los estudiantes han estado politizados siempre. Siempre. Los de la federación jugaron un papel muy activo en la vida universitaria de entonces y de la década siguiente. Hicieron una muy sonada en la Facultad de Medicina. Armaron la marimorena, sacando los bancos a la calle para interrumpir el paso de los tranvías, tirándoles de todo a la policía a caballo, pidiendo que indultaran a unos que se habían pasado conspirando...

—¿Y la policía no hizo nada?

—¿Que si hizo? ¿A ti qué te parece? Carga a caballo por aquí, carga a caballo por allá, a sablazo limpio les callaron la boca.

—¿Y a ti quién te ha contado todo eso?

—Tengo mis fuentes. Y bien informadas. ¿Te está interesando?

—Mucho. Sigue.

—Querían darle un cambio radical a la enseñanza en España y consiguieron, al menos por unos años, cambiar el mundo, su mundo.

—¿Qué mundo cambiaron? ¿Qué consiguieron? ¿En qué se quedaron todas esas broncas y huelgas y sablazos y paradas a los tranvías?

—Oye, si vas a hacer de acusación particular...

—¿Consiguieron algo?

—Pues depende de cómo se mire. Los estudiantes con sus batallas y los políticos con las suyas al final le dieron un billete al exilio a Primo de Rivera y luego a Alfonso XIII. Digo yo que para que llegara la República los estudiantes pondrían lo suyo.

—¿Y todos eran de la FUE?

—Los habría de la FUE y los habría de otras asociaciones, porque la FUE era una federación y no representaba a todos los estudiantes pero sí a una buena mayoría. Lo que sí es seguro es que le dieron un vuelco tremendo a la vida universitaria, entre otras cosas exigiendo, y consiguiendo, que los estudiantes tuvieran representación en los órganos de gobierno, en los claustros, en el consejo universitario... vamos, que metieron un dedo en el ojo del sistema a fuerza de plantear huelgas, manifestaciones, enfrentamientos frontales con la policía y con todas las medidas de presión que tenían al alcance. Impulsaron las universidades populares, las misiones pedagógicas y durante la guerra no te creas que las borraron del mapa, no cejaron en su empeño de mantener viva la educación, de convocar encuentros entre intelectuales, de organizar escuelas, talleres, aulas...

—¿Y ahora qué es de ella? ¿Tiene algo que ver con el SEU?

—Nada. Cero. Principios y aspiraciones antagónicos. Son la cara y la cruz de un sindicato estudiantil. La FUE ya no existe, Asun, hace años que pasó a mejor vida. Descansa en paz como tantas otras cosas. Hace unos años hubo un intento por resucitarla y a los que participaron en él los despertaron del sueño a leches.

—¿Qué les hicieron?

—Les pusieron a picar piedra en Cuelgamuros.

—¿Entonces? ¿El sello?

—A lo mejor no se trata de la misma FUE, a lo mejor sólo coinciden las siglas y el sello es de otra cosa —sugirió—. ¿Quieres que le eche un ojo?

—No, no hace falta. Tienes razón. No tiene por qué tratarse de la misma organización.

Lo dije por decir, para no seguir abusando de su tiempo y de su ayuda.

—No estás convencida de que no lo sea, ¿verdad? —me preguntó—. Yo tampoco.

La verdad es que estaba convencida de lo contrario, de que se trataba de un sello que había pertenecido a alguien de la federación.

—Ahora, que no tengo ni idea de qué hacía ese sello en el macuto de Jaime. ¿Se lo daría Regina? ¿Está Jaime también intentando resucitar la FUE?

—Supongamos que sea de la FUE original —masculló Héctor—; que esté pasando de mano en mano entre los estudiantes de Derecho años después de su ilegalización a lo mejor significa que tratan de reavivar los rescoldos de la República aprovechando todas las revueltas que se están dando. Alguien trata de insuflar, de manera algo romántica en mi opinión, nueva vida a los ideales que la llevaron a la clandestinidad.

—¿Por qué románticamente? —pregunté tal vez de manera algo ingenua.

—Ya no estamos en los años veinte. Ha habido una guerra entre medias. Que se asocien las reivindicaciones que se quieren plantear hoy en día en la universidad con una asociación que ha sido ilegalizada no me parece una estrategia encaminada al éxito precisamente. Además, si están intentando resucitar la FUE... ya sabemos que consiguieron cambios políticos de primera magnitud en los primeros años de los treinta, pero ¿están buscando cambios en la universidad o tratan de derribar el Régimen?

Derribar el Régimen eran palabras muy graves y no me atreví a aventurar ninguna respuesta. El hecho de que el sello fuera de una organización que arrastraba casi treinta años después de su nacimiento esa aureola de éxitos por un lado y de fracasos por otro aumentó mi interés por conocer su historia.

Habíamos llegado caminando hasta un bar llamado Las Cuevas del Sésamo.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté.

—¿Tienes que irte ya a misa o puedes perder un rato más hablando de ese sello?

—¿Hay algo que no me hayas dicho todavía?

—No me refería a perder el rato conmigo, yo ya te he contado todo lo que sabía. Ahí dentro hay alguien que puede aclararte las dudas mucho mejor de lo que yo he sabido hacerlo.

—¿El amigo del que me has hablado? ¿Tu «fuente»?

—Sí.

—La misa puede esperar. ¡Vamos! —dije tirando de él pero Héctor no se movió —. ¿No entras conmigo?

—Hablaréis más cómodos si estáis solos. Sobre todo si vais a hablar de Jaime.

—No me importa que estés presente, aunque hablemos de él.

—A mí sí me importa. Es posible que no lo hayas detectado todavía pero me sudan las manos cada vez que mencionas su nombre.

Nunca antes Héctor había dejado asomar ninguna clase de sentimientos hacia Jaime o hacia mí, al menos de manera tan directa.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Voy a acercarme a la clínica a ver cómo sigue el muchacho que se rompió la crisma tratando de imitar los pasos de ese ladrón. ¿Sabes que la casa que asaltó está a sólo un par de manzanas de aquí?

Antes de irse quería informarme de que tal vez se había equivocado al juzgar a Baselga, cuando dijo que no se fiaba de él.

—Está acusado de propaganda ilegal y de haber ayudado a huir a varios estudiantes. Lo han detenido. Le van a meter un buen puro en el cuerpo. Parece que es trigo limpio después de todo.

—¿Lo van a echar de la policía?

—O a expedientarle. O a inhabilitarle. Quién sabe. Incluso es posible que tenga que pasar un tiempo a la sombra.

—¿Lo enviarán a prisión?

—No sería el primer policía que pasa por la cárcel. Ni el último. Aunque te cueste creerlo no todos los policías tenemos una fotografía de Franco en la cartera o en la mesilla de noche.

—Yo creía que os obligaban a...

—No has respondido nada a lo que te he dicho antes.

—¿De qué?

Por toda respuesta se inclinó y sus labios rozaron los míos.

—De esto.

No supe qué decir.

—Te lo debía desde la otra noche en la plaza, desde entonces no pienso en otra cosa —añadió.

Y al ver que no apartaba la cara volvió a inclinarse y esta vez fue algo más que un roce. Sus labios eran dulces, su barbilla raspaba mi cara.

—Olvidé afeitarme esta mañana. Si hubiera sabido que iba a besarte...

Sin mirar hacia atrás Héctor se alejó por la calle y yo, después de seguirle un rato con la vista, empujé la puerta y entré en el café.

El local estaba vacío, aún no había abierto al público. Era un sitio oscuro y su interior recordaba mucho a una cueva. Era frío, íntimo, húmedo. Sólo había una mesa ocupada por un hombre que leía un periódico a la luz de una lámpara. Al oírme levantó la vista. Me acerqué y le pregunté si era amigo de Héctor Perea. Sólo entonces caí en la cuenta de que Héctor había olvidado decirme su nombre.

—Me llamo Eduardo. Siéntate.

Me senté intimidada por la soledad del café, por la reverberación de nuestras voces en aquel lugar vacío, por la mirada penetrante con que aquel desconocido parecía leer mis pensamientos. Tendría unos cuarenta y cinco años y era atractivo, de maneras serenas y amables.

—Así que te interesa hablar de la FUE. Hay poca gente que se acuerde ya de ella. ¿Por qué te atrae algo tan remoto y olvidado?

—Un amigo mío tiene un sello de la asociación. Bueno, lo encontré en un macuto que le pertenece. Él no sabe que lo tengo.

—Interesante. Me gustaría verlo. ¿No lo habrás traído?

—No, no lo tengo conmigo.

—Es lógico, no es algo que se lleve en el bolso junto al carmín o el portamonedas.

Hizo una pausa.

—¿Sabes en manos de quién vería yo ese sello que has encontrado? En manos de alguien iluso, loco, romántico o desesperadamente nostálgico. ¿Tu amigo qué edad tiene?

—Veintiún años.

—Eso invalida lo de desesperadamente nostálgico, nadie puede sentir nostalgia por algo que no ha vivido y por lo que cuentas tu amigo ni siquiera había nacido cuando la federación se creó. Pero no descarto todavía lo de iluso, loco o romántico, a ver si logramos despejar la duda y sabemos a qué carta quedarnos al final de esta charla. ¿Y dónde lo ha encontrado él?

—No lo sé.

—Me intriga saber quién ha podido dárselo, quién lo habrá guardado todo este tiempo, y por qué ha salido de repente a la luz.

—Pensamos que...

—¿Quiénes lo pensáis?

—Héctor y yo; pensamos que puede estar relacionado con los movimientos que está habiendo en la universidad pero a la vez él cree que es una tontería por parte de los estudiantes pretender que asocien sus intentos de apertura con una organización fracasada.

—No era fracasada cuando empezamos. La FUE consiguió muchas mejoras en la enseñanza.

—Perdón, no he querido decir eso. A lo que me refería es a que...

—A que es un error mirar hacia atrás cuando los cambios que se siguen están en el futuro. Estoy de acuerdo contigo. ¿Qué te gustaría saber exactamente?

Le pedí que me dijera cómo se había metido él en la federación. Pretendía con ello apelar a las emociones que podían desenterrar sus recuerdos pues aunque él era amable y abierto me pareció que intentaba mantener cierta distancia irónica o a lo mejor simplemente higiénica con el pasado. Tal vez trataba de averiguar si él era una de esas personas desesperadamente nostálgicas de las que había hablado, si vivía apegado al recuerdo de aquellos años aunque simulara lo contrario.

—¿Versión larga con entreacto? ¿O la prefieres corta y concentrada?

Le dije que no tenía prisa.

—Entonces la larga.

Eduardo me explicó que había pertenecido a la organización estudiantil con diecisiete o dieciocho años. Cuando se creó había un empeño en que no se la identificara con ningún partido, que no tuviera ninguna connotación política, para que cupiera el mayor número posible de estudiantes en ella. Cada miembro, por supuesto, podía ser lo que quisiera pero a título personal. Lo que les importaba era que les reconocieran el derecho a participar de manera efectiva y con voz y voto en el funcionamiento de la vida universitaria. A la FUE pertenecían todos los estudiantes que querían emanciparse de tutelas y luchaban por una verdadera mayoría de edad. Recordaba muy bien la guerra que habían dado al gobierno de Primo de Rivera, «el padre, por supuesto», puntualizó.

—La federación era un auténtico dolor de cabeza para él. Bueno, los estudiantes en general. La lucha estudiantil siempre ha sido un problema para el sistema, el de ahora, el de antes, el de aquí y el de cualquier parte. Cómo le mortificamos hasta que conseguimos que Alfonso XIII se librara de él.

Si bien había nacido como una organización apolítica, poco a poco se decantó claramente hacia la izquierda. Con la República ganó en representación y en poder de gestión pero a costa de ir radicalizándose y causando muchas deserciones en su seno, las peleas entre socialistas y comunistas fueron como un cáncer que la fue consumiendo lentamente. La irrupción de los falangistas y el SEU en la universidad acabó dándole el tiro de gracia y el estallido de la guerra y la victoria de los nacionales certificó su defunción.

—Antes se te ha escapado lo de que la FUE era una organización fracasada. No, no lo era, ni mucho menos. Cuando surgió creíamos en su poder regenerador, se mejoraron tanto la enseñanza y la organización de la vida universitaria que hoy parece imposible concebir algo parecido, pero ese sueño fue aplastado después de la

guerra y cuando un sueño se aplasta lo que sale de él es el jugo amargo de la pesadilla que llevaba dentro. Los ilusos que intentaron resucitar su espíritu en los años cuarenta acabaron picando piedra en el Valle de los Caídos. Perdona, no quería soltarte un discurso trasnochado.

—¿Le puedo preguntar qué hacía durante la guerra?

Me explicó que había sido piloto en las filas republicanas. Luego estuvo en el exilio pero echaba de menos España y un buen día tomó un avión y se plantó en Madrid. Había vuelto a sabiendas de que se enfrentaba a años de cárcel.

—Cuatro años. Era el peaje exigido y ya ves, al salir de la cárcel abrí este bar.

Sí, había regresado pese al hecho cierto de que acabaría en prisión. Eso demostraba que, a pesar de lo que decía, era capaz de abrigar una nostalgia aún mayor que la que hace falta para desempolvar un viejo sello de caucho.

—¿Eres estudiante?

—No, trabajo como mecanógrafa en una revista.

—Y ese amigo tuyo, el del sello, ¿está metido en todo este fregado que se ha organizado en la Universidad Central?

—Sí. Creo que es comunista.

Se rió. Debí de parecerle ingenua o estúpida.

—La universidad siempre ha sido un buen caladero.

—¿De qué?

—De comunistas. O como dicen los que pretenden colgarles todos los muertos, de «alevines de Stalin», todos amapolas perdidos, «más rojos que las enaguas de la Pasionaria». —Rió—. He oído tanto ese disco rayado...

No me atrevía a hablar, a interrumpirle, pues intuía que habíamos llegado sin querer a ese momento de la conversación en que se sentía cómodo, relajado, y ya no le importaba expresar sus ideales, recuerdos o contradicciones más íntimas.

—Los estudiantes que se rebelan contra una situación dada siempre lo hacen empujados por el deseo de transformar no sólo su ámbito, sino también la sociedad en que viven. El ideal de transformación es el combustible que alimenta el motor de su lucha. Claro que para transformar las cosas a veces hace falta derribar unos muros que, desde el otro lado, el sistema se empeña en apuntalar con todos los recursos con los que cuenta, empezando por el de la represión.

Y tras una pausa añadió:

—Y tú, ¿qué opinas de todo lo que está pasando?

—Yo no entiendo de política, sólo quiero que las cosas se calmen, que las clases se reanuden, que todo vuelva a la normalidad...

—Que nadie se mueva y todos se olviden de lo que ha pasado en los últimos diez días. Tienes razón, sería lo más sensato. ¿Sabes que eres muy pragmática para la edad que tienes?

No sabía si eso era bueno o malo.

—Es que en mi casa nunca se ha hablado de esas cosas. Siempre se ha evitado cuestionar a Franco, o hablar de bandos, o de la guerra. Una prohibición de mis padres.

—No, si me parece bien. No pretendía que sonara como algo censurable. Y tienes razón al decir que todo lo que lleve el sello de la FUE irá envuelto en un halo de fracaso. Las reivindicaciones que se hagan a partir de ahora no pueden mirar al pasado sino al futuro. Quien mire al pasado estará revolviendo en una ciénaga en la que han naufragado muchos sueños. Díselo a tu amigo.

—Mi amigo, el del sello, también tiene escritos unos versos... No sé de quién son. Tal vez usted sepa decirme dónde puedo buscar al autor.

—¿Y qué dicen esos versos?

—«Mirad mi casa muerta, mirad España rota, pero de cada niño muerto sale un fusil con ojos, pero de cada crimen nacen balas que os hallarán un día el sitio del corazón». Yo creo que son de Dionisio Ridruejo pero no los encuentro en ningún libro.

—No, no son de Ridruejo.

—¿Los conoce?

—Son de Neruda.

Y tras una pausa añadió:

—El poema se titula «Explico algunas cosas», de *España en el corazón*.

—¿Es de un libro prohibido?

—El sinsentido de la guerra, los destrozos, los despojos, el absurdo, el dolor, la crueldad, la sangre... —murmuró sin contestarme.

—Supongo que no será fácil encontrarlo.

Se quedó callado. Lo que no había logrado removiendo sus recuerdos de la FUE lo había conseguido citando aquellos versos. Su mirada se perdió en algún lugar más allá de las paredes que nos encerraban y de pronto, como si hubiera accionado un interruptor interno en su memoria le escuché decir:

Preguntaréis: ¿y dónde están las lilas?

¿Y la metafísica cubierta de amapolas?

¿Y la lluvia que a menudo golpeaba

sus palabras llenándolas

de agujeros y pájaros?

Os voy a contar todo lo que me pasa.

Yo vivía en un barrio

de Madrid, con campanas,

con relojes, con árboles.

*Desde allí se veía
el rostro seco de Castilla
como un océano de cuero.
Mi casa era llamada
la casa de las flores, porque por todas partes
estallaban geranios [...].
Y una mañana todo estaba ardiendo,
y una mañana las hogueras
salían de la tierra
devorando seres,
y desde entonces fuego,
pólvora desde entonces,
y desde entonces sangre.
Bandidos con aviones y con moros,
bandidos con sortijas y duquesas,
bandidos con frailes negros bendiciendo
venían por el cielo a matar niños,
y por las calles la sangre de los niños
corría simplemente, como sangre de niños. [...]
Generales traidores:
mirad mi casa muerta,
mirad España rota:
pero de cada casa muerta sale metal ardiendo
en vez de flores,
pero de cada hueco de España
sale España,
pero de cada niño muerto sale un fusil con ojos,
pero de cada crimen nacen balas
que os hallarán un día el sitio
del corazón.*

Esa comunión que dicen que se da a veces entre una obra de arte y el espectador que la contempla, esa comunión tan intensa que corta o dificulta la respiración, que parece que te envuelve como en un aire electrificado y te aísla del mundo y sólo eres tú y la obra de arte, esa comunión es la que creo que sentí con él, el poema, su voz. Estuvimos callados unos instantes, mientras aquellas palabras tan bellas seguían titilando en torno a nosotros como estrellas. Yo no sabía qué decir. Él, creo, se tragaba unas lágrimas que no habían llegado a brotar. El poema había encendido una hoguera entre nosotros y había ahuyentado la oscuridad y la humedad que sentí al

llegar. Ya no estábamos en una cueva sino en un lugar cálido y secreto que me hizo pensar que así debe de ser el alma de las personas. Le miraba, no apartaba los ojos de él, estaba pendiente de su cara, de su silencio, de la pausa que hacía, de si se movía o bajaba la cabeza, de si me miraba. Ahora no podía admitir su supuesta distancia y desapego inicial hacia el pasado (esa sutil ironía o sesgo de humor amable con que me había recibido) más que como una medida sanitaria destinada a proteger una herida que aún dolía cuando se rozaba. Hubiera podido quedarme en silencio con él porque era un silencio confortable y lleno de imágenes que no tenía cuando llegué, que no poseía ni imaginaba pero que ahora me pertenecían. Se recompuso y alzó su mirada hasta mí.

—Perdona. Menuda escenita acabo de hacerte.

No tenía nada que perdonarle. Tuve ganas de alargar la mano y tocar la suya. Me contuve.

—Y gracias por no haber salido corriendo cuando me ha dado la vena sentimental.

—Al contrario. Soy yo quien le da las gracias. Por sus recuerdos. Y por ese regalo que acaba de hacerme. No sólo el poema. Lo que usted ha puesto en él mientras lo recitaba.

—Es curioso lo que ha ocurrido. Qué cosas pasan a veces. ¿Sabes que no recordaba esa poesía? A saber en qué desván la tenía guardada. Tú me la has devuelto. Si no llegas a entrar por la puerta hace un rato seguiría sin acordarme de ella. Me habría perdido un momento muy emocionante.

Sonó el teléfono en algún lugar del café y ello nos devolvió a la realidad de un domingo de febrero. Eduardo lo dejó sonar mientras yo sentía cómo cada «ring» nos alejaba de aquella atmósfera tan especial que se había creado y nos devolvía con brusquedad a nuestra vida.

—Ridruejo también es muy buen poeta. Esos versos suyos del *Cara al sol*, «volverán banderas victoriosas al paso alegre de la paz», son hermosos. No deberían ser patrimonio de ningún partido.

—¿Los escribió él? No lo sabía.

El teléfono calló.

—El *Cara al sol* lo compusieron entre cuatro o cinco, Agustín de Foxá, Sánchez Mazas... y otros, creo. Parece ser que cada uno propuso unos versos. Ésos son de Ridruejo, sin duda.

—Nunca había pensado en ellos.

—En la cárcel todos los días nos hacían cantar el *Cara al sol*. Firmes en el patio nos hacían levantar el brazo. Algunos se negaban, pero a un precio demasiado alto. Subíamos el brazo pero lejos de cantar nos limitábamos a murmurar, a tararear la música para pasar el trámite. Sólo al llegar a esa estrofa nuestras voces se alzaban y

nuestras palabras se hacían claras y rotundas. Era una especie de venganza, algo ingenua, no digo que no, pero nos parecía que al hacer nuestros aquellos versos les robábamos algo a los fascistas. Una tontería de viejo.

—O de alguien nostálgico, desesperadamente nostálgico.

Se rió. Pero no negó la acusación.

Salí apenada de Las Cuevas del Sésamo, por un lado porque me costaba despedirme de aquel hombre con el que probablemente nunca más me volvería a cruzar, y por otro porque me llevaba una sensación a derrota anticipada que, sin querer, él me había transmitido. Era como si pensara que los sueños ya no tenían razón de ser, que estaban de más en el mundo que nos había tocado vivir. Como si, dotado de algún talento para leer el futuro, supiera que al grupo de estudiantes y graduados que habían emprendido aquella aventura del manifiesto les esperaba el mismo destino que a los que en los últimos años de la década de los cuarenta habían intentado resucitar el espíritu de la FUE.

—Nada va a cambiar mientras Franco viva —me había dicho en la puerta antes de despedirse—, y aunque espero equivocarme creo que Franco, lamentablemente, morirá en su cama siendo el Caudillo de España por la gracia de Dios. Mucho me temo que la causa de esos estudiantes esté perdida. Pero esto no se lo digas a tu amigo el del sello. Si pueden abrir una vía, deben abrirla.

—¿Una vía? ¿Adónde?

—Al porvenir. Ya veremos toda el agua que se cuele por ella antes de que el Régimen pueda cerrarla.

La misa pasó por mí sin dejar huella. Si mi madre me hubiera preguntado —como hacía a veces para comprobar si había ido— sobre qué había versado el sermón del cura o de qué color era su casulla, no habría podido responderle. Las voces del párroco y los fieles sonaban amalgamadas en mis oídos, borrosas, incomprensibles, lejanas, un murmullo indescifrable que no calaba en mí y del que me sentía aislada y ajena. Repasaba, paladeaba, todas las palabras de Eduardo, intentaba entenderlas aunque no estaba segura de tener herramientas para hacerlo. De su vida envidiaba todo lo que me había contado, su ida a la universidad y su entrada en la FUE, que se hubiera hecho piloto durante la guerra, que hubiera combatido por las ideas que creía justas, que se hubiera exiliado y que, pensando que su vida estaba en España, se hubiera arriesgado a volver sin saber cuántos años de cárcel le tocaría pagar como factura por sus ideas y por ganarse el derecho a vivir en su país. Donde ahora hay un desilusionado, había dicho Eduardo, no necesariamente ha tenido que haber un iluso; ha podido haber alguien realista que no ha visto cumplidas sus esperanzas, pero no porque no fueran factibles sino porque se impusieron otras circunstancias que impidieron que se realizaran. Pero también había dicho que había que luchar por lo imposible para que al menos lo posible se lograra. ¿No era contradictorio? ¿Habría

entendido mal sus palabras? ¿Qué habían sido muchos de la FUE para él? ¿Ilusos? ¿Realistas esperanzados? ¿Locos optimistas? ¿Visionarios? ¿Y para mí? ¿Qué eran todos esos compañeros subversivos de los que Jaime tanto había hablado la tarde del Gaylord? ¿Luchadores crédulos? ¿Utópicos? ¿Trasnochados? ¿Espíritus cándidos? Estaba confundida, no sabía si un soñador era por fuerza un optimista irredento cuyas empresas estaban siempre llamadas al fracaso o si sólo consigue ganar una batalla, por desigual y difícil que se presente, el que piensa que es posible la victoria, el que imagina esa victoria.

Salí de la iglesia y tomé un camino largo para volver al barrio. No me apetecía llegar a casa antes de haber rumiado, hasta saciarme, todo aquel conglomerado de ideas, impresiones, contradicciones que bullían y chisporroteaban en mi cabeza. Caminé por la calle cruzándome con caras amoratadas de frío o embozados que se escondían bajo sombreros y bufandas, caminé pensando en lo caprichosa que era la vida, en todas las coincidencias que habían ocurrido en las últimas semanas, en cómo convergían en el tiempo y en el espacio, al menos de mi cabeza, los destinos de personas cuyos caminos jamás se habrían cruzado porque sus mundos pertenecían a órbitas muy alejadas y posiblemente divergentes. De algún modo veía entrelazado el destino de los dos jóvenes que se hallaban al borde de la muerte y pensaba que el azar se había conjurado para hacer pender del mismo hilo la vida del ladrón —o falso ladrón— que emulaba al allanador nocturno y que Héctor había ido a visitar y la del falangista que había caído herido en la calle de Alberto Aguilera. También veía entrelazados en el encerado de mi memoria los versos del poema de Neruda y los versos de Dionisio Ridruejo, el nombre de Héctor y el de Jaime, el de Álvaro el falangista de voz sedosa y Eduardo el miembro de la FUE, el sello de la federación universitaria y la medalla de la Vieja Guardia. Todo en mi cabeza flotaba en el mismo magma, todo estaba conectado por un trazado invisible, sutil, enloquecido y caprichoso.

Por fin llegué a la plaza de los Frutos y me dispuse a apagar el transistor de mi cabeza y a aterrizar en el mundo de cosas tangibles y concretas, rutinarias y abarcables que conformaban mi realidad. Volvía a mi domingo cotidiano, predecible, tranquilo y sin sobresaltos. Me esperaba una comida familiar en la que se hablaría del sermón de la misa y de los partidos de fútbol de la jornada. Luego Chelo y yo recogeríamos la mesa y mi madre se sentaría con Pedrito a escribir la carta de todos los domingos a mi padre. La tarde arrancarían con el sonido de los programas deportivos de la radio que se colaría a través del patio o de los tabiques de papel de la portería y a media tarde saldría acompañada de Pedrito y Chelo a dar una vuelta por la plaza de Olavide. Si había suerte, desembocaríamos en el centro parroquial donde veríamos algún programa doble de reestreno que nos daría tema de conversación suficiente para entretener a mi madre durante la cena. No era consciente —al menos

no del todo— de que aquellas hondas impresiones que había dejado en mí la conversación con Eduardo sepultaban otra emoción a la que trataba de poner sordina: el beso que Héctor me había dado a la puerta de Las Cuevas del Sésamo aún latía vivo y palpitante en mis labios. Aún notaba su dulce contacto, la tibieza de su boca y la fiereza de una barba incipiente que había irritado mi piel sin producirme rechazo. Héctor era un hombre casado, mayor, muy castigado por la vida, de vuelta de muchas cosas, yo no quería que él y yo, que yo y él... yo no... Pero ahí estaba su beso, posado en mis labios como un pájaro en una rama. Cuando sentía su aleteo, algo me sonreía en el alma.

Al entrar en el portal me detuve frente al espejo del recibidor a quitarme el velo y a tratar de mirar si mi barbilla seguía enrojecida. Estaba acercando mi cara para verme mejor cuando una voz restalló de pronto en la oscuridad.

—¡Asunción!

Sentí que la sangre se me helaba.

—No quería asustarte. Perdona si lo he hecho.

No necesité volverme para saber a quién pertenecía aquella voz autoritaria y eléctrica que había resonado en la penumbra de la portería con reverberación de cueva, una voz que me había asustado desde la primera vez que la había oído aquel octubre del 54 cuando mi familia y yo llegamos a la plaza de los Frutos, una voz que, a pesar de lo mucho que había cambiado mi opinión sobre su dueño, aún me intimidaba.

—Buenas tardes, don Andrés —dije tratando de que no me temblara la voz.

Andrés Hernández Salvatierra salió discretamente de la penumbra del portal donde se había refugiado y se acercó a mí.

—Buenas tardes, Asunción. Te estaba esperando.

Hablaba en voz baja, casi en un susurro, pero a pesar de eso para mí su voz siempre sonaba amplificadora.

—Hace tiempo que no nos vemos. Estás muy guapa. ¿Tienes unos minutos?

—Sí, claro, don Andrés. —Fuimos a sentarnos a un banco que había junto al cuadro de llaves—. ¿Cómo está doña Adelina?

Con gesto impaciente daba vueltas a un sombrero que tenía en las manos. Era evidente que no quería ser descortés pero tampoco había venido a mantener una conversación social conmigo y el tiempo corría en su contra.

—Todos estamos muy bien. También Almudena. Ya sé que tu padre sigue en la cárcel.

—Ya le falta menos.

—Me alegro. Es una injusticia que hombres buenos como él...

Bajaron unos vecinos y don Andrés les dio la espalda para que no lo reconocieran. Me saludaron y tras devolverles el saludo los seguí con la vista hasta que salieron a la calle.

—¿Dónde podemos hablar? —preguntó con una expresión algo dubitativa que no era en absoluto propia de alguien como él—. Éste no es un buen sitio.

—¿Hablar de qué, don Andrés? —dije de manera algo estúpida para ganar tiempo.

—Déjate de historias, Asun —pidió amable—. Sólo una cosa me habría traído de nuevo hasta esta casa y sabes muy bien de qué se trata: Jaime.

Tenía que pensar rápidamente, decidir qué podía decir y qué no podía mencionar de ninguna de las maneras. Eran tantos los secretos que Jaime tenía hacia su padre, tantas las cosas de las que quería mantenerlo al margen, que en una sola frase habría podido resumir lo que estaba autorizada a revelar sobre él.

—Yo no sé nada de Jaime, don Andrés, se lo juro. Hemos estado hablando de vez en cuando en los últimos meses pero sólo le he visto en un par de ocasiones desde que empezó el último curso.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

Ya veía que no me iba a resultar fácil librarme de él.

—Sé que te estoy comprometiendo y que te crees obligada a guardarle a mi hijo algún secreto o lealtad, pero te aseguro que Jaime necesita mi ayuda. Es el momento de que demuestres si te importa de verdad.

—Si quiere podemos hablar en mi casa —sugerí pensando que la presencia de alguno de mis hermanos me ayudaría a pasar más cómodamente el trago de enfrentarme a él.

—No. He visto a tu madre entrar con Chelo y la niña. No quiero ponerla al corriente de lo que sucede.

—Mi madre está al corriente de todo. Bueno, de casi todo —maticé pensando que lo que no sabía era que Jaime estaba en Madrid y más implicado de lo que ella creía en los altercados.

—Pero no sería correcto preocuparla innecesariamente. Bastante tiene con lo de tu padre como para decirle que mi hijo te ha metido en problemas por su falta de cabeza y su conducta irresponsable.

No sé si dijo eso de que Jaime me había metido en problemas para tratar de convencerme de que su hijo me había utilizado y por lo tanto no le debía ninguna lealtad o si de verdad lo pensaba.

—¿Vamos a algún café? ¿Al bar de tus tíos? O mejor, ven conmigo, he traído las llaves de casa —sugirió más que ordenó.

—¿Arriba? —Me asustaba estar a solas con él en aquel piso.

—No irás a decirme que te prohíbe entrar en casa. ¿Cuánto tiempo has pasado en ella dando clases con Almudena o visitando a Jaime?

—Déjeme que antes avise a mi madre. Deben de estar esperándome para comer y no quiero preocuparla.

—¿Qué le vas a decir?

—Que vayan comiendo. No le diré que está usted aquí, no se preocupe.

Una vez hube avisado en casa de que me retrasaría porque me había encontrado con una amiga del taller de doña Herminia, subimos por las escaleras hasta el principal. Don Andrés abrió la puerta de su casa y dio al interruptor para encender la lámpara del vestíbulo pero la bombilla debía de estar fundida o la luz cortada después de tanto tiempo y no se encendió.

—Aguarda aquí un momento —dijo.

Don Andrés avanzó por el pasillo y yo me quedé aguardándole. Todas las cortinas estaban echadas y la casa parecía embalsamada, como si el tiempo hubiera dejado de correr en su interior. En el salón se recortaba el perfil de los muebles cubiertos con las sábanas. Las paredes, de las que se habían descolgado todos los cuadros, eran muros grises de los que se había escapado todo rastro de vida y color. Alcé la voz y pregunté a don Andrés si quería que descorriera las cortinas pero no me oyó. No pude evitar recordar la primera vez que había pisado aquel vestíbulo, el deslumbramiento al conocer a una familia como la de los Hernández Salvatierra, el respeto inmediato que me impuso doña Eulalia, el terror que me inspiró don Andrés y la ternura que despertó en mí, como en todos los que la conocían, Almudena. Cuántas tardes había

subido las escaleras del principal para asistir a las clases que Irene, la dueña de la tienda de discos de la plaza, nos daba a Almudena y a mí. Las horas hablando de la Revolución francesa, de Dumas o de Bécquer se comprimían en minutos, pasaban sin sentir, como un suspiro. De vuelta a casa el corazón me brincaba de gozo, bajaba las escaleras como si levitara, embriagada de historia y literatura, de leyendas sobre gaviotas y órganos encantados, de ideales románticos y de consignas revolucionarias con acento francés.

Volvió don Andrés. Se había desprendido del abrigo y aflojado la corbata.

—Vamos al despacho, allí hay más luz.

Lo seguí y al entrar me señaló una butaca.

—Siéntate, por favor.

Obedecí. Se sentó en la esquina de la mesa y encendió un cigarrillo. Durante unos instantes no dijo nada. Tal vez buscaba la manera de ablandar mi resistencia a ayudarle.

—Voy a hablar en alto porque necesito ordenar las ideas. No creas que me he hecho una idea exacta de todo lo que pasa pero sí sé que Jaime está metido en un buen lío y que tú estás más al tanto de lo que quieres aparentar. Lleva dos meses ausentándose de casa de sus tíos, viniendo a Madrid a la menor oportunidad, liado con esa estudiante comunista de Filosofía, esa tal Regina no sé qué más que ha debido corromperlo definitivamente y asistiendo a reuniones clandestinas donde se escuchan discursos tan incendiarios que a su lado los del mismísimo Líster parecen moderados. Tengo que encontrarlo y tú me tienes que ayudar.

Noté cómo, por primera vez, el nombre de Regina no me provocaba un vuelco en el corazón.

—Le juro que no sé dónde está. Es cierto que le vi a principios de mes. Acababa de llegar de Zaragoza o eso me dijo. Tomamos un café en la cafetería del Gay... del hotel Alfonso XI y luego no he vuelto a saber nada de él.

Don Andrés se quedó mirándome sin saber a qué carta quedarse, supongo que dudaba de que le estuviera diciendo toda la verdad.

—Supongo que no ignoras que está metido en un lío bastante más grave que el de la recogida de firmas para la readmisión de ese profesor díscolo, Álvaro Iniesta creo que se llamaba, al que tanto adoran sus alumnos...

—Sí, don Andrés, si yo...

—Ese amigo suyo, Federico Lobato, le intoxicó con sus ideas comunistas, le metió el veneno en el cuerpo a base de bien. Lo de ahora tiene más calado que cualquiera de los problemas que se buscó a cuenta de sus veleidades culturales, más trascendencia incluso que ese otro berenjenal de las fotos que le costó la expulsión de la facultad de Madrid como bien recordarás. Esta vez han estado tramando algo muy serio, algo que va justo al corazón del Régimen. Algo pensado para desestabilizar el

poder, el sistema y el país en su conjunto. Está acusado de conspiración. ¿Sabes lo que es eso? Es el peor delito contra el Estado. Mis abogados están preparados para demostrar que ha sido víctima de los comunistas que han penetrado en la universidad y lo han embaucado abusando de su inocencia y su buena voluntad. Pero tiene que entregarse para que yo pueda ayudarle.

—No sé qué puedo hacer por él y por usted. Si supiera dónde está se lo diría, don Andrés, pero yo también he estado buscándolo en los sitios que sé que frecuenta y no ha vuelto a dar señales de vida.

Por supuesto, omití hablarle del macuto y su contenido.

—¿Sabes si estuvo en el altercado de Alberto Aguilera, ese en el que hirieron a ese muchacho falangista?

Me tomé unos segundos para responder. Sopesaba si debía o no sacar a colación algo que había permanecido oculto a los ojos de todos pero no a los míos, algo que aunque *escondido* era a la vez *visible* para alguien que hubiera sabido dónde había que mirar.

—Sí, creo que estuvo —dije al fin.

—¿Lo sabes o lo crees?

—Lo sé.

—¿Qué te hace decir eso?

—Eso da lo mismo. Lo sé yo pero no lo sabe nadie más.

—¿Es que te llamó después de lo que pasó o algún amigo le vio allí y te ha venido con el cuento...?

Don Andrés no iba a aflojar su presión sobre mí, era inútil escamotearle por más tiempo la existencia de la prueba que tenía.

—Hay una foto que demuestra que estuvo.

—¿Qué foto?

—Un fotógrafo de la revista donde trabajo presencié el altercado entre falangistas y estudiantes e hizo unas fotos.

La expresión de don Andrés se endureció. Aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—¿Qué muestra esa foto?

—En una de las fotos se ven varios estudiantes enzarzados en una pelea. Otros gritan y tratan de separarlos. Uno de ellos creo que es Jaime. Me pareció reconocerlo pero nadie lo sabe, no se lo he dicho a nadie. Y la policía no las ha visto.

—¿Dónde están esas fotos, Asun?

—Don Adolfo no las va a publicar. Ni siquiera ha autorizado que se envíen a una agencia de noticias para que sean publicadas fuera de España. Por ese lado puede estar tranquilo, don Andrés.

—Tienes que dejarme que las vea.

—Pero, don Andrés, yo no...

—Tienes que hacerlo, Asun. Sé que no es fácil lo que te pido pero si no lo considerara vital no te lo pediría. ¿Cuándo podemos ir a verlas?

Esa noche aguardé nerviosa la llamada de don Andrés. El plan era que me llamaría sobre las once y yo me adelantaría a contestar para impedir que mis hermanos respondieran el teléfono y reconocieran su voz. A mi madre le diría que se trataba de una llamada de Cayo o cualquier otro redactor del semanario para pedirme ayuda con algún artículo que había que cerrar para el número siguiente. El teléfono sonó a las once menos diez. Di un brinco en el sofá y corrí a atender la llamada.

—Sí, don Adolfo. Por supuesto, don Adolfo. No se preocupe, lo entiendo perfectamente.

Cuando colgué mi madre me preguntó qué pasaba. Fingí fastidio.

—Don Adolfo me ha pedido que vaya a ayudar a uno de los redactores a terminar un artículo que se le resiste. Lo necesita para primera hora de la mañana y el hombre no es muy bueno con la máquina.

—¿Y cómo vas a ir a estas horas, hija?

—Yo la acompaño y me quedo con ella hasta que acabe —dijo Miguel.

—Eso me deja más tranquila —respondió mi madre.

—No hace falta, Miguel. Cayo viene a buscarme en un taxi en cinco minutos. En cuanto termine me traerá de vuelta a casa. Dice que será cosa de una o dos horas nada más.

Don Andrés me esperaba en un taxi en la esquina. Fuimos hasta el semanario y tuvimos que llamar al sereno para que nos abriera el portal. Afortunadamente yo tenía llave de la redacción porque muchas mañanas era una de las primeras personas en llegar.

Entramos en la gran sala y nos dirigimos a los archivadores donde se guardaban los números atrasados. Saqué el tomo marcado con la etiqueta «abril-junio de 1951». Era el escondite que don Adolfo había elegido para ocultar las imágenes que Tristán y Rafael habían revelado aquella tarde. Allí, entre dos números, estaban las fotografías positivadas del altercado. En una de ellas, tal y como le había explicado a don Andrés, se veía a varios estudiantes tratando de parar la pelea. Uno de ellos gritaba dando un perfil de tres cuartos a cámara. Le acerqué una lupa con la que Tristán examinaba a veces las instantáneas y que él llamaba cuentahilos.

—A mí me parece que es él, don Andrés, pero no se lo he dicho a nadie.

Me aparté para que estuviera tranquilo y se tomara todo el tiempo que necesitara, y lo contemplé a distancia. Allí estaba el hombre que, en otro tiempo, yo había considerado el más feroz que había conocido. Ahora no parecía un hombre fiero sino un padre atribulado, dolido, vulnerable. Mientras él examinaba con detalle las fotografías vino a mi cabeza una de las pocas veces que, durante mi noviazgo con Jaime, don Andrés me había buscado para hablarme a solas y en secreto de su hijo.

Al principio no había aprobado nuestra relación pero luego vio en mí la coartada perfecta para que Jaime se apartara de Irene, la mujer de Ubaldo, el dueño de la tienda de discos que había a una manzana de nuestra casa. Jaime se sentía fascinado por ella y eso preocupaba a don Andrés. Una mujer casada. Y mayor. Y encima una mujer en la que él también había puesto los ojos aunque eso yo por entonces no lo sabía. En aquella ocasión no había hablado directamente de ello, claro. No había dicho «aparta a mi hijo de Irene». Lo que había sugerido era que había mujeres que se aprovechaban de la inocencia de gente como su hijo para echarles una red, para engatusarlos, para embrujarlos y sorberles hasta la médula: «Los hombres somos muy impresionables en cuestiones de amor y romance, y más a la edad de Jaime. A veces se quedan prendados de la mujer más inimaginable sólo por el gusto al romanticismo y la tragedia». A continuación me había animado a estrechar aún más mi relación con él, a marcarlo más de cerca para evitar que «cualquier lagartona» me lo pudiera quitar. «No me refiero a las compañeras de facultad que son todas unas marimachos, feas, empollonas y carentes de todo atractivo. Me refiero más bien a esas mujeres que parecen inofensivas y hasta indefensas, que no sugieren en absoluto que puedan ser un peligro para una pareja tan consolidada como la que hacéis Jaime y tú y que en un descuido echan la celada y atrapan al pajarillo». Le agradecí su confianza y antes de separarnos me miró fijamente a los ojos: «Si quieres a mi hijo, átalos corto». Ése fue su último consejo.

—¿Quién más ha visto estas fotos? —me preguntó don Andrés sacándome de mis recuerdos.

—Sólo los que trabajan en la revista —respondí acercándome.

—Hay que dejar todo como estaba. Ya he visto lo que necesitaba.

Don Andrés guardó todas las fotos en el sobre y lo metió en el tomo. Yo sabía que había requisado la fotografía en la que salía Jaime pero no hice nada para impedirselo.

—Un tal Javier ha llamado por teléfono, que ya tiene lo que le habías pedido. ¿Quién es ese muchacho? ¿Y qué es lo que le habías pedido? Sonaba todo muy misterioso, hija —anunció mi madre a la mañana siguiente cuando salía de casa.

Veinte minutos después estaba en la biblioteca municipal. Javier me entregó un libro de Dionisio Ridruejo titulado *En once años*. Era un libro de poemas que había sacado de la biblioteca de su padre, «estuvieron juntos en la División Azul», me informó.

—¿Y no le importará que se lo hayas cogido?

—No se ha enterado.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo tenía algo escondido entre volúmenes de historia. No sé si porque se avergüenza de tenerlo o porque quiere evitar que alguna visita indiscreta lo encuentre.

El libro estaba dedicado por Ridruejo a su padre.

—El otro día, cuando salió su nombre en el periódico, le oí decir a mi madre que le parecía una injusticia que lo hubieran encarcelado.

—¿Y tu padre qué dijo?

—Le dio la razón. Dice que ha conocido a pocos hombres tan honestos como él. No se explican que los comunistas le hayan enredado en una cosa tan zafia. Dicen que lo han utilizado, que se han aprovechado de lo generoso e inocente que es.

Saqué del bolsillo la insignia de la Vieja Guardia y se la mostré.

—¿Habías visto antes alguna igual?

—Sí, mi padre tiene una. Es militante de Falange desde el año 35. Es como ésta, con su nombre, su número de expediente, y tiene una cita que él se hizo grabar después de que se la concedieran: «Ante Dios nunca serás anónimo». ¿De dónde la has sacado? No pertenece a nadie de tu familia, ¿verdad?

—Qué va. La encontré en la calle el otro día —mentí.

—El que la ha perdido debe de estar buscándola.

—¿Tú crees?

—Es muy preciada para los falangistas. La puedes devolver en la sede de alguna centuria. Tiene el nombre del afiliado al que se la dieron, ¿lo ves? Será fácil localizarlo.

—Sí, tal vez lo haga. Gracias.

Por entonces había empezado a llevarme trabajo del semanario a casa y usaba una especie de cartera grande parecida a la que emplean los carteros. En ella llevaba todas mis cosas y también el macuto de Jaime que no quería que mi madre encontrara en mi habitación. Me habría sido difícil explicar su procedencia. La insignia falangista compartía espacio con el tampón de la FUE. Era un extraño matrimonio este que había hecho entre dos símbolos tan alejados entre sí, cada uno representaba los valores de un bando, de una manera de entender la vida. Eran mi pequeña «dos Españas» de bolsillo y no sé explicar, a día de hoy, por qué en aquellos días de febrero de 1956 no era capaz de separarme de ninguna de ellas. Cuando entré en la redacción Tristán me saludó en la puerta. El sereno le había dicho que me abrió el portal la noche anterior.

—¿A qué viniste? ¿Trabajo atrasado? —se interesó.

—No, nada de eso. Creí que había perdido el monedero, no lo encontraba por ninguna parte, y pensé que a lo mejor me lo había dejado aquí. Afortunadamente estaba debajo de mi mesa. —Nunca antes había tenido que hilar tantas mentiras en tan poco tiempo.

Le pedí que no dijera nada porque no quería parecer una cabecita loca ante los demás sino alguien organizado y responsable. A media mañana mi madre llamó por teléfono. Estaba muy nerviosa y enfadada.

—¿Qué ocurre? ¿Es la niña? ¿Le pasa algo a Irene? —pregunté.

—No, Irene está bien, es tu hermana. Ay, no sé qué hemos hecho mal con ella, no sé en qué nos hemos equivocado.

Le pedí que se explicara. ¿Había tenido un accidente? ¿Estaba bien? Mi madre me tranquilizó, se trataba de doña Pilar Lorite, acababa de marcharse de casa.

—Esta vez no venía a hablar de Irene sino de tu hermana. Lleva días sin aparecer por clase. ¿Tú sabías algo?

No, no sabía nada. Mi madre puso a Chelo como un trapo. Y tenía razón. Se había comportado como la persona caprichosa e irresponsable que siempre había sido pero esta vez las cosas habían pasado de castaño oscuro.

—¿Dónde se ha podido meter todo este tiempo que ha fingido ir a clase? —preguntó desconsolada mi madre—. ¿Y dónde estará esta mañana?

Colgué descompuesta. De sobra me figuraba dónde podía encontrarla.

Abrí la guía telefónica y busqué dos nombres, Roesset y calle Goya. Al fin di con la dirección exacta de la academia de dibujo y salí con la excusa de hacer unos recados para don Adolfo.

Al llegar al estudio de pintura empujé la puerta, que estaba abierta, y entré. Había unas quince estudiantes tomando apuntes de una muchacha envuelta en una túnica con aire de escultura romana. La escultura no era romana y tenía muy poco de estatua. Era Chelo y casi se cae de la tarima al verme. Le dije que recogiera todas sus cosas con rapidez y bajé a esperarla a la calle.

Mi madre movía la cabeza a un lado y a otro, como si se negara a aceptar lo lejos que Chelo había llegado esta vez.

—No me duele el papelón que hemos hecho ante doña Pilar. No me duele la vergüenza que he pasado cuando me ha dicho que llevabas tanto tiempo faltando a clase, ni lo que piense de mí, de la clase de madre que debo de ser para no saber lo que ocurre en mi casa, de la clase de madre que debo de ser para que se me pueda pegar tan fácilmente sin que me entere de nada. Me duele ver que has roto la confianza que habíamos depositado en ti, que la has hecho añicos. Eso sí que me duele, el no saber cómo ni cuándo ni si vamos a poder repararla.

Nos librábamos de que Miguel no se hubiera enterado pero ya sabíamos qué habría dicho de la última jugada de Chelo: «Hay que dirigir el almorrón para que el agua vaya por donde queremos, si usted la hubiera atado más corto, madre...».

Mi hermana bajaba la cabeza, incapaz de mirar a mi madre a los ojos.

—Lo único que te pedí fue que te olvidaras de tu sueño de arte. Todo lo demás te lo he dado, es lo único que te he negado y sin embargo ancha es Castilla, hija, haces de tu capa un sayo y no admites que se te lleve la contraria. Como no podías salir de gira, a posar en ese estudio que a saber lo que habrás enseñado y lo que no habrás enseñado.

—Perdóneme, madre, perdóneme. Pensé en el dinero, pensé en... No sé en lo que pensé.

—Dinero. ¿Crees que unos durejos de nada pueden justificar el daño que nos has hecho, hija? No a mí, que yo poco importo, el daño que te has hecho a ti misma y el destrozo que has hecho de nuestra confianza en ti.

—No, madre, no lo justifica, claro que no. Lo siento. Si hubiera pensado mejor en el disgusto que le daba...

—Tu hermano, tu padre, los dos tienen razón, te he consentido demasiado, has sido mi debilidad, hija. Qué se le va a hacer si no he sabido educarte como a tus otros hermanos. A lo mejor la culpa no es tuya, es mía.

—Eso no, madre, usted no tiene la culpa. La culpa es sólo mía, mía, usted es más buena que el pan y yo le he fallado —decía sin alzar la cabeza.

Yo me sentía de más, lo ocurrido era algo que sólo debían hablar entre ellas, pero mi madre me había pedido que me quedara y no tuve más remedio que aguantar todo el chaparrón junto a mi hermana.

—Ha hecho mal, madre, pero yo creo que Chelo está arrepentida —intervine.

—Arrepentidísima —juraba Chelo.

—No se haga más mala sangre que no volverá a pasar —añadí.

—Mala sangre... Lo que yo me pregunto es lo que habría durado esto si no llego a enterarme. Cuánto tiempo más habrías estado engañándonos a todos. Eso es lo que me pregunto, hija.

Hubo un silencio. Chelo, sin apartar los ojos del suelo, empezó a musitar como si hablara consigo misma.

—Yo sentía que me ahogaba, que la vida pasaba por mi lado y me dejaba atrás. Entonces, conocí a esas chicas y...

—¿Qué sabes tú de lo que es sentirte con el agua al cuello? Nada.

—Yo he sido una loca, madre, pero no tenía maldad alguna ni sabía que el disgusto que le daba era peor que una puñalada traperera. —El arrepentimiento de mi hermana sonaba sincero.

—No quiero saber razones ni no razones. No quiero que justifiques lo que no tiene justificación. Esa rebeldía tuya... vuelvo a lo de antes, a que no sé qué he hecho mal, hija, a todos os he educado igual y tú sin embargo... has salido distinta. Desde niña esa alegría tuya ha sido tu mayor encanto y a la vez ha sido una carga muy grande. Como siempre has caído en gracia a la gente, has crecido pensando que todo lo podías conseguir y ha sido muy difícil hacerte ir por donde no querías. Cuando te has salido del camino que tu padre y yo habíamos trazado para ti y tus hermanos siempre has acabado volviendo pero a un precio alto.

Chelo no pudo aguantar más las lágrimas y rompió a llorar. No era el suyo un llanto lleno de pompa y aspavientos como otras veces, sino silencioso y contenido,

como si de verdad le avergonzara lo que había hecho.

—Si tu padre se entera de que has ido a posar por ahí como una maniquí de esas de los anuncios, del disgusto no hace falta que le den la libertad porque lo mandas al otro barrio.

Mi madre se fue a la azotea, en teoría a echarle un ojo al bancal, en la práctica a remover la tierra que mi padre le había regalado y a enterrar allí su desconsuelo. Chelo y yo nos quedamos en la sala. Pasaba el tiempo y no decíamos nada, la penumbra nos envolvía y me levanté a encender la luz.

—Asun, yo... he agotado su paciencia, lo sé.

Eso no era cierto. La paciencia de mi madre brotaba de un manantial que no se secaba, parecía alimentarse de nieves perpetuas.

—¿Y si me echa de casa?

—Qué cosas dices.

—La he faltado tantas veces... A lo mejor me manda al pueblo, me aleja de todos vosotros, me aparta para que no os contagie mis malas ideas. Y lo entendería.

—Qué poco la conoces, Chelo. Te perdonará esto como te ha perdonado antes todo. No a ti sola, también a mí y a Miguel y a Pedrito y a padre.

—Lo siento tanto...

—Pero con sentirlo no se arreglan las cosas. Tienes que aprender a aceptar que hay muchos noes en la vida. Muchos.

—Siempre os estoy decepcionando, siempre. ¿Por qué soy tan distinta de ti? ¿Por qué tú eres perfecta y yo soy sucia, desobediente, mala?

—No eres mala, Chelo. Eres rebelde. Pero uno debe aprender a dominar su rebeldía, es lo único que te digo.

—Soy como el mal ladrón. Si ya me lo decían los maestros en la escuela. Que iba a crecer torcida, que sería una rama torcida toda mi vida, que nunca lograrían enderezarme. Irene es un pecado mío. Y ahora me salto a la torera todas las órdenes de madre y me voy a posar como una cualquiera para ese taller de postín. Soy mala, mala, mala.

Se abrió la puerta y entró Miguel. Se quedó mirándonos con expresión contrariada y cruzó la habitación con tres zancadas, a lo John Wayne. Yo creí que nos había escuchado e iba a pegar a mi hermana ya que mi madre no podía con ella pero en realidad estaba mirando más allá de nosotras, hacia la ventana que quedaba a nuestra espalda y que daba al patio de la casa. No nos habíamos dado cuenta de que estaba medio abierta, se había quedado desencajada, lo cual era un verdadero incordio en aquel mes de febrero.

—Esto tiene mal arreglo, se ha salido del marco —observó Miguel—. A ver qué me invento para sujetarla hasta que alguien pueda venir a arreglarlo.

Nos sentamos a cenar. Mi madre sirvió la comida sin despegar los labios. Hasta se

había olvidado de bendecir la mesa como hacía siempre. Era una de esas noches en que había que sacarle las palabras con cuentagotas. Ella no quería que Miguel se enterara de lo que había hecho Chelo pero su actitud tan reconcentrada y callada no ayudaba a mantener la farsa de que era una noche como otra cualquiera.

—¿Está bien, madre? —preguntó mi hermano.

—Sí, hijo. Son las piernas, que me duelen lo que no quieras saber —mintió mi madre—. Ha sido un día de mucho trajín y claro, ya no soy una jovencita.

Procuré animar la cena hablándoles del caso de un juicio al que Rafael me había pedido que lo acompañara. Iba a ser mi primer juicio y estaba muy ilusionada. Miguel, cansado de un duro día, sólo dejaba escapar monosílabos en clave morse que nadie se esforzaba en descifrar. Pedrito era el único que me secundaba de vez en cuando contando sucedidos de la escuela. Yo observaba a Chelo y ésta observaba a mi madre. Le hacía daño que no la mirara a la cara. Pero más daño le hacía que ya no le regañara y que le hubiera retirado la palabra. Cuando en casa faltaban las palabras de mi madre se nos hacía un agujero en el alma. Sus silencios no eran cajas cerradas sino estuches abiertos que dejaba a la vista de todos y que resonaban como una bofetada. A veces eran causados por lo que ella llamaba el «mal del azúcar», un simple bajón en su estado físico que ella remediaba chupando un azucarillo; a veces dependían de los días que llevara el cartero sin traer carta de mi padre o simplemente de la velocidad con que el atardecer llenaba la casa de penumbra y de sombras que se colaban en el alma y que le hacían gritar «da la luz, corre, da la luz». Estaban también los silencios de sus actividades, como el silencio de la radio, cuando la escuchaba atenta y anotaba en su pizarra mental alguna palabra nueva que no entendía para luego preguntárnosla a Pedrito o a mí, un silencio mucho más superficial que el de la labor, cuando cosía y su memoria se iba a nuestra infancia remota, o el silencio del taburete de la cocina que era particularmente abstracto e indescifrable para cualquiera de nosotros, y estaba el silencio de la almohada, un silencio que salpicaba de palabras que emergían del sueño y a veces formaban cataratas de murmullo durante toda la madrugada. El de aquella noche decía que había dado a mi hermana por imposible, que con ella había arrojado la toalla.

Durante toda la cena mi hermana sólo abrió la boca para comer y en cuanto se metió en la cama rompió a llorar otra vez y así estuvo hasta que se quedó dormida. Yo no quería hablar con ella, pensaba que si le ofrecía mi consuelo y mi ayuda nunca iba a cambiar y eso significaría que seguiría dando disgustos a mi madre cada vez que le llevara la contraria o le impidiera hacer aquello que se le hubiera antojado. Bastante esfuerzo había hecho para mantener durante la cena una ilusión de normalidad. Abrí el libro de Dionisio Ridruejo que Javier me había dejado y leí la primera línea: «El mundo vive justo en su armonía». Me detuve, me sentía como el explorador que está a punto de hollar por primera vez una tierra que antes nadie ha

cruzado, ni entrevistado, ni imaginado siquiera y quiere disfrutar con detalle y deleite de cada paso, y por un lado quiere avanzar y por el otro teme llegar a destino demasiado pronto. Seguí leyendo: «En vacilante voz, en voz primera, se ha esparcido el amor a pleno cielo». No pude soltar el libro hasta que leí la última palabra del último poema. Apagué la luz. Puse el libro debajo de la almohada. Cerré los ojos y dejé que me acunara el eco de aquellos versos que me hablaban de la nostalgia del ardor primero, de amores que resbalan por las orillas de la ausencia, de ilusiones tronchadas. No sé el tiempo que llevaba durmiendo cuando la voz de Chelo rasgó débil y lejana el velo de mi sueño.

—No nos haga daño, por favor —susurró.

Creí que hablaba en sueños y no presté atención hasta que oí algo parecido a un sollozo.

—Chelo, ¿estás bien? —pregunté.

Tardé en salir del sopor, me costaba abrir los ojos y despertar del todo.

—Llévese lo que quiera pero no nos mate —añadió Chelo sin contestarme.

Entonces me incorporé y comprendí que no era a mí a quien mi hermana se dirigía. Había un hombre en medio de la habitación. Tenía la mitad del rostro cubierta por un pañuelo y a pesar de que la luz seguía apagada nos escrutaba con sus ojos negros y brillantes, como si una luz los animara desde dentro. Chelo sacó a Irene de su cuna y la abrazó para protegerla.

—No tenemos dinero pero yo tengo unos pendientes que se puede llevar —farfulló Chelo con voz llorosa—. Asun, dale los pendientes de la abuela Inés que están en la cajita de nácar.

No era un hombre cualquiera, era el ladrón que traía de cabeza a la policía.

El asaltante nocturno.

El ladrón cándido.

El anfibio mitad murciélago mitad araña.

Era Pies de Franela.

Los pendientes.

La cajita de nácar.

Esas palabras, que rebotaban en mi cabeza como una pelota contra una pared, eran lo único que se movía en aquella habitación. Estaba paralizada pero no por el miedo sino por la sensación de irrealidad que me invadía. No era capaz de dar órdenes a mi cerebro para abrir la boca, moverme o levantarme. Era una espectadora de una representación en la que a la vez tenía un papel secundario.

—¿Cómo ha entrado? ¿Qué quiere? Llévese el dinero o lo que quiera pero váyase, por favor —gimió mi hermana.

El hombre, desconcertado al verse interpelado insistentemente por Chelo, parecía tan paralizado como nosotras. Yo traté de reunir mentalmente toda la información que tenía sobre él para intentar actuar de la mejor manera, para no alterarlo, para no provocar en él una reacción de consecuencias impredecibles. Sabía que no era un hombre violento y que jamás había hecho daño a nadie, pero por otro lado no sabía hasta dónde podía llegar si se sentía acorralado. Poco a poco fui haciéndome dueña de la situación. Debía haber entrado por la ventana desencajada del patio y eso quería decir que había bajado desde otro piso al que se habría encaramado por la fachada que daba a la plaza. Me quedé mirando sus ojos, lo único que se veía de su rostro. Me bastaron unos segundos para saber de quién se trataba, no era la primera vez que me encontraba con esos ojos aunque nunca antes me había fijado en el dolor que arrastraban. Seguía detenido en medio de la habitación, como si no supiera qué hacer, no se atrevía a decir nada y entonces creí adivinar por qué. Su voz lo habría delatado, no sólo ante mí, también ante mi hermana.

—No va a hacernos nada —dije cuando por fin pude hablar para tranquilizar a Chelo—. Yo le daré el dinero que tenemos.

Fui a levantarme para coger mi bolso pero él alzó la mano.

—¡No! —dijo.

—¿No quiere dinero? Entonces, ¿qué quiere de nosotras? —preguntó Chelo.

Escuchamos ruido en la habitación de mi madre.

—¿Qué cuchicheáis a estas horas, niñas? —preguntó, y aguardó una respuesta que no llegó—. Chelo, Asun, ¿estáis bien?

El ladrón sostuvo mi mirada unos instantes, parecía interrogarme sobre lo que tenía que hacer a continuación.

—Es mejor que te vayas —dije.

Se dirigió a la puerta pero antes de salir agarró lo primero que vio sobre mi mesa de trabajo. Cuando hubo abandonado la habitación me levanté para abrazar a Chelo y

tranquilizarla. Estaba hecha un manojo de nervios. Temblaba de pies a cabeza. Mi madre, que se había levantado, dio un grito en el pasillo.

—¡Socorro! ¡Miguel! ¡Miguel!

Miguel y Pedrito se despertaron con los gritos de mi madre y corrieron hacia el pasillo.

—¡Un hombre! Había aquí un hombre. Las niñas, corre —dijo mi madre.

Entraron en tromba en la habitación. Sonó la puerta de la calle.

—¿Estáis bien? ¿Os ha hecho algo? —preguntó mi madre—. ¿Y la niña?

—No nos ha hecho nada, madre, estamos bien —la tranquilicé.

—¿Quién era?

—No sé, debió entrar por la ventana del patio —dije.

—Qué miedo he pasado por Irene, qué miedo —gemía Chelo.

—Yo creo que le hemos asustado más nosotras a él.

—¿Ha robado algo?

—Sí, mi bolso, pero no tenía mucho dinero —dije.

Mi madre fue a hacer tila para todos y Miguel salió al patio a ver si el ladrón había vuelto a meterse en la finca o lo alcanzaba en el portal.

Sólo entonces me di cuenta de que en la mesa de trabajo seguía mi bolsa de cartero, mi bolso y el de Chelo. Comprendí que lo que Pies de Franela había cogido de la mesa era el macuto de Jaime. Se había llevado todo lo que me quedaba de él.

Nadie pegó ojo el resto de la noche. Sólo Irene, ajena a lo ocurrido, dormía plácidamente en los brazos, alternativamente, de mi madre y de mi hermana. Pedrito no daba crédito a la suerte que habíamos tenido, no se podía creer que el ladrón del que hablamos la noche que Héctor cenó con nosotros hubiera estado en nuestra casa. Cuando lo dijera en la escuela los compañeros se iban a caer de espaldas.

—Ni se te ocurra decir ni una palabra de esto a nadie —le ordené—. ¿Tú estás tonto o qué te pasa?

Miguel volvió frustrado por no haber podido alcanzarlo. No entendía que no fuéramos a denunciarlo a la policía. Me cubrí diciéndoles que, que yo recordara, nuestro trato con la policía nunca había sido fluido precisamente. Nuestro abuelo Basilio, nuestro padre y él mismo habían pasado alguna noche en la comisaría. No quería denunciarlo porque no serviría de nada. No podíamos dar una descripción de él porque estaba oscuro y encima llevaba la cara cubierta.

—Además, al final no ha cogido ni el bolso de Chelo ni el mío, no se ha llevado nada —mentí.

Aun así, mi madre no veía claro que no fuéramos a la policía. A lo mejor había entrado en algún otro piso de la finca y los vecinos lo denunciaban.

—Pues si alguien lo quiere denunciar que lo denuncie. Yo desde luego no voy a decir ni pío a la policía.

En realidad tenía mis motivos para no querer hablar de ello, pues ya sabía la identidad que se escondía detrás del esquivo y misterioso ladrón y además creía comprender por qué lo hacía. No sólo no estaba dispuesta a denunciarle sino que quería indagar más en las causas que lo habían llevado a convertirse en un allanador de casas.

Lo primero que hice al llegar a la redacción a la mañana siguiente fue ir al archivo y mirar entre los ejemplares atrasados que había repasado desde mi llegada. Buscaba un artículo que contaba lo ocurrido en un dramático incendio que acabó con la vida de dos personas, la de una niña y la del hombre que había intentado salvarla. Tardé en encontrarlo y cuando di con él me sentí como si hubiera desenterrado un tesoro. Allí estaba. El titular decía «El héroe quedó atrapado en las llamas». El incendio había empezado en un bajo ocupado por una tienda de pinturas. Debido a los líquidos inflamables del almacén de la tienda el fuego se extendió rápidamente por toda la finca. Varios vecinos habían logrado escapar del infierno pero otros seguían dentro del edificio. El reportaje hablaba del heroísmo de un hombre que pasaba con su hijo por las inmediaciones y corrió a ayudar a los que trataban de sofocar las llamas con cubos de agua y mangueras. Una mujer gritaba desde uno de los pisos de la casa, no podía bajar por la escalera inundada de humo y ella y su hija estaban

atrapadas. El hombre trepó por los balcones de la fachada ante la mirada aterrada de su hijo que lloraba y le suplicaba que no lo hiciera. Había conseguido salvar a la mujer descolgándola por los balcones hasta una terraza lateral libre de llamas pero había quedado atrapado al intentar rescatar a su hija. Varias fotos ocupaban el reportaje. Una de ellas mostraba a los vecinos huyendo de la casa en llamas, otra a los bomberos en el momento en que luchaban por extinguirlas. En una de ellas, la que yo buscaba, se veía a un policía que trataba de consolar a un niño. Gabriel Merino tenía entonces doce años y cuando tomaron la foto acababa de ver vivo a su padre por última vez: era el hijo del héroe al que hacía referencia el titular del reportaje.

Ahora ya sabía que Pies de Franela era dos seres distintos y se desdoblaba en su segundo yo sólo al amparo de la noche. De día era el hombre amable y servicial que todos conocíamos, de noche el niño que escalaba las casas buscando el fantasma de su padre, anhelando encontrarse con él. Catada de ese modo el sabor amargo del peligro y se dejaba roer el alma por el sueño, dulce y doloroso a la vez, de que al arriesgar su vida y su libertad entraba de algún modo en comunión con él.

En cierta ocasión Héctor comentó que había ladrones que encontraban placer sexual en sus asaltos y que sólo buscaban trofeos que eran como una muesca en la culata de un revólver, un rastro de su paso por el lugar que habían violado. «Sin ser muy amigo de la escuela de Viena —había dicho—, creo que hacen un museo de su colección de trofeos, una especie de altar sagrado que veneran en solitario ya que no se lo pueden enseñar a nadie».

En el caso de Pies de Franela yo no creía que sus actos tuvieran una motivación sexual sino sentimental. Tenía necesidad de demostrar a su padre muerto —y a él mismo— que no le faltaban agallas y esos trofeos eran la prueba de su arrojo. Pero ¿sabía por qué lo hacía o sufría algún tipo de trauma que le impedía recordar? ¿Había borrado de su mente aquel hecho dramático de su niñez? Tal vez su día estuviera lleno de voces silenciosas que sólo él escuchaba, tal vez aún resonaban en sus oídos los gritos de la mujer pidiendo ayuda para salvar a su hija, las últimas palabras que le había dirigido su padre o su propia voz llamándole en medio del estruendo de los gritos y las sirenas para que regresara de las llamas.

Sabía —o aventuraba— todo eso pero lo que no sabía era a quién debía contárselo. Si al menos Enrique siguiera en la redacción, si él hubiera estado sentado en su mesa frente a la mía tal vez me habría sentido tentada de contarle mis sospechas y mi hipótesis sobre quién era el ladrón o por qué actuaba como lo hacía. Después de pensarlo mucho decidí mantener en secreto lo que había descubierto, no revelaría a nadie su identidad, al menos hasta que volviera a encontrarme con él y hubiera tenido ocasión de confrontarlo.

—Eres un huevo podrido y hueles a huevo podrido. Toda tu familia está podrida y oléis que apestaís.

Pedrito estaba metido en un buen lío cuando llegué a la plaza de los Frutos aquella tarde. Un chico le tenía sujeto de los brazos mientras el otro le atizaba en la cara de lo lindo.

—¡Cobardes, desgraciados! —grité corriendo hacia ellos—. ¡Dejadlo en paz!

Los dos camorristas salieron huyendo. Me agaché a levantar a mi hermano del suelo.

—¿Qué ha pasado?

—Las gafas, han vuelto a rompérmelas —dijo sujetándolas con mano temblorosa.

—¿A qué ha venido la pelea? Dos contra uno es una cerdada. Y encima, mayores que tú.

Pedrito miraba las gafas y las tocaba como si pudiera repararlas mágicamente con la punta de los dedos. Intentaba no mirarme a la cara para que yo no notara que estaba a punto de llorar.

—No están tan mal, con un poco de sindeticón ni se notará —lo animé.

—Están rotas, no se van a pegar. A ver qué le digo ahora a madre.

—Que te has caído.

—Eso ya se lo dije la última vez.

—Pues que se te han caído al suelo de un golpe de viento y las has pisado sin darte cuenta.

—Esto también se lo he contado mil veces.

—Lo que quieras menos que te has peleado.

—Eso ya lo sé.

—¿Estás bien? ¿Te duele?

Lo rocé con un pañuelo para limpiarle la sangre y se echó para atrás.

—Que no soy un niño, Asun. ¡Y no tenías que haberte metido!

Le habían partido el labio y el amor propio además de las gafas. En casa no ganábamos para reparar ninguna de las tres cosas.

—Y si alguien se estuviera metiendo conmigo, ¿qué? ¿No intervendrías?

Se encogió de hombros. Las lágrimas perdieron el equilibrio precario en el que estaban al borde de sus ojos y empezaron a resbalar por sus mejillas. Se secó la cara con las manos. Se restregó los ojos. Trataba de tachar sus lágrimas, de borrarlas.

—Conmigo no tienes que hacerte el fuerte, Pedrito. Si quieres llorar lo voy a entender.

—¡Que no estoy llorando! Llorar es de niñas.

—Los chicos también lloran. Hasta los hombres mayores como padre. Yo le he

visto llorar y no pasa nada.

—¡Es de niñas!

—Bueno. Pues no llores.

—Lo del labio sí que no lo voy a poder disimular.

—Eso es más fácil, bobo, le dices a madre que te lo has roto jugando al fútbol.

—¿Entonces las gafas...?

—Pues también.

—Dos contra uno es de cobardes.

—Eso es lo que yo te he dicho. Son unos gallinas y unos cerdos. Seguro que con Miguel no se atreven. Ni se atreverían si fueran solos. Sólo se engallan cuando van en comandita. Qué asco les tengo.

—En el pueblo no pasaba esto. Son matones de ciudad.

—Sí que pasaba. Y cosas peores.

—A veces pienso que estábamos mejor en Valdemorillo.

—Eso ni hablar. Eso en la vida. Madrid vale como cien Valdemorillos. Los ratos malos son malos pero los ratos buenos son mil veces mejores.

—¿Te importa que esperemos un poco antes de entrar en casa? Es que si entro así...

—Claro que no me importa. Si supieras la de veces que a mí me pasa lo mismo.

—¿Sí?

—Claro, cuando estoy disgustada y no quiero que madre me lo note me doy una vuelta a la manzana.

—Hay una pastelería nada más girar la esquina.

—Menudo eres. Un pillo redomado.

Echamos a andar y después de comprar dos bizcochos con nata los fuimos comiendo mientras hablábamos del colegio y del trabajo, y yo notaba que a mi hermano se le pasaba el susto y la rabia por haber cobrado de los dos matones. Entonces vi a don Mariano y me acerqué a preguntarle cómo iba todo. En los días más duros del invierno había veces que se quedaba en casa y terminaba allí las reparaciones pendientes. Le pregunté por Mascarón. ¿No le acompañaba hoy?

—No ha venido por el barrio. A ver, con el frío que hace. A lo peor está indispuesto. Como no dice nunca nada a nadie... O a lo mejor no lo está pero le tiene miedo a las pulmonías. A cientos están los virus en las calles. Y si no hay necesidad de salir a la calle mejor se está uno en casa. ¿Le aviso de que le buscas cuando lo vea?

—No, no le diga nada, don Mariano. No es nada importante. Ya habrá ocasión.

Antes de entrar en casa pregunté por última vez a Pedrito la razón de la pelea. No quería decírmelo pero le obligué.

—Se han metido con Chelo y eso no lo aguanto.

—¿Qué han dicho?

—Que era más arrastrada que una sombra.

—Canallas. A Miguel ni una palabra.

—Que ya lo sé —dijo con fastidio—. Nadie se puede meter con Chelo pero él bien que se mete con ella.

—Porque la quiere mucho y le da rabia que sea como es.

—También se han metido con padre. Le han llamado delincuente y un porrón de cosas más.

—¿Qué cosas?

—Que estuvo a punto de matar a un hombre y que es peor que un asesino y un gitano.

Me cegaba la rabia. Repasamos la versión de la caída jugando al fútbol y cuando entramos en casa entre los dos se la contamos a mi madre. Estaba tan contenta porque había recibido una carta de mi padre que no lo regañó por lo de las gafas. Sacó unas de repuesto que tenía guardadas en un cajón desde que un grandullón del colegio le partiera las que llevaba por haberse negado a hacerle los deberes y se las tendió para que leyera en voz alta la carta de nuestro padre.

Pedrito carraspeó como si estuviera subido a un escenario frente a un teatro lleno de gente y con expresión reconcentrada tomó la carta de manos de mi madre y empezó a leer.

—«Queridos Felisa y familia: yo, bien».

—Eso es lo más importante. Sigue, Pedrito.

—«De Irene me acuerdo mucho todos los días y de vosotros a todas horas. Miguel, sé por tu madre lo mucho que te has afanado para que no se note mi marcha en portería».

—Eso se lo cuento yo en todas las cartas, hijo, así lo dejamos más tranquilo y con menos preocupación.

—«El frío que hace en España se multiplica por mil entre estas paredes. Bajo las dos mantas que trajisteis la última vez que estuvisteis visitándome nos cobijamos hasta seis y siete por la noche y así nos damos calor los unos a los otros y el frío es menos. Ahora vemos como una suerte la que tienen los encerrados en celdas sin ventilación pues aire entra menos y las noches no se hacen tan frías sino más llevaderas. Calcetines nos ponemos unos sobre otros pero sólo cuando estamos en la celda pues al salir al patio nos quitamos los pares hasta dejar sólo uno pues si no los zapatos no nos cabrían».

Pedrito hizo una pausa que nos llenó de suspense. Estaba leyendo por su cuenta cómo continuaba la carta.

—¿Qué pasa, Pedrito? ¿Por qué no sigues? —preguntó mi madre.

—Lo que viene ahora sí que es bueno, madre.

—Anda, hijo, pues no pares y cuéntanos qué más dice.

—«Ha corrido por la cárcel la noticia de que un indulto se espera. Eso o que van a sacar a unos presos a los que les queda poca condena para dejar sitio a todos los detenidos que hay por Madrid que son muchos estos días. De ser así pronto estoy llamando a la puerta de casa y pidiéndote, Felisa, que prepares un cocido de tres vuelcos que desde que estoy aquí no sueño con otra cosa. A Asunción y a Chelo las envío muchos recuerdos también y a Pedrito que siga sobresaliendo en sus notas».

A estas alturas a mi madre ya se le habían empañado los ojos y sorbía los mocos.

—¿Y dice algo más?

Pedrito asintió.

—«Felisa, no te acostumbres a la cama para ti sola que eso pronto dejará de ser así. Varea el colchón para que no lo hunda con mi peso y no te haga resbalar hacia el centro de la cama porque lo haya hundido yo. Sólo quería que supierais la alegría que tengo. Se despide vuestro padre y marido que lo es. Trino Muñoz».

Mi madre tenía chispitas en los ojos. Cogió la carta y la apretó contra el pecho.

—¿Lo veis? Todo lo malo se pasa. Todo. Todo. Hala, id poniendo la mesa que yo voy a acercarme al Asturiano a darle la noticia a mi prima.

Esa noche, mientras preparábamos la cena, Chelo volvió a ser la chiquilla alegre de siempre. Cantaba y hablaba de hacer sacrificios y ofrecer sufrimientos como si fuera santa Teresa niña la víspera de escaparse con su hermano Rodrigo a buscar martirio a tierra de moros. Todo lo quería hacer por mi madre y por mi padre, por darles una alegría y poner su granito de arena en la felicidad que se respiraba en casa.

—Madre ya se ha olvidado del disgusto que le di con lo de la academia. Claro, la carta de padre la ha alegrado tanto...

—Normal. Imagínate que es cierto y le sueltan antes de que acabe el mes.

—Esa gente de la que padre habla en la carta son los estudiantes, ¿no? Los están deteniendo a manta y claro, no caben en la cárcel.

Asentí pero no quise añadir lo irónico que me parecía el hecho de que la liberación de nuestro padre tuviera que ver con las revueltas estudiantiles. El destino se comportaba caprichosamente una vez más y conectaba lo ocurrido en la universidad con el drama de nuestra familia.

Antes de que sacáramos la cena a la mesa, Chelo me agarró del brazo, quería saber qué había pasado en realidad con Pedrito, no se había tragado ni media palabra de la excusa del fútbol.

—Pues que se ha peleado, Chelo, como siempre.

—Qué niño este, ¿y esta vez por qué ha sido si puede saberse?

—Al final fue contando lo del robo y fardando delante de sus amigos de que poco menos que había ahuyentado él solo al ladrón y claro los chulos de la pandilla le han querido cerrar la boca para que deje de hacerse el fantasma.

—También Pedrito, qué fantasioso es. Claro, como él no pasó el miedo que pasamos nosotras... Bueno, en realidad, que pasé yo sola.

No entendí qué quería decir.

—Lo he estado pensando y tú... Tú... me pareció que estabas tan tranquila, Asun. Tú no te pusiste nerviosa.

—Cosas tuyas, estaba igual que tú, hecha un flan.

—¿Y por qué me da la sensación de que había algo familiar entre él y tú? No sé, le hablaste de un modo...

—¿Cómo?

—Pues no como se habla a un asaltante o a un ladrón, a alguien que puede hacerte daño o hasta matarte. Si alguien me preguntara habría dicho...

—No empieces con tus fantasías que te conozco. Anda, vamos a sacar la cena.

—Habría dicho que no era la primera vez que lo veías. Es una tontería lo que digo, ya lo sé, pero hubiera jurado que conocías al tipo ese.

Nunca supimos quién había filtrado a la policía la noticia de que en el semanario se guardaban fotos de la revuelta. Aquella mañana dos agentes entraron en la redacción y pidieron a don Adolfo que se las entregaran. Don Adolfo se hizo el tonto: «¿Qué fotos? ¿Qué revuelta? Aquí no hay nada». Pero la policía efectuó un registro, traían una orden firmada por el juez para el caso de que don Adolfo se negara a entregarlas voluntariamente. Le obligaron a abrir la caja fuerte. Dieron con los negativos —las fotos positivadas quedaron a salvo entre las páginas del tomo de abril-junio del año 1951— y un juez —o el mismo del registro, de eso ya no me acuerdo— ordenó cerrar el semanario como medida cautelar hasta que terminara la investigación sobre los sucesos de la calle Alberto Aguilera. Aquella mañana don Adolfo nos reunió a todos y nos enseñó la orden del juzgado. A las dos de la tarde vendrían a poner un precinto en la puerta y había que darse prisa en recoger las cosas que nos queríamos llevar.

Todos fuimos enviados a casa hasta nueva orden. Mientras salíamos a la calle se barajaron varias hipótesis sobre quién había podido dar el soplo. A uno de la sección Última Página que se le ocurrió decir que a lo mejor había sido Enrique por revanchismo, Cayo le cerró la boca de un empujón y le desafió a que lo repitiera si tenía agallas.

Pasaron dos días en los que me encerré en casa y sólo salía a la calle para hacer recados y para ver si veía a Mascarón. Nadie sabía nada de él, era como si la tierra se lo hubiera tragado.

«Es peor la duda que la incertidumbre. Y peor que las dos cosas es quedarse de brazos cruzados y no hacer nada». Una coletilla como otra cualquiera. De mi abuelo Basilio. Cuántas veces me acordé de él y de ese dicho que no se le caía de la boca aquellos días. No sabía qué hacer. ¿Contaba a alguien mis sospechas sobre la identidad del ladrón? ¿Le hablaba a Héctor del asalto a nuestra casa? ¿Y de don Andrés y su visita? ¿Y del robo de la foto en la que salía Jaime? Nadie había echado de menos esa instantánea porque una vez sellaron y precintaron la puerta del semanario nadie pudo volver a entrar. ¿Debía avisar a don Andrés de que la policía tenía los negativos y de que tal vez identificaran a Jaime en la instantánea que él se había llevado? ¿Habría sido don Andrés el que había denunciado la existencia de las fotos? Pero... ¿por qué iba a hacerlo? Sería absurdo porque era como tener una confesión firmada de la participación de Jaime en los altercados y eso era lo último que le interesaba. A no ser que su abogado le hubiera aconsejado hacer un canje, un acuerdo, para que el juez tuviera en cuenta su colaboración a la hora de dictar condena contra Jaime: denunciar la existencia de esas fotos a cambio de rebajar su pena. Definitivamente me incliné a pensar que no había sido don Andrés, entre otras

cosas porque de haber sido él habría hablado del tomo de números atrasados donde se escondían las copias positivadas y la policía ni siquiera lo había mencionado. Tal vez alguien había visto a Tristán en la calle sacando fotos y tardaron en dar con el rastro que llevaba hasta la revista. Fuera quien fuese ya no importaba. Ahora lo único sustancial era averiguar qué iba a pasar con *Sucesos* y si se levantaría la medida cautelar que se había ordenado contra la publicación.

Pero no sólo me acordaba de mi abuelo por aquella coletilla. Había otras razones que lo relacionaban con todo lo que me estaba ocurriendo desde que Jaime había vuelto a mi vida: el fantasma de las dos Españas que, de algún modo, lo ocurrido en la Facultad de Derecho había hecho resucitar. Mi abuelo, siendo concejal de un partido de derechas y un hombre de orden convencido de que la guerra había sido inevitable para parar los desmanes que se cometieron en la República, había tenido un gesto de enorme nobleza con un miliciano. Durante la guerra a mi abuelo lo fusilaron. Mi abuela se quedó oficialmente viuda y un buen día recogió en su casa a un hombre herido que era «del otro bando».

—Del bando de los que habían fusilado precisamente a tu abuelo —me había contado mi madre cuando se atrevió a destapar meses atrás aquella historia que hasta entonces había sido un secreto.

Confinada obligatoriamente en casa mientras no se aclarase la situación en la revista, aquella mañana ayudaba a mi madre a emparejar calcetines cuando le pedí que volviera a contarme la historia.

—En realidad tu abuelo, como bien sabes, no estaba muerto, lo habían malfusilado los rojos y lo habían dejado abandonado para que las alimañas del monte dieran cuenta de él. Estuvo años escondido en una cueva del monte Abantos, sin dar señales de vida, sin decir ni pío, corroborando así la creencia general de que había pasado a mejor vida. Entonces fue lo de la batalla de Brunete que ocurrió, como bien sabes, muy cerca de Valdemorillo. Allí la sangre corrió lo que no está en los escritos. Hubo muchos muertos y muchos heridos, entre ellos un joven, Enrique, el miliciano al que tu abuela por caridad acogió en su casa, lavó las heridas y cuidó mientras se recuperaba. Poco a poco mi madre se fue acostumbrando al consuelo de su compañía y sin darse cuenta sus sentimientos se fueron transformando en algo parecido al amor. O fue la necesidad de no estar sola. O la convivencia. O la tensión enorme de la guerra. O una mezcla de todas esas cosas que, combinadas, les hicieron caer a uno en brazos del otro. Cuando terminó la guerra y ganaron los nacionales a Enrique lo fusilaron.

—En la Pizarrera.

—Allí mismo. Luego, acabada y bien acabada la guerra, tu abuelo, que por ideología era del bando ganador, volvió a casa y tras la primera sorpresa lógica de mi madre, tu abuela Inés, el matrimonio se rehízo. Con el tiempo la abuela le acabó

contando la historia de Enrique. Bueno, ¿pues qué te crees que hizo tu abuelo al correr de los años? Nada menos que permitió que enterraran a Enrique junto a la abuela, para que compartieran en la eternidad lo que también compartieron en vida, un espacio de amor y compañía. ¿Cuántos hombres te crees tú que hay en el mundo capaces de hacer eso con el amante de su mujer? ¿Eh? ¿Cuántos?

La puerta de la calle se abrió y entró Miguel.

—¿Está encendida la caldera, hijo? —preguntó mi madre—. Yo creo que los radiadores no están muy plenipotenciarios esta mañana.

—Es que no hay manera de que los vecinos cierren la puerta al entrar o salir de la calle y claro, se escapa todo el calor por el portal. Para eso como si no se encendieran.

—Razón no te falta, pero por mucho que me empeñe no le veo solución. Como hemos puesto un cartel bien grande en la puerta para que la cierren al salir y nadie le ha hecho el menor caso...

—Deja los calcetines y acompáñame un momento a la carbonera, haz el favor, Asun —pidió mi hermano.

—¿Qué falta te hace tu hermana en ese sitio tan sucio? —preguntó mi madre—. Va a echar a perder la ropa que lleva. Buena gana.

—Pues que se cambie.

—Me pongo la bata y te acompaño yo —se ofreció ella.

—No, madre, usted no me puede ayudar.

—¿Por qué? Ya me he manejado otras veces con la pala y la carretilla, ¿o te crees que es la primera vez que tengo que ocuparme yo de apañar el espacio para que no nos coma el carbón?

—No hay que mover las pilas ni nada que se le parezca, no es eso.

—Pues ¿qué es, hijo?

Miguel hizo una pausa y me taladró con los ojos. Parecía querer decirme algo telepáticamente. Le pregunté qué quería con un gesto y sin contestarme se volvió hacia mi madre.

—Es que no llego a la trampilla que da a la calle y se ha quedado mal cerrada. Voy a ver si sujetando a Asun ella logra encajar bien la tapa y que no entre la nieve.

—Ah, si es sólo eso, hijo, mejor la sujetas a ella que yo peso por lo menos el doble que tú. Anda, Asun, ayuda a tu hermano y deja eso que ya acabo yo.

—Espabila, Asun, y ponte de una vez algo que se pueda manchar —ordenó impaciente mi hermano y con fastidio me fui a cambiar.

La carbonera siempre había tenido para mí algo de mazmorra. Era un espacio lúgubre, oscuro, siempre sucio. No me hizo ninguna gracia acompañar a Miguel hasta allí, me molestaba que no fuera capaz él solo de cerrar una trampilla y bajé todas las escaleras refunfuñando.

—El palo de una escoba te alcanza para cerrarla. Son ganas de hacerme bajar para nada. Y si yo no hubiera estado en casa, ¿qué habrías hecho? Y si ya estuviera nevando y entrara la nieve, ¿cómo te las apañarías?

Miguel pidió que dejara de quejarme y al llegar comprendí que lo de la trampilla no había sido más que una excusa para que lo acompañara. Estaba cerrada y bien cerrada.

—¿No me habrás hecho bajar hasta aquí para contarme algún secreto?

—Pues sí, un secreto. Y bien grande.

—¿A ti te falta un tornillo o qué te pasa? Para eso podríamos haber subido a la azotea. O salido a la calle. Yo me largo de aquí. Este sitio me pone la carne de gallina.

—Porque eres muy señorita. Si pasaras aquí tanto tiempo como yo...

—Habló el «proletarios de la tierra uníos». Sea cual sea el secreto no me interesa lo suficiente para quedarme más tiempo.

—Si callaras un momento la boca y me dejaras explicarte... que es que no callas.

Sonó un ruido entre las pilas de carbón. Respingué. En una de las esquinas de la carbonera donde había un habitáculo estrecho y sin ventilación se produjo un movimiento. Algo se arrastraba o reptaba. Comprendí de qué se trataba.

—¡Ratas! —balbucí girándome hacia la puerta, pero antes de que me hubiera dado tiempo a salir escuché una voz familiar.

—¡Vaya! Nunca me habían llamado nada parecido.

No era la voz de Miguel, pertenecía a una figura que emergió de la oscuridad. Entre la mugre distinguí unos ojos que me escrutaban como brasas encendidas.

—Hola, Asun. Ya ves que no soy ninguna rata. Si acaso, un ratoncillo inofensivo. Creí que mis ojos me engañaban.

—Y no me mires como si fuera un fantasma, cualquiera diría que ya me habías dado por muerto. Gracias por avisarla, Miguel.

Jaime sonreía con los ojos, con los labios, toda su cara una sonrisa. En medio de la negrura resplandecía como el Apolo de *La fragua de Vulcano* de Velázquez que salía en el calendario de mi habitación. Debía parecerle cómica mi mudez y mi parálisis porque sus ojos no dejaban de achinarse cuando reía.

—Esto no me hace ninguna gracia pero es la única manera de conseguir que salgas de aquí —dijo Miguel a Jaime. Y volviéndose hacia mí añadió—: A ver si tú le convences de que haga lo que tiene que hacer, Asun. Ir a la policía o a un abogado para que lo ayude a salir con bien de ésta o lo que sea.

—Cállate, bobo —dije a mi hermano cuando al fin me recuperé de la catatonia y sin importarme embadurnarme de polvo y carbonilla, sin pensar en ratas, ratones o fantasmas, sin acordarme de lo enfadada que estaba con Jaime por haberse olvidado por completo de mí, salté entre las pilas de carbón y corrí a abrazarlo.

Miguel encendió la bombilla desnuda que colgaba del techo. Yo seguía abrazada al Apolo velazqueño como si sólo así pudiera convencerme de que era real y no fruto de mi imaginación.

—Si va a durar mucho la escenita yo me largo —comentó malhumorado mi hermano.

Jaime se apartó dulcemente de mí y pidió a Miguel que apagara la luz, no quería que nadie supiera que estábamos allí.

—Miguel pasa mucho tiempo en la carbonera. Nadie se extrañará de que haya luz —dije yo y le acerqué a la bombilla para verle mejor.

—Además, nunca baja nadie —añadió Miguel con algo de impaciencia.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté rozándole una herida que tenía en la frente. También tenía moratones en la mejilla y en torno a los labios.

—Pues que le han partido la cara por tres o cuatro sitios, está bien claro —refunfuñó Miguel.

—He cobrado algo pero también yo he dado lo mío. La cosa ha quedado más o menos en tablas —bromeó Jaime.

—La herida la tienes muy sucia, aquí no te puedo curar. Subamos a casa —dije tirándole de la manga.

—Ni hablar —se ancló al suelo—, no puedo hacerle eso a tu familia.

—Pero Jaime, se te puede infectar. Díselo tú, Miguel.

—Yo no le digo nada, Jaime tiene razón. A madre no le puedes pedir que se meta en más líos, por eso te he hecho bajar. Aunque gracia ya sabes que no me hace ninguna.

—Eso ya lo has dicho antes.

—Por si no ha quedado claro, lo repito, que a mí todo esto me da mala espina y lo puedo decir. No tengo nada en contra de ti, Jaime, pero sí en contra de que nos salpique el lío en el que estás metido no sé si con razón o sin razón, que en eso no me meto.

—Deja eso para luego, Miguel, ahora hay que pensar qué hacemos con él.

—Yo pensaba quedarme aquí de momento, hasta que me aclare. Estoy hecho un lío, Asun, y de los buenos. Bueno, ya te lo podrás figurar.

—No digas tonterías, aquí puedes coger cualquier cosa. Bueno, vosotros esperadme aquí, que ahora vuelvo, voy a por vendas a casa. —Y antes de salir me volví—. ¿Tienes hambre?

—Bastante —respondió Jaime.

—Y ahora con ésas —rezongó Miguel impaciente—. Claro que tiene hambre, pero ésa no es la cuestión *ahora*.

—Te traigo comida —anuncié—, todo lo que encuentre.

—Sí, y no te olvides de la bañera, la colonia y el talco —ironizó Miguel—. Primero la herida, Asun, ya habrá tiempo luego de engordarlo. Mujeres.

Qué nerviosa me ponía Miguel cuando hacía de mandamás. Pero tenía razón, lo primero era lo primero. Subí rápidamente a casa y bajé con gasas y desinfectante. Mientras le limpiaba las heridas, Jaime nos contó que llevaba desde la noche anterior oculto en el sótano de la casa. Y antes había estado una semana durmiendo cada noche en un sitio, un día aquí, otro allí, «hasta entre los mendigos del Manzanares tuve que hacerme sitio una noche». Después de lo de la calle Alberto Aguilera fue a parar a casa de un profesor que les había asilado a él y a unos compañeros durante dos días. Luego, cuando se dictaron las órdenes de búsqueda contra aquellos estudiantes a los que no habían encontrado en sus domicilios, no le quisieron comprometer más y se fueron. La primera noche sin casa durmieron en un portal que encontraron abierto, bueno, en el rellano de uno de los pisos. Se estaba calentito pero tuvieron que salir antes de que se levantaran los vecinos y echaron a caminar sin rumbo fijo. A la noche siguiente intentaron entrar en el mismo portal pero no hubo manera de pillarlo abierto y claro, no era cuestión de avisar al sereno que los habría llevado a la comisaría sin hacer preguntas. Fue entonces cuando se separó de los dos amigos con los que estaba y cada uno decidió buscarse la vida por su cuenta.

—Han sido días muy duros. Sin saber qué hacer durante el día y temiendo que llegara la noche. Han cerrado la facultad y no habrá clases hasta nueva orden —dijo Jaime.

—Eso ya lo sé, lo sabe todo el mundo, Jaime. La que se ha organizado es bien gorda. Los periódicos no hablan de otra cosa, que si conspiración, que si las hordas soviéticas, que si la *agitprop*...

—¿Que si la qué? —inquirió Miguel.

—Si hasta hay gente que cree que va a empezar otra guerra —añadí.

—¡Gente! Se refiere a nuestra madre —dijo Miguel—, ésa es la única que piensa en guerras ni guerras.

—¡Y más gente, listo! —le corregí—. En los bares también se habla de eso y en la calle y en el metro y en todas partes.

—Y en tu revista, ¿no, Asun? Que me he tenido que enterar por Miguel de que eres toda una periodista. Eso no te lo perdono.

—Es que el día que nos vimos no tuve ocasión de contártelo y como luego no volví a verte...

—Lo entiendo, no te dejé meter ni una palabra de canto. Menudo rollo debí soltarte. Oye, lo de ese chico, Miguel Álvarez, es cosa de los falangistas pero nos han cargado el muerto a nosotros para poner punto final a nuestras reivindicaciones —aclaró Jaime.

—Hablando de falangistas —intervino Miguel—, vinieron a buscarte unos amigos tuyos, unos matones encantadores, unos señores en toda regla. Les faltaba el cuchillo entre los dientes y los puños americanos. Por lo demás, lo dicho, una gente encantadora.

—Miguel tiene razón, estás en la lista negra de esa gente, Jaime.

—Sí, dijeron que querían hacerte miembro de un club muy selecto, el de las costillas rotas y los dientes en rompan filas creo que se llama —siguió Miguel.

Jaime estaba al corriente de todo porque aunque unos de Falange lo buscaban para varearle todavía tenía amigos de su familia entre ellos y le habían avisado de lo de las listas. Él y los otros dos compañeros con los que había huido habían tenido una pelea con miembros de una centuria de Falange que lo reconocieron caminando por el paseo de Rosales. Fue en esa pelea cuando le dieron para el pelo y le hicieron esos moratones.

—Ahora que... leña cayó por las dos partes —aclaró.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté.

—¿De lo de entregarme?

—Huyendo no vas a estar toda la vida —musité.

Guardó silencio.

—Te convertirías en un fugitivo, un fuera de la ley —insistí yo.

—¡Fantástico! Y nosotros, cómplices y encubridores —gruñó Miguel.

—Todavía no he pensado qué voy a hacer. Necesito un poco de tiempo para aclararme —dijo Jaime.

—No sólo te buscan la policía y los falangistas. Tu padre también te está buscando.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó Miguel.

Les conté la visita de Andrés Hernández Salvatierra aquel domingo aunque no dije ni media de lo de nuestra incursión a la revista para robar la foto.

—Gracias por contármelo ahora, a toro pasado, las tías es que sois la repera... —se quejó Miguel, y nos urgió a que pensáramos algo para sacar a Jaime de allí, con su mala cabeza nos estaba buscando un lío a todos.

Yo le dije que no me importaba y que si quería él podía irse porque yo pensaba ayudarlo. Jaime le juró a Miguel que no había hecho nada de lo que tuviera que arrepentirse, le buscaban por los disturbios que habían tenido lugar en la universidad desde principios de mes pero él no consideraba que hubiera hecho nada ilegal o ilícito.

—Hay que salir de aquí, Jaime. Subamos a tu casa —ordené— y tú, Miguel, no te metas más en esto. Ya has hecho mucho por nosotros. Ahora es cosa nuestra.

—Demasiado tarde, rica. Ya estoy en esto quiera o no quiera. Tu novio me ha metido y ahora soy un miembro más de la banda de Luis Candelas.

¡Novios! Ni Jaime ni yo le desengañamos en ese momento.

—No puedo entrar en mi casa, ni siquiera cuando los vecinos estén durmiendo —dijo Jaime—. Podría haber alguien vigilando las ventanas que dan a la calle. Si vieran alguna luz encendida me delatarían. Y aunque no hubiera nadie vigilando el piso algún vecino puede oír ruido y asustarse, la casa lleva meses cerrada y así debe seguir.

—Tiene razón —dije yo—. Además, ahora vuestro vecino de rellano es un militar que se las sabe todas, el teniente coronel don Eugenio Armenteros, y a ése no se le escaparía ni media. Menudo olfato tiene.

Mi hermano Miguel se había quedado pensativo y de pronto nos sorprendió con una sugerencia insensata.

—Los señores Pardo están de viaje hasta la semana que viene.

—¿Los del quinto derecha?

Los Pardo, un matrimonio de mediana edad sin hijos, viajaban con frecuencia debido a que él, don José, era representante de bicicletas y tenía que acudir a muchas convenciones.

—Y doña María, del quinto izquierda, está un poco gagá y no se enterará de nada aunque oiga ruidos en la otra puerta —añadí yo—. Es perfecto. ¡Perfecto!

—Madre tiene guardadas las llaves del piso porque se ha ocupado de la limpieza en su ausencia. Si Jaime no quiere arriesgarse a entrar en el piso de sus padres, yo puedo daros la llave y unas horas para que habléis allí tranquilamente —propuso Miguel.

Jaime no terminaba de creerlo. Era algo insólito que mi hermano Miguel, serio y recto como un banquero, como un ministro, hubiera propuesto algo así.

—Gracias, Miguel. No sabes cómo te agradezco tu ayuda. Sé que nunca has visto con buenos ojos mis actividades políticas.

—Yo en eso ni quito ni pongo. Lo que me preocupa es mi familia, con eso tengo bastante. Os dejo entrar en casa de los Pardo pero pongo una condición, Jaime —dijo clavando sus ojos en él—, y es que en unas horas te entregues a la policía o salgas para siempre de la vida de mi hermana y dejes de comprometerla.

Jaime y yo nos miramos. Un gesto grave había sustituido su sonrisa.

—Dice muy poco de ti que hayas venido a buscarla según están las cosas. Muy poco —añadió Miguel.

—Te juro que lo último que quiero es crearle problemas a Asun pero la verdad es que no sabía a quién acudir. Si hubiera podido refugiarme en otro lado no os habría comprometido, puedes creerme. Pero después de días y días en la calle y sin terminar de aclararme sobre el lío en el que estoy metido... Necesitaba verla, Miguel, ¿lo comprendes?

—Dale un respiro —intervine yo—. Necesita tiempo para pensar y tomar

decisiones, ya le has oído.

—No hay tiempo que valga. Tenéis unas horas y punto. Mañana por la mañana tiene que irse, Asun, a donde sea pero lejos de ti y de nuestra familia —sentenció mi hermano, y saliendo de la carbonera dio la cuestión por zanjada.

Cuando Miguel y yo volvimos a casa me cambié de ropa y anuncié a mi madre que subía a hacerle compañía a doña María, la vecina del quinto izquierda, al menos hasta que llegara una sobrina suya que de vez en cuando la visitaba. Había encontrado a doña María en la escalera y me había dado pena porque se notaba que no se sentía muy católica y como era tan mayor... Mi madre no vio nada raro en ello y después de alabar lo considerada que era con la anciana me dejó marchar.

Jaime y yo hicimos un asalto «blando» a la vivienda de los Pardo. No queríamos descolocar ningún mueble ni alterar el orden casi sagrado de aquella casa. Como no pretendía abusar de su hospitalidad ni deseaba causar bajas en su despensa, me las arreglé para sacar todo tipo de provisiones de casa sin que mi madre se diera cuenta. También llevé ropa limpia de Miguel. Eran muchas las preguntas que se agolpaban en mi cabeza, que me gustaría hacerle: ¿por qué había faltado a la cita de La Ballena Alegre aquella tarde? ¿Qué había ocurrido al día siguiente de la lectura del manifiesto? ¿Había estado implicado en las fallidas elecciones de delegados? ¿Y en la pelea que acabó con la rotura de flechas del monumento a los caídos? ¿Por qué no me había llamado? ¿Quién era Regina? ¿Por qué había dejado tirado el macuto en el suelo de la facultad? Todas eran cuestiones acuciantes para mí pero comprendí que habría sido un error plantearlas de golpe, se hubiera parecido peligrosamente a un interrogatorio policial. O peor, tal vez habría vuelto a arrancarle aquellas palabras que me había dicho riéndose en la cafetería del hotel cuando se había sentido controlado por mí, unas palabras que no quería volver a oír: «Eres peor que una novia».

Antes de que me contara con detalle lo ocurrido, y mientras daba cuenta de la comida que le había llevado de casa, Jaime me pidió detalles sobre la visita de su padre. Se había prometido a sí mismo que intentaría salir del lío en el que estaba sin implicarlo, sin pedirle ayuda a él o a sus abogados. Recordaba muy bien las duras palabras que le había dirigido en el pasado cada vez que llegaba a sus oídos algún eco de las actividades de Jaime en la universidad. No quería volver a ser blanco de su ira nunca más. Yo también me acordaba de las andanadas que disparó cuando se enteró de que le expulsaban de Madrid y trasladaban el expediente a Zaragoza. Lo había oído todo a través de la ventana del patio; bueno, lo había oído yo y, me imagino, los demás vecinos de la casa.

—¡Se veía venir, niñato de las narices, que nos ibas a salpicar a todos con tus líos! —gritaba desoyendo los ruegos de doña Eulalia para que se calmara y sin importarle que su voz llegara hasta la plaza de los Frutos o hasta el mismísimo palacio del Pardo —. ¡Payaso, eres un payaso! Ahora mismo estará todo el Ministerio de Educación

riéndose del patético de Andrés Salvatierra que le ha salido un hijo subversivo y tarambana. ¡Has mandado tu porvenir a la mierda! ¡A la mierda!

Le aseguré a Jaime que el Andrés Salvatierra que yo había visto aquel domingo no era el mismo del pasado. Se había despojado de su ira, su agresividad, su rabia, su violencia. De algún modo se había amansado.

—Mi padre un manso, pues no faltaba más —rió burlón.

—A lo mejor ha cambiado tras su matrimonio con doña Adelina. Yo creo que ella ha pulido su carácter, ha suavizado su aspereza, le ha hecho más humano.

—No te engañes, mi padre no puede cambiar en ese sentido. Sí, admito que tras la enfermedad de Almudena y después de forjar nuestra alianza para deshacernos de aquella bruja que trató de volvernos a todos locos, esa Bibiana de los infiernos, mi trato con mi padre cambió, mi relación con él se hizo más llevadera. Pero la política le puede, es superior a sus fuerzas. Nunca me entenderá y, lo que es peor, nunca me perdonará que le haya defraudado. Soy un error, una equivocación, y todo este lío en el que me he metido le recuerda que conmigo ha fracasado. Puede que contigo estuviera comedido pero yo sé perfectamente lo que me espera si le llamo.

—Te equivocas, Jaime. Ya no es tan fiero. Me dio la sensación de que necesita ayudarte más por él que por ti. A lo mejor se siente culpable y está tratando de compensar todo el daño que te hizo y ésta es su ocasión para hacerlo. ¿No vas a darle la oportunidad de que te ayude?

Jaime se quedó callado. No sabía qué pensar. Creía que la sociedad podía cambiar, y la universidad, y el futuro, y el país, y hasta Franco, pero que don Andrés Hernández Salvatierra hubiera cambiado hasta el punto de necesitar ayudarlo para expiar una culpa y lavar su conciencia, eso no lo podía creer. Que su padre dejara de ser la persona que era, era demasiado cambiar.

Del sueño de Jaime empecé a despertar aquella noche. No fue un despertar brusco ni repentino, fue como una ascensión gradual por una suave pendiente.

—Al día siguiente de nuestro encuentro en el Gaylord, el decano de Derecho recibió a una comisión de siete estudiantes y los acompañó hasta el despacho del rector, Laín Entralgo, para hablar en persona con él del manifiesto. Yo era uno de los siete —empezó a contarme una vez terminó de comerse lo que le había llevado.

Jaime se había duchado y afeitado, se había sentado en el suelo, sobre la alfombra del salón, y se había ido cubriendo las piernas y el regazo con los cojines de adorno que había en el sofá.

—Aquí estaremos cómodos —dijo—. Será como si estuviéramos pasando la noche en el campo, sobre una colina, bajo las estrellas. Mira, mira cuántas estrellas hay ahí arriba.

Habíamos puesto una lámpara en el suelo, no muy cerca de nosotros, y la habitación estaba invadida por una luz escasa y cálida que recordaba lejanamente a la de una hoguera.

—No te pongas tan lejos, Asun, ven, ven a mi lado.

Me acerqué. Jaime olía a jabón y al aroma fresco que deja en el aire una tarde de lluvia. Apoyaba la espalda contra el sofá y tenía la cabeza echada hacia atrás, como si el techo de la habitación fuera un firmamento de estrellas que iban arrojando luz sobre sus recuerdos.

—El rector se mostró muy receptivo con nuestras aspiraciones y nos prometió buscar la manera de tramitar el escrito al ministerio y de llevar a buen puerto la creación de un Congreso Nacional de Estudiantes. Cuando me extienda mucho o si ves que te aburro, me cortas.

—No seas tonto, no me aburres.

—Entonces voy a contarte todo como si estuviera recogiendo un hilo que he estado soltando estos días por Madrid y a lo mejor así hasta consigo aclararme. Decir que nos habíamos metido al rector en el bote sería una exageración pero lo cierto, Asun, es que Laín no vio nada malo en nuestras peticiones ni motivo para pedirnos que rebajáramos nuestras aspiraciones.

A la tenue luz de aquella lámpara era difícil observar sus moratones y rasguños, las huellas de los distintos altercados en los que había participado desde que empezó febrero, pero aun así las buscaba. Mientras lo escuchaba trataba de imaginar cómo habría vivido yo, si hubiera estado a su lado, todos esos avatares en los que se había visto envuelto, cómo habría vivido aquello si en vez de ser Asunción Muñoz Ortiz fuera una universitaria a la altura de un universitario como él, una mujer independiente, con ideas revolucionarias y con espíritu de lucha, si yo fuera *no quien*

era sino alguien como la chica de la fotografía de su macuto, alguien como *ella*.

—Ese hombre... no sabes lo que vale —dijo refiriéndose a Laín.

Sí, lo sabía. Gracias a él, a Fede y a Jaime les habían dejado un despacho en la facultad para montar Niebla, su asociación cultural.

—Yo creo que nadie se da cuenta de su valía. Si no, no se hubieran permitido el lujo de dejarlo marchar.

Jaime el luchador, el idealista, el estudiante comprometido. Asun la novia sensata, la hija acomodaticia, la empleada apocada. Una vez más la línea de mi vida y la de la suya se me antojaban raíles paralelos que no llegarían a cruzarse más que como una ilusión óptica en un horizonte engañoso. Pero a mi manera, gracias a Jaime, a su ausencia, y a mi búsqueda angustiosa de su rastro por Madrid, había vivido algo que podría llamar «mi pequeña revolución de febrero». Aunque a esas alturas de la noche aún no lo sabía. O mejor dicho, aún no lo comprendía.

—Les tiene mucha simpatía a los estudiantes más inquietos y «liberaloides», como nos llaman despectivamente los franquistas. Yo creo que en el fondo Laín ve reflejada en nosotros la rebeldía que a él le gustaría tener. Te cuento esto, Asun, y no puedo evitar acordarme de mi padre, de su teoría de que mi falta de respeto a Franco es una tara que se cura a poco que recapacite y piense. Como si el no querer saber nada de su Régimen y de la represión que es marca de la casa fuera un problema de inmadurez.

Jaime conducía el relato de lo ocurrido como si dirigiera una orquesta que tocaba sólo para mí; él ponía los instrumentos y ejecutaba la música, modulaba la intensidad del sonido y elegía a capricho los momentos para los *piano* y los *forte*. Yo sólo ponía la atención y hasta eso me costaba pues mis pensamientos empezaban a deslizarse por otros derroteros y se sobreponían al discurso de Jaime y enhebraban uno propio que sólo yo oía y que me iba alejando de él.

—Laín ha pagado muy caro su apoyo. Es una pena enorme, Asun, y una pérdida irreparable para la universidad. Te lo digo como lo siento. Si tú le conocieras, si hubieras estado cara a cara con él en su despacho como nosotros...

No sé cómo expresar lo que me ocurría mientras lo escuchaba, era como si mi corazón y mi cabeza hubieran empezado a discriminar lo que Jaime era para uno y para otra. Yo sabía, era consciente desde hacía mucho tiempo, que conseguía hacerme perder la brújula cada vez que aparecía en mi vida, era una presencia arrolladora que me descabalaba y ponía mi vida patas arriba. Había sido así desde la primera vez que me topé con él en el portal de nuestra casa, aquel lejano octubre de 1954. Una mirada suya bastó para que sintiera que me atravesaba un rayo, para que surgiera en mí un amor instantáneo por él que, a lo largo de aquel primer invierno, no hizo más que crecer. Todos los deslumbramientos que una ciudad como Madrid puede tener para alguien recién llegado se condensaban en él de manera armoniosa, natural. Era la

versión concentrada, aumentada, corregida, de la clase, el estilo y esa espontánea modernidad que, cuando estaba en el pueblo, imaginaba que todos los habitantes de una ciudad como Madrid debían poseer. A su lado todo se empequeñecía, empezando por los demás hombres y acabando por mí misma. Siempre me había sentido junto a él como un destartado y modesto vagón de cola. Pero esa sensación había empezado a diluirse en otra que más que sensación era una certeza, la de que dentro de mí, en algún lugar todavía impreciso, oscuro, ignoto, esa noche luchaba por despertarse una locomotora que sentía rugir de manera aún muy tímida, como un latido remoto pero ya dotado de incipiente vida.

—Locos de alegría y esperanzados, unos cuantos de la comisión fuimos esa tarde al café Gijón para informar a otros compañeros de lo bien que iban las cosas y para hablarles de la promesa que Laín nos había hecho.

Jaime no era responsable, y en absoluto consciente, de que tenía ese efecto en mí, el efecto de desplazar mi eje, de descentrarme.

—A Luciano y a mí nos encargaron la custodia de los pliegos con las firmas de adhesión al manifiesto que se habían recogido de miles de estudiantes en todas las facultades. Alguien tenía que guardar todo aquello hasta que se enviara al ministerio o, como decían otros, a un notario para que certificara el número de firmas de adhesión y todas esas cosas.

Tampoco Jaime era consciente de que su nimbo, el que había hecho resplandecer siempre su figura ante mis ojos, comenzaba a temblar y perder luminosidad aquella noche. Había empezado a producirse la muerte de su estrella. ¿Qué otra forma de luz o de energía o de fuerza cósmica nacería tras su desintegración? Aún no lo sabía.

—Esa tarde, que teníamos que habernos encontrado, estaba tan borracho de esperanza, tan consumido de euforia y tan comprometido con la custodia de los pliegos que olvidé nuestra cita. Sé que es imperdonable, Asun, imperdonable. Tenía intención de llamarte al día siguiente pero entonces empezaron los jaleos en la universidad. Llegaron los del SEU a Derecho y trataron de impedir las elecciones a delegado. Supongo que ya habrás oído hablar de lo que ocurrió ese día...

¿Cuántas veces regresa un asesino al lugar del crimen? ¿Hasta que lo apresan? ¿Sólo una vez para demostrarse a sí mismo que tiene agallas? ¿Qué ley atávica, sobrenatural o fatalista obliga a los hombres a tropezar una y otra vez contra la misma piedra?

—Algunos estudiantes se negaron a obedecerles y hubo peleas en las escaleras del caserón de San Bernardo. Pero ahí no quedó la cosa. A la salida, en la calle del Pez, continuaron las escaramuzas. Allí estudiantes de tercero y cuarto de Derecho fuimos interceptados por unos cuantos del SEU y siguieron los mamporros. Nos brearon a base de bien con unas porras que llevaban. Y hasta alguno sacó un arma blanca pero llegó la policía a disolvernlos y cada grupo tiró por un lado y no volvimos

a cruzarnos con ellos.

Jaime era «mi lugar del crimen», «mi piedra de tropezar», a él había regresado ya demasiadas veces. Era hora de poner una equis sobre su nombre en el plano de mis ídolos sagrados, era hora de desalojarlo del rincón de mi alma que acogía mis sueños imposibles y alojarlo en otro donde pudiera empezar a mirarlo de igual a igual.

—Esa noche unos cuantos estudiantes que habían recibido más leña de la que estaban dispuestos a tragar voluntariamente quisieron dar un escarmiento a los del SEU y asaltaron los despachos del sindicato en la Facultad de Derecho y robaron un montón de cosas que tenían allí los seuistas, cosas importantes y otras que lo eran menos, todo porque querían tocarles las narices y demostrarles que podían entrar en su terreno cuando quisieran y que ya había pasado la época en que imponían su autoridad en la universidad.

Desalojarlo de mi alma... Todo eso me decía mi cabeza pero mi corazón seguía botando como una cabra montesa cada vez que giraba la cabeza y me miraba con sus ojos vidriosos por el cansancio y por el miedo al futuro inminente que le esperaba, cada vez que los veía sonreír asustados y tristes. «¿Estás conmigo?», parecía preguntarme con la mirada y cuando mi sonrisa confirmaba que lo estaba y que mientras él quisiera alimentaría con la leña de mi compañía la hoguera de nuestro campamento de montaña, continuaba con el relato minucioso que reconstruía los días que había estado perdido por Madrid.

—Luciano fue uno de los que estuvieron aquella noche de correría llevándose cosas de las oficinas del SEU. Fue una chiquillada, aquel asalto a las oficinas del SEU estaba de más y ensuciaba la imagen de la lucha que queríamos llevar a cabo.

Jaime era un imán y su cercanía siempre rompía las leyes físicas de la dinamo de mi vida, interfería en su funcionamiento, la desestabilizaba. Esa noche hubiera podido decirle las mismas palabras que Athos le había dirigido a lady de Winter en la película que Chelo y yo habíamos visto un domingo lejano en un pase de la parroquia: «Te quiero como a las guerras y a las borracheras, como todo hombre quiere aquello que es nefasto para él». Jaime, como las borracheras, como las guerras, era nefasto para mí.

—Aunque no salió a la luz pública el asalto a las oficinas del SEU, alguien de Falange le vio salir de la facultad y lo denunció.

Fuera nefasto o no, lo adoraba. Mi corazón me lo decía, lo adoraba, pero esa locomotora que empezaba a rugir dentro de mí, esa conciencia de que nunca habría podido ser feliz con él...

—Entre las cosas que Luciano se llevó de las oficinas había un sello de caucho, un sello de la Federación Universitaria Española que los seuistas tenían a modo de trofeo, como si se tratara de una pieza de caza, de la cabeza de un jabalí o de los cuernos de un ciervo. Luciano no quería que estuviera en aquellas manos que

mancillaban la memoria de lo que la FUE había significado. Me dio el sello para que lo guardara mientras se calmaban las cosas. Pero las cosas no se calmaron. Estuvimos yendo a la facultad aparentando normalidad, como si el asalto nada hubiera tenido que ver con nosotros. Dos días después su familia recibió una llamada de un policía amigo avisando de que iban a ir a detenerlo para hacerle unas preguntas. Luciano fue enviado a la finca de un amigo de su padre hasta que las aguas volvieran a su cauce y yo, con los pliegos de las firmas de adhesión al manifiesto, tuve que marcharme de la casa y estuve vagando por la ciudad toda la noche. Podía haber ido a una pensión, pensarás, pero es que entre otras cosas me había quedado sin identificación y sin dinero porque había perdido el macuto con todas mis pertenencias.

Esa conciencia, digo, se iba imponiendo poco a poco al sonido de mi corazón y al de sus palabras. Con Jaime siempre había pisado arenas movedizas y aunque había aprendido a salir con bien de ellas, aquella noche algo me decía que debía dejar de tentar a la suerte. Debía liberarme de ese peligro de una vez para siempre e ir en busca de tierra más firme.

—Una amiga de Filosofía me acogió en su colegio mayor a la siguiente noche pero estuve a punto de ser descubierto por una vigilante y salí por una ventana antes de que amaneciera. Luego llegó el día del estudiante caído y el encontronazo que acabó con el disparo a Miguel Álvarez. Había estado acompañando a esa amiga de Filosofía pero cuando empezó el jaleo y las carreras, los gritos y los disparos la multitud nos separó y nos perdimos de vista. Luego empezaron las detenciones. Su nombre estaba en una de las listas de los detenidos. Te confieso que estaba asustado, muy asustado, y me refugié con otros compañeros en casa del profesor del que te hablé en la carbonera hasta que supe lo de la orden de búsqueda y comprendí que no podía comprometerle más. Asun, ¿en qué piensas? No me estás escuchando, ¿verdad?

—Sí, te escucho.

—¿Y esa expresión sombría que tienes desde que nos hemos sentado y he empezado a soltarte todo el rollo?

—Perdona, no quería que pareciera que no me interesa lo que dices, pero es que...

—No parece nada, boba, siempre estoy abusando de ti, de tu paciencia y de tu amistad incondicional. Todo esto que te cuento es para decirte que no he estado del todo en mis cabales, Asun. Quiero decir, me han arrollado de tal manera los acontecimientos que no he pensado en nadie, ni en ti, ni en mi familia, ni en mi padre, en nadie. He sido un egoísta y un completo desconsiderado.

Como ya había empezado a experimentar una sensación de liberación y de desapego extraño hacia la persona idealizada que Jaime siempre había sido para mí, no me importó dirigir la conversación hacia un terreno que en otro momento habría intentado sortear por temerario y resbaladizo. Pero no aquella noche. Le hablé del

macuto, de cómo había llegado a mis manos a través del bedel. También tuve que decirle que lo había registrado para intentar comprender por qué y cómo lo había extraviado y que había visto la foto de una chica, seguramente era de esa estudiante de Filosofía a la que se había referido, ¿verdad?

—Sí, la foto me la dio ella. Se llama Regina, Regina Sansebastián.

—Es muy resultona.

Hubo un silencio.

—Bueno —añadí—, la verdad es que es más que resultona, es guapa a rabiar. No me extrañaría que los chicos se volvieran locos por ella.

Jaime se quedó mirándome como si tratara de adivinar hasta dónde habían llegado mis suposiciones sobre ella.

—¿No me vas a preguntar si esa chica es algo más que una amiga? ¿Si yo soy uno de esos chicos a los que ha vuelto loco?

—No hace falta.

—¿Porque crees que lo sabes o porque no te importa?

—Porque salta a la vista que sí es algo más que una amiga.

—Ah, no sabía que era tan evidente.

—Tenías los ojos llenos de chiribitas cuando hablabas de ella. Se nota que estás coladito. Vamos, que seguro que es un *flirt* tuyo o a lo mejor algo más serio.

Jaime se tomó un tiempo para contestar. Yo le observaba de soslayo, preguntándome qué pasaría a continuación.

—En cierto modo, sí, lo es. Pero no de la clase que tú te figuras.

—Si yo no me imagino nada, como tú puedes comprender no he dedicado ni un segundo a pensar en ello —mentí—. Con pensar en dónde y cómo estarías tenía bastante.

—Novia no es, ni mía ni de nadie. No es de esa clase de chicas a las que le gusta estar atada.

—Vamos, que es una chica moderna, de esas que picotean de chico en chico y van de flor en flor. Una de esas chicas que a lo mejor hasta sale a la calle con pantalones.

—Pues sí, tiene pantalones.

Jaime rió a mandíbula batiente.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunté mohína.

—Lo de los pantalones. ¿Todavía no te has atrevido a salir a la calle con los tuyos?

—Pues no, y además, no creo que lo haga. No demostraría nada si lo hiciera, ¿no? Pues si no lo hago tampoco demuestro nada.

—Bueno, bueno —rió—, ahora no te vayas a enfadar conmigo. Esta noche tengo bula de enfados. Esta noche aquí contigo viene a ser como si se me cumpliera el último deseo de un condenado, así que nada de regañinas.

Estuvimos callados un instante.

—Asun, tú y yo tenemos confianza, ¿verdad?

—Eso me gustaría, pero sé que hay muchas cosas que no me cuentas, que te callas. Tienes derecho, sólo lo digo porque no hay confianza del todo.

—Te voy a ser sincero, me gusta Regina. No voy a negarlo. Pero a ella no la quiero como te quería a ti. Como te quise a ti no puedo querer a nadie. ¿Sabes por qué? Porque aunque suene cursi (los condenados también tenemos derecho a ser cursis nuestra última noche) tienes dos piedras preciosas que combinadas son deslumbrantes y que no he vuelto a encontrar en nadie, tienes inocencia y, sobre todo, nobleza. Yo no sé si es algo con lo que nacéis todos los de Valdemorillo o toda la inocencia y nobleza que había en el pueblo fue a parar a ti cuando naciste y luego se rompió el molde pero no sé de nadie que se entregue a las causas, y no me refiero a las políticas sino a las que estableces con las personas, de la manera que tú te entregas. ¿Puedo decirte que te quiero sin temor a que lo tomes como lo que no es?

Qué fácil habría sido para mí en otro tiempo torcer su sentido y llenar esas palabras de un contenido de sueños y esperanzas.

—Sí.

—Te quiero, Asun. Te quiero mucho.

—Y yo a ti...

—Pero... Porque hay un pero, ¿verdad?

—Pero nada. Te quiero y puedo decírtelo porque yo también sé que no vas a creer que lo digo con el sentido que no es. Lo digo porque eres el mejor amigo que tengo, la primera persona en mi vida que me hizo sentir importante. A veces basta que alguien te diga que cree que eres una cosa determinada para que empieces a sentir que lo eres. Cuando llegué a Madrid me miraste de una forma que... Hasta que tú me viste yo no estaba en el paisaje, flotaba en un espacio indeterminado, en un éter inconcreto donde nadie, salvo mi familia, sabía que estaba. Tú, tu mirada, me fijó al paisaje.

—Cuando te vi por primera vez estabas limpiando la portería. Tenías un pañuelo en la cabeza que te cubría el pelo y las mejillas completamente coloradas.

—De la vergüenza que me dio que me vieras así, que te imaginaras que sólo era una fregona.

—Para mí eras de sobresaliente. ¿Qué digo? De matrícula de honor y premio especial de carrera. Era como si hubiera entrado una estrella en el portal. Una estrella que se quitó el pañuelo de la cabeza con una timidez y una gracia que... Menudo flechazo sentí ese día.

¿Qué me pasaba? ¿Por qué no me había echado a temblar como cada vez que Jaime me había dirigido esas palabras? ¿Y por qué no había sentido desgarró ni laceración al oírle hablar de Regina? ¿Cómo era que ahora me sentía dueña de la

situación? ¿Adónde había ido a parar toda la angustia acumulada durante semanas? Sólo había una explicación: la locomotora que llevaba dentro de mí se había puesto en marcha y su traqueteo me decía que mi historia sentimental con Jaime, como toda historia de fascinación, tocaba a su fin.

El sonido del timbre de la puerta nos sobresaltó. Me levanté y corrí a abrir. En el umbral apareció Miguel.

—Dice madre que cómo está doña María y que cuándo bajas.

—No voy a bajar todavía.

—¿Por?

—Dile que aún no ha llegado su sobrina.

—Ya. ¿Y a qué hora crees tú que va a llegar la buena señora? Por hacerme una idea más que nada.

—Pues a la que llegue.

Miguel entró a husmear al interior de la casa y yo le seguí.

—Hola, Miguel —le saludó Jaime.

—¿Por qué tenéis tan poca luz aquí?

—Estamos en un campamento de montaña —dijo Jaime—, esa lámpara en el suelo es una hoguera. Ven a sentarte un rato con nosotros.

—No puedo quedarme, y Asun debería venirse conmigo —dijo imaginándose que entre Jaime y yo había pasado algo o podía llegar a pasar.

—Ya te he dicho que de aquí no me muevo —me obstiné.

—Asun, bájate ya, no quiero que tengas problemas con tu familia —dijo Jaime.

—No los voy a tener. Miguel, por favor, aunque sea lo último que haces por mí en la vida, deja que me quede y convence a madre de que sigo con doña María. Por favor —supliqué—. Por favor.

Fue aquella noche cuando oí hablar por primera vez de la palabra «reconciliación». Jaime y yo habíamos logrado un tiempo más de tregua, habíamos convencido a Miguel de que cubriera nuestro encuentro con todas las mentiras que se le ocurrieran. Se había ido farfullando quejas y repitiendo una y otra vez «esto no me hace ninguna gracia», pero nos había regalado la última noche de libertad de Jaime. Fue entonces cuando dijo que la reconciliación era un paisaje en el futuro, un mojón en el horizonte, hacia ese punto caminaban.

—Pero ¿qué quiere decir?

—Voluntad de que haya perdón. Si tu padre mató a mi padre en la guerra y mi tío mató al tuyo pero tú y yo no nos hacemos mutuamente responsables de esas muertes que nada tienen que ver con nosotros, si tú me miras a mí como quien soy y yo a ti como quien eres y no pensamos en los bandos en los que lucharon nuestros padres estamos sentando las bases para que haya esa reconciliación.

Sonaba demasiado bonito. Pero era un horizonte inalcanzable en aquella España.

¿Cómo alguien que había guardado luto durante años por un padre o un hermano muerto en una checa o en una cuneta, cómo alguien que había mamado en su casa el odio hacia el otro bando podía desprenderse de ese luto, de ese odio, para construir el camino del que Jaime hablaba?

—Pero primero hay que sembrar la idea de que es posible y hacer que prenda la semilla —dijo como si leyera mis pensamientos—, y luego trabajar para que crezca fuerte y saludable y dé muchos frutos de los que todos podamos comer.

La siembra de esa semilla era lo que había detrás de todo el jaleo que se había armado. Los que no querían que prendiera eran los que habían disparado el arma que hirió al muchacho de Alberto Aguilera. Ese punto del horizonte al que se dirigían no era una quimera, era algo posible sólo que muchos de los estudiantes que habían apoyado el manifiesto ahora, con lo de las detenciones y la represión que se había desatado, se habían achantado y lo creían sólo una ilusión, un espejismo. Le pregunté si lo que decía el periódico era verdad, si todo esto venía de lejos, desde los Encuentros entre la Poesía y la Universidad, si se trataba de una estrategia que había comenzado tiempo atrás. Jaime admitió que todo llevaba fraguándose meses y que el manifiesto no era tan espontáneo como muchos habían querido ver. Jaime y los que como él querían meter una cuña y abrir una grieta en el bloque marmóreo del Régimen («una vía de agua al porvenir», como habría dicho Eduardo) creían que la universidad era el terreno apropiado para sembrar esa semilla de la que hablaba antes. Desde que empezaron las jornadas de los Encuentros entre la Poesía y la Universidad, habían tratado de valerse de las contradicciones que ya habían comenzado a detectarse entre gente considerada «del Régimen», como Laín, como el ministro Ruiz Giménez o como Dionisio Ridruejo, y habían conseguido hacerlos simpatizar con su causa. Ahora Ridruejo estaba en la cárcel, Laín había dimitido y Ruiz Giménez había sido cesado. Pero había merecido la pena porque habían conseguido un eco, una repercusión, que Jaime estaba seguro de que había ayudado a despertar a algunas conciencias.

—La poesía nos ha enseñado muchas cosas útiles, esas jornadas fueron mucho más que una tapadera para captar descontentos; nos ha enseñado por ejemplo a aprovechar la «acequia escondida» que cantó Machado para transportar el agua de un pensamiento libre, a aprovechar las amarguras viejas y sacar de ellas blanca cera, dulce miel. Ése era nuestro objetivo, tomar posiciones sin que se notara que lo hacíamos. Pero han decidido aplastar la rebelión antes de que se convierta en revolución y todo nuestro edificio se ha venido abajo. Adiós al Ejército de Salvación Ciudadana y Universitaria, adiós al Ejército de Lápices y Discursos. Adiós. Adiós. *Adieu.*

Nos quedamos callados unos instantes.

—Has dicho «era» —dije al cabo de un rato.

—¿Qué?

—¿Te estás quedando dormido?

—No. Sólo había cerrado un rato los ojos.

—«Era nuestro objetivo», has dicho. ¿Ya habéis renunciado a él?

—Tienes razón; no, no hemos renunciado, es nuestro objetivo —su voz sonaba cansada—. Lo es, Asun, sigue siéndolo.

—¿Y el fin último es... derribar el Régimen?

—De momento nos habríamos conformado con debilitarlo, ponerlo enfermo, que brotaran aquí unas paperas, allí un sarampión... Con el tiempo habría llegado algo más grave, una neumonía quizá, y un día, un paro cardíaco. Y ese día el pasado se habría quedado por fin en el pasado. Tiene que llegar ese día para que aquí quepamos todos, para que no sobre nadie, para que encuentren acomodo los que piensan de un modo y los que piensan de otro. Los que han vivido atemorizados hasta ahora tienen derecho a no estarlo por más tiempo. ¿No crees tú lo mismo, Asun?

—Y cuando todo esto pase —me refería a lo que le esperaba, la detención, la confesión, la cárcel—, cuando todo pase y las cosas se arreglen, cuando vuelvas a casa y a la universidad y puedas seguir luchando, ¿qué te gustaría que pasara?

Jaime se quedó mirando sus manos, como si tratara de encontrar en ellas la respuesta a mi pregunta. Guardó silencio un instante.

—Que los que salieron de España con el puño cerrado puedan volver con la mano abierta. Que haya algunas manos tendidas esperándoles. Que puedan estrecharlas.

Entonces repitió esa palabra:

—Hay que caminar hacia la reconciliación nacional. Eso tiene que conseguirlo nuestra generación, Asun, a la que tú y yo pertenecemos, hijos de los vencedores pero también hijos de los vencidos. Tenemos que ser capaces de mirarnos a la cara y hablarnos sin bajar la vista, sin guardarnos las espaldas, tenemos que tachar de nuestro diccionario la palabra «cainita» y no volver a resucitarla. Nunca.

Miguel volvió a subir alrededor de las doce. Madre se había acostado. Me pidió que bajara a dormir pero mantuve firme mi decisión de quedarme. Con el mayor tacto y paciencia que pude reunir le expliqué que Jaime, probablemente, iba a pasar mucho tiempo en la cárcel y no pensaba escatimarle ni un minuto de esa noche. Esperaría a que se quedara dormido antes de bajar. No estaba dispuesta a dejarlo solo y si Miguel no lo entendía tendría que llevarme a rastras porque voluntariamente no me pensaba machar de allí.

—Jaime, esos pliegos con las firmas de los estudiantes ¿dónde están? —pregunté cuando Miguel, asustado por mi determinación, se fue rezongando nuevamente.

—Escondidos, a buen recaudo.

—¿Dónde?

—Es mejor que no sepas...

—¿Dónde?

—Abajo, en la carbonera, en el cuartito que hay al fondo con leños y cachivaches. Allí no entra nunca tu hermano. Es imposible que nadie los encuentre, ¿verdad?

—¿Qué vas a hacer con ellos?

—No lo sé.

—Ya no sirven de nada, ¿o sí sirven?

—No lo sé, Asun, por eso no he podido deshacerme de ellos.

Jaime alargó la mano y yo le tendí la mía. Me acercó hasta él. Me invitó a apoyar la cabeza en su hombro. Me rodeó con sus brazos. Cerró los ojos.

—¿Te entregarás?

—Por la mañana.

—¿Vas a avisar a tu padre?

—Sí, creo que debo hacerlo.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por darle la oportunidad de que te ayude.

El sueño empezó a vencerlo y le sugerí que se tumbara en el sofá o en una de las camas.

—¿Y tú qué harás? ¿Te irás?

—No hasta que te hayas dormido.

Se incorporó y se tumbó en el sofá. Me senté a su lado y le desordené el pelo. Había una cosa que había querido preguntarle durante toda la noche y la solté a bocajarro:

—Dime si sí o si no a una cosa.

—Si es lo que me figuro la respuesta es sí: tengo miedo.

—No era eso. Jaime, ¿eres comunista?

Jaime no se esperaba esa pregunta. Rompió a reír y abrió la boca para decir algo. Yo adiviné lo que iba a responder y los dos dijimos a la vez:

—La gente ve comunistas en todas partes.

Y entonces, riendo y llorando, me acurruqué en sus brazos.

A la mañana siguiente entré en casa, di un beso a mi madre y me cambié de ropa. Escuetamente expliqué que había pasado la noche con doña María y que la había dejado descansando después de darle el desayuno. Ahora tenía que salir a hacer un recado para la revista. «Pero ¿no estaba cerrada hasta nueva orden?», preguntó mi madre. No quería hablar mucho con ella porque temía que se rompiera la burbuja en la que me encontraba y simplemente dije: «Es un asunto de don Adolfo que había dejado pendiente. Lo tengo que acabar». Pensé que en el último mes había mentido a mi madre más que en toda mi vida. En algún momento la resarciría por ello.

Salí. Jaime me esperaba junto al portal, en la plaza. Era muy temprano y poco a poco empezaba a despertar la vida en el barrio. Fuimos caminando lentamente por las calles. Yo apretaba su brazo. Apurábamos los últimos instantes de libertad. En mi cabeza, el recuerdo de lo ocurrido durante la noche. Desde que rompimos a reír por mi pregunta: «¿Eres comunista?». La risa y el llanto nos había acercado y había acentuando aún más aquella ilusión de estar en un campamento de montaña, de estar solos en el mundo y de que el tiempo no contaba. Nos habíamos quedado abrazados un instante. Luego él me había apartado para mirarme a los ojos y al cabo de un momento me besó en los labios. Yo había respondido a su beso. A ese primero siguieron otros muchos. No quise ni pude defenderme de su avance, yo también lo deseaba. Había quedado claro para los dos la clase de amor que compartíamos, no un amor de reproches y cuentas, de convenciones o compromisos, sino un amor al que era difícil poner nombre, clasificar. Yo había comprendido y aceptado que Jaime se había ido apagando como estrella, como astro, pero se había empezado a encender como alguien a quien podía y quería mirar sin alzar la cabeza. Sus ojos a la altura de mis ojos, una figura sin nimbo, que ya no resplandecía o que resplandecía de otra manera. Me dejé llevar porque deseaba a Jaime, deseaba sus abrazos, sus besos y sus caricias. Siempre había imaginado que él sería el primero. Lo había sido. Pero no sería el único porque ya había aceptado que él no estaba enamorado de mí y yo había comprendido que no lo estaba de él. No me había importado. Sentí como un privilegio vivir aquellos momentos clandestinos robados no sé si a la vida, a nuestras familias, a la policía, o a la educación que habíamos recibido. Fueron momentos sólo nuestros, de Jaime y míos.

En la puerta de la Dirección General de Seguridad nos esperaban don Andrés y su abogado. Lo habíamos llamado esa madrugada para informarle de que Jaime se iba a entregar. Por teléfono insistió en acompañarnos y rogó a Jaime que aceptara la ayuda de su abogado. Jaime accedió. Don Andrés me dirigió una mirada de agradecimiento, tal vez imaginó que había desempeñado algún papel importante en la decisión de su hijo de llamarle. No sé si fue así o no. No importa.

El abogado de don Andrés se dirigió a la pareja de policías que había en la puerta y les informó de quién era Jaime y a qué venía.

—Bueno, pues esto ya no tiene marcha atrás. —Jaime sonrió y clavó en mí sus ojos húmedos, brillantes, sus ojos de amante, de amor, de amigo.

Estuvimos abrazados hasta que don Andrés, discretamente, tosió a nuestro lado. Cogió del brazo a su hijo y acompañados de su abogado entraron en el edificio de la Puerta del Sol.

Había infravalorado el efecto que tendría despedirme de Jaime para siempre, el efecto que tendría para mí esa imagen de él entrando en aquel edificio de la Puerta del Sol, la Dirección General de Seguridad, de la que se oían tantos horrores. Había medido mal mi aguante y cuando volví a casa una flojera se apoderó de mí y me postró en la cama. En los días siguientes volvió la desazón, la tristeza, el encierro en un mutismo que todos ya conocían. Miguel entraba en la habitación y me miraba tratando de elucubrar el alcance de lo ocurrido entre Jaime y yo aquella noche. Chelo, sencillamente, lo adivinaba y respetaba mi silencio y mi deseo de aislarme. Mi madre preparaba cataplasmas, tisanas, caldos, y echaba mano de todos los remedios caseros que conocía para sanar mi cuerpo y mi alma. Evitaba hablarme de Jaime y aunque no tenía conocimiento de que hubiera vuelto a verlo, sabía muy bien que él era la causa de mi recaída.

Pasaron los días con monotonía y desesperante lentitud.

Una tarde recibí una visita inesperada, un hombre que en palabras de mi madre era una mezcla de Hércules y Goliat me esperaba en la sala de estar. Me tapé con el cubrecama la cabeza, no pensaba recibir a nadie y menos aún al gigante «que ha inundado la casa de olor a loción de afeitar y dice unas cosas rarísimas, hija». De nada sirvieron mis súplicas, mi madre consideró que sería bueno que atendiera al visitante como tratamiento de shock a mi tristeza. «Además, si no sales tú no le va a dejar estudiar a tu hermano, le está dando la tarde y haciéndole mil preguntas acerca del trabajo que prepara sobre Historia Sagrada».

Me levanté y después de atusarme un poco salí al pasillo.

—La vanidad del periodista, la consigna «la primicia a cualquier coste», la pereza mental, la aquiescencia con el poder, el «usted ponga la foto que yo pondré la guerra», el mercenarismo, la ambición desmedida, el amarillismo y el atribuir los rumores a «fuentes bien informadas» son las siete plagas de Egipto del periodismo — estaba explicándole a Pedrito cuando entré.

Eran más de siete pero no tenía fuerzas para corregirle.

—Buenas tardes, Armando.

Pedrito recogió sus libros y sus misales y abandonó la sala mirando con cierto recelo a aquel gigantón que le había mareado con discursos incomprensibles.

—Buenas tardes, ramillete.

Había venido a traer dos tomos de ornitología para que me distrajera mientras durara el cierre cautelar del semanario. Había dado con la dirección de mi casa gracias a que había fisgado en mi contrato de trabajo.

—Tienen más de trescientas páginas cada uno, ideales para viajes largos como el que tú tienes por delante.

No sabía a qué viaje se refería ni era capaz de seguir el curso de un pensamiento que saltaba sin ton ni son de las plagas bíblicas a las plumas de las aves. Aún me sentía febril y cansada y no comprendía muy bien qué hacía en mi casa ni cómo se había enterado de que estaba enferma.

—Te recomiendo ardorosamente la página dedicada al *Mellisuga helenae*, el pájaro más pequeño que existe. Mueve las alas ochenta veces por segundo, eso le permite succionar la miel de los panales sin apoyarse en ninguna parte. Es un pájaro muy libre y ha sabido sacarle partido a su pequeño tamaño y a su liviano peso. Es un ave que me recuerda mucho a ti. Sé que sabrás encontrar la miel por muy escondida que se halle y que tendrás la suficiente autonomía de vuelo como para no tener que volar a rebufo de nadie.

—Gracias, Armando, pero no era necesario que me regalara nada. ¿Cómo se ha enterado de que estaba enfer...?

—Ningún regalo es necesario. Ésa es la gracia de los regalos —me atajó—. Voy a darte otro, se trata de un consejo, no ocupa tanto espacio como la ornitología pero igualmente te servirá en tu viaje: era norma en la agencia americana United Press un lema que decía: «Escribe de manera que el lechero de Ohio pueda entender lo que dices». Ese consejo es el que pongo ahora mismo en tus manos y someto a tu consideración.

—¿Por qué me dice eso?

—Porque vas a llegar a escribir muy bien y conviene que tengas en cuenta esa premisa.

—¿Yo?

—Sí, ramillete. Vas a ser una gran escritora.

—No sé qué le hace pensar que yo...

—Tienes capacidad de observación, sensibilidad y constancia, eres paciente, meticulosa, tienes ganas de aprender y no te dan miedo los desafíos. Eres buena, en el sentido machadiano y en el sentido de que tienes madera para escribir. Yo lo sé. No soy un clarividente como monsieur Arnoux pero sé cosas del futuro, de un futuro que quizá yo no llegue a conocer. Y otro consejo, no salgas nunca sin un bloc de notas para no olvidarte de nada, lo dijo don Miguel de Unamuno: «No hay más arte mnemotécnica que llevar un libro de memorias siempre encima», o lo que es lo mismo, no metas en la cabeza lo que quepa en el bolsillo. El espía escucha y recuerda, el periodista escucha y anota. ¿Te ha quedado alguna duda de todo lo que te he dicho?

Sus palabras me confundían y también me estimulaban, y el desconcierto que me había producido su visita había desaparecido y dado paso a un sincero agradecimiento por proyectar, en medio de tantas sombras, un futuro luminoso para mí.

—No, creo que lo he comprendido todo. O casi.

—¿Te has quedado con el nombre del pájaro?

—Algo de la miel.

—Te dejaré señalada la página.

Puso un papelito como señal y lo dejó sobresaliendo del libro. Me habría gustado regalarle algo a cambio, corresponder a sus atenciones pero no sabía cómo. Estuvimos hablando durante toda la tarde, de pájaros y planetas, de reporteros y escritores, de exploradores como Richard Burton, de los compañeros de la redacción, de Vidal, Cayo, Rafael y Enrique. Su charla disparatada, loca, desconcertante y sinuosa tuvo en mí un efecto más curativo que todas las tisanas y potingues que mi madre me había preparado durante días. Poco antes de marcharse me hizo un último obsequio.

—A veces algún amigo nos sorprende con un regalo precioso, un recuerdo regalado.

—¿Un recuerdo regalado?

—Alguien ha rescatado de tu vida algo en lo que tú no te fijaste cuando ocurrió, algo que te pasó inadvertido por su insignificancia. Ese detalle insignificante en el que no reparaste a veces tiene mucho valor para el espectador o actor secundario del hecho. Hay un cuarto oscuro dentro de la cabeza, un cuarto como en el que Tristán se encierra para revelar sus fotografías. Allí es donde los recuerdos se almacenan y se impresionan en el papel fotográfico de nuestra memoria. En el cuarto oscuro de tu cabeza quiero que dejes sitio para esta fotografía que hice el día que llegaste a la redacción y miraste todo con los ojos maravillados con los que Howard Carter debió adentrarse en la tumba de Tutankamón. Cuando me acerqué a saludarte y a arrancarte el ramo de flores que llevabas en la mano se te escaparon unas palabras. No las recuerdas, ¿verdad?

Retrocedí hasta aquel momento. No recordaba haberle dicho nada que pudiera entrar en la categoría de memorable.

—Dijiste: «El monstruo se acercó tanto al casco que supusimos que iba a atacarnos», una línea de uno de mis libros favoritos.

No era consciente de que aquellas palabras hubieran salido de mi boca, de que mi subconsciente me hubiera traicionado hasta ese punto.

—Me apenó que me vieras como a un monstruo pero cuando me seguiste por la redacción como un polluelo a una gallina entonces supe, intuí, que podíamos llegar a ser buenos amigos. Es uno de los recuerdos más hondos y a la vez más desconcertantes que tengo de ti. ¿Crees que, a nuestra manera, hemos llegado a ser un poco amigos, ramillete?

Al día siguiente de la visita de Armando salté de la cama y miré el calendario. Los días de pesar, decidí, se habían acabado. Salí a la calle y vi todo con ojos nuevos.

Héctor me esperaba en la plaza. Desde que me había encerrado en casa había ido cada día a interesarse por mí, a hablar con mi madre en la portería, a charlar con Pedrito o a tomar un chato en El Asturiano con Miguel. Había tratado de mantenerse lo más cerca posible de mi familia y lo había conseguido. Me alegró verlo, me transmitió ese sosiego instantáneo que acompañaba siempre a su saludo.

—¿Cómo está la paciente?

—Curada.

—¿Del todo?

—Casi. Mi madre me ha dicho que has preguntado mucho por mí.

—La tengo aburrida a la pobre. No hay manera de que me llame Héctor. Don Héctor por aquí, don Héctor por allá... Tanto «don» me echa un montón de años encima. Además, marca distancias. Y eso, con tu familia, no me gusta. ¿Te parece mal?

—¿El qué?

—Que haya preguntado mucho por ti.

—No, te lo agradezco. Pero Héctor...

—¿Qué?

—Nada.

—¿Qué?

—Que tú y yo...

—¿Qué?

—Pues que...

—Tú y yo... qué. Somos dos amigos. Me gusta interesarme por los amigos. Por eso he preguntado por ti.

Clavó sus ojos en mí y una sonrisa enigmática se dibujó en su cara. No fui capaz de sostenerle la mirada y mucho menos la sonrisa.

—Sí, claro.

Echamos a andar. Me preguntó por Jaime y le conté cómo había sido su detención. Se había entregado y yo le había acompañado. Hablamos mucho de lo ocurrido. Le expliqué todo lo que Jaime me había explicado la última noche, cómo había admitido que formaba parte del grupo que dirigía todas las acciones universitarias destinadas a recuperar libertades utilizando los recursos institucionales para sus fines, desde el homenaje a Ortega y Gasset a los Encuentros entre la Poesía y la Universidad, desde la preparación de un Congreso de Escritores Jóvenes que finalmente fue prohibido a la petición de la autorización para el Congreso Nacional de Estudiantes. Todo ello había permitido una penetración lenta pero eficaz en el ambiente universitario de las ideas comunistas en las que Jaime creía.

—¿Qué pasará a partir de ahora? —pregunté a Héctor—. Me refiero a qué va a ser de ellos.

Héctor se encogió de hombros. No lo sabía. Se figuraba que durante un tiempo se reforzaría la represión hasta que el Régimen se asegurase de que nadie más tenía intención de salir movido en la foto. La cárcel iba a actuar de nevera para algunas energías pero el deseo de cambio permanecería intacto aunque hibernando.

—No creo que Jaime vaya a olvidarse en la cárcel de sus aspiraciones.

—Eso acabo de decirte.

—Pero si los encierran a todos juntos volverán a fermentar esas ideas y la revolución...

—La revolución se ha aplastado y no ha pasado de unos altercados sueltos aquí y allá; tendrán que aprender de los fareros, tendrán que conformarse con mantener viva la luz, aguardar a que amaine la tormenta, aprender a interpretar las señales del cielo y del mar y seguir brillando para evitar otros naufragios.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que sus ideas son buenas pero de momento conviene dejarlas en barbecho. Cambiar la mentalidad de todo un país no es algo sencillo de hacer. Lleva tiempo. Y ésa es la lección que yo creo que habrán aprendido.

Héctor y yo nos detuvimos a comprar unas castañas, queríamos calentarnos las manos. Me preguntó si me apetecía acompañarle al despacho de detectives que compartía con su ayudante Bonilla. Estaban trabajando en un caso intrincado y deseaban una opinión femenina.

—¿Qué caso es?

—Una serie de desapariciones que se han producido en Madrid. Cinco muchachas se han hecho humo.

—¿Y estaban relacionadas unas con otras?

—Sí y no. Todas son rubias y atractivas. Sabemos además que frecuentaban una determinada línea de tranvía pero poco más. Nos gustaría recabar la opinión de una reportera de la revista *Sucesos*.

—Mecanógrafa.

—De momento.

—Dime algo más.

—Si no vamos mal encaminados, puede tratarse de un secuestro para sacarlas del país y llevarlas a África.

—¿Trata de blancas?

—Tranquila, tú eres morena, no hay peligro ninguno para ti.

—Lo que has dicho no tiene ninguna gracia.

—Perdona, tienes razón.

—No sé qué opinión puedo daros. Yo no sé nada de nada...

—Bueno, a lo mejor te pedimos algo más.

—Así que no sólo queréis mi opinión. ¿Qué más necesitáis de mí?

—Que hagas una llamada de teléfono. Pero ya te lo explicaremos Bonilla y yo cuando vengas al despacho y podamos mostrarte todo el dossier del caso.

Entonces vi a don Mariano, estaba en la acera de enfrente hablando con una señora sobre el arreglo de una silla.

—Héctor, ¿te importa que nos veamos en otro momento? Tengo algo que hacer.

Quedamos en que me pasaría por su despacho. No sabía cuándo, uno de esos días. Héctor me dio un beso en la mejilla, «Sin prisa, Asun, cuando te sientas con ganas. Me alegro, “en plan amigo”, de verte recuperada», y se fue. Yo esperé a que don Mariano terminara con la señora para acercarme a hablar con él.

—Don Mariano, tengo que pedirle un favor.

Enrique me aguardaba a la salida del metro de Atocha. Le había sorprendido mucho mi llamada.

—¿Es que todo el mundo se ha olvidado de usted? ¿No le llama nadie del semanario?

—Sí, sí, claro que sí. Cayo me llama todos los días. Y varias veces. También Laguna. Quiere que vuelva de una puñetera vez. Dice que necesita a alguien que le baje los humos de vez en cuando y le recuerde para qué y por qué se hizo periodista.

—¿Y va a volver?

—De momento volvería a una oficina cerrada, ¿no? Que yo sepa han bajado la persiana *sine die*.

—Pero el juez levantará un día de éstos la medida cautelar. Lo ha dicho Laguna, quiero decir, don Adolfo. Va a volver, ¿verdad?

—Bueno, ya se verá. Ahora, ¿vas a decirme para qué me has llamado?

—Quiero hacerle un regalo.

—¿Por qué?

—Porque sé que es la única persona que puede apreciarlo. Tiene que venir conmigo y no hacer preguntas.

Me miró intentando leer en mis ojos qué clase de secreto ocultaba.

—La semblanza que hizo, la del ladrón —dije al fin.

—Ah, toda esta historia de misterio es a cuenta de esa semblanza. Al final va a resultar que ha servido para algo que la escribiera.

¿Cómo decirle que todo el tiempo que había pasado postrada en la cama me había servido entre otras cosas para repasar mentalmente lo ocurrido aquella noche en que mi hermana y yo fuimos honradas con la visita del ladrón nocturno? ¿Debía decirle que me había guardado una copia de «El ladrón cándido» y que la había leído cien veces? ¿Cómo explicar la cantidad de vueltas que le había dado a comprender la naturaleza, el porqué, el cómo del allanador? Según las teorías de Eberhard y de John Heath que Vidal me había explicado, el análisis del «qué» y del «cómo» es lo que conduce al «quién» en la investigación de un hecho delictivo. En el caso de Pies de

Franela yo había llegado al descubrimiento del «quién» basándome en mi intuición más que en el análisis científico de ningún indicio. Había vinculado aquellos ojos asustados que brillaban en la oscuridad de mi habitación con los del niño que había visto en el reportaje del incendio ocurrido hacía más de diez años, había deducido que asaltaba las casas como una manera de convocar el recuerdo de su padre, había relacionado esa mirada con la de la primera persona que veía cada mañana al salir del portal y había atribuido su personalidad dulce pero retraída al trauma causado por ese incendio, había comparado el perfil psicológico que Vidal había hecho de Pies de Franela —no era un narcisista afectado de insensibilidad moral, ni alguien carente de compasión, no parecía tener un alto concepto de sí mismo y se escondía detrás de una personalidad apocada— con lo que yo sabía del visitante nocturno de mi casa y, por último, había concluido que el empeño en tapar su cara se debía a que ésta, por culpa de una tara o de un rasgo singular, era *demasiado* reconocible. Todo ello me había llevado a una deducción que, tal vez, era aventurada. Ahora estaba a punto de descubrir si estaba en lo cierto o, por el contrario, mis conclusiones se debían a un exceso de imaginación o, en todo caso, a una imaginación torcida.

—Creo que usted estaba en lo cierto. Él no es ningún criminal.

—¿Él? —preguntó algo extrañado por la familiaridad con la que me refería al ladrón.

Y entonces empecé a contarle todo lo que había descubierto.

Enrique y yo anduvimos durante un buen rato callejeando siguiendo las indicaciones que don Mariano me había hecho. Por fin llegamos al portal que buscábamos. Tal y como habíamos convenido, él se quedó aguardando y yo subí hasta el tercer piso. Allí avancé por un pasillo y me detuve frente a una puerta. Llamé. Nada más hacerlo me arrepentí de no haberle dicho a Enrique que me acompañara. ¿Y si *él* se ponía nervioso al verme? ¿Y si reaccionaba de una manera violenta e impredecible? Peligro. Huir. Fue pronunciar internamente estas palabras y sentir que el corazón se me salía de la boca como si dentro del pecho me estuviera creciendo un rascacielos. A punto de volverme hacia la escalera, oí unos pasos que se acercaban y por fin Mascarón abrió la puerta. Demasiado tarde para huir.

—Hola, Gabriel —dije reuniendo todo el valor del que fui capaz.

Tras el desconcierto inicial que le produjo que le llamara por su nombre devolvió mi saludo. Le pregunté si estaba solo y me asomé un poco a ver el aspecto del pasillo y las habitaciones que daban a éste. Era evidente que no había nadie más en aquella casa.

—¿Has avisado a la policía? ¿Les has dicho quién soy? —preguntó con amabilidad.

—No, claro que no. Sólo he venido a hablar contigo. ¿Puedo pasar?

Lo seguí al interior de su vivienda. Todo lo que había esperado encontrar estaba

allí, los trofeos que se había llevado de todas las casas, libros, fotografías, cajas esmaltadas, cubiertos, ropa, alguna moneda y también algo de bisutería. También estaba la medalla de la Vieja Guardia y el libro de Derecho de Jaime, su ropa, su macuto, su portamonedas, el sello y el libro que le había robado al estudiante, el catecismo del padre Ripalda.

—No tienes que seguir haciéndolo —dije—. Ya has demostrado que eres valiente.

—No, yo no...

Le conté todo lo que sabía sobre el incendio, la muerte de su padre, cómo y por qué lo buscaba de noche en las casas. Me quité el abrigo y saqué del bolso unos cuantos recortes de periódico; en todos se hablaba de él, bueno, no de Gabriel como ciudadano sino del misterioso y desconocido ladrón. Me costó hacerle comprender que ya no había necesidad de seguir desafiando al peligro, si su padre había muerto intentando salvar una vida, él ya había conjurado su destino salvando la de un niño, el hijo de Sandra Perdomo, era hora de mirar hacia delante. Durante unos minutos interminables no dijo nada. Ignoraba todo lo que la prensa había escrito sobre sus andanzas nocturnas y trataba de asimilar que él y la persona a la que se referían todas aquellas páginas eran una. Le dije que un compañero de la revista en la que trabajaba había escrito una hermosa semblanza de él, se llamaba Enrique, me había acompañado hasta allí y en diez minutos iba a subir a conocerlo si es que él se lo permitía. Luego saqué el último recorte del bolso, era el que hacía referencia al incendio y la muerte de su padre. Entonces empezó a llorar. No había previsto esa reacción y por unos instantes no supe qué decir. Cómo deseé que el timbre de la puerta sonara en aquel momento y Enrique adelantara su llegada. Miré alrededor y entonces una luz se hizo en mi cabeza. Hasta que no me fijé en el lugar donde vivía no pensé en las razones que lo habían empujado a entrar en mi casa. Todo aquello que conformaba su vivienda hablaba de su anodina existencia, su vida ocurría a un margen de la Vida, no contaba para nadie, no figuraba en ningún mapa. Necesitaba que alguien reparara en él, necesitaba una persona capaz de unir en una sus dos realidades disgregadas y esa persona sólo podía ser alguien que supiera quién era durante el día, alguien que supiera cómo era su cara, su vida, el lugar que ocupaba en el discurrir de un barrio, de una plaza. Yo no había hecho nada que él no deseara que hiciera, Gabriel no sólo sabía que aquella noche lo había reconocido sino que había esperado que lo hiciera, *él me había elegido para que lo desenmascarara.*

Aquel hombre cuya envergadura tanto me recordó a Moby Dick el día que le conocí murió una tarde a finales de febrero. Aparte de su aspecto, nada tenía en común con la gran ballena blanca, nadie habló nunca de su maldad, no circularon leyendas sobre su inmortalidad, el odio no era un sentimiento que despertara en nadie que le conociera.

En cierta ocasión nos había dicho a Tristán y a mí que llevaba la vida encerrada en una cajita de latón donde guardaba sus medicinas. También llevaba la muerte encerrada en esa cajita y para citarla sólo tenía que tragarse todo el botiquín de golpe. Eso hizo aquel día de finales de febrero. Dejó una nota que decía: «He llegado a la frontera».

Se levantó el precinto de la redacción justo al día siguiente de la muerte de Armando. Don Adolfo hizo vaciar su mesa y cajones. Todo fue a parar a una maleta que iba a enviar al pueblo natal de Armando, donde aún le quedaba una pariente lejana. Nos dejó escoger algo que le hubiera pertenecido. Yo elegí un objeto que cabía en una mano apretada, en un bolsillo, dentro de un guardapelo, una diminuta Virgen fosforescente que él siempre tuvo en su mesa, un objeto que encerraba un prodigio, brillar en la oscuridad, y que evocaba la belleza de una luciérnaga y a la vez el espanto de los peces abisales, un objeto que encerraba en su pequeño tamaño y en su insignificancia un gran misterio. Eso había sido para mí la vida, y la muerte, de Armando, un misterio. Tiempo después descubriría que, en la señal que me había puesto en el tomo de ornitología, había escrito la palabra «Adiós» y me di cuenta de que aquel día no vino a visitarme sino a despedirse.

De aquellos días revueltos y confusos, ¿pudo haber nacido un nuevo mundo? ¿Un nuevo orden? Hablo, naturalmente, del ámbito de España. Es difícil conjeturar hasta dónde podrían haber llegado las reformas que la voluntad de aperturismo de la que hicieron gala Ruiz Giménez y Laín Entralgo —y otros como ellos— alentó a pedir. A lo mejor pudo haber nacido simplemente una manera distinta de ver y vivir la enseñanza, la vida universitaria. De allí habrían partido cambios posteriores pero no tan drásticos que hubieran hecho al Régimen sentirse amenazado.

Poco a poco Miguel Álvarez Pérez experimentó lo que, en palabras de sus doctores Obrador y Jiménez Díaz, podía calificarse como una mejoría acentuada en su consciencia, se estabilizaron sus constantes térmicas, cardiovasculares y respiratorias, empezó a dar a su familia motivos de esperanza. Se le retiró la cánula de traqueotomía, empezó a recibir las visitas de sus padres, Romualdo y Concepción, y, con el tiempo, de sus compañeros falangistas. El diagnóstico repetido durante varios días de finales de aquel mes fue «persiste la mejor impresión pronóstica» y un buen día Miguel Álvarez Pérez abandonó la clínica y las páginas de los periódicos.

También Pies de Franela desapareció del horizonte delictivo de Madrid y nunca más volvió a allanar casa alguna. Enrique, con el permiso de Gabriel, posibilitó un encuentro entre éste y la mujer a cuyo hijo el ladrón había salvado, Sandra Perdomo. Víctima y ladrón forjaron un extraño y extraordinario vínculo que se mantuvo a lo largo de los años.

Una tarde, a través de Héctor, recibí una carta. Era de Eduardo, mi guía en la historia de la FUE, mi amigo de Las Cuevas del Sésamo. No sabía si estaba al corriente de que Dionisio Ridruejo, el poeta del que tanto hablamos aquella tarde, había redactado un emocionante escrito en defensa de la juventud que había tratado de impulsar el cambio. Me mandaba algunos extractos de la carta que en realidad era un informe a la Junta Política de FET y de las JONS, quería que comprendiera un poco más a la persona que estaba detrás de aquellos versos del *Cara al sol* de los que habíamos hablado. El texto de Ridruejo decía así: «Mi caso se ha presentado ante la opinión de una manera sumamente vaga. Por una parte parece que soy un pseudointelectual desorientado e ingenuo que ha servido —por vanidad— de instrumento a la intriga de unos cuantos jóvenes sumamente astutos. Soy poco más o menos una especie de idiota. Por otra parte aparezco en la lista de los corruptores intelectuales de la juventud, creador consciente o inconsciente de un clima de rebelión, disipación espiritual, desmoralización política y Dios sabe de cuántas cosas más. Una y otra versión no se concilian si no es acudiendo a una tercera más ajustada a la verdad. Y la verdad es que mis juicios sobre la situación presente e inmediatamente pasada de España, mi visión de los problemas nacionales, mis ideales morales para la política española han inspirado en ellos un movimiento de confianza, suficiente para que me hicieran a su vez partícipe de sus inquietudes, dudas e ilusiones; mientras que mi comprensión de esos problemas suyos, mi adivinación de su buena fe y de su limpieza de corazón, me han hecho ocuparme de ellos con la mejor esperanza y ayudarles en sus tentativas que pueden resumirse en una: la de su presentación renovadora en la vida civil española».

Ridruejo se refería al viaje que los jóvenes españoles habían emprendido —viaje al que esperaba seguir acompañándoles— y que no conducía, en su opinión, «a ninguna conjura misteriosa, sino a la toma de conciencia ante los problemas de España, por parte de una nueva generación que parece no estar peor dispuesta para ello de lo que, en su día, lo estuvo la nuestra, aunque, como la nuestra, esté expuesta al secuestro en mitad del camino. Comprendo que es penoso y amargo que, una vez más, la juventud más joven sea nuestra principal esperanza. Ello viene pasando reiteradamente en nuestro país y da testimonio no sólo de nuestro temperamento adámico y discontinuo sino de la mala salud general de nuestra sociedad. Pero es así, y en todo caso, la juventud es el porvenir, esa cosa que tan angustiosamente se aparece hoy a los españoles. La propaganda alarmista que se ha prodigado en estos

días, sólo una cosa parece haber puesto en claro: que esto no se sostiene en ningún fundamento verdadero sino en un armazón coactivo de mírame y no me toques al que cualquier crítica puede alterar y al que la más modesta de las frondas estudiantiles basta para poner en crisis».

No era sólo su defensa de la juventud lo que hacía aquel texto especialmente valioso y admirable sino que Ridruejo se atrevía a plantear el camino a una democracia que aún estaba muy lejos de llegar a ser un deseo, ni siquiera un sueño, de la mayoría de los españoles. También se detenía a analizar cómo podía ser el camino a esa democracia: «La salida normal y en continuidad de una situación a otra se llama reforma. La salida menos cómoda pero en ciertos casos indispensable y nada temible se llama cambio. La salida con ruptura de continuidad, como un salto brusco en lo previsible, se llama revolución. Mucho me temo que el hecho de que el Régimen se declare a sí mismo perfecto y suficiente y el hecho, más sintomático aún, de que trate siempre a los propugnadores de reformas como aliados de lo más extremo, significa su voluntad de dejarnos en esa alternativa que ya —según la leyenda— se le ocurrió proclamar a un rey francés: “Después de mí el diluvio”».

No volví a saber de Eduardo pero siempre, para mí, estuvo y estará unido al nombre de Dionisio Ridruejo y de Pablo Neruda. Hice llegar su carta —creí que eso le daría ánimos y subiría su moral— a Jaime, que pasó algunos días en la Dirección General de Seguridad y luego fue trasladado a la cárcel de Carabanchel junto con otros detenidos en las revueltas. Allí pasaría tres meses al cabo de los cuales volvió a Zaragoza pero no a los brazos de Regina.

Transcurriría mucho tiempo antes de que volviéramos a vernos. Nuestros caminos iban a separarse de una manera casi definitiva a partir de aquellos sucesos.

Años después ya era reportera y fui enviada a Munich a investigar sobre una serie de asesinatos en cadena. En una calle de la ciudad me encontré con él. Era julio del año 1962. Su lucha por traer la democracia a España había pasado a ocupar el centro de su vida. Su compromiso se había afianzado. Luchaba por la vuelta de las libertades a España, por unir en una empresa común a los españoles de dentro y a los españoles de fuera.

Pero yo no sabía nada de eso aquella tarde en que mi hermana Chelo y yo cruzamos la plaza de los Frutos del brazo de mi padre. Trino había vuelto a casa y toda la familia, incluidos mis tíos Pelayo, Marcelino y Manolita, nos esperaba en El Asturiano para celebrarlo.

—Yo no me arrepiento de nada de lo que hice, salvo de haber dejado el gato en posición inestable sobre la cabeza de Elías, de eso sí me arrepiento. La de noches que allí, en la cárcel, le he estado dando vueltas al dichoso gato. Eso no lo sabe nadie. ¿Quién me mandaría a mí abandonarlo al borde del foso de aquella manera? Eso fue un descuido que he pagado muy caro. Ahora que he aprendido la lección y nunca

volverá a pasarme algo así.

—¿Y de sus peleas con él no se arrepiente, padre? —preguntó Chelo.

—De eso también, pero estoy deseando echármelo a la cara para decirle: aquí borrrón y cuenta nueva, Elías, siento haber sido un dejado con el gato y siento la de veces que regañamos por un quítame allá esas pajas. Y le tendería la mano y él seguro que me diría: y yo siento haberte acusado injustamente de haberme agredido aposta con el gato, y así todo estaría ya claro entre nosotros y yo dormiría para siempre con la conciencia tranquila y un peso menos en el alma.

Héctor nos salió al encuentro y felicitó a mi padre.

—Lamenté no haber podido hacer nada por que le liberaran antes. ¿Cómo se encuentra?

—Figúrese, he dormido dieciséis horas de un tirón. Me siento como un recién nacido con un agujero muy grande en el centro del estómago, eso sí. Y ahora mismo voy a llenar ese agujero acompañado de mi familia en el bar de mis primos. Végase a celebrar con nosotros que estamos todos juntos, don Héctor.

—No sé si debo; si es sólo una reunión familiar, estoy de más.

—Ande, Héctor, véngase —dijo alegre Chelo.

—Se lo pido por favor —insistió mi padre—. Desde que he salido de la cárcel mi familia no hace más que mirarme como si fuera uno de esos bichos raros de la Casa de Fieras. Yo no sé si es que se quieren aprender mi cara o tendré monos en la nariz o qué cosa es la que tanto les llama la atención. A lo mejor temen que desaparezca por arte de magia otra vez. Lo que digo es que si entra usted conmigo a lo mejor repartimos la curiosidad y un rato lo miran a usted y otro rato me miran a mí, haga usted el favor.

—No te hagas de rogar, Héctor, si lo estás deseando —le pinché.

Mi madre salió del bar a buscar a mi padre y ayudada por Chelo lo arrastró de un brazo hacia dentro al tiempo que nos decía a Héctor y a mí que nos diéramos prisa, Manolita ya había abierto varias botellas de champán. Héctor y yo nos miramos y soltamos a la vez:

—¡Sidra! —Y estallamos de risa.

Íbamos a entrar en El Asturiano cuando pisé un adoquín helado y me despanzurré sobre la calzada cuan larga era. Me quedé paralizada a la espera de sentir la mano de Héctor que se agachaba a ayudarme pero lo que ocurrió es que no ocurrió nada. Algo sonó en el aire, una especie de gruñido a mi espalda: era la risa que Héctor trataba de contener sin resultado. Me levanté mientras él se reía subiendo y bajando los hombros en movimientos raros de baile. Había empezado a trabajar con él y con Bonilla en el caso policial que llevaban, el del secuestro de varias muchachas rubias por una supuesta red de trata de blancas, y aunque de momento mi colaboración se había limitado a hacer unas llamadas de teléfono haciéndome pasar por una aspirante

a actriz, ya había empezado a tratar de convencerme de que les ayudara infiltrándome en la trama.

—Si ésta es la clase de ayuda que puedo esperar de ti si me decido a meterme en el ajo, no cuentes conmigo —dije incorporándome.

Estaba furiosa con él pero entonces dijo algo que me desarmó:

—Nada de enfados, por favor, Asun, que han liberado a tu padre y hay que celebrarlo. Hoy tenemos bula.

Las mismas palabras, o parecidas, que Jaime me había dicho nuestra última noche. Miré a Héctor y por un instante vi a Jaime. O mejor dicho, me pareció que su espíritu revoloteaba en torno a nosotros y trataba de empujarme a los brazos de aquel hombre, al embrujo de aquellos ojos que me miraban de frente y siempre me hacían sentir en casa. «Adiós, Jaime», musitaba una voz dentro de mí. Sí, me sentía curada de él. Recordé las palabras de mi abuelo Basilio: «No hay mal que cien años dure ni sarampión que si no te lleva a la tumba no te haga más fuerte». De mi amor y desamor por Jaime había salido fortalecida y también había salido fortalecida mi visión del amor y mi determinación de alcanzarlo algún día. Había sido una hormiga colonizada por una espora pero había sobrevivido y me había librado de ella.

—¿En qué piensas? —preguntó Héctor.

Pero no podía decirle en qué pensaba sin arriesgarme a que creyera que era una mujer contradictoria y complicada.

—Escucha —dije en cambio.

De la ventana abierta de una casa salía música, una mujer de voz dulce cantaba.

—«Lindísima Amapola, no seas tan ingrata y ámame...»

Héctor canturreó la canción muy cerca de mi oído. Su aliento me hacía cosquillas.

—Hoy me he afeitado y no pincho —dijo.

Y siguió cantando. Desafinaba. Hablaba. Cantaba. Reía. Era imposible entender lo que decía. Pensé en aquella flor de la canción, aquella flor que algunos habían convertido en un insulto, en un arma arrojadiza, en una metáfora de uno de los colores en que se había dividido a España. ¿Por qué la vida tenía que verse a través de una bandera roja o de una camisa azul? La vida estaba llena de colores y yo estaba dispuesta a no perderme ninguno que quisiera ofrecerme aquella tarde.

—«Como puedes tú vivir... tan soooooola...» Qué. Qué tal. Qué tal —preguntó Héctor esperando ansioso mi veredicto.

—Pst... —dije sacudiéndome el hielo que se había quedado en los bajos de mi abrigo.

—Crees que canto menos que un grillo aplastado.

—Pst, pst...

—Pues yo te he oído cantar cuando estás distraída y crees que nadie te escucha y tampoco se puede decir que seas una *prima donna*. Afortunadamente. No me gustan

rellenitas.

—¿Entráis o no? —preguntó Chelo asomándose a la puerta del bar.

—Sí —dije yo al tiempo que Héctor decía:

—No.

—Sois demasié, de verdad, y la sidra se acaba, yo sólo os digo eso —advirtió mi hermana, y se metió de nuevo en el bar como una tortuga dentro de un caparazón.

—¿Por qué le has dicho a Chelo que no entrábamos?

—¿Has oído lo que he dicho antes?

—Que no te gustan rellenitas.

—No, lo otro.

—Que no canto bien.

—Lo otro. Sobre mi barba. No rasco. No pincho. Suave como el culito de un niño. Toca.

Me llevó la mano a su mejilla. Me solté y lo besé en los labios. Ésa era la razón por la cual no habíamos entrado todavía en El Asturiano. Él me retuvo poniendo sus manos en torno a mi cara. Cuando me aparté para tomar aire y seguir de nuevo besándole puso un dedo en mis labios.

—Las chicas como tú no sé de qué estáis hechas, se os da la mano y os tomáis el brazo —dijo falsamente escandalizado ante mi avance.

—Cobarde. Un policía hecho y derecho como tú...

—Ex policía.

—... y le teme al escándalo público.

—¡Escándalo público! Mi cobardía es más patética. Temo que si no entramos de una vez salga tu madre a buscarnos y se encuentre con la escenita ya empezada y no sepa qué película está viendo. Como sigues empeñada en que no sepa nada... ¿Cuándo vas a hablarle de lo nuestro?

—¿Qué es lo nuestro?

—Bueno, de lo mío. Que me vuelves loco y esas cosas.

—Ah, pues ahora mismo si quieres...

Hice amago de entrar en el bar y me cogió del brazo reteniéndome.

—Espera, espera, mujer, ahora... no sé, no es buen momento.

—Ya sabía yo que ibas de farol.

—Esperemos un poco, no sé... a ver qué pasa con el caso de las rubias y eso.

—Ya.

Oculté la cara y reí por lo bajo. Héctor se asomó por un lado.

—Así que la que iba de farol eras tú.

—Quería ver tu cara de susto.

—No pensabas decir nada.

—¿Y aguarle a mi padre las fiestas?

—¿Podrás hablarles de mí algún día?

—¿De un hombre casado?

—Separado. Bueno, abandonado.

—Lo que yo decía, que eso te incapacita completamente.

—También hay hombres morenos, rubios, cojos, ingleses, deportistas o barrenderos —me atajó—. Dice la Constitución que todos, TODOS, tenemos derecho a buscar la felicidad.

—Eso en América. Aquí los casados estáis tachados de cualquier lista.

—Y que eso lo diga alguien tan progresista como tú... —se burló.

¡Progresista! De pronto corrí hacia casa. Héctor me siguió sin saber qué mosca me había picado. Entré en el portal y salí al cabo de unos minutos. Héctor me miró de arriba abajo.

—¿Y eso?

—Pantalones.

Me miraba por todos lados. Me buscaba las piernas.

—¿No te gustan?

—Pues...

—No te gustan. Los hombres os sentís inseguros ante una mujer con pantalones.

—Yo a Freud y a Jung los tengo superados, que te quede claro.

—Cuando entremos en el bar tú finge que no pasa nada.

—¿Y me pongo detrás de tu madre para sujetarla? Porque seguro que ahora sí se cae de espaldas.

—Pues que se acostumbre. Son una prenda mucho más cómoda para trabajar y pienso ponérmela muchas veces.

—Muy bien y muy vanguardista. ¿Entonces de lo mío...?

Guardé silencio. Héctor adoptó una expresión mohína.

—¿Sabes lo que me gustaría? Que nada estropearla la tarde. Nada —dije.

Nuestras bromas ocultaban una verdad dolorosa, Héctor y yo teníamos ante nosotros un futuro difícil. Aunque hubiera admitido que me gustaba hasta el punto de plantearme una relación más seria con él, cosa que a menudo me negaba a admitir, no habría podido hablar de ello en casa. Él era un hombre libre desde hacía años pero sólo aparentemente. A los ojos de todos seguía siendo «el hombre de otra mujer». No creía que en mi casa fueran a apoyarme si Héctor y yo hubiéramos llevado más allá el coqueteo que nos traíamos. Pero no quería pensar en ello ahora. Mi padre había vuelto y yo sólo quería estar con él, recuperar el tiempo perdido.

—Demos tiempo al tiempo —dijo como si hubiera leído mi pensamiento.

—Será lo mejor.

Me ofreció el brazo para cruzar la plaza.

Alguien al pasar a nuestro lado dijo que esa tarde llovería. Una dicha súbita se

apoderó de mí, como si de pronto hubiera tenido una anticipación de futuro y hubiera alcanzado a ver que el tiempo sería feliz para todos, también para Jaime y para todos los que pagaban con pena de cárcel el precio de aquel sueño de cambio. «Que los que se fueron de España con el puño cerrado puedan volver con la mano tendida», había dicho la última noche, en aquel improvisado campamento de montaña. Pasarían muchos años antes de que aquel sueño se cumpliera. Pero algún día se cumpliría. Eso decía el aire aquella tarde.

Madrid, noviembre de 2011